cool & lam

LOS CUERVOS NO SABEN CONTAR

A. A. FAIR

Un hombre contrata a la agencia de detectives Cool y Lam para que averigüe por qué la heredera de una herencia de la que es co-fideicomisario, ha vendido una valiosa joya con esmeraldas. Las investigaciones de Donald Lam lo llevarán hasta el otro co-fideicomisario de la herencia, al que encontrará muerto junto a la jaula de su cuervo amaestrado. Lam, desconfiando del hombre que le ha contratado, decide seguir investigando el caso por cuenta propia lo que le llevará a enfrentarse a su socia Bertha Cool.

A. A. Fair

Los cuervos no saben contar

Cool & Lam-10

ePub r1.2
fenikz 04.01.15

Título original: *Crows Can't Count*
A. A. Fair, 1946
Traducción: Guillermo López Hipkiss
Ilustraciones: Robert Stanley
Retoque de cubierta: fenikz

Editor digital: fenikz
ePub base r1.2

Guía del lector

En un orden alfabético convencional relacionamos a continuación los principales personajes que intervienen en esta obra:

Brand (Elsie): Mecanógrafa y secretaria de la Agencia de detectives «Cool y Lam».

Bruce (Shirley): Bella y joven muchacha, beneficiaría de una importante herencia.

Buda (Sam): Sargento de policía.

Cameron (Robert): Fideicomisario de la aludida herencia.

Cool (Bertha): Directora de la citada Agencia de detectives particulares.

Fabens (Phyllis): La que vendió un *pendentif* de granates, que da mucho juego.

González (María): Vieja colombiana, ama de llaves de Cameron.

Grafton (Dona): Hija del que fue director de unas minas de Cora Hendricks.

Grafton (Juanita): Madre de Dona.

Hockley (Robert): Joven beneficiario también de la citada herencia.

Jarratt (Peter): Agente comercial.

Jurado (Ramón): Representante del Gobierno colombiano para la represión del contrabando de esmeraldas.

Lam (Donald): Experto detective, socio de la Agencia «Cool y Lam».

Lérida (Señora): Madre de Felipe Murindo.

Maranilla (Rodolfo): De la policía colombiana.

Murindo (Felipe): Gerente de una mina en Medellín.

Nuttall (Benjamín): Pasajero de un avión en el que viaja Donald Lam.

Prenter (George): Importante joyero, especializado en

esmeraldas.

Sellers (Frank): Capitán del cuerpo de policía e íntimo amigo de Lam y Bertha.

Sharples (Harry): Fideicomisario a la vez que Cameron de la difunta Cora Hendricks.

DONALD LAM SE UE INVOLUCRADO CON AUES Y MUJERES, ESMERALDAS Y ASESINATO EN "LOS CUERVOS NO SABEN CONTAR"

CANADÁ

ESTADOS UNIDOS

LOS ANGELES

MEXICALI

MÉXICO

GOLFO DE MÉXICO

CUBA

CD. DE MÉXICO

HONDURAS

NICARAGUA

PANAMÁ

GUATEMALA

COSTA RICA

VENEZUELA

MEDELLÍN

COLOMBIA

ECUADOR

PERÚ

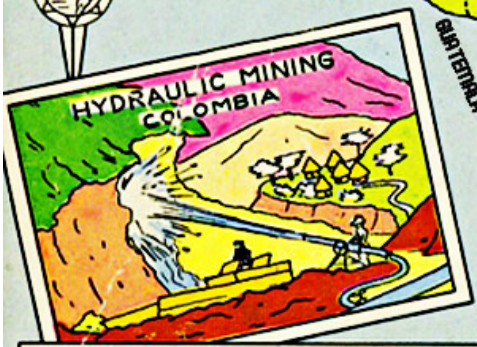
BRASIL

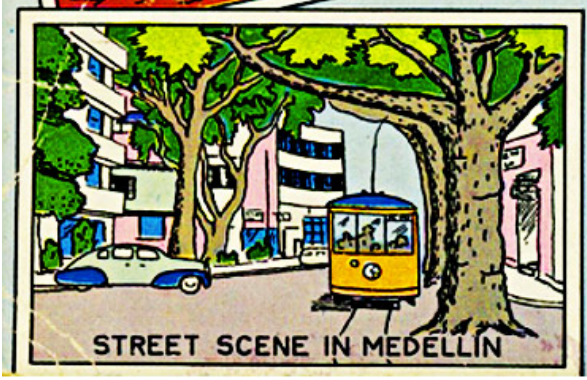
BOLIVIA

CHILE

ARGENTINA

N





capítulo primero

AL individuo que estaba sentado al otro lado de la mesa, frente a Bertha Cool, no parecía gustarle el olor de la oficina. Su actitud era la del hombre rico que visita un barrio de mendigos.

Cuando aparecí en el umbral. Bertha me miró, radiante. El hombre alzó la cabeza, dispuesto, por lo visto, a encontrarse con algo que no iba a gustarle. Y no vio motivo para cambiar de opinión.

Bertha era todo dulzura, prueba evidente de que aún no se hablan fijado los honorarios.

—Señor Sharples, éste es mi socio Donald Lam. Lo que le falta en musculatura, le sobra en materia gris. Donald, el señor Harry Sharples. Tiene negocio de minas en América del Sur. Desea que hagamos algo por él.

Chirrió el desvencijado sillón giratorio como protesta al cambiar de postura los setenta y cinco kilos de Bertha. El rostro de ésta seguía radiante, pero sus ojos me transmitieron un mensaje: la navegación se le iba haciendo penosa y necesitaba que yo le echara un cable.

Tomé asiento mientras Sharples me miraba. Dijo:

—No me gusta.

Guardé silencio.

—Cuando analizo, me da la sensación que hago de espía —prosiguió Sharples.

No expresaba su voz auténtico arrepentimiento. Era el mismo tono del hombre que dice «No me gusta llevarme el último pedazo de pastel de la fuente», y se lo echa inmediatamente en el plato.

Bertha empezó a decir algo. La corté en seco con una mirada.

Duró el silencio unos instantes. Bertha no pudo soportarlo. Respiró profundamente y, a pesar de verme fruncir el entrecejo,

exclamó:

—Después de todo, para eso estamos.

—Ustedes, sí. —Sharples no intentó eliminar el dejo de desprecio de su voz—. Estoy pensando en mí.

—Justo —dije yo.

Volvió bruscamente la cabeza en dirección mía como sí le hubieran tirado de ella con un cordel. Sólo descubrió en mi rostro una expresión de cortesía y de interés la del que aguarda a que un visitante llegado por cuestión de negocios vaya al grano y deje de andarse por las ramas.

Otro periodo de silencio rasgado tan sólo por el *chis*… *chirrrr*… *chis*… del sillón de Bertha cuyos nervios no le permitían estar quieta.

Sharples había dejado de mirarla. Tenía la vista fija en mí. Siguió diciendo:

—Le he explicado el asunto a su socia, la señora Cool. Le daré a usted, los datos esenciales. Soy uno de los dos fideicomisarios de Cora Hendricks, difunta. Los bienes nos fueron legados en fideicomiso a
Robert L.
Cameron y a mí, a beneficio de Shirley Bruce y Robert Hockley. Es lo que suele llamarse «fideicomiso de malgastadores». ¿Conoce el tipo?

—Sí —respondí.

Bertha volvió a intervenir:

—Donald ha estudiado leyes y se licenció de abogado.

—Entonces, ¿por qué no ejerce la profesión?

Bertha empezó a decir algo y se Interrumpió con tosecita discreta.

—Se me metió en la cabeza que las leyes tenían un hueco que permitiría a un hombre cometer un asesinato, y librarse de las consecuencias —repliqué.

—¿Se refiere al *corpus delicti*? —inquirió Sharples, con desprecio.

—Algo menos burdo que eso, una verdadera obra de arte. Al Colegio de Abogados le hizo poquísima gracia.

—¿Saldría bien? —preguntó Sharples mirándome con interés.

—Sale bien —le contesté.

Expresaba curiosidad su voz y cierta admiración también, al

decirme:

—Tendré que dejarle hablar de eso más adelante.

Moví, negativamente, la cabeza.

—Cometí ese error una vez. Eso es lo que no le gustó al Colegio de Abogados.

Calló unos instantes, estudiándome. Luego prosiguió sus explicaciones.

—De acuerdo con las cláusulas del testamento los fideicomisarios son los únicos autorizados para decidir que cantidades percibirán los beneficiarios hasta el momento de extinguirse el fideicomiso, que será cuando el más joven de los beneficiarios cumpla los veinticinco años de edad. Llegado ese momento, los fondos que queden serán repartidos por partes iguales.

Dejó de hablar y, durante unos instantes, nadie dijo una palabra.

—Nos coloca en una situación de gran responsabilidad —dijo Sharples, con untuosidad.

—¿A cuanto asciende el fideicomiso? —Inquirió Bertha, brillándole los astutos ojuelos con ávida codicia.

Sharples ni siquiera volvió la cabeza.

—No creo que tenga eso que figurar en el asunto para nada —contestó, por encima del hombro.

El sillón de Bertha exhaló un chirrido agudo, como de sobresalto.

—¿Qué pintamos nosotros en eso? —le preguntó Sharples.

—Deseo que hagan algo por mí.

—¿Qué?

Sharples cambió de posición.

—No me gusta hacerlo —repitió, aguardando a que yo le tranquilizara.

No dije una palabra.

El sillón inició un chirrido de tanteo al inclinarse Bertha hacia adelante. Su mirada se encontró con la mía. La sostuve. Bertha volvió a dejarse caer contra el respaldo.

—Tendré que decirle algo acerca de las personas interesadas para que pueda usted comprender la situación en que me encuentro —dijo Harry Sharples.

»Cora Hendricks era una mujer acaudalada. Murió sin dejar

parientes cercanos. Shirley Bruce era la hija de un primo difunto. Cora Hendricks se la llevó para criarla al morir la madre de la niña defunción que ocurrió, por cierto, muy pocos meses antes de que la propia señora Hendricks muriera. Robert Hockley no es pariente suyo siquiera. Es el hijo de un íntimo amigo. El padre murió cosa de un año antes que la señora Hendricks.

Sharples carraspeó, con cierto aire de importancia.

—Robert Hockley —siguió diciendo como quien emite un fallo sin apelación— es un joven de costumbres bastante irregulares. Es alocado. Más aún: es testarudo, desconfiado, irritante, y se niega a cooperar.

—¿Jugador?

—Recalcitrante.

—Para eso hace falta dinero.

—Justo.

—¿Se lo dan ustedes?

—¡Ni por pienso, señor Lam! Obligamos a Robert Hockley a subsistir con una cantidad de dinero muy limitada. A decir verdad, y teniendo en cuenta la cuantía del fideicomiso, lo que le damos no pasa de ser una renta nominal.

—¿Y la señorita Bruce?

El rostro de Sharples se dulcificó.

—La señorita Bruce —dijo—, es completamente distinta, una joven muy reservada, muy digna, muy encantadora y muy bella que posee un sentido muy desarrollado de responsabilidad económica.

—¿Rubia o morena?

—Morena. ¿Por qué?

—Nada. Por curiosidad.

Me miró, clavando en mí unos ojos coronados por enmarañadas cejas y yo le devolví la mirada con toda la tranquilidad de un jugador de *poker* avezado.

—Tez y cuello carecen de importancia —dijo.

—Mucho nos gustaría ser más generosos para con Robert Hockley —Sharples prosiguió—. Nos duele privarle de una proporción tan grande de las rentas del fideicomiso…

—Y —comenté yo—, como necesita mucho dinero para desarrollar sus actividades, se juega hasta el último centavo que le cae en las manos. ¿No es eso?

Sharples juntó las yemas de los dedos y escogió con sumo cuidado las palabras.

—Robert Hockley constituye una mezcla extraña. Cuando nos negamos a concederle lo que él consideraba una renta adecuada, pidió dinero prestado y se estableció por su cuenta en un pequeño… taller de reparación donde también se encarga de niquelar faros de automóvil.

—¿Le va bien el negocio?

—Nadie lo sabe. Yo he intentado averiguarlo y no he podido. No obstante, mucho dudo que llegue a triunfar. No es de ésos. Es insociable, arisco…

—¿Se libró de ir a la guerra?

—Sí. Le rechazaron por no sé qué dolencia sin importancia. Me llevé un chasco. De haberse visto obligado a incorporarse, se hubiese simplificado nuestro problema. Y la disciplina del Ejército hubiera resultado una gran cosa para ese joven… ¡una gran cosa!

—Pudieran haberle matado —repuse.

A Sharples no le gustó la forma en que lo dije. Se volvió hacia Bertha Cool.

—No sé qué es lo que me ha impulsado a dar este paso —dijo, con irritación.

Bertha le dirigió una de sus radiantes miradas.

—El emplear a detectives particulares es como ir a unos baños turcos. Sí uno no lo ha hecho nunca antes, se siente terriblemente cohibido. Pero, después de hacerlo un par de veces, y de darse cuenta de los beneficios que obtiene…

Una sonrisa y un movimiento de cabeza dejaron que Sharples terminara por su cuenta la frase, diciendo:

—Necesito información que es absolutamente preciso que obtenga. No puedo obtenerla yo.

—Para eso estamos nosotros —ronroneó Bertha.

—Shirley Bruce —continuó—, también es un problema… de distinta clase. Como he dicho, según los términos del fideicomiso, quedamos autorizados para darle a cada beneficiario la cantidad que nos parezca bien. Podemos no darle un centavo a uno. No es lícito, sí así lo deseamos, darle al otro diez mil dólares al mes. Claro está que, sí eso continuara durante un periodo muy largo, tendría por resultado un desequilibrio completo. Es decir, un beneficiario

recibiría más que el otro: mucho más.

—Ciento veinte mil dólares más al año —insinué yo.

—Oh, no cité esa cantidad para que se tomara al pie de la letra, señor Lam. Sólo a modo de ilustración.

—En ese sentido la mencioné yo —contesté.

—Bueno, sea como fuere, ahora ha comprendido usted las posibilidades.

Moví afirmativamente la cabeza.

—Ahora bien, Shirley Bruce es una jovencita de voluntad muy fuerte, una señorita con principios, una mujer de opiniones concretas. Se niega a aceptar un centavo más de lo que recibe Robert. Comprenderá usted porque nos coloca eso en una posición un poco embarazosa.

—¿Quiere usted decir con eso que rechaza el dinero? —exclamó Bertha, con incredulidad.

—Eso mismo.

—No lo entiendo —dijo Bertha.

—Ni yo tampoco —confesó Sharples—; pero ésa es su actitud. Evidentemente no quiere ser más favorecida que el otro beneficiario. Le parece que el fideicomiso debe ser repartido por partes iguales… Opina que, aunque tenemos perfecto derecho, de acuerdo con el testamento, a variar las reatas, la idea fundamental es que, a fin de cuentas los bienes se repartan por igual.

—¿Cuándo?

—Cuando el más joven de los beneficiarios llegue a los veinticinco, o cuando el fideicomiso se liquide por cualquier razón.

—Así, pues, cuando Robert Hockley cumpla los veinticinco años, ¿tendrán ustedes que darle la mitad de los fondos que queden?

—No. Cuando Shirley cumpla los veinticinco. Robert Hockley tiene tres años más que ella. Tendrá veinticinco cuando el fideicomiso se liquide… dentro de tres años. Cuando termine el plazo, podemos darle la mitad de lo que haya o comprarle una pensión vitalicia, pagable por meses, con la parte de la herencia que le corresponde. Eso queda a discreción nuestra.

—De suerte que, cuanto más dinero quede, más habrá que repartir cuando el fideicomiso termine.

—Naturalmente.

—Pero cuando se distribuya, ha de hacerse en partes iguales,

¿no es eso?

—Sí, salvo que podemos distribuir el dinero en efectivo o comprar pensiones.

—¿No hay ninguna otra opción?

—No.

—Pero, mientras dure el fideicomiso, ¿ustedes pueden hacer una distribución desigual?

—Justo.

—¿Qué es lo que desea?

—Me resulta difícil describirle adecuadamente a Shirley Bruce. Es una joven de voluntad muy fuerte.

—Eso lo dijo usted antes.

—¿Conoce a Benjamín Nuttall? —preguntó Sharples bruscamente.

—¿El joyero?

—Sí.

—No le conozco. He oído hablar de su establecimiento.

—¿No es un joyero muy caro? —Inquirió Bertha.

—Comercia en cosas caras —respondió Sharples—. Especialista, hasta cierto punto, en esmeraldas. Da la casualidad que gran parte de la fortuna de Cora Hendricks se compone de propiedades mineras sitas en Colombia, y… ¿Sabe usted algo de esmeraldas?

Miraba a Bertha al hacer la pregunta. Ella movió negativamente la cabeza.

—Pues bien —dijo Sharples— puede decirse que el Gobierno colombiano monopoliza estas piedras. Las mejores esmeraldas del mundo se encuentran allí, y el Gobierno colombiano domina todo el mercado. Es él quien dispone la cantidad que ha de sacarse de las minas, cuántas irán de tallarse, y cuántas ponerse a la venta. Y nadie sabe a ciencia cierta qué sucede entre bastidores. Se extraen esmeraldas, se tallan y se venden. Nadie sabe qué factores influyen en las decisiones. Evidentemente, ése es un secreto de la mayor importancia. El especulador que pudiera averiguar determinados detalles se encontraría en una posición muy ventajosa.

—¿Qué quiere decir con eso? —inquirió Bertha, brillándole en los ojos la codicia.

—No se han extraído esmeraldas de la tierra desde hace algún tiempo ya, por ejemplo —explicó Sharples—. El Gobierno le dirá

que no es necesario. Le dirán que tienen una cantidad suficiente almacenada para atender temporalmente la demanda. Es más, sí tiene usted algo de influencia, la dejarán entrar en las cámaras acorazadas y le enseñarán las esmeraldas. Le dirán que la colección que está usted viendo constituye la totalidad de las existencias… que tienen la intención de extraer unas cuantas más cuando los gastos de operación de las minas sean más bajos… pero que ahora las condiciones no son muy ventajosas, y todo eso…

—¿Qué? —inquirió Bertha.

—Pues —repuso Sharples— que se queda uno sin saber si, en efecto, el lote que ha visto constituye la totalidad disponible. Uno nunca sabe. Se las tiene que haber con algo muy grande, algo, como quien dice, atrincherado. Es cómo sí se comerciara con una enorme compañía particular… sólo que, además de eso, tiene uno que habérselas con el poder absoluto del Estado. Resulta muy encocorador a veces.

—Así, pues, ¿he de entender que parte de la fortuna de Hendricks se compone de terrenos esmeraldíferos…?

—De ninguna manera —contestó el hombre con brusquedad—. Se precipita en sus conclusiones, joven, y como suele suceder en estos casos, se equivoca de medio a medio. Las propiedades mineras que se hallan bajo nuestro dominio y nuestra dirección son propiedades auríferas hidráulicas situadas muy lejos de la zona en que se encuentran las esmeraldas. Pero a mis contactos en Colombia debo el haber llegado a saber algo del mercado de esmeraldas.

—¿Qué tiene que ver todo eso con Nuttall? —pregunté.

—De cuando en cuando hago un viaje a Colombia y… —bueno, pues tengo relaciones allí, claro está. Y mi co-fideicomisario Robert Cameron va y viene con mucha frecuencia. Está relacionado con personas muy influyentes. En ocasiones, me entero de alguna cosa yo también… a veces por Cameron. Datos sueltos, ¿sabe?… rumores, cosas que se cuchichean por allá y que sólo en Colombia pueden escucharse. Y, como Nuttall es tratante en esmeraldas, es natural que todo eso le interese.

—¿Le da usted a conocer cuantos informes recoge?

—No todos —se apresuró a decir Sharples—. Algunos son confidenciales; pero él… Bueno, le comunico todo aquello que no es confidencial… rumores escuchados aquí y allá… Somos bastante

íntimos… en cierto modo. Pero él es sagaz y reservado… astuto como el mismísimo demonio. Tiene que serlo.

—¿Tiene usted relaciones comerciales con Nuttall?

—De ninguna manera. Nuestras relaciones son puramente amistosas.

—¿Qué es lo qué desea?

Sharples aclaró su garganta.

—Estuve hablando con Nuttall hace cosa de un par de días. Como es natural, la conversación acabó versando sobre esmeraldas. Nuttall suele encargarse, por regla general, de que se toque ese tema. Me dijo que había adquirido recientemente, para venderlo, un pinjante de esmeraldas nada común. Iba a hacer reengastar las piedras y hacer un nuevo modelo de pinjante. Las piedras eran de una pureza poco corriente y de un color muy intenso.

Cruzó las piernas y volvió a carraspear.

—Continúe —le instó Bertha, casi sin aliento.

—Me lo enseñó. Era un pinjante que yo conocía… aunque llevaba algún tiempo sin verlo. Había sido propiedad de Cora Hendricks y era una de las cosas que legara específicamente a Shirley Bruce.

—¿Nuttall tenía la pieza para reengastarla o para venderla?

—Para venderla. Eso de reengastar las piedras en una montura nueva era una idea puramente suya.

—¿Conque?…

—Conque quiero averiguar por qué llevó Shirley Bruce la joya allí y la pignoró. Sí necesita dinero, quiero saber cuanto y por qué.

—¿Por qué no se lo pregunta a ella?

—No puedo hacerlo, si no vino a mí a decírmelo espontáneamente… bueno, pues no puedo hacerlo, he ahí todo. Y, además, hay otra posibilidad.

—¿Cuál?

—Alguien puede haber empleado… bueno… ah… cierta presión para sacarle el pinjante.

—¿Chantaje?

—¡Oh, no, eso sí que no, señor Lam! Chantaje es una palabra muy fea prefiero pensar en ello como un simple caso de coacción.

—En mi diccionario, ambas palabras son sinónimas.

Permaneció silencioso.

—¿Qué es, exactamente, lo que desea usted que hagamos? —inquirió Bertha.

—Primero —dije—, que traten de averiguar quién llevó la joya al establecimiento de Nuttall. No creo que lo consigan… estos grandes joyeros protegen siempre a sus clientes. Segundo: que descubran qué es lo que te obliga a Shirley a buscar dinero y cuál es la cantidad que necesita.

—¿Cómo me pondré en contacto con la señorita Bruce? —pregunté.

—Le presentaré yo.

—¿Cómo me pondré en contacto con Nuttall?

—Que me ahorquen sí conozco la respuesta a esa pregunta. Me temo que no la tiene.

Bertha inquirió con cautela:

—¿Podría ir yo a la tienda de Nuttall, decirle que me interesaba un pinjante de esmeraldas de determinado tipo, y…?

—¡No sea idiota! —la interrumpió Bertha—. Habría una probabilidad entre cien de que Nuttall le enseñara el pinjante. Sí lo hiciese, le daría precio y garantizaría el título de propiedad. No discutiría con usted cómo había llegado a sus manos. Puedo asegurarle, señora Cool, que no hay ninguna manera fácil de obtener la información que deseo.

Bertha se aclaró la garganta.

—Solemos cobrar siempre algo por adelantado para prestar nuestros servicios —dijo, mirándome.

—Yo no pago por adelantado —anunció Sharples.

—Y nosotros no trabajamos sin anticipo —le informé—. Extienda un cheque de quinientos pavos y tráceme un boceto del pinjante.

Quedóse muy quieto mirándome.

Bertha empujó su pluma estilográfica hacia él.

—No, gracias —repuso Sharples—, al trazar el boceto de una joya, siempre se hace mejor con lápiz. Hay más facilidad para dar las tonalidades… los claros y las sombras…

—La pluma estilográfica es para que extienda el cheque, solamente —repliqué.

capítulo dos

EL entrar en el establecimiento de Nuttall era como meterse en una de esas cámaras frigoríficas modernas que se abren solas. Las puertas giratorias, actuadas por células fotoeléctricas y rayos infrarrojos, se abrieron bruscamente cuando me acerque a ellas. Sabía, de sobra, que lo único que tenía que hacer cualquier empleado era darle a un interruptor para que aquellas puertas se hicieran tan fijas como el granito.

Por detrás de los mostradores circulaban hombres jóvenes, elegantes, respetuosos, de agradable personalidad y ojos de lince. Un encargado se acercó a mí con cierta vaga inquietud al mirarme de arriba abajo.

—¿Está Nuttall? —pregunté.

—No estoy seguro. Quizá esté. No le he visto esta mañana. De hallarse aquí, ¿quién digo que desea verle?

—Donald Lam.

—Y ¿el objeto de su visita, señor Lam?

Le miré de hito en hito.

—Soy detective.

—Ya me lo parecía a mí —murmuró él, sonriendo con frialdad.

—Ya me lo olí yo —le dije, sonriéndole con frialdad mayor.

—¿Podría —quiso saber— decirme algo acerca de lo que desea tratar con el señor Nuttall?

—Será algo breve —repliqué.

—Tendrá que serlo.

—Me encuentro sobre la pista de una joya que han empeñado. Creo que la tienen ustedes.

—¿Qué la pasa?

—Quema.

—¿Puede describirla?

—A usted, no.

—Un momento. Aguarde aquí mismo.

La forma en que pronunció las últimas palabras daba a entender bien a las claras que era allí mismo, era la mismísima baldosa sobre la que estaba pisando, donde debía esperarme.

Encendí un cigarrillo. El encargado se acercó rápidamente a un teléfono. Lo descolgó. Dijo algo. Luego, tras unos instantes de conversación, desapareció por una puerta que daba a la trastienda. Dos minutos más tarde volvió a mi lado.

—El señor Nuttall le recibirá… unos segundos.

Le seguí por una ancha escalera, un corto corredor arriba, a través de una oficina donde una muchacha escribía a máquina, y entré en un despacho interior iluminado por tubos fluorescentes instalados en el techo. Las mullidas alfombras y los sillones profundos daban al lugar un ambiente de comodidad y lujo.

El hombre sentado a la mesa de caoba me dirigió la misma mirada que sí yo hubiera sido un cobrador de facturas infectado de lepra.

—Yo soy Nuttall.

—Y yo, Lam.

—¿Trae sus credenciales?

Le enseñé mi licencia.

—¿Qué quiere?

—Un pinjante de esmeraldas.

—Descríbalo —repuso sin inmutarse.

Saqué del bolsillo el boceto de Sharples y lo deposité sobre la mesa.

Lo tomó. Lo miró. Clavó en mí la vista y por fin reanudó el diálogo.

—Los asuntos como éste suele tratarlos la policía siguiendo un procedimiento rutinario.

—Esto no tiene nada de rutinario —contesté.

Siguió estudiando el boceto. Al cabo de un momento:

—No tengo en toda la casa nada que se le parezca. ¿Por qué vino a mí?

—Creí que se especializaba en esmeraldas.

—Hasta cierto punto, sí. Pero no tengo nada como esto. No he visto nada parecido.

Alargué la mano para recoger el boceto.

Vaciló unos instantes. Luego me lo devolvió.

—¿Dijo que quema?… ¿es artículo robado?

—Sí.

—Quizá podrá usted decirme algo más sobre el asunto.

—Sí usted no ha visto el pinjante, no veo yo la necesidad de aclaraciones.

—Pudieran ofrecérmelo.

—Sí tal ocurre, avise a la policía.

—¿Bajo mi propia responsabilidad?

—Bajo la mía, sí lo prefiere.

—Preferiría no meterme en el asunto… hasta que la policía me lo notificase en la forma usual. Supongo que habrá presentado la denuncia, señor Lam.

Doblé el boceto y me lo metí en la cartera.

—Mi cliente no piensa avisar a las autoridades… todavía.

—Quizá, señor Lam, sí fuese usted un poco más franco conmigo… sí me diera a conocer todas las circunstancias quizá, digo, pudiera calcular más lúcidamente la situación.

—Si no tiene usted el pinjante de esmeraldas —le dije—, no hay situación que calcular.

—No lo tengo.

—Muy buenos días, señor Nuttall.

—Muy buenos días, señor Lam.

Salí del despacho y bajé la escalera. El rayo de luz invisible me abrió la puerta de la calle. Salí, seguido de las miradas hostiles de todos los vendedores de la casa.

Bertha aguardaba a la vuelta de la esquina. Iba de punta en blanco, con sus mejores pieles y diamantes. Y estaba un poco nerviosa.

—Bien va —le dije, después de aguardar un rato—, la cosa pasa a tus manos, Bertha. No dejes de hacerme la señal en cuanto alguien suba la escalera.

Bertha se apeó del automóvil de la agencia.

—Y, sobre todo —la advertí—, no des la impresión de estar ganando tiempo. Haz ver que eres difícil de complacer, he ahí todo. Recuerda que esos dependientes son expertos. En cuanto des el menor resbalón, te «calan».

—Trabajo les doy —contestó Bertha, con brusquedad—. Como se insolenten conmigo… ¡zumba! ¡Los dejo en posición horizontal!

Se encaminó a la joyería.

Puse en marcha el automóvil. Me coloqué en un punto desde el que pudiera ver claramente la entrada. Y me dispuse a esperar.

A los diez minutos, un hombre entró en la tienda. Yo había esperado una mujer, pero aquel individuo ofrecía, indudablemente, posibilidades. Me encontré con él.

Bertha salió poco después. Se sacó un pañuelo del bolso. Se sonó la nariz.

Di al arranque del motor.

Tuve que esperar diez minutos largos a que mi hombre saliera. Estaba bastante turbado al parecer. Buscó un taxi, no lo encontró, y decidió andar. No se le ocurrió volver la cabeza. Le seguí hasta su despacho. Era Peter Jarratt. La placa atornillada a la puerta le describía como «agente comercial: inversión de capitales».

Me estacioné en el corredor. Transcurrieron veinte minutos antes de que un hombre de aspecto próspero y cincuenta y tantos años de edad se presentara. De distinguido porte, irradiaba cierta confianza y serenidad. Cuando se fue, le seguí hasta su automóvil — un Buick grande, azul de dos tonos. El número de matricula era el 4E4704. Probablemente hubiese podido seguirle, pero no quise correr el riesgo. Lo creí innecesario. No era la clase de hombre que hubiese conducido un automóvil robado.

Regresé al despacho. Consulté un registro. El número de matrícula correspondía a un coche inscrito a nombre de Robert Cameron. Griswell Drive No. 2904. Conocía el nombre. Era el del otro fideicomisario.

Lo mirara como lo mirase, el resultado era el mismo; traición, con letras de a palmo.

capítulo tres

EN el Palacio de Justicia obtuve ciertos informes relacionados con los bienes de Cora Hendricks, muerta en mil novecientos veinticuatro. Se había creado un fideicomiso testamentario. Harry Sharples y Robert Cameron eran los dos fideicomisarios. El fideicomiso resultaba ser aproximadamente como Sharples lo describiera, salvo en un detalle, puesto que el fideicomiso en sí lo dejaba todo a la discreción de los fideicomisarios, por fuerza había de extinguirse en caso de morir ambos antes de que cumpliera los veinticinco años el más joven de los beneficiarios.

Reflexioné sobre ese punto de regreso al despacho.

Elsie Brand, que aporreaba la máquina, dejó de trabajar el tiempo suficiente para dirigirme una sonrisa.

—¿Está Bertha? —pregunté, señalando la puerta del despacho particular con un movimiento de cabeza.

Elsie hizo un gesto afirmativo.

—¿Alguien con ella?

—El nuevo cliente.

—¿Sharples?

—Sí.

—¿Qué le hizo volver?

—No lo sé. Se presentó hace cosa de veinte minutos. Bertha se había ido a comer. La esperó.

—¿Algo que le preocupa?

—Pudiera ser.

—Entraré. No tomes ese trabajo demasiado en serio, Elsie.

—Desde que me conseguiste el aumento de sueldo, Bertha me echa unas miradas asesinas cada vez que me detengo a empolvarme la nariz —díjome echándose a reír.

—No le hagas caso. Tiene un corazón de oro bajo una capa

protectora de hormigón.

Abrí la puerta del despacho particular, y entré. Ahora que Bertha tenía los honorarios en su poder, había dejado de sonreír. Parecía estarle hablando a Sharples con toda claridad y sin adornos. Vi que el hombre tenía el rostro levemente encendido.

Bertha se interrumpió a media frase al abrir yo la puerta. Dijo:

—Aquí le tiene. Pregúnteselo.

—Eso —anunció Sharples— es lo que pienso hacer.

Cerré la puerta de un puntapié al paso que le decía:

—Dispare.

—¿Qué mil diablos le ha estado usted diciendo a Nuttall? —exigió.

—¿Qué pasa ahora?

—Me telefoneó, disgustado. Quería saber si le había hablado a alguien del pinjante de esmeraldas que me enseñara.

—¿Qué le contestó usted?

—Rotundamente, que no.

—Entonces está bien.

—Tuve el presentimiento de que habría hecho la pregunta como consecuencia de algo que usted haría.

—He descubierto quién le vendió el pinjante —anuncié.

Sharples me miró y frunció el entrecejo.

—¿Qué ha dicho?

—He descubierto quién le vendió el pinjante.

—No puede ser. Eso es imposible en un establecimiento de esa clase…

—El nombre del individuo es Robert Cameron —afirmé.

—Por el amor de Dios, ¿se ha vuelto usted loco, amigo?

—Cameron se valió de un agente para llevar la operación a cabo. De un tal Peter Jarratt.

—¿Cómo ha averiguado usted todo eso?

Bertha intervino, diciendo:

—¿Qué diablos suponía que íbamos a hacer? ¿Estarnos sentados tocándonos las narices?

—Pero, escuche, esto es absurdo, imposible y fantástico —replicó Sharples—. En primer lugar, conozco la habilidad y la fama de Nuttall. Conozco su credo, la ética comercial que le caracteriza. Jamás se le ocurriría descubrir el nombre de la persona que le

hubiese vendido una joya. Claro que una tienda de la categoría ésa no querría reconocerlo, pero hace negocio de prestamista sobre piezas ultra-caras. En segundo lugar. Robert Cameron es mi co-fideicomisario. Le conozco íntimamente desde hace años. No haría una cosa así sin consultarme. En tercer lugar, Shirley Bruce me tiene afecto. Me hace su confidente. Es como si fuera su pariente. Me llama tío Harry y, si fuera su tío de verdad, no sería mayor la estima en que la tengo. No le profesa especial cariño a Cameron… No es que le encuentre antipático, pero no existe entre ellos el mismo lazo de mutua simpatía, comprensión y afecto. De haber ido Shirley a confiarse a alguien, lo hubiera hecho a mí.

—Iba usted a presentarme a ella. ¿Cuándo va a ser eso? —le pregunté.

—No antes de haberme entrevistado con Bob. Le voy a hablar claro, le voy a… ¡maldita sea! ¡Voy a demostrarle a usted que ha cometido un grandísimo error!

—Vive en Griswell Drive No. 2904. ¿Cuándo quiere ir?

Sharples consultó el reloj y apartó, luego, la silla.

—Ahora —contestó, con dureza—. Y sí después de haber armado tanto jaleo resulta haberse equivocado, y equivocado está, lo sé seguro, voy a ordenar al Banco que no pague mi cheque.

Bertha empezó a decir algo y se contuvo. No hacía falta que ella me lo dijese para que supiera que habría corrido a canjear el cheque antes de que la tinta se secara.

—Estoy dispuesto a marchar tan pronto como usted desee, señor Sharples —aseguré decidido.

capítulo cuatro

YA en el automóvil, le dije a Sharples:

—¿No le parece que resultaría más lógico interrogar a Shirley Bruce acerca del pinjante… si es suya la joya?

—No, hasta más tarde.

Aguardé a que se explicara. Pero no lo hizo.

Guardamos silencio un buen rato. Luego, bruscamente, dijo Sharples:

—Nunca se me ha ocurrido, claro está, que exista posibilidad alguna de que Bob haga algo sin comunicármelo previamente.

Ahora me tocó a mí callar.

—Shirley es una buena chica —continuó—, una chica muy buena. Y no quiero molestarla a menos que sea absolutamente necesario. Y, por encima de todo, no quiero dar la impresión de que me inmiscuyo en sus asuntos particulares.

—Creí que quería usted averiguar por qué había empeñado el pinjante.

—Y lo quiero.

—¿No es eso inmiscuirse en los asuntos particulares de la dama?

—Es usted quien ha de hacerlo. Para eso le he contratado.

—Ya —contesté secamente.

—¡Me siento un espía! —exclamó, irritado.

Aguardé un par de manzanas, para volver a hablar.

—Después de todo, en buenas manos se halla si se ha dirigido a Cameron.

—Me temo que no. Mala debe ser la cosa para que no quiera que yo me entere. Comparado a mí. Cameron es para Shirley como un extraño. Es decir… quiero decir… bueno, por ley natural recurriría a mí si tropezara con baches.

Nada dije durante ocho o diez manzanas más. Luego pregunté:

—¿Hay algo que debiera saber de Cameron antes de hablar con él?

—Prefiero que sea usted simple testigo. Ya hablaré yo con él.

—De esa manera —le hice ver— si dice usted algo que le ofenda, no podrá ni presentar pruebas ni dar marcha atrás. Si hablo yo, usted no tiene más que limitarse a escuchar. Si me excedo, no le arrastro a usted conmigo.

—¡Al diablo con la diplomacia! ¡En la vida llegué a parte alguna con ella! Si tengo algo que hacer o decir, me gusta hacerlo o decirlo y acabar de una vez.

—Siempre que el hacerlo o decirlo lo acabe. A veces sucede lo contrario. Sea como fuere, me gustaría saber algo de Cameron.

—Bob Cameron tiene cincuenta y siete años. Tuvo experiencia minera en el Klondike, vivió algún tiempo en el desierto buscando oro, y, en sus correrías, acabó llegando al Yucatán, Guatemala. Panamá y, finalmente, a Colombia. Conoció a Cora Hendricks en Medellín. ¿Ha estado usted allí alguna vez?

—Yo soy detective, no trotamundos.

—Lindo sitio —anunció Sharples—. Un clima que no creería usted posible. Nunca varía la temperatura más de cinco o seis grados, noche o día, invierno o verano. Alrededor de veinticuatro grados centígrados todo el año. La gente es hospitalaria, amistosa, inteligente y culta. En los ratos de asueto se sienta en patios enormes, casas magníficas, y…

—Y —le interrumpí—, ¿usted estuvo allí también?

—Sí. Estuvimos todos juntos. Allí fue donde conocimos a Cora Hendricks. No en Medellín, sino en la mina, a orillas del río.

—¿Y a Shirley Bruce?

—Claro. Parece como si hubiera sido ayer, aunque hace… deje que piense… sí; debe de hacer veintidós años. Cora había marchado a los Estados Unidos a hacer una visita. Su prima murió en un accidente de automóvil. El marido, padre de Shirley, había dejado de existir pocos meses antes a consecuencia de un ataque cardiaco. Cora no se había casado nunca… una solterona… Recogió a la huerfanita y volvió con ella a Colombia. Ella y la esposa del superintendente de la mina se encargaron de cuidar a la niña y satisfacer hasta el menor de sus caprichos. Todos llegamos a cobrarle un gran afecto a la criatura.

—¿Trabajaban ustedes todos en la misma mina?

—Sí y no. Bob Cameron y yo éramos propietarios de terrenos adyacentes… Hay mucha minería hidráulica por allá, ¿sabe?… Es un país la mar de interesante.

—Y ¿Cora Hendricks murió poco después de volver con la criatura?

—A los tres o cuatro meses, sí.

—Y ¿se pusieron ustedes a dirigir la mina entonces?

—No inmediatamente. Bob Cameron y yo regresamos a los Estados Unidos para hacer declarar legal y auténtico el testamento en juicio de testamentaria. Tardamos un año en volver a Sudamérica. No era tan fácil viajar entonces como ahora. Nos quedamos de una pieza al enterarnos de la cuantía de los bienes de Hendricks. Y, desde luego, nos sorprendió que se nos nombrara fideicomisarios.

»No éramos más que una pareja de jóvenes aventureros. Cora era más vieja que cualquiera de los dos… una solterona apergaminada, astuta, lista, como ella sola, pero reservada. Jamás hablaba de sus negocios. Más de una vez pensé en la criatura. Supongo que no ocultaba nada, pero hubiera podido ser suya. La quería tanto como si… pero no hay necesidad de discutir eso. Shirley Bruce se llevaría un susto si sospechara que… bueno, ya me entiende, su parentesco… todo eso. ¡Qué rayos! ¡Estoy pensando en alta voz! Como una vieja charlatana. Usted no dirá una palabra de todo esto. Lam. Maldito si no le rompía la crisma de hacer usted algo que pudiera hacer sufrir a Shirley.

—¿Investigó usted lo de los primos… los padres de Shirley?

—Si quiere que le diga la verdad, no nos molestamos en comprobarlo. Cora se presentó con la niña y la historia de la muerte de su prima. Había estado ausenta un año. Recuerdo que Bob y yo pensamos… bueno eso no tiene nada que ver con el asunto… Cora nos dijo que la criatura era Shirley Bruce, que una prima de la que habló con bastante vaguedad… creo que era una prima segunda… ¿si la estará molestando alguien a Shirley sobre ese punto? No puedo comprender que necesitara dinero y no acudiese a mí.

—¿Y Cameron? ¿Hay alguna cosa que debiera conocer de él antes de que se celebre la entrevista?

—No lo creo. ¡Qué rayos, Lam, no sé yo que sea necesaria su

presencia después de todo! Quizá fuera mejor que Bob y yo discutiésemos la cuestión a solas.

—Como usted quiera. Claro que pudiera preguntarse cómo diablos había llegado usted a enterarse de que había tenido el pinjante él.

—Es cierto. Y, ya que está usted metido en el asunto, creo que será preferible que continúe metido en él hasta el final.

—Lo que usted diga.

—Finja pertenecer a alguna asociación de joyeros que investiga por costumbre, siempre que se ofrecen a la venta artículos de determinado tipo. Arréglelo como quiera. Usted es ingenioso y puede hacer que la explicación resulte convincente. Pero procure no darle la idea ni hacerle sospechar que le he contratado yo.

—Tendré que arriesgar el cuello.

—Arriésguelo. Para eso le pago. Y, a propósito, si quiere resultarle simpático a Bob Cameron, muestre algo de interés por *Pancho*.

—¿Quién es *Pancho*? ¿Un perro?

—No. Un cuervo.

—¿Cómo es eso?

—¡Qué sé yo! Que me ahorquen si comprendo por qué ha de tener un cuervo por favorito. El pajarraco ese es sucio, imprudente, ruidoso. Ello no obstante, procuro quererle para darle esa satisfacción a Bob.

»Bueno, ya hemos llegado, señor Lam. He de confesar que me siento verdaderamente ruin al espiar a un compañero de esta manera. Pero hay que aclarar este asunto. Es un deber desagradable, aunque ineludible.

La casa era de estuco blanco con baldosa encarnada, verde cuadro de césped y arbustos recortados. En la parte posterior había un garaje para tres coches. Hacia falta tener mucho dinero para sostener un lugar así.

Sharples se apeó del coche, subió los escalones de la puerta principal, hizo ademán de oprimir el pulsador del timbre con un dedo y medio segundo después empujó la puerta. Se abrió, y Sharples se echó cortésmente a un lado para que entrase yo.

—Más vale que entre usted primero. Yo soy un extraño.

—Justo. Un buen detalle —asintió Sharples—. Estará arriba, en

el piso de la azotea… se pasa la mayor parte allí. Tiene un agujero por debajo para que su maldito cuervo pueda salir y entrar a su antojo. Por esta escalera, Lam.

—¿No está casado?

—No. Vive aquí solo, con un ama de llaves vieja… una colombiana que lleva muchos años a su servicio. Una casa bien grande para un soltero. María no debe estar… ¡eh, María!… ¡Hola, María! ¿Hay alguien aquí?

Sólo los ecos le respondieron.

—Está de compras —dijo Sharples—. Bueno, arriba. Echó a andar delante de mí.

—¡Ladrón! ¡Ladrón! ¡Embustero! —gritó una voz ronca y burlona.

La voz aquélla, al rasgar el silencio casi sepulcral de la casa, hizo que Sharples diera un brinco de sobresalto.

—¡Ese maldito cuervo! —exclamó, después de rehacerse—. ¡Debieran cortarle la cabeza! ¡Vaya animalito para tener por casa!

Llegamos al final de la escalera. Sharples siguió adelante, pasó por una puerta abierta, y entró en el piso de la azotea.

Oí batir de alas y un ronco graznido. El negro cuerpo de un cuervo pasó rápidamente por delante de la puerta y desapareció, pero aún pude distinguir el batir de alas y un cloqueo singularmente desagradable.

Sharples dio un paso hacia el interior del cuarto y luego retrocedió.

—¡Santo Dios! —exclamó.

Me acerqué a su lado. Vi los pies de un hombre y parte de las piernas. Sharples se echó a un lado y contemplé el cuerpo entero: el del hombre a quien había visto salir del despacho de Jarratt.

Yacía en el suelo. Rojos hilillos que manaban de la parte de atrás del mismo habían formado un charco sobre la alfombra. La mano izquierda sujetaba el auricular y la boquilla combinados de un teléfono de tipo francés, y la parte en que se hallaba el disco de marcar colgaba entre mesa y suelo.

—¡Santo Dios! —volvió a decir Sharples.

Había palidecido hasta los labios y, cuando le miré, aquellos labios sin color empezaron a temblar y retorcerse. Se dio cuenta de ello e intentó dominarlos para recobrar, por lo menos en apariencia,

la calma, pero la boca le continuó haciendo muecas.

—¿Es ése Cameron? —pregunté.

Sharples echó a andar hacia la puerta. Liego hasta la escalera y allí se sentó, bruscamente, en el primer escalón.

—Ése es Cameron —contestó—. Mire a ver si hay algo de beber en la casa, Lam… Me… me temo… que voy a vomitar.

—Meta la cabeza entre las rodillas. Sosténgala así. Para que le afluya la sangre al cerebro. No se desmaye.

Sharples inclinó el cuerpo e hizo lo que le dije. Le oí respirar profundamente y le sonó una especie de sollozo en la garganta al inhalar.

Volví a la puerta del cuarto en que se había cometido el asesinato.

Era evidente que el hombre había estado sentado a una larga mesa en el momento de alcanzarle la muerte. Había caído al suelo, arrastrando el teléfono consigo. Claro que le podían haber colocado el auricular en la mano después de matarle. Un par de cartas yacían sobre la mesa. El sillón giratorio en el que, al parecer, estuviera sentado, hallábase ahora caído de lado.

El cuervo había vuelto al cuarto. Estaba posado en la lámpara que pendía del techo, con la cabeza ladeada, y me miraba con ojos negros, pequeños, impudentes…

—Ladrón —dijo.

—Embustero —le contesté.

Medio desplegó las alas y emitió aquel singular cloqueo ronco y gutural.

En un rincón del cuarto colgaba una jaula de acero, una jaula enorme, lo bastante grande para dar cabida a un águila. La puerta estaba abierta y sujeta con un alambre para que no pudiera volverse a cerrar.

Algo que había sobre la mesa atrajo mi atención, algo que relucía con el brillo mate del oro. Me acerqué para mirarlo. Era un pinjante o *pendentif*, al parecer exactamente igual que el que Sharples me dibujara. Pero no llevaba esmeraldas. Los engarces hablan sido alzados y no quedaba una sola piedra en todo el pinjante.

Vi una pistola del 22 encima de la mesa. La luz arrancaba un destello al casquillo del proyectil caído en el suelo. Me incliné para

oler el cañón del arma, poco hacía que la habían disparado.

Observé el fulgor —de un verde oscuro— un verde tan intenso y profundo que era como clavar la mirada en una laguna de agua aprisionada sobre un arrecife de coral. El fulgor emanaba de una esmeralda grande, cuyo color era el más perfecto que había visto en mi vida.

Cerca, unos guantes ligeros, de piel de cerdo. Deduje que su tamaño era el de las manos del muerto. Había llevado guantes al salir del despacho de Jarratt. Aquéllos parecían los mismos.

La causa de la muerte saltaba a la vista. Le habían clavado un puñal en la espalda, por encima del omoplato izquierdo, llegándole al corazón. No estaba el puñal en la herida.

Salí adonde Sharples continuaba sentado, meciéndose hacia atrás y hacia adelante, y gimiendo.

—¿Qué haré ahora? —me preguntó, cuando le posé la mano en el hombro.

—Tiene usted dos recursos —le contesté.

Tenía apagados los ojos al mirarme. Parecía como sí la carne de su rostro hubiera perdido su elasticidad. De haberle clavado yo un dedo en cualquier parte de ella, el hoyo hubiese permanecido visible durante varios segundos. Tan poco elástica era su cara en aquellos instantes, como un pegote de harina amasada. Tras mirarle unos instantes, le dije:

—O denuncia usted el asesinato a la policía, o sale usted de aquí y no dice una palabra. Si todo este dolor del que está dando muestras es pura comedia, más vale que salga de estampía. Si su muerte nada significa para usted, más que la pérdida de un amigo, dé cuenta de ella.

Vaciló. Luego dijo:

—¿Y usted? ¿No exige la ley que se denuncie un descubrimiento de esta índole?

—En efecto.

—¿Correría el… riesgo?

—¡Quiá! Denunciaría el hecho por teléfono; pero no me creería obligado a mencionar mi nombre ni el de la persona que me acompañaba.

Cortóse en seco su agitación con la misma facilidad que se quita un hombre el abrigo. Durante unos segundos fue el hombre de

negocios frío y pensativo.

—¿No me interrogarán de todas formas?

—Probablemente.

—¿No me preguntarán dónde me hallaba en el momento de cometerse el crimen?

—Es muy posible.

—Bueno. Lo denunciamos. Creo que será mejor qué me largue ahora y evite que mis huellas dactilares aparezcan diseminadas por el cuarto más de lo que están ya.

—Así, pues, ¿están ya?

—Pues… no lo sé… Quizá haya tocado algo.

—Lo siento por usted si eso es cierto.

Me miró con el entrecejo fruncido y añadió:

—Hay un bar al otro extremo de la calle. Podemos telefonear desde allí.

—Y… ¿recordará que estuve con usted desde hace una hora, Lam?

—Desde hace veinte minutos —le repuse.

—Pero antes de eso estuve con la señora Cool.

—Bertha se encarga de administrar su propia memoria —le dije —. En eso somos completamente independientes.

capítulo cinco

EL sargento Sam Buda tomó la cosa muy bien.

Estaba seguro de que, cuando nos dejara, examinaría los antecedentes de Sharples con cristal de aumento. Pero, en aquellos instantes, se mostró muy cortés y todo amabilidad.

Sharples hizo su relato. Era asociado de Bob Cameron. Había querido verle por un asunto de cierta importancia y me había llevado consigo porque estaba yo trabajando a sus órdenes en… ah… oh… otro asunto. Noté que el sargento Buda se daba cuenta de la vacilación, pero nada dijo.

Buda me dirigió una mirada, se encontró con la inexpresiva máscara que cubría mi semblante, y volvió a fijar su atención en Sharples. Ya me conocía y podía echarme el guante cuando se le antojara.

—¿Le conoce usted desde hace algún tiempo? —preguntó Buda, refiriéndose a Cameron.

—Hace años.

—¿Conoce a sus amigos?

—Claro que sí.

—¿A sus enemigos?

—No tiene ninguno.

Buda señaló el cadáver con un movimiento de cabeza.

—Tenía uno hace cosa de hora y media.

Sharples no tuvo respuesta para eso, quizá porque ello era incontestable.

—¿Quién es su ama de llaves?

—María González.

—¿Cuánto tiempo lleva a su servicio?

—Muchos años.

—¿Cuántos?

—Oh, ocho o diez.

—¿Hace ella todo el trabajo de la casa?

—Da la ropa sucia a lavar y a veces, busca quien le ayude durante el día. Ella es la única empleada fija.

—En tal caso, no puede haber dado muchas fiestas ni tenido muchos invitados.

—No. No creo que diera fiestas nunca… o casi nunca por lo menos.

—¿Dónde está esa María González ahora?

—No lo sé. Quizá haya salido a la compra o… salido simplemente.

Bailó la risa en los ojos de Buda.

—Elemental, mi querido Sharples —dijo.

Sharples nada contestó.

—¿Cuánto tiempo hace que tenía el cuervo? —pregunto Buda bruscamente.

—Tres años.

—¿El cuervo habla?

—Algunas palabras, sí.

—¿Le hendió Cameron la lengua?

—¡Qué ha de habérsela hendido! En realidad, se obtienen mejores resultados con un cuervo si no se le hiende la lengua, pese a que esté tan extendida la creencia de todo lo contrario.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Me lo dijo Bob.

—¿De dónde sacó ese cuervo?

—Le encontró en un prado cuando estaba a punto de volar. Lo recogió, llevóselo a casa, empezó a darle de comer, y al cobrarle afecto, se lo quedó… convirtiéndolo en una especie de mascota. Observará usted que hizo abrir un agujero circular por debajo del gablete para que pudiera el pájaro entrar y salir.

—¿Adónde va cuando sale?

—No muy lejos. Creo que hay una muchacha que tiene otra jaula para él… una tal Dona Grafton. Es la hija de uno de los empleados de la mina. Cameron la conocía mucho. Era él quien se encargaba de hacer casi todos los viajes a Sud América y conocía a toda la gente de la mina mejor que yo.

—¿Qué tiene que ver todo eso con el cuervo?

—No lo sé.

—Ni yo tampoco.

—Quería usted saber adónde iba el cuervo cuando se marchaba de aquí.

—¿Dónde está el cuervo ahora?

—No lo sé. Estaba aquí cuando entramos. Salió y volvió a entrar. Luego se fue otra vez cuando le oyó a usted llegar. Probablemente se encontrará en casa de la Grafton en estos instantes.

—¿Conoce usted sus señas?

—No.

—¿Estaba enamorado Cameron de ella?

—No. Cameron no salía mucho por ahí. No era muy joven ya, que digamos.

—¿Cuántos años más que usted?

—Tres.

—Usted sale por ahí, ¿no?

—No en ese sentido. Es decir, no ando por ahí de galanteo.

—¿En absoluto?

—Apenas.

—¿Tenía amigas Cameron?

—No lo sé.

—¿Qué cree usted?

—No quisiera creer nada sobre el particular.

—¿Para qué deseaba verle?

Sharples contestó a la pregunta sin parpadear siquiera.

—Respecto a ciertas inversiones para el fideicomiso, de cuya administración estaba Cameron encargado conjuntamente conmigo.

Buda se metió la mano en el bolsillo y sacó, con cierto floreo, el pinjante.

—¿Sabe usted algo de esto? —preguntó.

—Ni una palabra —aseguró Sharples mirándole sin inmutarse.

Encendí un cigarrillo para que Buda no empezara a hacerme a mí preguntas. Al cabo de unos instantes, le dijo a Sharples.

—Podría usted darme una lista de las personas con quienes Cameron pudiera haber estado haciendo alguna operación comercial.

—Lo haré —prometió Sharples.

—Y —agregó Buda, con una indiferencia excesivamente

estudiada—, creo que eso es todo. No olvide de darle un repaso a la memoria y, si se acuerda de algo que no me haya dicho, póngase en contacto conmigo. Haga esa lista que le pido, indique al lado de cada nombre la relación que dicha persona tenía con Cameron, y podrá usted marcharse entonces.

—¿Y yo? —le pregunté.

Buda me miró, fijamente.

—Usted puede marcharse cuando quiera. Sé dónde puedo encontrarle.

—Ahora no, ahora no, ahora no —se apresuró a decir Sharples —. Deseo que se quede, Lam. Presiento que tengo necesidad de…

Tosió, carraspeó y no completó la frase.

—Ayúdele a hacer esa lista —dijo Buda, enigmáticamente, saliendo de la estancia.

María González entró cuando Sharples completaba la lista. Era delgada, morena, alrededor de los cincuenta y, al parecer, tuvo cierta dificultad en comprender qué era lo que estaba ocurriendo.

Llevaba un bolso con comestibles, —bolso que debía pesar quince libras por lo menos—. Unos policías la habían interceptado a la puerta de la casa, haciéndola subir a toda prisa a la azotea para que la viese el sargento Buda.

Cuando pareció experimentar dificultad en darse cuenta de lo sucedido, Sharples soltó la pluma y se puso a hablar en español.

Le dirigí una mirada al guardia que había junto a la puerta del cuarto. De haberme hallado yo en el lugar de Sam Buda no me hubiese gustado que dos de los testigos se pusieran a hablar en un idioma que ninguno de los presentes comprendía.

Si el guardia entendía el español, no dio la menor muestra de ello. Consultó su reloj un par de veces, como preguntándose cuándo iba a tener ocasión de comer. Desperezóse, bostezó y encendió un cigarrillo.

Durante todo ese tiempo Sharples y María González charlaban hasta por los codos en español, intercambiando palabras suficientes para describir toda la carrera de Robert Cameron desde su nacimiento hasta su muerte.

Luego, bruscamente, María soltó un respingo y empezó a llorar. Sacó un pañuelo del portamonedas e intentó ahogar sus sollozos. En pleno paroxismo de dolor, se le ocurrió otra cosa, soltando el

pañuelo alzó los ojos lacrimosos hacia Sharples, y rompió a hablar a trescientas palabras por minuto en español.

Fuera lo que fuese lo que se le había ocurrido, Sharples no tenía el menor deseo de hablar de ello. Alzó la mano izquierda e hizo unos gestos como quien aparta de sí la idea de un empujón. Escupió una orden.

No es necesario comprender español para reconocer una enfática negativa cuando se oye.

Tras eso, la mujer prosiguió sollozando quedamente y Sharples terminaba de redactar la lista.

—¿Qué hago con esto? —me preguntó.

Indiqué al agente de guardia junto a la puerta y dije:

—Entréguesela a ése. Dígale que se la ha pedido Buda.

Sharples hizo lo que le aconsejé.

—Bien. Creo que eso es todo —dije yo.

Y eché a andar hacia la puerta.

Sharples volvió la cabeza en espera de una señal por parte del guardia. Éste agitó la mano, para darnos a entender que podíamos marcharnos.

A medio camino de la escalera, a Sharples ocurriósele algo y retrocedió en dirección al ama de llaves.

—Frene —le dije en voz baja—. No intente abusar de la suerte, que ya ha tenido demasiada. Vuelva atrás y empiece a hablar en español con ella otra vez, y por muy tonto que sea un guardia, es seguro que se le presentan ideas.

Sharples adoptó una actitud de virtuosa indignación.

—¿Qué diablos ha querido decir con esa salida? —exigió.

—Nada más que una cosa. Que ya que se ha puesto a andar, continúe en movimiento.

—No me gusta lo que eso quiere decir.

Pero siguió andando escalera abajo, y a través de la casa hasta llegar a la calle.

capítulo seis

UNA vez en el coche, dijo Sharples:

—Lam, quiero llevarle al piso de Shirley Bruce ahora. Quiero ser el primero en darle la noticia de lo que le ha ocurrido a Cameron. Y deseo averiguar lo de ese maldito pinjante.

—Por mí no hay inconveniente —le dije—. Es usted quien paga el tiempo.

Vi que le temblaba la mano al darle al arranque. Chirriaron los engranajes cuando encajó en primera. Al llegar a la segunda travesía, inició el cruce con luz roja luego retrocedió y pegó contra el coche que iba detrás.

—¿Quiere que conduzca yo? —le pregunté.

—Bueno. Estoy un poco alterado.

Me apeé y di la vuelta al «auto». Sharples se corrió hacia el otro lado y yo abrí la portezuela de la izquierda, sentándome al volante. Seguimos en dirección Oeste hasta un distrito de pisos de lujo y Sharples me dijo dónde debía parar. Le pregunté si tenía empeño en que entrara con él. Me dijo que sí.

Shirley Bruce no me vio al principio. Soltó un gritito de alegría y corrió hacia Sharples. Éste intentó mostrarse serio y digno, pero la muchacha le echó los brazos al cuello, alzó una pierna hacia atrás, y exclamó:

—¡Tío Harry!

Había hecho una labor de besuqueo muy completa antes de que pudiera Sharples liberar los labios para decir:

—Señorita Bruce, quisiera presentarle a un… ah… uh… un amigo mío: el señor Donald Lam.

Soltó a Sharples, encendida y llena de embarazo unos instantes. Luego me dio la mano y nos invitó a entrar y sentarnos.

Era morena, con toda la chispa y todo el fuego de un ópalo

negro. Su figura hubiese ido bien como adorno de un calendario artístico. Tenía curvas, y ojos, y piernas. En aquel instante se mostraba respetuosamente recatada; pero eso no significaba nada. Eran salientes los pómulos, respingada la nariz, y pequeña la boca y de labios carnosos. Se deslizaban las expresiones por su semblante como las sombras de las nubes por la montaña.

Le quitó el carmín de la cara a Sharples con su pañuelo. Se puso a trabajar luego con un dedo meñique, barra de carmín y polvera, aplicándose a los labios un vívido carmesí hasta dejárselos como sabrosas fresas prestas a ser comidas. Y, durante todo ese tiempo, no dejó de hablar ni un solo instante.

—Ya iba siendo hora de que te presentaras tío Harry. ¿Te das cuenta del tiempo que ha pasado desde que te vi la última vez? ¿Qué estás haciendo? ¿Intentando matarte a fuerza de negocios? Trabajas demasiado. Necesitas jugar. Y prometiste llevarme pronto a Colombia. Después de todo, no hay necesidad de trabajar como un esclavo siempre. ¿Por qué no podemos…?, pero ¿qué ocurre? Pareces como si… Dime, ¿ha sucedido algo?

Sharples carraspeó, sacó torpemente la pitillera. Me miró con impotencia.

Enarqué las cejas y Sharples hizo un gesto afirmativo.

—Le traemos una mala noticia señorita Bruce —dije.

El rígido dedo que aplicaba los últimos toques a la comisura de sus labios se inmovilizó. No volvió la cabeza, pero los ojazos negros giraron en las órbitas para mirarme por encima del espejo de la polvera.

—¿Diga? —murmuró, sin moverse aún.

—Robert Cameron ha muerto a primera hora de esta tarde —añadí.

La polvera se le escapó de entre los dedos, y pegando contra su rodilla, derramó los polvos sobre la alfombra.

Su mirada no se apartó de mi rostro.

—¿Ha muerto?

—Sí.

—¿Cómo?

—Asesinado.

—¿Asesinado?

—Sí.

—¿Quién le mató?

—Hasta ahora, tanto vale su opinión como la mía. ¿Cuándo le dio ese pinjante?

—¿Qué pinjante?

—El legado por Cora Hendricks.

—¿Se refiere al pinjante de esmeraldas?

—Sí.

—¡Santo Dios! —exclamó—. ¡Eso!

Las pupilas de Sharples se contrajeron.

—¿Qué me dices de ello? —preguntó—. Necesitabas dinero, ¿verdad, Shirley? Y fuiste a Bob Cameron y le pediste que vendiera el pinjante. ¿Por qué no viniste a mí? ¿Por qué no aceptaste…?

La expresión de su rostro le hizo enmudecer. Le miraba interesada y con incredulidad.

—¿Necesitar dinero? —murmuró.

—Sí. ¿No lo necesitabas? Claro que sí. No lo hubieras vendido a menos que…

—Pero ¡si no necesitaba dinero! —le interrumpió—. Con franqueza, quería algo más moderno. Le pedí al señor Cameron que se encargara de las negociaciones. Pensé que sacaría más provecho que yo. Deseaba hacer un intercambio y…

—¿Cuánto tiempo hace de eso? —inquirió Sharples.

A Shirley se le dilataron levemente las pupilas.

—Deja que piense… Debe haber sido…

—¿Anteayer?… ¿Ayer?… —la apuntó Sharples.

Abrió los ojos con sorpresa.

—Fue hace tres meses, quizás cuatro, tío Harry. Fue… aguarda… sí, hace cuatro meses.

—Y, después de tanta espera, ¿no te…?

—¿Qué espera?

Sharples me miró y yo tercié preguntando:

—¿Qué hizo el señor Cameron del pinjante?

—Lo vendió como yo le pedí. Había un tal Jarratt que comercia en esas cosas. No sé exactamente cómo… una especie de arreglo comercial mediante el cual se recogen esas cosas y se cambian por otras. Me ofreció una cantidad por mediación del señor Cameron, claro está…

—¿Cuánto? —interrumpió Sharples.

Ella se puso colorada.

—Prefiero no decirlo… ahora. Fue mucho. Al señor Cameron le pareció bien el precio y lo acepté. El señor Cameron lo había hecho tasar por dos joyeros con anterioridad.

—Y ¿qué hiciste del dinero?

Tendió la mano, enseñándole una sortija con un diamante enorme.

—Estaba cansada de esmeraldas. ¡Las he visto tanto! Compré este anillo y… bueno, el resto lo metí en el Banco.

Sharples me miró, perplejo.

Le hice una seña, pero no la vio. Al cabo de un rato, cuando el silencio empezaba a hacerse embarazoso, le dije a Sharples:

—Bueno, pues si no hace usted una pregunta, tendré que hacerla yo.

—¿Era parte de ese dinero para Robert Hockley? —le pregunté a Shirley Bruce.

Se indignó. Dos manchones de color la tiñeron las mejillas. Le centellearon los ojos.

—¿Con qué derecho me hace pregunta semejante?

—Eso no es cuenta suya.

Miré a Sharples. Podía continuar él desde ahora.

Éste empezó a decir algo pero se contuvo.

La muchacha alzó la barbilla. Me dio la espalda. Con tan simple gesto me eliminó de la discusión tan por completo, como sí me hubiese echado al pasillo de un empujón.

—¡Oh, tío Harry! ¿Por qué ha tenido que morir? —preguntó—. Era tan bueno tan amable, tan comprensivo, tan considerado, tan… tan generoso. Tenía todas las buenas cualidades que puede tener un hombre.

Sharples se limitó a mover afirmativamente la cabeza.

Brusca e impulsivamente, cruzó la muchacha hacia él, se sentó en el brazo del sillón y le pasó la mano por los cabellos en dulce gesto acariciador. Y, sin previo aviso, se echó a llorar.

Las lágrimas le dejaron la cara hecha un mapa; pero eso la tuvo sin cuidado. El rimmel, mezclado con el llanto, trazó surcos grises por las mejillas, recordándome el efecto de la lluvia al azotar las ventanas de un distrito industrial y resbalar las gotas por el vidrio arrastrando el hollín acumulado.

—Cuídate mucho, tío Harry —hipó—. Eres lo único que me queda.

Contemplándole el rostro a Sharples, se daba uno cuenta de cuán hondo le penetraba la idea.

—¿Por qué dices eso, Shirley? —preguntó.

—Porque te quiero tanto y porque… Oh, Harry, querido, ¡me siento tan sola en el mundo…!

—¿Te dijo algo Bob Cameron? ¿Algo que te hiciera suponer que presentía algún peligro?

Sacudió ella el devastado semblante.

—No lo comprendo —dijo Sharples—. No lo comprendo ni poco ni mucho.

Le rodeó el talle con el brazo, le dio unas palmaditas tranquilizadoras en la cadera, y luego hizo un esfuerzo por incorporarse.

—He de marcharme, Shirley —dijo—. Hay muchas cosas que hacer y he de llevar al señor Lam a su despacho. Le prometí que sólo me detendría aquí un instante.

Se mostró amable conmigo ahora la joven. Las lágrimas hablan disuelto su desdén. Posó una mano blanda y flexible dentro de la mía, e hizo, con voz ahogada, un comentario cortés. Acarició a Harry Sharples con los ojos. Éste no hacía más que retroceder, recordando el rojo carmín de los labios. No pude menos de preguntarme si mostraría tanta indiferencia por aquellos besos dados tan a conciencia cuando visitara a su pupila sin que nadie le acompañase.

Los ojos de la muchacha buscaron los suyos un instante antes de cerrar la puerta.

—No te mantengas alejado, Harry. Vuelve tan pronto como puedas… por favor.

Prometió y echamos a andar por el pasillo juntos.

Le pregunté bruscamente a Sharples:

—¿Se niega rotundamente a aceptar cantidad alguna de los fondos del fideicomiso a menos que reciba Hockley igual cantidad?

—Eso mismo.

Me puse a darle vueltas a eso en la cabeza. Si era cierto, nada tenía que ganar la muchacha dando tan pegajosas muestras de afecto a los fideicomisarios. Si a Hockley no le hubiesen dado más

que lo absolutamente necesario por ser jugador y juerguista pero a Shirley Bruce la hubieran estado dando mucho más por ser una jovencita muy buena, hubiese resultado fácil comprender todo aquel afecto que le inspirara su «tío».

—Ese piso cuesta dinero —repuse.

Él asintió con un movimiento de cabeza.

—¿Tiene ingresos por algún otro concepto que no sea el fideicomiso?

Estaba demasiado preocupado para decirme que eso no era cuenta mía.

—Claro que sí. Pero no sé a cuánto ascienden exactamente.

Estaba de humor propicio para contestar preguntas, y yo estaba de humor propicio para hacerlas.

—¿Cuánto le dan ustedes? ¿Qué renta percibe?

—Unos quinientos dólares al mes.

—Y… ¿Robert Hockley percibe igual cantidad?

Nuevo gesto afirmativo.

—Debiera poder vivir bien.

—Debiera. Pero es jugador. Tiene ese negocio de guardabarros y carrocería ahora. Se ha puesto a trabajar… no ha tenido más remedio, supongo. Estaba empeñado hasta la coronilla. Quizá le redima el trabajo. Así lo espero, por lo menos.

—Esos ingresos de la señorita Bruce… no trabajará, ¿verdad?

—Oh, no.

—¿Inversiones?

—Sí. Es perspicaz… lista si las hay. ¿De dónde sacaría la idea de que pudiera sucederme algo a mí? ¡Qué rayos! ¡No me gusta eso ni pizca! No crea usted nunca que este mundo es tan tranquilo y ordenado como la mar de gente se empeña en querer hacerle a uno creer. Es implacable. Y cuando uno intenta darle el salto a un gobier… Le llevaré a su despacho, Lam. No quiero hablar más. Tenga la bondad de no decir nada en un buen rato.

Me condujo al despacho. Cuando detuvo el coche, rompió el silencio que él mismo se había impuesto, diciéndome:

—Pasaré por aquí más tarde para liquidar y saber en qué situación quedo.

—No hay necesidad de eso. Se lo puedo decir ahora mismo.

—Económicamente, quiero decir…

—A eso me refiero.

—¿Habrá un saldo a mi favor? ¿Se me devolverá parte del depósito de quinientos dólares?

—Ni soñarlo.

Frunció el entrecejo.

—No vale la pena que me enfade —proseguí—. Debiera conocer a Bertha a estas alturas.

—¿Quiere decir con eso que es… codiciosa… aferrante?

—Aferrante —le contesté—, es participio presente. En este caso, se equivoca usted de tiempo. *Aferróse* es la palabra que busca. Bertha fue aferrante hasta echarle la zarpa a los quinientos dólares. Ahora ya los aferró, y Bertha no suelta nunca.

Me miró parpadeando, como si las palabras no significaran nada.

—Hum… supongo que tiene usted razón —dijo casi distraído y se marchó.

capítulo siete

ELSIE Brand hizo un esfuerzo por ponerme en guardia cuando entré en la oficina. Tenía los dedos posados sobre el teclado, escribiendo palabras con tantos bríos, que la máquina sonaba como un remachador neumático. Pero contrajo las pupilas como para transmitirme un aviso al señalar, con un movimiento de cabeza, el despacho particular de Bertha.

Me desabroché la chaqueta e hice el mismo gesto que si exhibiera una insignia prendida en el pecho, interrogándola al propio tiempo con las cejas.

Ella asintió con enfático gesto.

La eché un beso de agradecimiento, crucé la estancia y abrí la puerta. Me detuve, dando muestras de sorpresa, al ver al sargento Buda sentado en la esquina de la mesa de Bertha.

—Adelante —dijo Buda—. Así habrá *quorum*.

Entré, cerré y Buda se puso a trabajar conmigo en cuanto encajó la aldabilla.

—¿Quién es Sharples?

—Un cliente.

—¿Qué quería?

—Averiguar algo de un asunto que no tenía que ver nada con Robert Cameron.

—Entonces, ¿por qué fueron ustedes a ver a Cameron?

—Una vez iniciada la investigación, pareció como si Cameron pudiera darnos ciertos informes.

—¿Qué era lo que deseaba hacer investigar Sharples?

—Pregúnteselo a él.

—¿Sucedió algo después de llegar ustedes allí y antes de avisar a la policía?

—No.

—Sharples dice que estuvo con usted todo el tiempo.

—Todo el tiempo… ¿desde cuándo?

—Todo el tiempo desde el momento en que descubrió que iba a ver a Cameron.

—¿Es ésa su coartada?

—Yo no dije que fuera coartada. Sharples parece creer que pudiera serlo.

—Le recogí aquí, en este despacho, cosa de veinte minutos antes de encontrar a Cameron.

—Estuvo conmigo diez minutos antes de que llegara Donald. Elsie Brand dice que me estuvo aguardando unos veinte minutos —repuso Bertha.

—Eso, claro está, no es más que una aproximación. Todos ustedes están hablando a bulto.

—De haber sabido que iba a cometerse un asesinato, lo hubiésemos cronometrado —añadió Bertha—. Debió usted de avisarnos.

—¿Cuánto tiempo llevaba muerto? —le pregunté a Buda.

—El forense dice que no mucho. Calcule una hora y media antes de que llegáramos nosotros y sabrá el tiempo máximo que llevaba sin vida. Quizá fuera una hora tan sólo.

—Esos treinta minutos pueden representar mucho… para alguien.

—Ya sabe usted cómo son los médicos —replicó Buda encogiéndose de hombros.

Guardamos silencio unos instantes. Luego Buda añadió:

—Quisiera saber mucho más acerca de lo que estaba haciendo usted en este caso.

—Es muy sencillo. Harry Sharples es uno de los dos fideicomisarios nombrados por Cora Hendricks en su testamento. Robert Cameron era el otro. Sharples nos pagó quinientos dólares porque lleváramos a cabo una misión. La cumplimos.

Me volví, de pronto, hacia Bertha y pregunté:

—¿Y el cheque, Bertha? ¿Lo cobraste?

—No seas idiota, Donald. Apenas dejó el despacho, ya estaba yo corriendo a su banco con el cheque. Lo pagaron sin rechistar.

Le dije al sargento Buda:

—Y ahí tiene usted.

Bertha se rascó la cabeza.

—¿Sabe usted algo del cuervo?

—Una mascota. Hace unos tres años que lo tenía Cameron. Habla. Y no le han hendido la lengua. Es mejor no hendirles la lengua a pesar de que el vulgo opina lo contrario.

—Había un pinjante. De esos antiguos. Tiene engarces para trece piedras de buen tamaño. No llevaba ni una sola piedra montada —dijo Buda.

Moví afirmativamente la cabeza.

—Trece piedras —añadió el sargento.

—¿Qué tiene que ver el trece con el asunto? —pregunté.

—Encontramos en la jaula del cuervo seis esmeraldas magníficas. Había dos más sobre la mesa de la habitación en que se cometió el crimen.

—¿En qué parte de la jaula del cuervo estaban las piedras?

—En una cajita del fondo de la jaula, debajo de un nido de palos que había construido el cuervo allí.

—Interesante —murmuré—: Al pájaro le debe haber atraído el brillo de las esmeraldas. Las iría recogiendo una a una para metérselas en el nido.

Buda me dirigió una mirada prolongada y escudriñadora.

—Seis y dos son ocho —dijo.

—En efecto.

—Lo que significa que faltan cinco.

—Justo.

—Oh, váyase al cuerno —dijo irritado el sargento—, estoy intentando averiguar qué ha sido del pinjante.

—Creí que lo tenía usted ya.

—Me refiero a las piedras.

—¿Había tenido aquel pinjante engarzadas las esmeraldas?

—No lo sé.

—¿Es una pieza antigua?

—Seguro. Una de esas joyas que pasan de generación en generación, de padres a hijos dentro de una familia. ¿De dónde lo sacaría Cameron?

—Debió comprarlo… A menos que lo heredara, Buda exhaló un suspiro.

—Siempre exceptuando, claro está, que no lo hubiese robado —

agregué—. No se me ocurre ningún medio de adquirirlo, sargento.

Nueva escudriñadora mirada de éste.

—¿Sabe, Lam? Voy a investigarle a usted. Tiene facilidad de palabra. Y, sin embargo, los muchachos de mi departamento opinan que no habla lo bastante. Dicen que es usted furtivo y reservado por naturaleza. Y eso, en su negocio, pudiera resultar algo serio.

Buda nos dirigió una sonrisa y se fue.

Bertha exhaló un suspiro de alivio.

—Bueno, Donald, por lo menos tenemos un saldo a nuestro favor de quinientos dólares.

—Y lo que cuelga —le contesté.

—¿Qué te hace suponer que aún hemos de cobrar más?

—Sharples.

—¿Qué le pasa?

—Tiene un miedo, que no le llega la camisa al cuerpo.

—¿De qué?

—¿A mí me lo preguntas?

—¿Tienes alguna idea?

—De acuerdo con las condiciones del fideicomiso, éste termina en cuanto ambos fideicomisarios mueran, distribuyéndose entonces los fondos por igual entre los beneficiarios.

—Cuando ambos fideicomisarios mueran —dijo Bertha.

—Exacto.

—Estaba preguntándome qué saldrá a la luz ahora, cuando inspeccionen los libros del fideicomiso. Tendrán que hacerlo habiendo muerto uno de los fideicomisarios.

—Voy a investigar yo ese punto un poco por mi cuenta. Hice una lista de los bienes que pasaron a manos de los fideicomisarios al iniciarse el fideicomiso.

—¿A cuánto ascienden los fondos? —inquirió Bertha, con repentina avidez en la mirada.

—A unos ochenta mil pavos al principio. La última inspección oficial arrojó un saldo de doscientas mil a favor.

—Luego, por añadidura, dos personas han tenido que vivir de esos fondos… Shirley Bruce y… ¿cómo se llama la otra?

—Robert Hockley.

—¿Cuánto recibiría cada uno?

—Quinientos al mes.

—¿Cada uno?

—Sí.

—Eso da un total de doce mil dólares al año.

—En efecto.

—¿Durante cuántos años?

—Unos veintidós.

—¿A cuánto ascendía el fideicomiso?

—Se valoró en ochenta mil dólares.

Bertha echó hacia atrás la cabeza y se puso a hacer cálculos mentales.

—Y —la advertí—, también ha de salir de ahí la cantidad que los fideicomisarios reciban como compensación.

—Así, pues —dijo Bertha—, los ingresos deben ser fantásticos.

—Hay una mina de oro que sigue cumpliendo con su obligación. Y creo que Harry Sharples volverá.

Bertha se estaba frotando las manos con codicia. Le brillaron los ojos.

—Donald, querido, ¡qué cosas más agradables dices!

capítulo ocho

BERTHA Cool, tras cerrar con llave los cajones de su mesa, se había marchado a casa dando por terminado su día de labor. Yo me encontraba en la oficina hablando con Elsie Brand.

—Necesitas quien te ayude Elsie.

—Oh, ya me las arreglo sola. ¡Qué alegría que estés de vuelta de ultramar, Donald! No sabes tú lo que eso representa.

Me miró y volvió a retirar apresuradamente la vista. Se le encendieron levemente las mejillas.

—Ha representado más trabajo —le dije.

Rió, nerviosa.

—Claro que sí. Eres tú el que trae negocio a la casa —replicó, riéndose nerviosamente.

—No era eso lo que quería decir. Ha representado más trabajo para ti.

—Lo hago con gusto.

—No hay razón para que lo hagas. No puedes estar sentada ahí aporreando el teclado sin parar ocho horas al día. Me parece que le diré a Bertha que necesitas ayudante.

—Salgo del paso, Donald. Algunos días me retraso un poco, pero, por regla general, hay alguna interrupción que me permite poner las cosas al día.

—Una ayudante —repetí—. Y me parece que dejaré que ella se encargue del trabajo de Bertha y tú serás mi secretaria.

—¡Donald! A Bertha le daría un patatús.

—De esa manera —proseguí—, tendrás mucho más descanso. Bertha anda siempre mandando esas circulares que insiste sean escritas una por una. Ello requiere demasiado tiempo y energía.

—Traen negocio a la agencia.

—¿Qué clase de negocio? Casos de a perra gorda. Lo que

buscamos ahora es lo de importancia. Bueno. Ya arreglaré yo eso.

—A Bertha le dará un ataque cardíaco.

—Que le dé. Ella…

Sonó el timbre del teléfono.

Elsie Brand me miró, interrogadora. Dije:

—No hagas caso. O, mejor dicho, aguarda. Tal vez sea Sharples que ande pidiendo auxilio a gritos. Veamos, quién es.

Elsie descolgó el auricular. Me lo dio al poco.

—Es para ti, Donald.

Tomé el aparato y oí una voz incisiva, bien modulada, que inquiría:

—¿El señor Donald Lam?

—El mismo.

—¿De la casa Cool y Lam, investigadores confidenciales?

—Exacto. ¿En qué puedo servirle?

—Habla —dijo la voz—. Benjamín Nuttall. Me hizo usted una visita hoy, anunciándome que había sido robado cierto pinjante. Quisiera hablar con usted del asunto.

—Olvídelo —le aconsejé—. Dijo que no había visto el pinjante, y con eso me bastó.

—Justo —anunció secamente Nuttall—; pero la situación ha cambiado levemente ahora.

—¿Y qué?

—Deseo discutir el asunto más detalladamente con usted.

Respondí:

—Poseo una imaginación privilegiada, pero no se me ocurre cambio alguno en la situación que pueda aconsejarme que discuta con usted el asunto de un pinjante de esmeraldas que dice usted no haber visto nunca.

—¿No? ¡Pues a ver que opina de lo siguiente! El sargento Buda está sentado frente a mí y es él quien hace las preguntas.

—Bueno —repliqué secamente—, dentro de cinco minutos estaré allí. Dígale a Buda que me pongo en camino.

Corté la comunicación.

—¿Qué pasa? —inquirió Elsie.

—Caso de que Bertha se pusiera en contacto contigo, dile que me voy al establecimiento de Nuttall. Sam Buda se encuentra allí, y Benjamín Nuttall no tuvo suficiente sentido común para cerrar el

pico. Ahora voy a tener que dar algunas explicaciones.

—¿Puedes hacerlo? —me preguntó.

—Eso no lo sé hasta que lo intente.

—¿Les dirás la verdad? —inquirió, aprensiva.

—La verdad es una perla de gran precio.

—¿Bien?

—Y ¿no existe un proverbio según el cual no deben echarse perlas a puercos[1]?

—Donald, no te metas en líos.

—Tengo que meterme en líos de cuando en cuando para no olvidar la técnica de cómo salir de ellos. Más vale que te pongas en contacto con Bertha y le digas que se retire de la circulación de momento, hasta que pueda alcanzarla y hablar con ella para que nuestras explicaciones no se den de patadas.

—¿Qué explicaciones vas a dar, Donald?

—Te lo diría sí lo supiese, pero no lo sé. Todo depende de si Nuttall ha dicho algo de Peter Jarratt.

—Y… ¿si lo ha hecho?

—Si lo ha hecho, voy a dejar que Peter Jarratt, agente de inversiones, sea el que lo diga casi todo. Ponte al habla con Bertha y dile que desaparezca de momento. Me voy.

Llegué aprisa a la compañía de joyería Nuttall. A la puerta aguardaba un guardia de la brigada volante, franqueó conmigo la puerta principal, entregándome al vigilante de Nuttall, que me entregó, a su vez, a un guardián que me condujo escalera arriba al despacho del jefe.

Nuttall, el sargento Buda y Peter Jarratt estaban arrellanados en sillones fumando en silencio. La atmósfera estaba cargada de humo. La actitud de los tres hombres daba la sensación de que habían llegado a un punto muerto y se encontraban descorazonados. Me dieron la misma sensación que los miembros de un jurado que se miran en silencio cuando no pueden ponerse de acuerdo y el juez se niega a despedirles.

—Hola, amigos —dije.

El sargento Buda gruñó un saludo, se volvió a Nuttall y le conminó.

—Dígale lo que me ha dicho a mí.

Nuttall escogió cuidadosamente las palabras. Obró como si

deseara avisarme de que no hablara más de la cuenta.

—A una hora más temprana que hoy —dijo, pronunciando las palabras con estudiada exactitud—, este caballero se presentó y dijo que deseaba verme en relación con un asunto de suma importancia. Hablé con él. Le pedí que me enseñara sus credenciales, y me enseñó un documento en el que constaba que era detective particular, se llamaba Lam, y era socio de la entidad…

—Olvídelo —le interrumpió Buda, impaciente—. Vaya al grano. ¿Qué sucedió?

—Me preguntó si había visto cierto pinjante de esmeraldas o si sabía algo de él. Me dio a conocer la forma y diseño del pinjante por medio de un boceto que llevaba. Le pregunté por qué había venido a mí y me contestó que porque tenía entendido que yo me especializaba en esmeraldas.

—Siga —ordenó Buda—, díganos lo demás. ¿Por qué dijo que le interesaba?

—Eso es cosa —anunció Nuttall—, que no recuerdo con exactitud. No recuerdo si intentaba dar con el paradero de la joya por cuenta de un cliente o no. Pero, obtuve la impresión de que había, quizá, cierto lío doméstico en el fondo.

Buda se volvió a mí.

—¿Cuál es la historia? Escúpala.

—Aproximadamente —le aseguré— la que acaba usted de oír.

—¿Qué excusa le dio usted?

—No creo que le diera ninguna.

—Él cree que sí, pero no la recuerda.

Sonreí y dije:

—Ésa es la impresión que intento crear. Hablo aprisa y aturdo. No vine aquí a dar a conocer mis motivos, sino a saber si había visto aquel pinjante de esmeraldas.

Buda mascó el cigarro puro y me miró con ojos que eran medio hostiles.

—Bien. Intente usted aturdirme a mí y verá hasta dónde llega. ¿Por qué andaba buscando ese pinjante de esmeraldas?

—No intentaré aturdirle, sargento —contesté—. Le diré la verdad. Un cliente deseaba que obtuviera esa información.

—¿Para qué?

—Eso tendrá que preguntárselo al cliente.

—¿Harry Sharples?

—No pienso decirlo.

Buda removió el puro en la boca y señaló a Nuttall con la cabeza.

—Continúe. Cuéntenos lo demás otra vez.

Nuttall intervino.

—En aquel momento, le contesté a este joven, con toda veracidad, que no poseía información alguna acerca de un pinjante tal como el que él me había descrito. Más tarde, sin embargo, el señor Jarratt, a quien he conocido ligeramente, se presentó con un pinjante así para que se lo tasara. Le sugerí que, antes de que llegara siquiera a comprometerme tasando la joya debiera ponerse él en contacto con el señor Lam y averiguar qué era lo que deseaban Cool y Lam… qué interés tenían ellos en el asunto.

—Exacto —asintió Jarratt, moviendo efusivamente la cabeza en señal de asentimiento.

—Y ¿de dónde sacó usted el pinjante? —le preguntó Buda a Jarratt.

—Me lo entregó el señor Robert Cameron, suplicándome que lo hiciera tasar.

Buda mascó un poco más la destrozada y húmeda punta del puro, luego lo tiró a la escupidora.

—No me gusta —murmuró.

Nadie contestó una palabra.

—Les estoy dando una oportunidad para que cuenten todos lo sucedido al propio tiempo —dijo, sin dirigirse a ninguno en particular— para que ninguno pueda intentar cubrirse a expensas de los demás. Por otra parte, ello les da a todos la ocasión para ponerse de acuerdo. Si descubro que es eso lo que ha sucedido, no va a gustarme ni pizca.

Todos guardamos silencio.

—¿Ha tenido tratos comerciales con Cameron previamente? —le preguntó Buda a Jarratt, disparándole la pregunta tan aprisa y de una manera tan imprevista como un boxeador que descarga un golpe con la izquierda.

Jarratt alzó los ojos de suerte que se clavara su mirada en la pared sesenta centímetros por encima de la cabeza de Buda. Frunció el entrecejo, como intentando evocar un recuerdo algo nebuloso, y

dijo:

—He visto al señor Cameron varias veces antes de eso. Es posible que haya cumplido algún encargo suyo. Mejor dicho, algo debo haber hecho por él, de lo contrario no hubiera acudido a mí a pedirme que hiciera tasar la joya. Pero, por mucho que me devano los sesos, sargento, no consigo recordar qué otra operación puedo haber hecho con él. Quizá me acuda más tarde a la memoria.

—¿Cuál es su negocio, exactamente?

—Pues, verá… soy una especie de intermediario. Negocio joyas de valor por cuenta de personas que han solicitado un préstamo y que se ven obligadas a vender la garantía. Y, claro está, actúo también a veces por cuenta de clientes que pasan estrecheces económicas y que no pueden permitirse el lujo de figurar personalmente en una operación.

—¿Una especie de prestamista encopetado?

—No, no. Yo no llevo cuentas de ninguna índole, ni doy créditos de ninguna especie. Sólo actúo como intermediario. Como es natural, dispongo de una lista de sitios donde pueden venderse joyas de alta calidad y soy algo entendido en joyas también. Tengo que serlo. No puedo correr el riesgo de que se le estafe a un cliente.

—Y… ¿Cameron fue a verle y le pidió que obtuviera el mejor precio posible por ese pinjante?

—Me pidió que lo hiciera tasar cosa que, naturalmente, es completamente distinta.

—Pero que, en su profesión, conduce a lo mismo, ¿no es eso?

—A veces.

—¿Generalmente?

—Sí.

Buda se encaró conmigo.

—Supongo que usted estaba haciendo, simplemente, la ronda de todas las joyerías, ¿no?

No caí en la trampa.

—Todo lo contrario —le respondí—. El establecimiento de Nuttall fue el primero y único que visité.

—¿Por qué?

—No tuve tiempo de visitar a los otros antes de que surgiera este otro asunto.

—¿Qué otro asunto?

—Éste.

—¿Se refiere a Sharples?

—A nuestra marcha para entrevistarnos con Cameron.

Buda replicó, irritado:

—¡Por los clavos de Cristo, que intenta usted confundirme! Quiere darme la sensación de que ha hablado con franqueza, de que no ha callado nada… Pero no me ha dicho nada en absoluto.

—Lo siento.

—Podemos pasarnos aquí toda la noche —dijo Buda— si es necesario. Usted sabe dónde se encontró ese pinjante Lam. Quise investigarlo. Mis hombres recorrieron los principales establecimientos de joyería. Ninguno de ellos lo había visto nunca. Luego llegamos a Nuttall. Nuttall nos proporcionó la pista de Jarratt y luego, algo tardíamente, se acordó de usted. Bueno pues. Usted estuvo aquí haciendo preguntas acerca de ese pinjante. ¿Por qué?

—Le diré todo lo que puedo, sargento —contesté—. Ese pinjante era una pieza que pasaba de madre a hija en determinada familia. Pertenecía a una mujer. Alguien que le tiene afecto a esa mujer se dio cuenta de pronto que ya no poseía la joya. Quiso averiguar qué había sido de ella.

—¿Por qué?

—Imagínese que se diera usted cuenta de pronto de que su esposa ya no tenía una joya valorada en muchos miles de dólares. Querría averiguar qué había sido de ella, ¿no?

—¿Era ésta una cuestión de marido y mujer?

—Yo no dije que lo fuera.

—Pero lo ha sugerido.

—¿Cuándo?

—Cuando me preguntó qué sensación me producirla lo de mi mujer —contestó Buda, irritado.

—Eso —le dije—, no fue más que una pregunta y un ejemplo.

—¡Maldita sea su estampa! —aulló Buda—. ¡Soy yo quien hace las preguntas aquí!

—Muy bien, tire adelante.

—¿Se trataba de marido y mujer?

—Hombre, le diré… sí que pudiera haberse tratado. No obtuve yo la impresión de que se tratara de eso por entonces, pero me temo que no puede excluirse semejante posibilidad. Él no me dijo que

fuese su mujer.

—¿Y le dijo —rugió Buda—, que no lo era?

—No, sargento. Estoy completamente seguro de que no me dijo eso.

—¡Al diablo con usted! Esto no nos conduce a ninguna parte. ¿Obtuvo usted la impresión, acaso, de que se trataba de un chantaje?

—Creo que mi cliente pensó que le gustaría que fuese investigada semejante posibilidad.

—Y ¿la investigó usted?

—No.

—¿Por qué no?

—En cuanto vi el pinjante en posesión de Cameron, quedé convencido de que no se trataba de un chantaje. En verdad, según resultó después, la persona por quien mi cliente se interesaba se había deshecho de la joya meses antes. Cameron debió obtenerla por algún otro conducto.

Peter Jarratt se agarró a la explicación. Se acarició la calva, diciendo:

—Creo que ésa es una posibilidad que hay que tener en cuenta… una posibilidad muy concreta.

—¡Qué rayos, sargento! —exclamé—. Yo tengo que proteger a mi cliente. No puedo andar por ahí yéndome de la lengua. Pero, como buen detective, debiera poder deducirlo todo de lo que ya le he dicho. Hoy mismo, y en hora posterior, se me dijo que la persona propietaria del pinjante lo había vendido porque estaba cansada de esmeraldas y quería comprar diamantes. Y yo creo que lo que el señor Jarratt intenta decir es que Cameron compró esa pieza simplemente porque le interesaban las esmeraldas.

—Precisamente —asistió Jarratt—. Tengo el convencimiento de que al señor Cameron le interesaban las esmeraldas por los muchos años que había pasado en Colombia. Creo que entendía en esmeraldas. Colijo que las esmeraldas de este pinjante eran de una intensidad y de un color poco corrientes. Carecían, virtualmente, de fallas e impurezas. Yo las hallé muy poco usuales y le pedí al señor Nuttall que confirmara mi opinión.

—Pero ¿quién ofrecía el pinjante a la venta? —inquirió Buda.

—No se ofrecía a la venta sino que se solicitaba su tasación —

insistió Jarratt.

—Y ¿quién era su propietario?

Jarratt le miró de hito en hito.

—Pues el señor Cameron, claro está.

—¿Está usted seguro de ello?

—Lo di por sentado.

—¿Desde cuándo era su dueño?

Jarratt miróme y añadió:

—Según el señor Lam desde hace varios meses.

Buda tabaleó con los dedos sobre el borde de la mesa.

—¿Por qué diablos había de molestarse tanto Cameron en hacerlo tasar con exactitud para luego arrancarle la pedrería?

—Quizá fuera un ladrón —intervine yo—, quien arrancó las piedras.

—Narices —dijo Buda—. Cameron sacó las esmeraldas de sus engarces él mismo. Encontramos un equipo completo de herramientas de joyero en el cajón de su mesa Quitó las piedras del pinjante y luego se puso a esconderlas. Metió seis de ellas en la jaula del cuervo, en un sitio donde creyó que nadie las encontraría. Había dos sobre la mesa. Lo que da un total de ocho.

—Y eran trece —dije yo.

—Y —prosiguió Buda— cuando al efectuar el registro a conciencia que se lleva a cabo en tales casos, y desconectar el codo del desagüe del lavabo instalado en el cuarto de baño del piso de la azotea para averiguar si el asesino se había lavado allí las manos manchadas de sangre… ¡encontramos las otras cinco esmeraldas!

—Magnífico —dije—. Así no falta ninguna.

Buda me miró, con ira.

—Ahora —dijo—, ¿querrá usted decirme por qué rayos sacó Cameron las piedras de sus engarces, metió cinco por el desagüe del lavabo, seis en la jaula del cuervo, y dejó dos sobre la mesa?

—No creo —repuse— que me llamara usted aquí en plan de consulta.

—Y que lo diga, amigo mío. Le llamé para obtener ciertos informes y quiero esos informes. Y, como venga usted con camelos, que me ahorquen si no le hago retirar la licencia.

—Creo haber respondido a cuantas preguntas me ha hecho.

—¡Oh, seguro! —exclamó, con sarcasmo—. ¡Ya lo creo que las

ha contestado! Y lo ha hecho hasta con verborrea. Y estos dos otros caballeros están aportando una ayuda inconmensurable. ¿Verdad que es raro que con tanto auxilio, no encuentre dato alguno que me sirva?

—Está usted cansado —contesté—, y tiene los nervios de punta. Ha estado trabajando demasiado, últimamente. Tal como yo lo veo, resulta de una sencillez abrumadora. Se me llamó para que averiguara qué había sido de ese pinjante, por qué había desaparecido, quién lo tenía, y por qué. Empecé a hacer la ronda de los establecimientos de joyería…

—Y quiso la suerte que diera con el establecimiento que lo tenía a la primera intentona, no teniendo así necesidad de visitar a ninguno de los otros, ¿eh?

—No fue la cosa tan oportuna como todo eso, sargento. Sabía que Nuttall tenía nombre como especialista en esmeraldas de alta calidad, conque vine aquí primero.

—Y… ¿Nuttall le dijo que lo tenía?

—No sea tonto —le dije—. Nuttall estaba protegiendo a su cliente.

—¿Quiere decir con eso que le dijo que no sabía una palabra del pinjante?

—Quiero decir que me dio un cien por cien de información negativa.

—Entonces, ¿por qué vino a verle si sabía que no le iba a dar información alguna?

—Eso no lo sabía cuando vine a verle.

—Pero, ¿lo descubrió?

—Sí.

—Y luego… ¿qué?

—Y luego —le repuse—, me dijeron qué abandonara el asunto porque surgieron otras cosas que, de momento, tenían mayor importancia. Y eso es todo.

—Pero… ¿esos asuntos de mayor importancia le condujeron al pinjante después de todo?

—Con franqueza, sí.

—¡Qué franqueza, ni qué rayos! —me gritó Buda—. Me dice usted eso porque sabe que lo sé. Y ahora, ¿cómo es que Cameron tenía ese pinjante?

—Le he asegurado repetidas veces, sargento, que ésa es cosa que no puedo decirle. Pero sí puedo decirle que, en vista de que el pinjante había sido localizado, mi cliente tuvo la oportunidad de hablar francamente con la mujer interesada y descubrió que ella se había deshecho de la joya porque deseaba otra clase de piedras, y que había vendido el pinjante hace meses. Ésa es la explicación completa. Como comprenderá usted sin dificultad, de haber ido este hombre directamente a preguntarle con franqueza a su… a la joven en cuestión…

—¿La joven? —me interrumpió Buda.

—Pues… sí.

—¡Ah! Conque es uno de esos casos… ¿eh?

—Yo no he dicho que lo fuera.

—Se le fue la lengua y se delató. Quien lo dice ahora soy yo.

—Claro está —dije—, que yo no puedo controlar las conclusiones a las que usted llegue, ni soy responsable de ellas.

—¡Bah! —exclamó Buda, chasqueado—. ¡Conque es uno de esos casos! ¡Un viejo verde y su amiga! Y él creyó que la muchacha empeñaba los regalos que le hacía cuando, ¡vive Dios!, ¡era eso precisamente lo que estaba haciendo!

—No lo cree él así ahora.

Fue áspera la risa de Buda.

—Claro que no. Porque tuvo ella tiempo de inventar una explicación. Conque le miró a los ojos, le dijo cómo había ocurrido la cosa, y el viejo imbécil se tragó el anzuelo, sedal y caña de pescar. Ahora, sólo hay una cosa que quiero saber. ¿Es Cameron el viejo verde… el pagano?

—No creo que Cameron fuera el pagano de nadie.

—Eso cuadra —anunció Buda—. Una pregunta más. ¿Fue él quizá el rival que se metió por medio y…?

—No creo que el interés de Cameron en el pinjante estuviera relacionado con historia amorosa alguna —le dije.

—Le digo —insistió Jarratt—, que fue sólo que le interesaban las esmeraldas. Las que tenía aquel pinjante se salían de lo corriente. Yo creo que el señor Nuttall lo tasó muy por debajo de su verdadero valor. Y creo que lo hizo porque tenía prejuicios contra él como consecuencia de su montura anticuada. Daba ésta la sensación de que las esmeraldas habían andado rodando por ahí mucho tiempo

y, de haber sido tan selectas, las hubieran cambiado de montura y vendido mucho tiempo antes. Con franqueza, yo le dije al señor Cameron que las esmeraldas eran verdaderas maravillas, que si las tuviera engarzadas en otra montura más moderna, valdrían una pequeña fortuna… y no tan pequeña por cierto. Yo creo que ésa fue la razón de que las estuviera arrancando de la montura cuando… bueno, cuando sucedió algo.

Nuttall carraspeó.

—Señores —dijo—, seré franco con ustedes. Examiné ese pinjante con cierta precipitación y sin darle demasiada importancia. La montura despertó mis prejuicios. Es muy posible que se me pasara por alto algo. Las esmeraldas engañan mucho. Y, ahora que lo pienso, si que era poco normal su colorido. Pensé por entonces… Mejor dicho, la verdad es que no pensé por entonces. Dejé que se me escapara por entre los dedos algo que valía la pena atrapar.

Buda se puso en pie.

—Supongo que es eso —dijo.

Luego agregó, casi en son de rato:

—Tiene que serlo.

Jarratt movió afirmativamente la cabeza, como para tranquilizarle con su asentimiento.

—Tiene que ser eso, sargento —aseguró—. Cameron iba a cambiar la montura, tal como yo le había aconsejado.

Nuttall abrió un cajón de su mesa y sacó un frasco de *whisky*, de doce años.

—En estas circunstancias, señores, no parece existir motivo para que no echemos un traguito.

capítulo nueve

ME aseguré de que nadie me seguía. Luego me metí en un teléfono público y llamé a Sharples.

Respiraba entusiasmo y avidez la voz que me repuso:

—Diga. Sí. Sharples al habla.

—Donald Lam, Sharples.

—Ah, sí.

Entusiasmo y avidez desaparecieron de la voz. Debía de ser de gran importancia e interés para él la llamada telefónica que había estado esperando. Era evidente que mí voz le había desilusionado.

—¿Tiene abogado? —le pregunté.

—Pues… pues sí. Tengo un abogado que se encarga de los asuntos de nuestro fideicomiso… las cuentas y todo eso.

—¿Vale algo?

—Es uno de los mejores.

—¿Valdría para la lucha a brazo partido? No las cuestiones de sillón, sociedades anónimas y administración de bienes, sino las de un puñetazo, truculencia y duro y a la cabeza.

—Tengo el convencimiento de que sí. Es muy hábil.

—Mándele llamar.

—Me temo que no comprendo.

—Mándele llamar. Háblele. Va usted a necesitarle.

—¿Por qué?

—El sargento Buda va a andar buscándole muy pronto.

—¿Otra vez?

—Y otra, y otra, y otra.

—No acabo de comprender lo que quiere decir, Lam.

—Buda ha llegado a la conclusión de que ese pinjante de esmeraldas significa algo.

—¿Falta alguna de las piedras?

—Las han encontrado todas ya.

—¿Dónde?

—Dos sobre la mesa, seis en la jaula del cuervo y cinco en el desagüe del lavabo.

—¿En el desagüe del lavabo? —exclamó Sharples, casi con incredulidad—. ¡Santo Dios! ¿Qué hacían ahí?

—Reposando. Atrapadas en el codo. Alguien intentó tirarlas, echarlas por el desagüe a la alcantarilla. Pero se quedaron en el codo.

—No lo comprendo.

—Tampoco Buda.

—Pero ¿qué posible serie de razonamientos puede inducirle a relacionar el hecho conmigo?

—¡Lo sorprendido que va usted a quedar cuando vea la serie de cosas que es capaz de relacionar con usted a medida que vaya transcurriendo el tiempo! Empezará intentando establecer relación entre usted y el pinjante.

—¿Por qué?

—Porque estuve yo haciendo preguntas acerca de él y luego me presenté con usted a visitar a Cameron. Cameron tenía el pinjante. No hace falta ser un gran detective para sacar consecuencias de todo eso.

—Lamento que hiciera usted preguntas acerca de ese pinjante, Lam.

—Usted fue quien me pidió que las hiciera.

—Sí, sí, ya lo sé. Eso, claro está, fue antes de que… bueno, antes de que tuviese idea alguna de quién era su propietario.

—Procure pensar con más sentido común, Sharples. De sobra sabía usted quién era su propietaria. Lo que intentaba averiguar era por qué se había deshecho de la joya.

—Sí, supongo que sí.

—Y, por Dios sabe qué motivo, no deseaba ir a la dueña a preguntárselo.

—Intentaba averiguar… el sí o el no de…

—Justo —le interrumpí—. Y me contrató a mí para que lo averiguara. Y lo averigüé. Y ahora no puede usted hacer retroceder las manillas del reloj.

—No; supongo que no.

—Esta mañana estuve haciendo preguntas acerca del pinjante. Poco después del mediodía, nos presentamos a hacer una visita a Cameron. Cameron estaba muerto. El pinjante por el que tantas muestras de interés habíamos dado, yacía sobre la mesa. Las esmeraldas habían sido arrancadas de su montura. No transcurrirá mucho tiempo antes de que a Buda se le meta en la cabeza que ese pinjante es la clave de todo el asunto.

—Y entonces, ¿le interrogará a usted?

—A mí ya me ha interrogado.

—¿Cuándo?

—Hace un momento.

—¿Dónde?

—En el establecimiento de Nuttall. Nuttall está allí. Y Jarratt también.

—¿Qué le dijeron?

—Bien poca cosa de nada.

—Conque, ¿usted cree que vendrá a verme a mí a continuación?

—Casi estoy seguro de ello.

—¿Qué he de decirle?

—Deje que la conciencia le guíe.

—Es que quiero consejos.

—Por eso le sugerí que se pusiera en contacto con su abogado.

—Pero, ¿por qué no puede aconsejarme usted?

—Cualquier cosa que le comunique usted a un abogado será considerada como confidencial. Un abogado puede hablar en nombre suyo y, sí la cosa se pone mal, aconsejarle que no responda a ninguna pregunta. Nadie puede hacerle nada a un abogado. Yo soy un detective particular. Se espera de mí que coopere con la policía. Si logran engancharme en desacuerdo con la ética profesional, me retirarán la licencia. ¿Entiende usted ahora?

—Sí; creo que sí.

—Tiene usted dos recursos. O puede usted decirles que Shirley Bruce era la dueña del pinjante, o puede asegurarles que no sabe una palabra de él.

—Les he dicho ya que no sé una palabra de esa joya.

—Por eso le aconsejo que se ponga en contacto con un abogado.

—Me temo que no acabo de entender qué es lo que quiere usted decir.

—Lo que usted les dijo puede no haber sido lo que debiera de haber dicho. Le he apoyado yo todo lo que he podido. Pero, antes de que se meta usted tan hondo que no tenga posibilidad de retroceder, quizá sea mejor que cambie de posición y le diga a la policía que no reconoció el pinjante cuando lo vio sin piedras. Pero que ahora que ha tenido tiempo de reflexionar, recuerda haberlo visto…

—No —me interrumpió Sharples, con dignidad—. Voy a dejar a la señorita Bruce fuera del asunto. Estoy firmemente decidido a impedir que su nombre figure para nada y que se la relacione con tan desagradable suceso.

—Si le contara a Buda lo que me contó a mí, quedaría el asunto cerrado.

—En cuanto al pinjante se refiere, quizá. Pero, una vez que se supiese que era ella la propietaria de esa joya, sería objeto de una publicidad desagradable.

—La ex propietaria —dije yo.

—Dígalo como quiera.

—No como yo quiera —le corregí—. Como quiera usted.

—Bueno, muchísimas gracias, señor Lam. Agradezco este servicio que le hace a un cliente.

—A un ex cliente —le enmendé.

—¿Qué quiere usted decir?

—Nos contrató para que hiciéramos cierta cosa. La hemos hecho. Estamos en paz. No le debemos a usted nada. Usted no nos debe nada a nosotros. Ambos somos libres como el aire.

—No estoy muy seguro de que me guste esa actitud, Lam.

—¿Qué encuentra usted de malo en ella?

—La totalidad.

—En cuanto a la agencia se refiere, usted nos contrató para que obtuviéramos información relacionada con un pinjante. La obtuvimos.

—Pero han surgido otras cosas.

—Más vale que se deje caer por el despacho y hable de ello con Bertha. Y, a propósito, Shirley Bruce y Robert Hockley van a recibir la visita de detectives.

—¿Por qué?

—Simple formulismo para averiguar qué saben ellos si es que

saben algo.

—Gracias por decirme eso —contestó Sharples, dando de pronto muestras de ansiedad por dejar el aparato.

—No hay de qué darlas —le respondí.

Y colgué el auricular.

Volví a la oficina en el coche de la agencia.

Habían salido ya las primeras ediciones de los periódicos matutinos, dando cuenta del asesinato, y con fotografías del cuervo, del lugar en que fuera hallado el cadáver, y del pinjante de esmeraldas. Como de costumbre, abundaban las teorías descabelladas. Algunos de los informadores habían llegado, en verdad, a dejar que su imaginación escalara prodigiosas alturas y hallara las más maravillosas soluciones.

Leí el artículo de un reportero en el que éste aseguraba saber «de muy buena tinta», que el sargento Buda estaba sometiendo a interrogatorio al cuervo y que, mediante el procedimiento de anotar, una por una, cuantas palabras pronunciara el pájaro, esperaba el sargento ponerse sobre la pista del misterioso asesino que clavara a Cameron el puñal en la espalda mientras éste hablaba por teléfono.

Buda, al parecer, había solicitado de la Prensa que hiciera una llamada al público, para que cuantas personas hubiesen sostenido aquel día conversación telefónica con Cameron, se pusieran en contacto con la policía.

La pistola del 22 hallada sobre la mesa también daba lugar a cábalas y conjeturas. El arma había sido disparada, aproximadamente, en el mismo instante de cometerse el asesinato. Ello no obstante, ningún proyectil se había hallado en el piso de la azotea. Lo cual daba pábulo a la creencia de que Cameron había disparado contra su asesino y de que éste, posiblemente, se encontraba herido.

Se comentaban las probabilidades de que el asesino no tuviese más remedio que acudir a una clínica para curarse, delatándose así a las autoridades.

El teléfono sonó bruscamente.

Vacilé, sin saber si contestar o no. Luego descolgué el auricular, disfracé la voz y dije:

—¿Diga? Habla el portero. ¿Quiere que tome algún mensaje?

No era aquélla la primera vez que oía la voz suave, llena de afabilidad y bastante agradable. Al principio, sin embargo, no caía en la cuenta de quién podía ser el que hablaba. Aquella voz, para mí desconocida, dijo:

—Perdone que le moleste, pero tengo verdadera ansiedad por hablar con el señor Lam de la agencia Cool y Lam. Si usted es el portero, quizá pueda decirme dónde encontrarle.

—Tendrá que dar su nombre —le interrumpí.

—Pero escuche, amigo, eso no puedo hacerlo. Se trata de un asunto confidencial y…

Recordé de quién era la voz en aquel instante; la de Peter Jarratt. Dije:

—Un momento. Alguien entra… Pudiera ser el señor Lam… Buenas noches, señor Lam. Hay alguien aquí que quiere hablarle. Dice que es importante.

Y, por teléfono, agregué:

—Bueno. Aquí está el señor Lam. Ahora se pondrá al aparato.

Solté el auricular, di una vuelta por el despacho pera que se oyeran las pisadas por teléfono, volví a tomar el auricular y dije:

—¿Diga? ¿Quién es?

—Peter Jarratt, señor Lam.

—Ah, sí.

—Me gustó su manera de desenvolverse cuando le interrogó Buda. Fue usted muy hábil.

—Gracias.

—¿Ha visto los periódicos?

—Sí.

—He dado con la persona que, en otro tiempo, fue propietaria del pinjante de esmeraldas. No sé si le interesará seguir esa pista o no.

—¿Cómo se llama?

—Phyllis Fabens.

—¿Señas?

—Apartamentos Crestwell, Calle Novena. No tengo el número a mano, pero puede usted consultar el listín.

—Sé donde se encuentra eso —le dije.

—Se me ocurrió que le interesaría saberlo.

—Gracias.

—¿Le dice algo eso?

—Ni pum —le contesté alegremente—. Me contrataron para llevar a cabo una tarea. Cumplí mi cometido y cobré mis honorarios. Nada más. Pero gracias por su confidencia.

—Oiga, escuche —protestó Jarratt—, a mí me parece que debiera investigarse ese extremo.

—Entonces será mejor que se ponga en contacto con Buda.

—No, no. Eso no puedo hacerlo. ¿No comprende usted?… Después de lo ocurrido… bueno, a mí se me antoja que a quien menos hay que notificar es a la policía.

—¿Por qué?

—Pudiera enredar la cosa… desconcertar a los investigadores… Escuche. Lam —prosiguió, apresuradamente, el otro—, usted tiene un cliente en este asunto.

—Lo tuve.

—Estoy seguro de que su cliente querría que investigara usted esto… una pista tan clara… una confidencia tan importante… algo que, en mí opinión, debiera usted conocer a fondo.

—Gracias por advertírmelo.

Vaciló unos instantes. Luego:

—No hay de qué charlar —dijo.

Y cortó la comunicación.

Bajé a toda prisa en el ascensor, saqué el coche de la agencia, y me dirigí a toda marcha a los Apartamentos Crestwell. En el cuadro de inquilinos vi que Phyllis Fabens ocupaba el número 328. Oprimí el timbre correspondiente y, casi en el mismo instante, abrieron la cancela desde arriba.

La empujé y entré.

El ascensor me condujo al tercer piso. Encontré el apartamento de Phyllis Fabens y llamé a la puerta.

—¿Quién es? —pregunto.

—El señor Lam. No me conoce.

Abrió un poco la puerta y vi que tenía echada una cadena de seguridad. Era evidente que, cuando un joven llamaba a su casa por la noche, no estaba dispuesta a correr riesgos.

No me anduve con rodeos.

—Me llamo Lam —anuncié—. Soy detective particular. Intento ponerme sobre la pista de una joya. Creo que usted puede

suministrarme información. ¿Puedo entrar?

Me observó atentamente por la rendija. De pronto se echo a reír y quitó la cadena.

—Claro que sí —dijo—. El hombre que se tira tan derecho al bulto y tan aprisa, bien merece que se le considere…

Aparentemente se le ocurrió que la palabra que había tenido la intención de emplear pudiera no parecerme a mí tan apropiada como a ella, porque interrumpió la frase, y soltó una risita para disimular.

—¿Seguro? —inquirí completando la oración.

—No —dije—. En todo caso, la que estaría segura sería yo. Pase.

Era un pisito muy agradable, bien cuidado, elegante y limpio. Daba la impresión de que en él se vivía y, sin embargo, estaba inmaculado.

—Siéntese, por favor —me invitó, señalándome una silla.

Aguardé a que lo hiciera ella y luego la imité.

—¿Ha visto usted, por casualidad los periódicos de última hora? —le pregunté.

—No.

—Intento seguir la pista de cierto pinjante. Me indicaron que quizá supiera usted algo de él.

—¿Quién le hizo esa indicación?

—Ésa es una de las cosas que un detective nunca puede permitirse el lujo de divulgar.

Reflexionó unos instantes. Luego repuso:

—Sí; supongo que tiene usted razón.

Saqué el periódico del bolsillo. Lo había doblado cuidadosamente para que pudiera ver la reproducción del pinjante y nada más. Se lo entregué diciéndole:

—Ésta es la pieza. ¿Me puede decir algo de ella?

Contempló ella la fotografía unos instantes. Luego desplegó deliberadamente el periódico hasta que pudo leer el pie del grabado. Éste decía que se trataba del pinjante hallado sobre la mesa, cerca de la víctima del asesinato, que habían sido forzados los engarces y extraídas las trece esmeraldas.

A continuación, dio la vuelta al diario para leer los titulares y enterarse de la identidad del muerto.

Durante todo aquel tiempo tenía el rostro completamente

desprovisto de expresión y las manos firmes como una roca. No hubo boqueos, ni exclamaciones, ni gestos de sorpresa. Estaba tan fresca como una lechuga.

Juzgué que tendría alrededor de veinticuatro años. El ondulado cabello rubio tenía el color de melcocha. Despejada la frente, lo bastante rectas las cejas para darle aspecto de pensativa concentración. Los labios no era lo suficientemente delgados para que el rostro pareciese austero, pero la boca era sensitiva, una boca que sonreiría con facilidad y, sin embargo, sabría ser firme y decidida de requerirlo las circunstancias. Alzó la mirada del periódico.

—¿Qué es lo que desea saber? —inquirió.

—Ese pinjante —pregunté—, ¿le parece conocido?

Reflexionó un rato. Luego contestóme:

—Creo que tal vez sí. ¿Quiere usted decirme exactamente la relación que tiene con los hechos?

—Lo único que yo sé es lo que hay en el diario.

—No lo he leído. Me he limitado a echar una mirada a los titulares. Entiendo que el pinjante fue hallado sobre una mesa en el cuarto en que murió un hombre asesinado.

—Sí.

—Con franqueza señor Lam, no puedo identificar ese pinjante. Sólo puedo decirle lo siguiente. Tenía unas joyas antiguas que llevaban algún tiempo en la familia. Se trataba de chatarra en su mayor parte… es decir, las piedras no tenían gran valor. Entre ellas figuraba un pinjante muy parecido al que publica el periódico… aunque eso no quiere decir nada. Los debe haber, de esa clase, a centenares.

—Y… ¿qué me dice del suyo en particular?

—Pues nada más. Que era un pinjante. Su descripción no cuadraba con la que se hace de este otro.

—¿Qué quiere decir, exactamente?

—Que, desde luego, jamás tuve una joya que llevara engarzadas trece esmeraldas. Mi pinjante, si mal no recuerdo, era un duplicado casi exacto del que a usted le interesa. Sólo que llevaba engarzado un rubí sintético y las demás piedras eran granates.

—¿Qué fue de él?

—Lo vendí.

—¿A quién?

—¿Por qué lo pregunta?

Reí y contesté:

—No lo sé. Probablemente porque soy detective y tengo que hacer preguntas. He venido a investigar algo, conque más vale que investigue todo lo que con ello pueda estar relacionado.

Me devolvió el periódico. Los ojos gris-plata me contemplaron, pensativos.

—Si quiere que le diga la verdad, se lo vendí a un tal Jarratt… especie de corredor que a veces negocia en cosas de esa clase. Así me lo han asegurado, por lo menos.

—Eso es muy interesante. ¿Qué casualidad la puso en contacto con el señor Jarratt?

—¿Casualidad? Ninguna. Fue un acto deliberado. Salí en su busca.

Enarqué las cejas. Ella rió levemente y continuó:

—Llevé las joyas a un establecimiento al que creí pudieran interesar.

—¿Al de Nuttall?

—¡Cielos, no! Nuttall es demasiado encopetado. Fui a una joyería pequeña… casi una tienda de barriada. De cuantas piezas ofrecí, la más valiosa era un anillo con un diamante de regulares proporciones. Pero creo que desmerecía por estar tallado a la antigua. Y había un par de relojes. Ya los conocerá usted… Eran de esos que las damas solían llevar prendidos en el… ¿no está de moda llamarlo seno?

—Prosiga —dije sonriendo.

—Y el pinjante, y una pulsera… No tenían más valor que el del oro viejo.

—Y ¿cómo conoció a Jarratt?

—El propietario de la joyería pesó las piezas, las aplicó la piedra de toque, y me hizo una oferta. Me pareció muy baja. Me explicó que no podía pagarme más que el valor del oro como tal, y el que tenía el diamante. Lo demás carecía de valor casi por completo y habría de fundirse. A continuación me dijo que conocía a cierto señor con el que podía ponerme en contacto y que éste quizá, haría mejor oferta. Al parecer, dicho individuo contaba entre su clientela a gente que confeccionaba vestidos de época y andaba a la busca de

piezas buenas de joyería antigua.

—¿Le dijo su nombre?

—En aquel momento, no.

—Y ¿qué sucedió?

—El joyero se puso en contacto con el tal señor y me hizo una nueva oferta… una oferta mucho más elevada que la primera… casi el doble.

—Y, claro, usted aceptó.

—No señor, no hice tal cosa. Aquel aumento tan considerable me hizo pensar que quizá hubiera algo… bueno, ya me entiende, pensé que intentaban aprovecharse de mi ignorancia. Conque le dije que había decidido no vender, y volví a llevarme las joyas.

—Y luego… ¿qué?

—Fui a otro joyero.

—¿Qué hizo éste?

—Ofrecerme exactamente lo mismo que me ofreciera el otro la primera vez, dándome la misma explicación: que las joyas no tenían más valor que el representado por el oro que llevaban.

—¿Qué hizo usted entonces?

—Le pregunté si no habría mercado para piezas antiguas… si no existiría algún corredor que tuviera salida para joyas así… Me contestó que en su vida había oído hablar de ninguno. Conque volví con las joyas al primer joyero y le dije, francamente, que no me gustaba que se aprovecharan de mí. Le dije que si con su oferta obtenía un beneficio legítimo, yo no tenía nada que decir, pero que me hacía muy poca gracia que ganara nadie demasiado a costa mía. El hecho de que un hombre, después de hacer una oferta, la doblara era como para hacer desconfiar a la persona más ingenua.

—¿Qué hizo el joyero?

—Se echó a reír. Dijo que comprendía perfectamente mis sentimientos. Se acercó a la caja registradora, sacó la tarjeta del señor Jarratt, y dijo: «¿Por qué no trata usted con él directamente? Obtenga el mejor precio que pueda y deme a mí el quince por ciento. Ése era el beneficio que pensaba yo obtener».

—¿Conque fue usted a ver al señor Jarratt?

—Conque fui a ver al señor Jarratt. Éste acabó haciéndome una oferta que me permitió pagar al joyero y, aun así, obtener cuarenta dólares más de lo que hubiese obtenido de no haberme tomado

tantas molestias.

—Ese pinjante que figuraba entre las joyas… A propósito, deduzco que el señor Jarratt compró toda la colección, ¿no?

—Hasta la última pieza —asintió la joven.

—Y el pinjante… ¿pareció interesarle en particular?

—No pareció interesarle ninguna de las piezas en particular. Su negocio, dijo, eran las inversiones de capitales pero, de cuando en cuando, se topaba con un cliente que buscaba piezas escogidas de joyería antigua… supongo que de la misma manera que algunas personas coleccionaban muebles antiguos. Afirmó que, algunas veces, le era posible colocar joyas de esa clase. Pero parecieron interesarle los relojes más que ninguna otra cosa. Aseguró que se podían arreglar y que marcharían muy bien.

—Un negocio un poco raro para un hombre de ese calibre, ¿no le parece?

—¿De qué calibre es?

—Maldito si lo sé. Pero es hombre que viste bien, que tiene un automóvil bueno, que gana, evidentemente, dinero y que sostiene un despacho que debe costarle caro.

—Entendí que el negocio de joyas no era más que una cosa secundaria. Y nada me sorprendería saber que el señor Jarratt es una de esas personas que andan a la caza de grandes negocios pero que no por eso se dejan escapar cualquier ocasión pequeña que se les presente de ganar algún dinero, por poco que sea.

—Puede que tenga usted razón. Es una posibilidad desde luego.

—Supongo que tiene usted que ser buen psicólogo en su profesión… leer el carácter de la gente con quien trata.

—Lo intento por lo menos.

—A mí me gusta estudiar a la gente también. Después de todo, más dependo de mi personalidad y de la impresión que obtengo de la gente que de ninguna otra cosa. Sea como fuere, siempre que hablo con alguien, intento averiguar todo lo que puedo acerca de su carácter.

—¿Cuánto tiempo hace que vio usted a Peter Jarratt?

—Tres o cuatro meses.

—¿No conocía a Robert Cameron?

—Ni en mi vida oí su nombre.

—¿Había esmeraldas en alguna de las piezas que vendió?

—¡Cielos, no!

—¿Ha estado en América del Sur alguna vez?

—No sea tonto, soy una simple trabajadora.

—Y, a propósito, ¿me es lícito preguntar a qué se dedica?

—Soy secretaria del director de una casa de seguros.

—Cuando vendió las joyas, ¿necesitaba usted dinero por algún motivo especial?

Se echó a reír. Luego exclamó:

—¡Cómo se tira al bulto, amigo, sin miedo a que le den en el testuz!

—Y a veces —asentí, sereno—, alargo el cuello demasiado, con grave riesgo de que me decapiten. El hacer preguntas es parte de mi profesión.

—Me parece que ya le he dicho bastante, ¿no?

—Supongo que sí. Pero yo no tengo más remedio que hurgar allí y allá, para ver si descubro una pista que me sirva de algo.

—¿Por qué es tan importante el *pendentif*?

—No lo sé. Figura en un asesinato.

—¿No pertenecía al señor Cameron?

—Supongo que sí.

—Escuche voy a ser franca con usted, señor Lam. Ése no es mi pinjante. El que a usted le interesa es, evidentemente, un *pendentif* de esmeraldas. El mío era de igual diseño, pero usted sabe tan bien como yo que ese diseño estuvo de moda durante toda una época. Debieron hacerse por entonces centenares de pinjantes iguales. Es muy probable que la mayor parte de ellos se hayan fundido ya. Pero, desde luego, no creo que le costara trabajo a una persona encontrar un pinjante así, si quisiera…

—Si quisiera… ¿qué?

—Hacer un duplicado de una joya determinada.

—Y… ¿usted cree que eso era lo que quería Jarratt?

—Yo no dije eso.

—Le pregunto que qué opina.

—Después de todo, usted es el detective. ¿Por qué no se encarga usted de opinar y pensar?

—Bien. Así lo haré. Gracias.

Se puso inmediatamente en pie, serena, con aplomo, pero el gesto era decidido y de despedida.

—Bueno, pues muchas gracias —dijo—. ¿No hay ninguna otra cosa que sepa?

—Ni media.

Le volví a dar las gracias y salí, dirigiéndome a un teléfono público. Llamé a Peter Jarratt. Se hallaba en su despacho, aguardando.

—¿Descubrió algo? —me preguntó en cuanto supo quién era.

—Sí —le dije—, he descubierto bastante.

—¿Pudo identificar el pinjante?

—El suyo tenía un rubí sintético y unos granates.

—¡Oh! —exclamó.

—¿Qué es lo que le hizo pensar en la señorita Fabens? —pregunté.

—Si quiere que le diga la verdad, Lam, fue una de esas casualidades. Me acudió a la memoria. Recordé haberle comprado joyería antigua a una joven y consulté mi dietario, hallando el nombre y las señas.

—Y ¿qué hizo usted de las piezas?

—Las coloqué en distintos sitios. Había un par de relojes con cuya venta obtuve un buen beneficio. Lo demás no pasaba de ser chatarra.

—¿No le dio usted el pinjante a Robert Cameron?

—¡Líbreme Dios! Yo no regalo joyas a mis clientes.

—Y… ¿él no se lo compró?

—No.

—Bueno; muchas gracias por su información.

—¿Piensa usted hacer algo en ese asunto?

—No, señor mío, no pienso hacer nada. No sé qué relaciones tendrá usted con esa muchacha. No sé si llegará muy lejos la policía en sus esfuerzos por seguirle la pista a ese pinjante. Pero sí sé que, si corriera al sargento Buda con una «pista caliente» que luego resultara ser una simple intentona encaminada a despistar a las autoridades, al sargento Buda no iba a gustarle. Ni a mí tampoco. Conque buenas noches, adiós, y que usted descanse.

Colgué el auricular antes de que a Peter Jarratt pudiera ocurrírsele una contestación apropiada.

capítulo diez

EXPERIMENTÉ un gran alivio al comprobar que no había ningún coche policíaco delante del domicilio de Robert Hockley. Era una casa de apartamentos de ciertas pretensiones. El conserje me anunció y Hockley abrió la puerta cuando llamé al timbre.

Era un apuesto individuo de ojos burlones. Tenía la pierna derecha visiblemente más corta que la izquierda. No se movió de la puerta hasta que le dije mi profesión y que deseaba hablar con él. Entonces me invitó a pasar.

El piso le costaría, probablemente, sus buenos doscientos dólares al mes. En la sala había una gran mesa de despacho llena de papeles. La gran lámpara de pie cuya luz iluminaba los papeles me demostró que Hockley había estado sentado allí en el momento de ser anunciada mí visita.

Observé unas hojas timbradas con el nombre de Talleres Acme de Soldadura y Guardabarros, y también unos formularios de carreras de caballos.

Hockley se dio cuenta de la mirada que echaba a la mesa y le hizo muy poca gracia.

—¿Bien? —inquirió—. ¿De qué se trata?

—Deseaba hablar con usted acerca del fideicomiso de Cora Hendricks.

La desconfianza le veló los ojos.

—¿Qué sabe usted de ese fideicomiso? —preguntó.

—Le he dado un repaso rápido.

Rió, burlón.

—Y, con ello, cree estar enterado de todo, ¿eh?

—Estoy enterado de algo.

—Escuche; algunos de los mejores abogados de América han desmenuzado ese fideicomiso y lo han examinado hasta con

microscopio. No se haga usted ilusiones.

—No me las hago.

—¿Qué quiere?

—Hablar con usted.

—¿De qué?

—¿Cuánto saca del fideicomiso?

—¿Y a usted qué diablos le importa?

—¿Le gustaría sacar más?

—No sea imbécil.

—Soy detective. Fui en otros tiempos abogado.

—Tengo abogado.

—¿Qué hace por usted?

—Todo lo que puede.

—Y, ¿cuánto es eso?

—Nada.

—Eso era lo que yo me figuraba.

—Cora Hendricks era una diablesa.

—No parece haberse portado mal con usted.

—¡Narices! Tengo que besarles los zapatos a dos hijos de mala madre cada vez que quiero un centavo. ¡Al diablo con ellos! Aguantaré hasta que revienten, o expire el plazo.

—Y, entonces, es muy posible que le compren una pensión vitalicia.

—Es posible.

—¿Qué dice su abogado de la legalidad de ese fideicomiso?

—Que no tiene importancia. Que puede hacerlo declarar nulo.

—¿Bien?

—¿Ha leído usted el testamento?

—Di un repaso al fideicomiso.

—¿Pero al testamento no?

—No.

—Cora Hendricks parece haber previsto todas las contingencias. Si el fideicomiso llegara a quedar invalidado en su totalidad o en parte, los fideicomisarios se convertirían en herederos universales, recibiendo todos los bienes en propiedad exclusiva, quedando autorizados para disponer de ellos a su antojo. También hizo constar en el testamento que, quienquiera que intentara impugnar su última voluntad, hacerla declarar inválida o acudiera a los

tribunales por causa del testamento o del fideicomiso, perdería automáticamente cuantos derechos tuviese a los bienes, a los fondos del fideicomiso y a la totalidad de las propiedades. ¡Búsquele usted las vueltas a ese puñado de fortificaciones legales! Lo han intentado los mejores abogados del país y han fracasado. Por ella… y por otras cosas.

—¿Recibe usted quinientos dólares al mes?

—De ellos pago los honorarios de mi abogado.

—¿Cómo es eso? Sólo recibe consejos. ¿Qué necesidad tiene de abogado?

—Lo necesito para que repase las cuentas, para ver si se exceden en los gastos, en compensaciones extraordinarias, y todo eso. Aun así, se las arreglan para poder ir en avión a Sudamérica continuamente y ¡hay que ver las cuentas de gastos que presentan!

—¿Grandes?

—No olvidan ni una caja de cerillas.

—¿Han mantenido el equilibrio hasta la fecha? ¿Recibe Shirley lo mismo que usted?

—Oiga, ¿desde cuándo es cuenta suya todo eso?

—Pensé poder hacer un intercambio de información con usted. Pudiera irnos bien a los dos.

—Empiece a enseñarme la información que posee para hacer intercambio.

—¿Ha visto las últimas ediciones de los periódicos?

—No.

—La policía no va a tardar en presentarse aquí.

—¿La policía?

—Sí.

Tenía fija y dura la mirada.

—¿Qué significa eso?

—A Robert Cameron, uno de los fideicomisarios, le asesinaron esta tarde.

—¿Quién?

—No lo saben.

—¿Me está usted diciendo la verdad?

—Sí.

Sacó una pitillera del bolsillo y encendió un cigarrillo.

—¿Existe algún móvil?

—Ninguno que conozca nadie.

—¿Por qué me lo dice?

—Maldito si lo sé. Hice cierto trabajo por cuenta de un hombre relacionado con el fideicomiso y le cobré interés al asunto. Conocí a Shirley Bruce y se me antojó que me gustaría conocerle a usted.

—¿Para qué?

—Ya le he dicho que no lo sé.

Fumó, en silencio, unos segundos. Luego empezó a hablar muy nervioso y aprisa, saltándole el cigarrillo entre los labios al pronunciar las palabras que unas nubecillas de humo iban puntuando.

—No hay razón para que sea hipócrita nada más que porque haya muerto un hombre. Le tenía atragantado. Me resultaba tan repelente como el propio Harry Sharples.

»Son los fideicomisarios. Lo tienen todo muy bien arreglado para que nadie pueda tocar nada más que ellos. No cabe duda de que, en efecto, Cora Hendricks tenía mucha confianza en los dos. Que yo sepa, ha sido ella la única persona que ha tenido confianza en ellos jamás. Pero no se haga ilusiones: ese fideicomiso está hecho a prueba de bomba. De acuerdo con las condiciones del mismo, pueden privarme hasta del último centavo. Y lo harán antes de haber terminado. Hasta ahora han hecho todo lo que estaba en sus manos para conseguirlo.

»Mi abogado me dice que no haga tonterías… que no me salga del camino… que, si de pronto, le largan todos los cuartos a Shirley, puedo proceder contra ellos judicialmente por conspiración y mala fe si yo he llevado una vida inmaculada. Conque tengo que dedicarme a un indecente negocio de automóviles mientras esos hijos de mala madre andan de un lado para otro en aeroplano. ¿Se da cuenta de mi posición? No puedo atacar al fideicomiso. Pero, si conspiran con el otro beneficiario, quizá pueda conseguir que los retiren… hacer que los bienes vuelvan al fideicomiso y que los fideicomisarios sean despedidos por incompetencia.

—Pero, hasta ahora, no ha habido conspiración, ¿verdad? ¿Shirley cobra la misma cantidad que usted?

—¡Shirley Bruce! —exclamó, temblándole de ira la voz—. ¡Ahí tiene usted otra! ¡Qué encanto de criatura! Cada vez que ve a sus tíos, léase eso de tíos entre comillas, se dispone a besarles con una

técnica que avergonzaría a una ramera. Una dulzura de muchacha. Jamás se le ocurriría aceptar un centavo en exceso de lo que yo recibo. Pero vive en un piso de lujo. Lleva vestidos del último modelo. Se pasa la mitad de su vida en los institutos de belleza. ¿De dónde demonios sale ese dinero?

—Ésa —le advertí—, era una de las cosas que quería yo preguntarle.

—Pregúnteselo a ella. Pregúnteselo a Sharples. Pregúnteselo a Cameron. Según la manera en que se administra el fideicomiso, ella no recibe nada que no reciba yo. Pero, ¿de dónde sale el dinero? Eso es lo que yo quiero saber.

—Tiene ingresos independientes según tengo entendido.

Se echó a reír.

—¡Vaya si son independientes! Quizá, si yo hubiera sido una chica con medias de seda, saltos de cama atrevidos, y pantaloncitos de seda bordados, también hubiese poseído ingresos independientes. Si quiere saber algo de esos ingresos, interrogue a Sharples, pregúnteselo a Cameron.

—No puedo preguntárselo a Cameron. Está muerto.

—Pues pregúnteselo a Sharples entonces.

—Deduzco que no sería la primera vez que se lo preguntasen.

—¡Qué iba a ser! Ni la última.

—¿Está emparentado con usted Shirley Bruce? —quise saber.

Me miró con sorpresa.

—Oiga, ¿está usted metido en este asunto y no sabe quién es Shirley?

—¿Quién es?

—Mi dulce y querida Shirley —dijo, con voz burlona—, la hija huérfana de lejanos parientes de Cora residentes en los Estados Unidos… Cora Hendricks marchó a Norteamérica. Estuvo ausente siete u ocho meses. Regresó con una criatura pequeña, hija de parientes lejanos, ambos de los cuales murieron de una manera singularmente repentina. Saque usted las consecuencias.

—¿Quiere usted decir con eso que Cora Hendricks marchó a los Estados Unidos nada más que para dar luz a la criatura?

El otro se encogió de hombros.

—En ese caso —inquirí—, ¿quién es el padre de Shirley?

—Eso —contestó él—, ¿quién es el padre de Shirley?

—¿Lo sabe usted?

—Sé lo bastante para no ignorar que estoy hablando más de la cuenta. Sólo que me pinchó usted en la llaga. ¿Qué me dice de Cameron?

—Murió. Tenía un cuervo amaestrado que andaba volando por el cuarto.

—Sí, ya conozco la existencia de ese cuervo.

—Y un pinjante de esmeraldas —le dije, observándole atentamente—. ¿Qué sabe usted del pinjante de esmeraldas?

Movió negativamente la cabeza.

—Bueno —dije— una cosa tendrá que reconocer. Los dos hombres esos son muy buenos negociantes. Han conseguido pagar todos los gastos del fideicomiso y, sin embargo, aumentar la cantidad de sus fondos.

Me miró de una forma rara. Luego se puso en pie y cruzó al otro lado del cuarto. Había un teléfono instalado en la pared. Descolgó el auricular, marco un número y, cuando le contestaron, dijo:

—Jim, Bob Hockley al habla. Acaba de llegar a mis oídos que han liquidado a Robert Cameron hoy. Más vale que lo compruebes. Si es cierto, hay que averiguar qué dinero tenía Cameron al ser nombrado fideicomisario y cuánto ha dejado al morir. Además hay que intentar obtener acceso a sus cuentas particulares para descubrir de dónde proceden los ingresos independientes de Shirley. ¿Me comprendes?

Guardó silencio unos momentos escuchando a lo que le respondían. Luego:

—Me han traído la noticia. Hay aquí un individuo hablando conmigo en estos instantes. Dice que la policía va a emprender una investigación a fondo, interrogar a todo el mundo para intentar averiguar el móvil… Seguro… Claro que iré con cuidado… ¿Por qué diablos he de fingir que me era simpático ese viejo buitre? Por mi parte, me alegro que se haya muerto… Bueno, bueno, ya iré con cuidado… Comprueba. Cuando lo hayas hecho, llámame, ¿quieres?

Colgó el auricular y me miró como si me viera entonces por primera vez.

—Es usted un magnífico escuchador —dijo—. Quizá haya hablado yo demasiado. ¡Lárguese de aquí!

—Se me antojó que quizá podría…

—¿No me ha oído? ¡Lárguese de aquí!

Se acercó a mí, cojeando.

—Como usted quiera —le dije—. No me guarde rencor.

—Puede que sea usted una persona decente —dijo—. Lo sabré cuando vuelva a llamarme mi abogado. ¡Eh! ¿Tiene tarjeta?

Le di una.

—Me resultaría más agradable que la policía no supiese que había estado yo aquí.

—No le prometo nada —respondió, consultando la tarjeta—. ¿Cuál de los dos es? ¿Cool o Lam?

—Lam. Cool es una mujer.

—Quizá sea de confianza —repitió—. En tal caso, quizá vuelva a hablar con usted. Dijo que había trabajado en el asunto. ¿Quién le contrató? No sería Sharples, ¿verdad?

Salí de canto por la puerta, sonriendo.

—¡Maldita sea su estampa! —exclamó el joven—. Como averigüe que era Sharples, le retorceré a usted el cuello. Y no es hipérbole. Quiero decir que, en efecto le retorceré a usted el cuello.

Salió por la puerta y echó a andar pasillo abajo tras de mí.

Me dirigí a la escalera. Al llegar a ella me detuve.

—Un detalle acerca del fideicomiso que quizá se le haya pasado por alto a su abogado.

—A mi abogado no se le ha pasado por alto ni el detalle más nimio.

—Cuando los dos fideicomisarios mueran, o en el caso de terminar el fideicomiso antes de la fecha prevista, los bienes han de ser, forzosamente, repartidos por igual entre los beneficiarios.

Me estaba mirando, sin vestigio de expresión en el rostro.

—Sabe usted mucho y habla demasiado —me dijo.

—Y uno de ellos —proseguí, como si no le hubiese oído— ha muerto.

Di media vuelta y bajé la escalera.

capítulo once

CUANDO entré en el despacho a la mañana siguiente, Bertha Cool me aguardaba con los ojos brillantes.

—Donald, querido, ¡te has hecho popular! Hiciste una buena labor. Ya sabía Bertha que, cuando volvieras de la Armada, nadaríamos en la abundancia otra vez.

—¿Qué ocurre ahora? —inquirí, dejándome raer en una silla.

—Harry Sharples. Has dado el golpe con él.

—¡Ah, ése!

—Escucha, Donald, telefoneó hace muy poco. Quinientos dólares a la semana. Te necesita con regularidad.

—¿Con qué regularidad?

—Todo el tiempo. Una especie de escolta personal.

—¿Durante cuánto?

—Garantiza seis semanas.

—Mándale al cuerno.

El sillón de Bertha exhaló un chirrido de sobresalto al erguirse ella bruscamente.

—¿De qué estás hablando?

—De Sharples. Dile que se tire de cabeza al mar. No nos interesa.

—¿Cómo que no nos interesa? —aulló Bertha—. ¿Qué diablos pretendes con esa actitud de prima donna? Quinientos pavos a la semana. Estás loco.

—Bien, acepta tú el encargo.

—¿Yo?

—Tú.

—A mí no me quiere para nada. Te quiere a ti.

—¡Narices! Lo que él quiere es una escolta. Yo no sirvo para eso. Tú, en cambio, estarías que ni pintada.

Me dirigió una mirada asesina.

—Voy a salir un rato a fisgonear por ahí —dije—. No sabrás qué ha sido del cuervo que tenía Bob Cameron, ¿verdad?

—Ni lo sé ni me importa un cuerno. Si tú te has creído que vas a rechazar un trabajo que nos rendirá más de dos mil dólares al mes, estás mal de la cabeza. Es más de sesenta y cinco dólares por día, piensa en eso.

—En ello estoy pensando.

Cambió bruscamente la táctica.

—Donald, querido, siempre fuiste un gran bromista. Le estás tomando el pelo a Bertha, ¿verdad?

Nada repuse. Sonrió, engatusadora.

—Bertha debiera haberte conocido mejor. Bertha siempre puede confiar en ti, Donald. Cuando la cosa va mal, siempre entras tú y te echas a las costillas más carga de la que te corresponde.

Seguí sin decir palabra.

Al cabo de unos instantes, prosiguió:

—Aún recuerdo el día en que entraste aquí pidiendo trabajo. No eran tan fáciles de encontrar las colocaciones en aquellos tiempos, y tenías hambre, Donald. Te estabas muriendo de hambre. Una colocación, aunque fuera con un sueldo que representara la más pequeña, la más minúscula fracción de lo que hoy ofrece Sharples, significaba mucho para ti en aquellos tiempos. ¿Verdad, Donald?

—Así es.

Me miró, radiante.

—Jamás olvidaré lo débil y demacrado que era tu aspecto, Donald. Ni el hambre que tenías, ni lo agradecido que estuviste por la colocación que te ofrecí. Y ¡cielos! ¡Cómo trabajaste! Cualquier cosa que yo te pidiera que hicieses, lo hacías, y la hacías bien. Y luego, gradualmente, Bertha empezó a confiarte misiones de mayor importancia. Y, después, te admití como socio. Y ha resultado muy agradable, ¿verdad, Donald?

—Ha resultado muy agradable.

—Sé que me estás agradecido, Donald, aunque no eres de los que dicen gran cosa.

—Cuando empecé a trabajar para ti, andabas rondando por las orillas del charco de la profesión, recibiendo sólo salpicaduras de barro. Solicitabas toda clase de tareas, pero sólo te encomendaban

las más sucias, las que ninguna otra agencia quería tocar ni de lejos. Te encargabas de todos los casos de divorcio que los picapleitos te ofrecían. Corrías detrás de las ambulancias para intentar conseguir que la víctima de un atropello te dejara pedirle daños y perjuicios en su nombre a quien le hubiese atropellado, y jamás supiste lo que era ganar más de quinientos dólares al mes. Tú…

—¡Eso es mentira! —aulló.

—Empezaste a prosperar en cuanto me asocié yo contigo. Hoy pagas más de impuesto sobre las rentas al mes de lo que ganabas en total al año. Claro que te estoy agradecido. ¿Y tú? ¿Me lo estás a mí?

Se meció en el sillón giratorio, dura la boca y ceñudo el gesto por la indignación, para acabar diciendo:

—Si te dejas escapar estos quinientos pavos al mes, disuelvo la sociedad y me encargo sola del asunto.

—¡Magnífico! —la respondí—. Tira adelante.

Me puse en pie. Inicié la retirada.

Me dejó salir, cruzar la oficina exterior, llegar a la puerta del pasillo.

Un espantoso chirrido me anunció que se había levantado apresuradamente del sillón. Apareció en la puerta de su despacho particular.

—Donald, no regañemos.

—Eres tú la que está regañando.

Cruzó la oficina. Elsie Brand, presintiendo que algo crítico sucedía, dejó de teclear.

—¿Por qué no quieres trabajar para él, Donald? —dijo Bertha.

—No sé lo que quiere de mí.

—Te quiere para que le escoltes. Cree hallarse en peligro. ¿Tú crees que lo estará en realidad?

—Un fideicomiso de doscientos mil pavos. Mientras viva, puede repartirlo como le dé la santísima gana. Cuando muera, el fideicomiso se acaba. A su co-fideicomisario le acariciaron la espalda con un trinchante. Saca tú las consecuencias. Si fueses la directora de una compañía de seguros de vida, ¿le admitirías como riesgo a una prima reducida?

—Donald, eso lo dices con la lengua, pero sólo lo sientes de dientes para afuera. Sigues sin creerlo.

—Sharples lo cree.

—Donald, ¿por qué te portas así con él? ¿Qué le encuentras de malo?

—No tengo ganas de trabajar hoy. Quiero hacer fiesta para dedicarme a estudiar.

—Para estudiar, ¿qué?

—Las costumbres de los cuervos —la contesté.

Y cerré la puerta.

Lo último que vi de Bertha fue ese brusco enrojecimiento que denota una elevación casi apoplética de la presión arterial. Por la forma en que empezó a aporrear Elsie las teclas de la máquina en cuanto se cerró la puerta, comprendí que Bertha se había encarado con ella para desahogar en Elsie su furia.

Volví a abrir la puerta.

Bertha se había acercado a la máquina y estaba mirando con rabia a la muchacha. Decía, en el momento de asomar yo:

—… Y es más, no me da la reverendísima gana de que ande usted fisgoneando y escuchando nuestras conferencias de negocios. Está usted aquí para escribir a máquina. Tiene trabajo de sobra para estar siempre ocupada. Y, si no lo tiene, ya me encargaré yo de que no le falte. Ahora, hágame el santísimo favor de poner las manos en el teclado y no moverlas de ahí, y…

—Y otra cosa —la dije a Bertha—. He decidido que Elsie necesita una ayudanta. La ayudanta puede ser tu secretaria. Elsie va a ser la mía. Telefonea a la agencia de colocaciones a ver lo que puedes hacer. He hablado con el administrador de este edificio para que me alquile la habitación vecina con el fin de convertirla en mi despacho particular. Se va a encargar de abrir una puerta medianera para que podamos estar en comunicación.

Bertha dio media vuelta y echó a andar hacia mí.

—¡Maldita sea tu… tu…!

—Anda, acaba.

Una sonrisa muy dura se dibujó en los labios de Bertha.

—¿Quién diablos —preguntó, ominosa—, te has creído tú que eres?

—El maquinista del tren de provisiones. Consulta el billete que llevas y a ver hasta dónde te autoriza a viajar.

Y volví a cerrar la puerta.

Esta vez no volví a oír el teclado de la máquina de Elsie.

Me dispuse a dar con el paradero de Dona Grafton, la muchacha que también tenía una jaula para el cuervo.

Las señas, según acabé descubriendo eran las de una de esas casas de juguete situada en la parte de detrás de un edificio sin pretensiones. Durante algún tiempo se había puesto de moda construir casitas en el patio de otras mayores, sistema que daba por resultado la obtención de veinte o treinta dólares adicionales de renta de una misma finca con una inversión inicial de muy poca importancia.

La joven que contestó a mi llamada era esbelta, de figura atlética, tal como la que los fabricantes de trajes de baño y equipos de esquiar gustan emplear en su propaganda. Era morena pero no de una morenez de ala de cuervo como Shirley Bruce y tenía su cutis el colorido y la finura que uno sólo suele esperar encontrar en las rubias.

Se mostró tan amistosa como un perrito juguetón. En cuanto la pregunté «¿La señorita Dona Grafton?», sonrió y dijo:

—Supongo que es usted otro periodista, que viene por lo del cuervo.

—La verdad es que me interesa el cuervo, aunque no soy periodista —la contesté—. ¿Tiene inconveniente en decirme algo de él?

—Ninguno. Pase, por favor.

Pasé a la minúscula salita con la impresión de que me había metido en una casa de muñecas. Me dio una silla, se sentó y dijo:

—¿Qué era lo que deseaba usted saber?

—¿Dónde está el cuervo ahora?

—En el cobertizo de la leña. El señor Cameron, claro está podía permitirse el lujo de darle a *Pancho* lo mejor de todo. Yo no. Mi patrona tiene cierta estrechez de miras en cuanto a cuervos se refiere. Lo mejor que he podido ofrecerle hasta ahora ha sido el cobertizo de la leña.

—¿Cómo es que se ha hecho usted con el cuervo?

—*Pancho* y yo somos viejos amigos. Siempre se pasaba la mitad del tiempo conmigo.

La di a entender que me gustaría saber algo más de eso.

—Mi padre se llamaba Frank Grafton y al cuervo le dieron su

nombre. *Pancho* quiere decir lo mismo en español que Frank en inglés.

—Así, pues, ¿usted ha conocido al señor Cameron?

—Oh, sí.

—¿Durante mucho tiempo?

—Desde niña.

—¿Y a Harry Sharples?

Movió afirmativamente la cabeza.

—¿Shirley Bruce?

—Conozco a la señorita Bruce. No somos… bueno, no la veo con frecuencia. No pertenecemos a la misma capa social.

—¿Y a Robert Hockley?

—Oh, sí.

—Eso me interesa —le dije.

Ella movió, negativamente, la cabeza y me explicó:

—No creo que encuentre nada interesante en eso. Mi padre, Frank Grafton, dirigía unas minas por cuenta de Cora Hendricks. La señorita Hendricks murió siendo yo muy niña. No la recuerdo. Mi padre murió como consecuencia de un accidente minero tres o cuatro años más tarde. Tanto el señor Cameron como el señor Sharples, ambos fideicomisarios de los bienes de la señorita Hendricks, le tenían mucho afecto a mi padre, y sintieron profundamente su muerte. Les parece, hasta cierto punto, que… bueno, creo que mi padre fue el responsable de los primeros éxitos que se obtuvieron en las empresas de minería. La mayor parte de la fortuna se hizo durante los tres o cuatro años que siguieron a la defunción de la señorita Hendricks.

—Conque… ¿el cuervo la conoce?

—Sí; somos amigos de antiguo. Es que ¿sabe?, a *Pancho* le gusta volar por ahí y los cuervos necesitan ejercicio. Conque el señor Cameron tomó sus medidas para que el cuervo pudiera salir y entrar a su antojo. Lo mejor que yo pude ofrecer fue el cobertizo de la leña, instalé una jaula allí, y quité el vidrio de una de las ventanas. *Pancho* viene a verme cuando quiere. Se posa encima del tejado del cobertizo y me grazna, y yo salgo a charlar con él, y le dejo que se me pose en el hombro, y le doy algunas tonterías que comer. Cuando no me encontraba en casa, se metía en la jaula del cobertizo a esperarme, o quizá volvía a casa del señor Cameron.

Ahora, desde que ha ocurrido ese suceso tan terrible… bueno, pues aquí está. Se encuentra muy solo. ¿Le gustaría verle?

—Sí que me gustaría —la contesté.

Me condujo por la parte de atrás de la casa a un cobertizo pequeño, que no mediría más de tres metros de lado y que estaba lleno de troncos, leña menuda, cajas, un par de neumáticos de desecho, y unos cuantos tarugos.

—¿Sabe? —murmuró, a modo de explicación—, ahora se emplea el gas para la calefacción. Y, aunque hay chimenea en casa de la dueña ahí delante no creo que la use nunca. *Pancho* debe encontrarse en su jaula. Vamos, *Pancho*, ¿dónde estás?

Observé entonces que la jaula del cuervo colgaba en un rincón oscuro del cobertizo, era una copia exacta de la que había visto en casa de Cameron. Cuando llamó la joven, se oyó movimiento. Al principio no pude distinguir la figura del cuervo en la sombra. Luego salió dando saltos, de la jaula, agitó las alas y se dirigió a la señorita Grafton. Pero me vio a mí y dio un salto la mar de raro hacia un lado.

—Ven, *Pancho* —dijo ella, tendiéndole un dedo.

El cuervo torció la cabeza para clavar en mí los ojuelos.

—Embustero —dijo.

Y rió con cuervil regocijo, ronca cacofonía en verdad.

—*Pancho*, no seas así. Eso es ser un chico malo. No son buenos modales de cuervo. Ven aquí.

El pájaro saltó hacia ella y se detuvo sobre la polvorienta leña.

—Vamos, ven. El señor Lam quiere hacerse tu amigo. Le interesa averiguar ciertas cosas de ti. Ven y háblale como es debido.

El cuervo dio otro largo salto y, agitando bruscamente las alas, fue a posarse en su dedo. Ella le acarició la garganta con la otra mano, al par que decía:

—No le gusta que le pongan la mano encima de la cabeza. Se hace eso cuando se le castiga. Con sólo que le pongan una mano por encima, le da un ataque. Supongo que es un caso de atavismo… un instinto… A un pájaro no le gusta estar encerrado. Siempre siente pánico cuando nota algo por encima de él. Ello significa que tiene cortada la retirada. *Pancho*, ven aquí a ver al señor Lam.

Movió el dedo hacia mí y yo extendí la mano. Pero *Pancho* no quiso tratos conmigo. Retrocedió y emitió un sonido áspero que, de

momento, no comprendí.

Ella se echó a reír y dijo:

—Le está diciendo: «¡Márchese!». No habla muy claro. «Embustero» es la palabra que pronuncia con mayor claridad. Es un cariño. ¡Más juguetón…! Lástima que no pueda meterle en casa que es donde debiera estar. No está acostumbrado a quedarse fuera así, y la muerte de su dueño y todo eso le ha dado un disgusto, conque está un poco hosco.

—No está muy lejos esto de casa del señor Cameron, ¿verdad?

—Sólo tres o cuatro manzanas.

—¿Hace *Pancho* parada en algún otro sitio?

—Creemos que sí.

—«¿Creemos?».

—El señor Cameron y yo. No acabo de acostumbrarme que ha… que… que le ha ocurrido una cosa así.

—¿Dice usted que cree que visitaba algún otro sitio?

—Sí; pero no sabemos cuál o cuáles *Pancho* es un pájaro muy inteligente y muy reservado, ¿verdad *Pancho*? Pero veces hubo en que *Pancho* se fue y ni yo ni el señor Cameron sabíamos dónde se encontraba. Lo siento, *Pancho*, pero pesas. Dona no puede sostenerte en el dedo tanto tiempo. ¿No quieres visitar al señor Lam?

Movió la mano hacia mí y el pájaro volvió a echarse atrás. Dona sacudió la mano y le dio un empujoncito hacia la jaula.

—¡Embustero! —la gritó.

Y luego dijo:

—¡Márchese, márchese!

Saltó por la leña y volvió a meterse en la jaula.

—Está completamente desquiciado en realidad —dijo la joven—. Procuro distraerle, pero está triste e irritado. ¿Desea volver a casa, señor Lam?

—El señor Cameron viajaba bastante ¿verdad? ¿Se quedaba *Pancho* aquí durante su ausencia?

—Naturalmente. Las propiedades en las que el señor Cameron estaba interesado se hallaban en Colombia, y es difícil llevar a un cuervo de un lado para otro. Al señor Cameron le gustaba mantenerse en contacto con los negocios, conque marchaba allá con frecuencia. No creo que le gustara demasiado hacer el viaje. Quería

demasiado a *Pancho* y se sentía feliz aquí. Sea como fuere, yo le guardaba a *Pancho* mientras se hallaba de viaje.

—Su padre ha muerto —dije, al volver a la casa—. ¿Su madre vive?

—Sí.

—¿Aquí, en la ciudad?

—Sí.

Noté en su voz cierta reserva que me dio a comprender que respondía a las preguntas relacionadas con su madre animada de una decidida intención a no dar más informes que los absolutamente necesarios.

—Perdóneme si soy impertinente, pero ¿ha vuelto a casarse?

—No.

—¿Trabaja usted? Ya sé que todo esto resulta la mar de personal, pero…

—Supongo que está bien —dijo, sonriente—. Después de todo, ustedes tienen que obtener información para ganarse la vida. Hago colaboración independiente.

—¿Escribe?

—Dibujo. Trabajo artístico comercial. A veces vendo mis bocetos. En ocasiones se me presenta la oportunidad da hacer un dibujo de acuerdo con instrucciones determinadas… es decir, por encargo. Una agencia, por ejemplo, puede pedirme el dibujo de una joven de pie sobre cubierta en un barco, revuelto el cabello por el viento, y… Ahora verá.

Sacó un cartapacio grande de un armario. Lo abrió. Vi a una joven de pie sobre cubierta, revuelto el cabello por el viento, agitada la faldita blanca en torno a las atractivas piernas. Un suéter blanco hacía resaltar los puntos que debe hacer resaltar un suéter.

No entiendo gran cosa de arte, pero aquel cuadro tenía algo limpio y sano. Supongo que se debía a la cantidad de blanco empleado, y a la forma en que se sugería que soplaba el viento. Estaba el dibujo lleno de vida. Se veía en los ojos de la joven la anticipación y espera. Tenía la vista alzada un poco por encima del horizonte, de suerte que parecía estar mirando por encima del mar y escudriñando el futuro, un futuro con el que anhelaba encontrarse. El revuelo de la falda en torno a las pantorrillas daba la impresión de que amaba sentir la caricia del aire en la carne. Se

veía una miajita de sonrosada pierna por encima de la media al azotarla el viento la falda, no mucho: lo justo nada más.

—¿Le gusta? —preguntó, escudriñando mi semblante.

—Me encanta —la contesté—. Me produce un efecto indescriptible. Uno siente ese dibujo.

—Lo hice por encargo de una agencia que deseaba algo que hiciera sentir nostalgia de viajar. Después de haberlo terminado, el director cambió de opinión acerca del tipo de dibujo que deseaba. Decidió que sería mejor representar a una muchacha sentada sobre cubierta a la luz de la luna, con un hombre vestido de etiqueta inclinado sobre ella.

—Este dibujo es maravilloso. Si a ese hombre no le gustó, debe estar mal de la cabeza.

—Es que cambió de opinión. Apenas le echó una mirada al dibujo. Eso es lo malo. El director artístico que me hizo el encargo, pensaba en algo así y encontró mi interpretación perfecta. Luego llegó el jefe supremo echó una simple mirada al cuadro, y decidió que quería un claro de luna… algo que sugiriera lo romántico de un viaje. Bueno… así van las cosas.

—¿Qué hará usted de ese dibujo ahora? —le pregunté.

—Oh, lo conservaré una temporada. Quizá pueda venderlo para un calendario artístico. A veces compran cosas como ésta.

—Para mí —le dije—, es una de las cosas más bonitas que en mi vida he visto. Se ve el reflejo del soleado océano en los ojos azules de la muchacha, y la esperanza también, y el amor a la vida, y la sed de aventuras, y… ¡qué rayos!, ¡en ese dibujo se ve todo lo que es joven, y limpio, y vital!

—¿Es eso lo que mi dibujo representa para usted?

Moví afirmativamente la cabeza.

—Me alegro —lijo—. Eso era lo que yo quería que expresase. Y no estaba segura de haberlo conseguido. Ya sabe usted lo que pasa con estas cosas. Intenta una obtener un resultado determinado en un cuadro y, como ha trabajado tanto por obtenerlo, una lo ve allí cada vez que lo mira. Pero una no sabe si los demás ven lo mismo, o si es que ella se ha hipnotizado hasta el punto de ver lo que no existe.

—Pues usted lo ha conseguido sin el menor género de duda. ¿Qué otros dibujos tiene?

—Oh, no le interesarían. Éste es el mejor de todos. Algunos de ellos son bastante malos. Me gusta pensar que algunos de ellos son buenos, pero varían.

—¿Tiene inconveniente en enseñármelos?

—Me gustaría, si es que de verdad quiere verlos. Me encantaría escuchar sus comentarios. Un artista intenta hacer algo… no puedo decirle qué. Supongo que es interpretar la vida lo que pretende. Ahí tiene el dibujo de la muchacha viajera, por ejemplo. Yo creo que casi todo el mundo desea viajar. Es un medio para salirse de sí mismo. Pero, cuando se viaja, no se mira exclusivamente el paisaje en realidad. Se intenta mirar más allá de uno mismo… más allá del horizonte. Por eso dibujé a la muchacha con la vista y la cabeza alzadas, mirando por encima del horizonte.

Moví afirmativamente la cabeza.

—¿Obtuvo usted esa sensación al mirar el cuadro?

—Sin duda alguna. ¿Viaja usted mucho?

—Claro que no. Tengo que trabajar. En confianza, me tomo una vacación de cuando en cuando para pintar. Luego, cuando me amenaza el hambre, salgo a buscar una colocación… una colocación corriente.

—¿De qué?

—Cualquier cosa que pueda conseguir y que me brinde los medios de ganarme honradamente la vida. Sin embargo, cada dólar que puedo reducir de mis gastos y ahorrar, significa que puedo prolongar tanto más mi trabajo artístico. Uno de estos días conseguiré que me vayan mejor las cosas y podré hacer mejor trabajo.

—¿No la preocupa y molesta tener que dejar el arte para buscar colocación?

—Oh, sí. Pero procuro no pensar en ello. Es necesario, y he descubierto que es inútil indisponerse con las cosas necesarias de la vida.

—A mí me parece que debiera poderse ganar el sustento con el arte.

—Algún día lo conseguiré. Por ahora, mi trabajo no es todo lo perfecto que debiera ser. Claro que son difíciles los principios, una vez se da una a conocer, puede vender todo su trabajo y a buen precio. Cuando se empieza, la gente parece creer que puede

comprar el producto de su trabajo por una miseria. Eso la hace ser escogida y criticona. Cuando una tiene nombre, la reconocen como autoridad también y se enamoran y hacen lenguas de cosas que no se les ocurriría comprar a una desconocida.

—Eso debe ser la mar de molesto.

—No sé… Claro que hay veces en que una quisiera que las cosas fueran de otra manera. Pero el hecho es ése y, si uno ha de abrirse camino en la vida, ha de aprender a respetar los hechos. ¡Hay tanta gente que pasa por la vida intentando engañarse! Procuro acostumbrarme a no discutir con los hechos.

—¿Va usted a enseñarme los otros dibujos?

—¡Oh, perdone! No me daba cuenta de que le hacia esperar.

—No me hace esperar. Disfruto escuchándola. No olvide que tengo una labor que hacer y que usted me está ayudando a hacerla. ¿Habla español?

—Como una española. ¡He tenido tantas amistades que hablaban ese idioma cuando yo era pequeña! Y mi madre conoce a mucha gente de habla española. Yo aprendí ese idioma al mismo tiempo que el inglés.

—¿Se fijó en el pinjante de esmeraldas que reprodujeron los periódicos?

—Sí. Leí todo lo referente a la muerte del señor Cameron. ¿Usted cree que disparó contra el asesino?

—Es difícil saber. ¿Había visto usted ese pinjante antes?

—No.

—Y, sin embargo, el señor Cameron debía de tenerlo desde hacia meses. ¿Cree que tendría el propósito de regalárselo a alguien?

—Es posible. No lo sé.

—¿Le interesaban las joyas?

—No lo creo. No obstante, era un hombre muy especial. Y hasta incomprensible en algunos aspectos. Eran muchos sus intereses. Pero, cuando estaba con una persona, sólo daba muestras de interés en lo que a ella le interesaba. Jamás se le ocurría hablar de las cosas que le interesaban a él… obligar a los demás a que las escucharan.

—¿Y Sharples?

—Es distinto. No le conozco tan bien. Mi madre le conoce mucho mejor que yo.

—¿Le es antipático?

—Yo no he dicho eso.

—Pero ¿le es antipático?

—¿Es absolutamente necesario que haga usted esa pregunta?

—Tenía curiosidad por saberlo.

—Es un hombre muy listo. No creo que se interese tanto por sus amigos como lo hace el señor Cameron… como lo hacía mejor dicho. El señor Sharples está más absorto en sus propios asuntos… que creo que abarcan muchos aspectos.

—¿Algo donjuán?

Se echó a reír.

—¿No lo son todos los hombres?

—¿A mí me lo pregunta?

—Yo creo que sí que lo son.

—¿Lo era Cameron?

—¡Cielos, no!

—Ahí tiene, pues. Algunos hombres no lo son.

—El señor Cameron era distinto. Se mostraba dulce y considerado. Nunca sobaba. A veces le daba a una un golpecito en el hombro; pero, cuando lo hacía, no molestaba. Era un golpecito amistoso, animador, en el que nada había de sexual.

—¿Quería el señor Cameron a Shirley Bruce de la manera como la quiere Sharples?

—No lo sé.

—¿No tiene usted idea?

—No sé gran cosa de Shirley.

—¿Conoce a Sharples?

—No demasiado bien. No creo que haya hablado nunca gran cosa con él acerca de Shirley. Él es una especie de guardián o tutor suyo… Supongo que se siente más ligado a ella por ese motivo. Pero, escuche, nos estamos desviando bastante del asunto que me interesa a mí, para profundizar en el que le interesa a usted. Supongo que parte de su entrenamiento consiste en aprender a conseguir que la gente hable de las cosas que a ustedes les interesa saber. Yo no he aprendido a sujetar la lengua. Hablemos de cuervos y de dibujos y… oiga, ¿querría unos bombones? No soy demasiado aficionada a los dulces y alguien me ha mandado una caja de…

Giró el tirador. Una mujer entró sin llamar. Era de edad madura,

pero sin exceso de carne. Ojos negros y emotivos. Pómulos salientes. El más leve vestigio tan sólo de color cetrino en la piel. Tenía un aire de orgullo y de desdén que la nariz corta y respingona hacía parecer extrañamente incongruo.

—Hola, mamá —dijo Dona.

La madre me miró.

—Permíteme que te presente al señor Lam, mamá.

Le dije que celebraba conocerla y ella me hizo una leve reverencia diciendo:

—¿Cómo está usted, señor Lam?

La voz era dulce y de garganta y debiera haber resultado hermosa, pero la monotonía de su tono demostraba que estaba pensando en otras cosas.

Los negros ojos dirigieron una rápida mirada al cartapacio y vieron el dibujo antes de que Dona pudiera cerrarlo.

—¿Más tonterías? —inquirió.

Dona se echó a reír y dijo:

—Sigo laborando, mamá.

La señora Grafton casi escupió una exclamación de disgusto.

—¡No hay dinero en eso! Trabajas, trabajas y trabajas y ¿qué sacas de ello? ¡Nada!

Dona desterró con una sonrisa aquella discusión a la que, evidentemente, estaba ya acostumbrada.

—El día menos pensado triunfaré. Siéntate, mamá.

La señora Grafton se sentó, me miró con desconfianza, y luego dirigió la vista hacia Dona. Los ojos oscuros que en otros tiempos podrían haber sido románticos parecían ahora casi los de un ave de rapiña. Poseía la facultad de verlo todo de una mirada.

—¿De dónde salieron esos confites?

—Llegaron por correo. Aún no los he probado, los recibí inmediatamente después del desayuno.

—Mejor será que pienses un poco más en el matrimonio —dijo la madre.

Destapó la caja de bombones, la miró y luego me miró a mí.

Esta vez la expresión era menos hostil y más escudriñadora. Había, en la voz, un dejo de seductora invitación.

—¿Le gustarían unos bombones, señor Lam?

—No a tan temprana hora del día, gracias.

La señora Grafton escogió uno, cuidadosamente, lo mordió empezó a decir algo, cambió de opinión comió el dulce, tomó otro, y dijo, con asco:

—¡Esos guardias!

—¿Qué pasa, mamá? —inquirió Dona, metiendo el cartapacio en el armario y cerrando, cuidadosamente, la puerta.

—Son todos unos imbéciles —dijo la señora Grafton, comiéndose un tercer bombón—. ¿Recibiste mí nota, Dona?

—Sí.

—¿Sabías que iba a venir?

—Sí.

La señora Grafton me miró.

—Bueno, ya va siendo hora de que me marche —dije—. Me… me gustaría volverla a ver alguna otra vez si me lo permite, una especie de… de corolario, ¿comprende?

—¿A qué periódico representa? —inquirió Dona.

Moví negativamente la cabeza.

—No represento a ningún periódico. Se trata de algo distinto. Estoy… estoy interesado.

—Interesado… ¿en qué? —preguntó la señora Grafton.

—En cuervos —respondí, sonriendo.

—Pero ¡sí yo creí que era periodista! —exclamó Dona.

—No.

—¡Periodista! —exclamó la madre—. Dona, ¿tan poco sentido común tienes que hablas con periodistas? ¡Si serás inconsciente! Te muestras demasiado amistosa. Andas por ahí hablando con la gente… con toda clase de gente. Parece que no hay manera de que aprendas nunca que eso no puede hacerse.

—Pero, mamá, sí dice que no es periodista.

—Pues entonces, ¿qué es?

—Yo…

Dona se interrumpió, me sonrió perpleja. Dijo bruscamente:

—¿Tendría la amabilidad de responder a esa pregunta de mi madre, señor Lam?

Me volví hacia la señora Grafton.

—La verdad es —dije—, que me interesan…

El rostro de la madre se nubló.

—Dona, ¿qué les pasa a estos dulces?

—Pero, ¿qué ocurre, mamá?

—Ese último bombón, sabía…

Se le contrajo el semblante en brusco espasmo. Luego el pánico y la rabia brillaron en sus ojos.

—¡Me has envenenado! —aulló.

—¡Mamá! ¿Qué pasa?

La mujer rompió a hablar en español. La hija se encogió ante la virulencia de la acusación, acusación supuse que era, por lo menos. Luego dijo la madre en inglés:

—Conque ahora es a mí a quien quieres matar.

Hizo un brusco movimiento con el brazo. Brilló el acero. Me abalancé hacia ella. Estaba echando hacia atrás el brazo para lanzar el cuchillo. No conseguí asirle la mano, pero la agarré de la manga. Tiró el cuchillo en el momento en que di yo una sacudida al tejido. La manga se rasgó, y el arma cayó al suelo.

De nuevo estalló en rápido español, intentó correr al cuarto de baño, dio un traspiés, cayó en una silla y se puso a vomitar.

No oí entrar al sargento Buda. Sé que la muchacha y yo intentábamos conducirla a la alcoba cuando noté que alguien nos estaba ayudando. Alcé la mirada y vi al sargento.

—¿Qué pasa? —me preguntó.

—Cree que la han envenenado.

Buda contempló la caja que había sobre la mesa.

—¿Bombones?

—Justo.

—¿Tiene usted mostaza? —le preguntó a Dona.

—Sí.

—Haga agua de mostaza. Caliente. Désela. En abundancia. ¿Dónde tiene el teléfono?

—No tengo teléfono. A veces me deja la dueña emplear el suyo. En la casa de delante.

Buda desapareció. Dona y yo nos quedamos solos con la enferma. La muchacha preparó agua de mostaza. La madre gimió, arrojó, y gruñó. Pareció como si pasáramos horas con ella, haciéndola tragar agua de mostaza caliente, sujetándola al estremecerse y enrigidecer su cuerpo como consecuencia de las oleadas de nauseas que a continuación sentía.

Al cabo de un rato dejó de arrojar y salí a la sala dejando a Dona

con su madre. Empecé a buscar el cuchillo.

Estaba allí, a la vista, clavado en el suelo, y no era el cuchillo que Juanita Grafton había intentado arrojar. El suyo había sido un puñal de mango de ónice y de siniestro aspecto. El que estaba clavado en el suelo era un cuchillo casero corriente, de mango de madera, y con manchas de pintura en la hoja.

No lo toqué.

Dona me llamó entonces.

La madre tenía un ataque de histeria. Luchaba y lanzaba aullidos. Entré en la alcoba para ayudar a sujetarla.

Oí vagamente sirenas, la campana de una ambulancia… Noté la presencia de hombres enfundados en batas blancas y de Buda que daba rápidas instrucciones. El médico, vestido de blanco me echó a un lado y, cuando me di cuenta exacta de lo que estaba sucediendo, me encontré en el patio con un par de agentes de la brigada volante, y con el sargento Buda que me miraba de hito en hito.

—¿Cómo anda por aquí? —preguntó.

—Me interesaba el cuervo.

—¿Por qué?

—Me interesaba, simplemente.

—¿Quién es esa mujer?

—La madre.

—¿Le vio comer los dulces?

Asentí con un gesto.

—¿Cuántos?

—Tres o cuatro.

—¿Cuánto tardó en ponerse mala después de comerlos?

—Se puso mala casi inmediatamente.

—Suena a cianuro —dijo Buda—. Quédese por aquí, Lam. Quiero hablar con usted luego. Vamos, muchachos, hay que averiguar lo de los dulces.

Entraron todos en la casa. Salieron dos camilleros transportando a la señora Grafton. La metieron en la ambulancia y oí la sirena y la campana.

Una mujer observaba la escena desde la casa de delante. Parecía haber algo casi furtivo en su curiosidad. Cada vez que me veía mirarla, apartaba bruscamente la cara, se alejaba de la ventana, y se ponía a hacer otras cosas. Unos minutos más tarde, el rostro

asomaba en otra de las ventanas.

Di la vuelta a la casita de juguete y me dirigí hacia el cobertizo.

Nadie me detuvo.

Pancho no estaba en su jaula.

Me encaramé por encima de la polvorienta leña, tropecé con una maleta medio deshecha, y empecé a explorar la jaula.

En la parte de detrás había un espacio pequeño aislado, en el que ramitas y hojas habían sido amontonadas en círculo irregular. Logré introducir la mano en este compartimento y mover los dedos dentro. Toqué con las yemas de los dedos algo duro y liso. Usando el índice y corazón como tijera, logré sacarlo.

Hasta en la penumbra del cobertizo resplandecía con un verdor profundo que atraía la mirada con hipnótica fascinación.

Me lo guardé en el bolsillo y volví a meter la mano en la jaula. No encontré ninguna otra cosa y estaba a punto de dejarlo, cuando tropecé, en un rincón, con un montoncito de cosas que parecían guijarros. Las saqué. Eran cuatro esmeraldas, de un color tan hermoso e intenso como la primera.

Me aseguré de que no quedaban más esmeraldas en la jaula y salí del cobertizo.

Llevaba cinco o diez minutos fuera cuando salió el sargento Buda. Se acercó a mí y preguntó:

—¿Qué me dices de los bombones, Lam?

—Se los comió.

—Lo sé, lo sé… ¿De dónde los sacó la muchacha?

—¡Qué rayos! —le contesté—. También soy yo forastero aquí.

—Esos malditos bombones no crecieron allí dentro.

—Puede que no.

—¿Le invitó alguien a que comiese un bombón?

—Sí.

—¿Quién?

—La madre.

—Pero ¿los bombones estaban allí cuando usted llegó?

—No me fijé. Tenía otras cosas a las que dedicar mí atención. La muchacha me creyó periodista. Después de todo, mal puede una chica suministrarle un bombón a cada reportero que la interrumpa.

—Pero se los ofreció a su madre. ¿Recuerda eso?

—No señor. Creo que la madre se acercó a la caja y se comió los

que quiso sin consultar a nadie.

—Escuche, Lam, usted sabe que la madre no se presentó allí con los bombones. La hija los tenía ya. Le invitó a su madre a que los comiera.

—Creo que la madre los comió sin que nadie la invitara. No creo que los trajera la madre, pero no puedo jurarlo. No presté gran atención a lo que hacía la madre. Estaba obteniendo información cuando entró la madre. Ella se encargó de que las cosas cambiaran de cariz. Quería que me largase. Conque me estaba largando.

—¿Qué información estaba obteniendo?

—Oh, no hacía más que echar una mirada a mi alrededor.

—¿Por cuenta de quién trabaja?

—En estos instantes, por cuenta mía.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Exactamente lo que digo.

—Harry Sharples dice que ha contratado a la agencia de ustedes para que vigilen por su cuenta. Parece nervioso.

—Nos ha hecho una oferta.

—Bueno, y ¿no trabaja para él?

—No.

—Bertha cree que sí.

—Bertha podrá estar trabajando por cuenta suya… Yo, no.

—Entonces, ¿qué es lo que busca?

—Obtener una visión de conjunto.

—No me gusta que me den quites.

—Procuro no dárselos.

—¿Qué opina de la muchacha?

—De calidad.

—Qué rayos, no soy ciego. Un poco demasiado delgada quizá pero un tipo magnífico a pesar de todo. No era eso lo que yo le preguntaba. Quiero saber lo que opina de ella.

—Buena persona.

Me miró unos instantes. Luego dijo:

—Sí; era de esperar que pensara eso. Siempre fue la mar de impresionable en cuestión de mujeres. Bueno, en marcha. Y ni una palabra del envenenamiento.

—Tendré que darle cuenta a mi socia.

—Me refería a los periódicos. Dígale a Bertha que no se vaya de

la lengua.

—¿Por qué? ¿Hay algún secreto en ello?

—Tal vez lo haya. ¿De dónde salió el cuchillo que estaba en el suelo?

—Alguien lo dejó caer.

—¿Quién?

—La madre.

—No dijo eso la hija.

—Creo que fue la madre quien lo dejó caer.

—¿Cómo llegó a dejarlo caer?

—Se puso enferma.

—¿Qué hacía con él, en primer lugar?

—No lo sé. No se lo pregunté. Había cierta confusión.

—¿Mayor confusión que la suya?

—Yo no me encuentro confuso. Sólo que no me era posible verlo todo. Me estaba marchando cuando ocurrió. Puede haberlo empleado para abrir la caja de bombones.

—¿Cómo sucedió?

—La mujer se puso a arrojar. Y, cuando digo arrojar, quiero decir arrojar.

—¿Dijo algo de que la habían envenenado?

—Creo que dijo a su hija que más valía que no tocara aquellos bombones, que tenían mal gusto, o que creía que estaban envenenados, o algo por el estilo.

—Y ¿no sabe de dónde salió el cuchillo?

—Recuerdo haber visto el cuchillo —dije—, pero la mujer estaba arrojando y yo intentaba sostenerla y… bueno, ya sabe que estaba arrojando de verdad, y…

—La hija dice que el cuchillo había estado encima de la mesa. ¿Lo vio usted allí?

—Puede haberlo estado en uno u otro momento.

—La hija dice que lo había usado para raspar un poco de pintura de la orilla de un cuadro y que lo había dejado luego encima de la mesa.

—La casa es suya. Probablemente sabe lo que hizo.

—¿El cuchillo podía haber estado en la mesa?

—Escuche, sargento, a mí me interesaba lo mío. Había un puñado de cosas encima de la mesa. El cuchillo puede haber estado

encima de la mesa, debajo de un periódico o completamente a la vista. Los bombones pueden haber estado allí también. O la madre puede haberse presentado con la caja de bombones debajo del brazo. No lo sé. ¡Qué rayos! ¡Hasta puede haber traído el cuchillo consigo!

—No. La muchacha reconoce que el cuchillo estaba allí, sobre la mesa. Es suyo.

—Bueno, pues ahí está.

Buda se enfureció.

—¿Dónde demonios —aulló—, estoy?

—¿No lo sabe?

La pregunta le hizo muy poca gracia. La esquivó diciendo:

—Sabré algo más de esos confites antes de que hayan transcurrido muchas horas. Quizá vuelva a hablar con usted.

—Siempre que usted quiera.

Salí, pasando junto a la casa delantera, subí al coche de la agencia, y me marché.

capítulo doce

ELSIE Brand me hizo una señal para que me acercara cuando entré en el despacho exterior.

—Está de un humor terrible, Donald.

—Le sentará bien —le contesté—. Le elevará la temperatura y le sacará el veneno del cuerpo. Que vaya cociendo.

—Hace algo más que cocer. Está hirviendo.

—¿Te ha hecho alguna trastada?

—No hace más que dirigirme miradas torvas. Le tengo miedo, Donald. Ha probado a un par de muchachas que le han mandado de la agencia de colocaciones y ambas han resultado bastante malas. La última vez que tuvo que buscar mecanógrafa, escaseaban las colocaciones y las chicas expertas lo aguantaban todo con tal de conseguir trabajo. Ahora ocurre todo lo contrario y las muchachas que se presentan han estado acostumbradas a recibir grandes sueldos a pesar de no ser muy eficientes. Vi su trabajo. Era bastante malo.

—Bueno, entraré a ver qué es lo que la roe.

—Donald, si entras ahora, es casi seguro que regañarás con ella. Está que revienta.

—Me place. De todas formas, ya va siendo hora de que se hagan aquí unas cuantas modificaciones.

—Donald, por favor, no entres. Lo haces por mí, ¿verdad que sí?

—No, particularmente. Ya lleva Bertha demasiado tiempo obligándote a hacer el trabajo de dos personas. Y la mayor parte de las cosas que te obliga a escribir son una verdadera estupidez.

—Forma parte de su sistema. Tiene la idea de que si la gente abre la puerta de la oficina y me ve sentada aquí leyendo una revista o algo así, creerán que la agencia no tiene trabajo y se llevarán una mala impresión. Quiere que teclee a toda marcha

cuando alguien se presente.

—Ya va siendo hora de que todo eso cambie.

Y crucé la oficina y abrí la puerta del despacho particular.

Bertha estaba sentada a su mesa, hundida la barbilla en el pecho, respirando profundamente en hosco silencio. Alzó la cabeza al abrirse la puerta, me vio, y se le agolpó la sangre al rostro. Echó la cabeza hacia atrás, inhaló profundamente, empezó a decir algo, y cambió de opinión.

Me acerqué y me dejé caer en el sillón reservado para los clientes.

Bertha continuó hosca y en silencio durante diez o quince segundos. Luego, de pronto, el sillón dio un agudo chirrido, al dar ella la vuelta, inclinarse hacia delante, y decirme a voz en grito:

—¿Quién diablos te has creído que eres?

Encendí un cigarrillo.

—¡Estoy harta ya! Estoy dispuesta a aguantarte muchas cosas, después de lo que padeciste en la Armada, pero ahora te has vuelto más loco que una cabra. ¿Quién diablos te has creído que eres?… ¿Hitler?

Exhalé una nube de humo y dije:

—Las muchachas como Elsie Brand debieran estar cobrando dos veces más de lo que pagamos hoy en día. La mayoría de ellas lo cobran y aun así son muy difíciles de encontrar. El noventa por ciento del trabajo que hace no sirve para nada. Se lo das simplemente para que tenga que estar dándole a la máquina todo el día y dé una buena impresión a cualquier cliente que aparezca.

—Bueno, y si lo hago por eso, ¿qué? —gritó Bertha—. Le pagamos un sueldo. No tiene por qué trabajar si no quiere. Al aceptar el sueldo se compromete a darnos todo su tiempo durante las horas de oficina. Ocho horas al día. Hasta el último minuto. Sesenta veces ocho… cuatrocientos ochenta minutos… ¡y yo quiero hasta el último segundo de ese tiempo! Le pagamos por ese tiempo. Es nuestro.

Moví negativamente la cabeza.

—Ya no se contrata a la gente de esa manera. Además, tú no tienes ni voz ni voto en la cuestión de Elsie. Va a ser mi secretaria de ahora en adelante. Tú pon a una chica nueva en su lugar, empiézale a tirar trabajo a la cabeza nada más que para que esté

aporreando teclas cuando entre un cliente, y verás lo que ocurre.

—¿Que veré lo que ocurre? —aulló Bertha—. ¡No encuentro una que sepa aporrear el teclado siquiera! Van a la caza y captura de una letra y le dan un golpecito, como si temieran que el teclado fuese un cepo dispuesto a engancharles los deditos si… ¡qué rayos!, ¡pienso hacer marchar mi oficina como a mí me dé la gana!

—Si deseas disolver la sociedad no hay necesidad de hacerlo a gritos.

El rostro de Bertha volvió a encenderse; luego palideció. Apretó los puños. Respiró ruidosamente. Y, haciendo un esfuerzo, dijo:

—Donald, querido, tú sabes que Bertha te quiere mucho, mucho. Pero es que no tienes ni vestigio del sentido comercial. Tienes una cabeza privilegiada cuando se trata de ser listo y astuto, y de desentrañar la verdad de una cosa; pero, cuando se trata de dirigir una oficina, no sabes ni jota y, cuando se trata de gastar dinero, estás más loco que una cabra. Tiras el dinero como si no tuviera el menor valor. Y con las mujeres, Donald, no tienes ni asomo de sentido común. Te sonríen y te convierten en masilla que pueden moldear a su antojo. No tienes resistencia. Eres pan comido. Estás pagando a Elsie Brand en este histórico instante, dos veces más de lo que la pagué yo jamás.

—Debiéramos doblarle el sueldo otra vez.

Bertha comprimió los labios y me dirigió una mirada asesina.

Sonó el teléfono. Bertha se dominó no sin cierta dificultad, descolgó el auricular y dijo:

—¿Diga?… Ah… sí… sí, comprendo… Bueno, claro, no; no demasiado ocupado. Está rematando un encargo estamos muy ocupados los dos y el señor Lam está… No, que… sí, un caso de importancia. Lo está liquidando y, en cuanto termine con eso, tendrá algo de tiempo… Sí, en seguida… Bueno, veré a ver si puedo encontrarle. ¿Quiere que llame yo?… ¿Qué número es?… ¿Qué numero ha dicho?… Ah, sí, gracias.

Bertha tomó nota del número. Dijo:

—Llamaré yo dentro de unos minutos.

Y colgó el auricular.

Se volvió para mirarme, radiante.

—¡Grandísimo demonio! —dijo—. No sé cómo te las arreglas. Tienes algo… algo que atrae a las mujeres. Siempre enganchas a las

mujeres. Las vuelves tarumba.

—¿Quién es ahora?

—Shirley Bruce, Donald. Quiere que vayas a su casa inmediatamente. Tiene una misión muy importante que encomendarnos. Dice que tiene entendido que cobramos caro, pero a ella lo que le interesa es obtener resultados. Siente mucho no haber sabido apreciarte en todo tu valor cuando te vio por primera vez. Está que destila miel.

Apagué el cigarrillo y eché a andar hacia la puerta.

—¿Vas, Donald?

Asentí con un gesto. El rostro de Bertha era todo sonrisas.

—Así me gusta verte, Donald… ardiendo en deseos de obtener más negocio. Tú tira adelante y no te preocupes de la oficina. Bertha se encargará de arreglártelo todo. Habrá un despacho particular para ti y Elsie Brand será tu secretaria particular. No te preocupes de los detalles, amor mío.

Elsie Brand, allá en la oficina exterior, oyó las últimas palabras. Me miró con ojos que parecían platos cuando crucé, tranquilamente, la habitación y cerré la puerta tras mí, mientras Bertha, de pie en el umbral de su despacho, me despedía con arrullos y sonrisas.

Desde un teléfono público de la esquina llamé a Shirley Bruce.

—Habla Donald Lam de Cool y Lam —anuncié—. ¿Deseaba usted verme?

—Ah, sí; sí que quiero verle. ¿Podría usted venir a mi piso?

—¿Cuándo?

—Tan aprisa como le sea posible.

—¿No podría usted venir a nuestra oficina?

—Lo siento, no puedo. Le he prometido a cierta gente que estaría en casa todo el día y no puedo ponerme en contacto con ella para anunciarles que cambio de plan. Se trata de algo bastante importante. ¿Sabe? Estoy dispuesta a pagarle todo el tiempo que emplee. Es más, lo que deseo es… ¿cómo se dice?… contratarle. No; creo que lo que se dice es «retener sus servicios».

Rió, nerviosa.

Seguí escuchando sin decir una palabra.

—¿Está ahí?

—Sí.

—Bueno. Quiero valerme de sus servicios para algo… algo muy importante. No me gusta explicárselo por teléfono, pero pensé que en las circunstancias, puesto que no sería cuestión de… bueno como estaría trabajando para mí, podría venir aquí sin inconveniente alguno.

—No puedo hacerlo hasta esta tarde.

—¡Oh!

Expresaba chasco la voz.

—¿Puede esperar hasta entonces? —inquirí.

—Pues… sí, supongo que sí… si no hay más remedio.

—¿Para cuándo tiene usted el compromiso con esa gente? ¿Mañana, o tarde?

—Oh, me comprometí a no moverme en todo el día. Le dije a una persona amiga que me encontraría en casa a cualquier hora.

—Bueno, iré esta tarde a una hora u otra. Le telefonearé para avisarla con tiempo antes de presentarme, para no aparecer mientras esté él allí.

—Mientras esté ella aquí —me corrigió Shirley Bruce.

—Ya. Bueno. Le telefonearé, pues.

Corté la comunicación y marqué el número de Talleres Acme de Soldadura y Guardabarros. La muchacha que respondió tenía la voz insegura y parecía bastante tonta.

—Póngame con Robert Hockley —le dije.

—No puedo. No está aquí.

—¿Dónde está?

—¿Quién lo pregunta?

—La Prensa.

—No he entendido el nombre.

—No un nombre —dije—. La Prensa. La Prensa le necesita. Quieren entrevistarse con él. Búsquele. ¿Dónde está?

—Pues… pues… se fue a la oficina de pasaportes.

—¿A la oficina de pasaportes?

—Sí.

—¿Para qué?

—Para recoger su pasaporte. Le telefonearon que ya estaba listo. Le… tal vez pueda usted telefonearle allá.

—¿A dónde marcha? —pregunté.

—No se lo podría decir —me contestó, con frialdad—. Puede

llamar al señor Hockley a la Oficina de Pasaportes si lo desea.

Oí el chasquido al otro extremo de la línea y colgué el auricular.

Salí, me metí en el coche de la agencia y me dirigí al hospital al que había sido trasladada la señora Grafton. No me costó trabajo conseguir enterarme del informe. Según éste era sulfato de cobre lo que le había producido el envenenamiento. El médico interno no deseaba hablar del caso, pero estaba dispuesto a dar una conferencia acerca del envenenamiento por medio del sulfato de cobre.

—El sulfato de cobre —anunció, con tono de quien acaba de darle un repaso al tema—, rara vez se emplea como veneno en casos de homicidio aun cuando es, no obstante, un veneno activo. Sin embargo, como causa náuseas en seguida, es difícil dictaminar con exactitud sobre cuál es la dosis susceptible de tener consecuencias mortales, puesto que es tanta la cantidad que rechaza el estómago.

Moví afirmativamente la cabeza para que viera que me impresionaba su sabiduría.

—En resumen —prosiguió el interno—, en dosis de cinco granos[2], el sulfato de cobre es un emético activo e inmediato. Es el antídoto más conocido para casos de envenenamiento por fósforo porque, no sólo hace veces de emético, librando al estómago del fósforo, sino que, gracias a su acción química sobre el fósforo restante, tiende a obrar como antídoto.

—¿Había envenenamiento por fósforo en este caso? —inquirí.

—No, no; no interpreta usted bien mis palabras. Éste era un caso de envenenamiento, sin duda alguna. Es más, los dulces habían sido envenenados. Se encontró sulfato de cobre en casi todos los que contenía la caja.

—Entonces, si cinco granos constituyen la dosis apropiada para provocar náuseas, no puede ser fatal.

—Verá… las autoridades en el asunto no están completamente de acuerdo. Webster, en su libro sobre medicina legal y toxicología, cita a Von Hasselt que dice que ocho granos constituyen una dosis fatal. González, Vance y Helpern aseguran que la dosis mortal varía en alto grado. El Dispensario de los Estados Unidos indica la dosis, de cinco granos como emético inmediato y activo, repetida cada cuarto de hora si es necesario, pero no más de una vez.

—Es muy interesante —dije—, ¿qué fue de la paciente?

—Al parecer se deshizo del veneno tan aprisa como lo injirió. Cuando llegó aquí padecía de histeria y nada más —y reíase al contestar.

—¿Dónde está ahora?

—La mandaron para casa. Por mi parte, no creo que tragara más veneno del que se la hubiese administrado como emético. Aguarde un poco. No pienso hablar de la paciente. Me estoy limitando a decirle algo del sulfato de cobre.

—¿Para qué se usa? —le pregunté—. ¿Algo especial?

—Oh, para estampar hilados y en la fabricación de pigmentos. Es de considerable valor en la purificación del agua. También se emplea en la galvanoplastia.

—¿No es difícil de conseguir?

—No.

—¿Por qué había de usarlo nadie para envenenar bombones?

Me miró y sacudió la cabeza.

—Que me ahorquen si lo sé.

Me conformé con eso y me dirigí a Jefatura. El capitán Sellers estaba sentado a su mesa. Se hubiera alegrado de verme de no haber pensado que mi visita indicaba que iba en busca de algo y que su mejor plan era andar con pies de plomo y no soltar más prendas que las absolutamente necesarias. Habíamos tenido mucha amistad con él cuando era simple sargento de la Brigada Criminal y a mí se me había antojado que estaba enamorado de Bertha. Ésta resultaba lo bastante dura para serle atractiva.

—Hola, Donald —dijo—, ¿qué me cuentas?

—No gran cosa de nada.

—¿Cómo está Bertha?

—Como de costumbre.

—Tengo entendido que las pasaste negras en la Armada.

—Así es.

Se metió un puro en la boca, pero no lo encendió.

—¿Quieres un cigarro? —dijo.

—No, gracias.

—¿Qué puedo hacer en tu obsequio?

—Oh, me he dejado caer por aquí de visita. Te vemos muy poco ahora.

—No pertenezco a la Criminal ya.

—Acostumbrabas a asomarte por el despacho de vez en cuando.

—Por cuestiones de la profesión.

—No mordemos a nadie.

—¡No poco, vive Dios! —exclamó, con amargura—. Bertha era tratable hasta que apareciste tú. Se ganaba la vida encargándose de asuntos corrientes. Tú la metiste en las altas finanzas.

—Ha ganado dinero —dije.

—Ha hecho dinero; pero los jefes superiores del departamento no miran con muy buenos ojos vuestra organización. Tocan hierro cada vez que se menciona vuestro nombre.

—¿Hasta ese punto han llegado?

Asintió, con gesto melancólico.

—Tengo que pensar en mi carrera. Si me pongo a hacer el tonto y me muestro amistoso con vosotros, sois capaces de pasaros de listos, hacer una barrabasada de las vuestras, y dejaros pescar con las manos en la masa.

Mascó el puro.

—¿Y si no me pescan?

—Te pescarán.

—¿Y si no estoy haciendo nada ilegal?

Se encogió de hombros.

—No he hecho nada ilegal hasta la fecha.

—No te han pescado quieres decir.

—Quiero decir que no me he salido de la ley.

—No es eso. Lam. Eres como un barco que navega a toda velocidad a través de un campo de minas. Conoces el canal tan bien, que sabes exactamente por dónde puedes pasar y por dónde no. Conoces la ley. Aun cuando tal vez te mantengas dentro de ella andas tan cerca de la orilla que se necesita un microscopio para demostrar que no te has pasado de la raya. Uno de estos días vas a pegar de lleno contra una mina y hacer «¡Pum!». Y yo no quiero volar contigo.

—Hombre, estuve ausente bastante tiempo.

—Claro que estuviste ausente —murmuró—. Pero, ¿qué pasó? Le habías inoculado a Bertha manías de grandeza. Creyó que estaba en condiciones de llegar a las nubes. Le tengo afecto a Bertha. No tiene nada de tonta, ni de pringosa. Ataca cara a cara, uno sabe

siempre a qué atenerse con ella. Lo creas o no, haría una buena esposa para alguien el día en que quisiese sentar cabeza. Nadie se la daría de primo. ¿Qué edad tiene, Donald?

—No lo sé. La conozco desde hace cuatro o cinco años y siempre parece tener la misma edad. Yo diría que oscila entre los treinta y cinco y los cuarenta.

Guiñé un ojo.

—Pues eso no es tanto —aseguró él, con beligerancia—. Yo tengo cuarenta años y, me siento tan joven como en cualquier otro momento de mi vida.

—Y lo pareces.

—¡Narices! ¿A qué viene toda esa coba? ¿Qué quieres?

—Ayer asesinaron a un tal Cameron.

—Sí, ya estoy enterado.

—El sargento Sam Buda se encarga de la investigación.

—

Uh-huh

.

—Cameron era uno de los dos fideicomisarios nombrados por testamento.

—¿Quién es el otro?

—Harry Sharples.

—¿Trabajas por cuenta suya?

—Trabajábamos.

—¿Terminasteis el trabajo?

—Por mi parte, terminado está. Quiere que cumplamos otra misión.

—¿Cuál?

—La de hacer de escolta personal suya por lo visto.

—¿Por qué?

—¿Qué quieres que sepa yo?

—¡Al diablo contigo! ¡Como si no fueras a saberlo!

Puse cara de ingenuo y Sellers hizo trizas la punta del puro a mordiscos.

—Maldita sea tu estampa. Donald, eres más ladino que tú solo. Podrías meterle a uno en un lío como se le ocurriera cooperar contigo.

Se rascó el espeso y rizado cabello. Dijo:

—¿Qué quieres?

—Sharples parece estar preocupado.

—¿De qué?

—Te digo que yo no tengo la menor idea.

—Bueno y ¿qué esperas que haga yo? ¿Volverme vidente o algo así?

—Cameron y Sharples fueron nombrados fideicomisarios por Cora Hendricks en su testamento. Hay una cantidad bastante respetable en la hucha. Son dos los beneficiarios: una chica que se llama Shirley Bruce, y un hombre que responde al nombre de Robert Hockley.

—¿Y qué?

—Los fideicomisarios —anuncié— son muy partidarios de Shirley, pero creen su deber zumbarle en la muñeca a Robert. Shirley podría obtener todo el dinero que quisiera. Robert no… hasta que se liquidara el fideicomiso.

Sellers se sacó el puro de la boca y escupió en la enorme escupidera de latón. Dijo:

—Te sorprendería saber lo frío que me deja todo eso.

—El fideicomiso se termina cuando los beneficiarios lleguen a una edad determinada. Llegado ese momento, los fideicomisarios pueden darles el dinero o comprarles una pensión vitalicia.

—

Uh-huh

.

—Mi opinión es que los beneficiarios preferirían recibir todo el dinero de golpe. Yo lo preferiría por lo menos.

—Nadie te ha preguntado lo que tú preferirías.

—Hay otro acontecimiento que pondría fin al fideicomiso.

—¿Cuál?

—La muerte de los dos fideicomisarios.

Me miró, con el entrecejo fruncido, unos instantes. Luego, de pronto, se irguió, todo atención.

—¿Cómo es eso?

—Caso de morirse ambos fideicomisarios, todo el dinero se repartiría automáticamente entre los dos beneficiarios por partes iguales.

—¿Cuánto?

—Un par de centenares de miles.

La extremidad del cigarro saltó de abajo arriba al empezar Sellers a comérselo, nervioso.

—¿Conque vienes a mí? —dijo.

—Conque vengo a ti.

Apretó los dientes contra el húmedo tabaco, arrancó parte de la macerada punta, la escupió y contempló la cercenada extremidad.

—¿Qué quieres?

—Dato interesante del asesinato —dije—. Cameron tenía un cuervo amaestrado que respondía al nombre de *Pancho*. A Cameron le mataron teniendo el teléfono en la mano. Había un revólver del 22 encima de la mesa, delante de él. Tenía un cartucho disparado. ¿Contra quién dispararía?

Sellers se encogió de hombros.

—Estaba yo con Sharples cuando descubrió el cadáver —le dije —. Eché una mirada a mi alrededor. No vi a ningún sitio en que hubiera podido pegar la bala. Tengo entendido que la policía no logró encontrar ningún agujero de proyectil.

—¿Crees que a lo mejor anda por ahí alguien con una bala del 22 en el cuerpo?

—Tengo entendido que ésa es la teoría que tienen las autoridades.

Sellers volvió a mascar el puro y se pasó la mano por la rizada cabellera.

—Te diré una cosa, Donald… No le digas a nadie quién te lo dijo, porque no hay necesidad de comprometerse.

—¿Qué?

—Se ha encontrado la señal del proyectil.

—¿Cameron disparó contra alguien y marró el tiro?

Sellers movió negativamente la cabeza.

—Disparó contra el techo. Parece como si hubiese querido hacer una viveza; pero no era lo bastante buen tirador para eso.

—¿Qué quieres decir?

—Había un agujero allá arriba para que pudiese entrar y salir el cuervo… un agujero debajo del gablete…

Asentí con un gesto.

—Pues bien —prosiguió Sellers—, si los muchachos hubiesen encontrado ese revólver con una de las balas disparadas y la

habitación cerrada, lo natural hubiera sido que creyeran que le había disparado contra alguien. Y, de no encontrar el proyectil, quizá hubiesen llegado a la conclusión de que Cameron había obrado en propia defensa.

Moví afirmativamente la cabeza.

—El que disparara el revólver —dijo Sellers— apuntó, evidentemente, al agujero, con el propósito de que el proyectil se perdiera, pero marró el blanco. Se encontró la bala incrustada en el borde del agujero.

Arrugué el entrecejo para que Sellers supiese que estaba pensando. Sellers aguardó a que dijese algo y, al ver que guardaba silencio, continuó:

—Es fácil comprender lo que sucedió. Cameron tenía un revólver. Era del veintidós; pero no por eso dejaba de ser un arma. Le mató alguien con un cuchillo. De haber disparado Cameron el revólver, hubiera sido lógico suponer que le había apuntado a la persona que esgrimía el puñal. Con lo cual, en lugar de asesinato, la cosa se convertiría en una lucha entre dos.

—¿Por qué?

—De haber él disparado el revólver, tenía que haberlo hecho antes de que le clavaran el cuchillo. Según el forense que hizo la autopsia, Cameron no hizo nada después de clavársele el puñal en el corazón. Ahora bien, si hubiese sido él quien inaugurara la fiesta con el revolver, la persona que le dio el pinchazo no habría hecho más que obrar en defensa propia.

—Conque… ¿tú crees que el asesino hizo el disparo?

—Justo. El asesino era alguien a quien Cameron conocía bastante, alguien en quien Cameron tenía confianza. Cameron estaba sentado en su silla, telefoneando. El asesino estaba de pie a su lado. Quizá al asesino no le gustara lo que decía por teléfono. O tal vez hubiese estado, simplemente, aguardando el momento oportuno. Sacó un puñal de su vaina, aguardó el instante propicio, y le largó un tajo a Cameron. Éste cayó de la silla y el asesino abrió tranquilamente el cajón, donde sabía que Cameron guardaba una pistola se colocó junto al sitio en que yacía su víctima, apunto al agujero, oprimió el gatillo y dejó luego el arma sobre la mesa. Confiaba haber mandado el proyectil por el agujero; pero se equivocó en veinticinco milímetros.

—¿Alto, bajo, o a un lado?

—Alto.

—¿Tú crees que fue el asesino?

—Creemos que fue el hombre que cometió el asesinato.

—¿O la mujer?

Me miró y dijo, despacio y algo dubitativo:

—O la mujer que cometió el asesinato.

—¿Qué es lo que te hace suponer que fue el asesino quien disparó la pistola?

—Le hicimos la prueba de la parafina a Cameron. No hallamos rastro de partículas de pólvora[3].

—¿Huellas dactilares?

—No.

—¿Y en la pistola?

—Unas cuantas pero borrosas.

—¿Quieres decir con eso que habían limpiado la culata?

—¡Nooo! Es decir, no la habían limpiado del todo, por lo menos. El asesino puede haber envuelto la culata en un pañuelo al disparar. Donald, ¿qué diablos quieres?

—Quiero marchar a América del Sur.

—Y yo también.

—Quiero decir que deseo marcharme ahora mismo.

—Y ¿qué tengo yo que ver con el asunto?

—Tú vas a conseguirme el pasaporte.

—Estás loco.

—¡Quiá! ¡Qué he de estarlo! Vas a descolgar el auricular y telefonear a la Sección de Pasaportes del Ministerio de Estado, decirles quién eres, anunciarles que trabajo en la investigación de un asesinato y que tienes absoluta confianza en mí… que quisieras que me extendieran el pasaporte a toda velocidad.

—Estás loco.

Sacudí negativamente la cabeza.

—Aun cuando quisiera —dijo— no podría hacerlo. Resultaría inútil.

—Si emplearas el argumento apropiado, conseguirías que me lo dieran.

—¿Qué dice Bertha a esto?

—No sabe una palabra.

—¿Quién te manda a América del Sur?

—Voy por mi cuenta.

—¿Qué demonios hay allá?

—No lo sé.

—¿Por qué vas?

—Robert Hockley se marcha allá. Es uno de los beneficiarios del fideicomiso de Cora Hendricks. La mayor parte de las propiedades del fideicomiso se encuentran en Colombia.

—¿Quieres decir con eso que deseas seguirle los pasos?

—Quiero ir a Colombia simplemente.

—Y ¿qué me pasa a mí? Te saco las castañas del fuego y después, ¿qué?

—Las castañas serán para ti.

—Quemarán demasiado para que las toque.

—Podrías dejarlas enfriar todo el tiempo que quisieras.

—¿Quién me garantiza que vas a sacar castaña alguna del fuego?

Reí. Le contesté:

—Nos estás armando un lío. Eras tú quien iba a sacar las castañas del fuego. ¿Recuerdas?

—¡Qué rayos Donald! Doy yo la cara por ti, y luego ocurre algo y me pescan…

—No te pescaran. No va a suceder nada. ¿No te interesa un informe de lo que haga Hockley en Colombia?

—No sé por qué ha de interesarme.

—¿Sabes de razón alguna para que no te interese?

—Si descubrieras algo, ¿me lo dirías? ¿Sin ocultarme nada?

Sacudí negativamente la cabeza, riendo.

—Ya me parecía a mí que no.

—Pero cuando descubra quién mató a Robert Cameron, te lo diré y puedes tu hacer la detención.

—No seas tonto. Te daré los datos necesarios. Y podrás tú comprobarlos.

Sellers vaciló.

—Después de todo —continué—, no tienes, en realidad, nada que perder. Sabes tan bien como yo que el Departamento de Policía no pagará los gastos de nadie para que haga un viaje a Sudamérica simplemente porque vaya Robert Hockley. Ahora se te presenta una

ocasión de tener quien continúe allá las investigaciones sin gasto alguno para el departamento. Siempre te quedará el recurso de demostrar que has obrado de buena fe en el asunto si te ves obligado a ello… que no te verás.

Sellers se sacó el puro de la boca. Lo tiró, con rabia, a la escupidera.

—¿Te engañé otra vez? —le pregunté.

—Has tomado atajos no muy de acuerdo con la ley.

—Pero nunca has perdido una apuesta conmigo. Siempre te he metido en el desenlace.

El capitán Sellers exhaló un suspiro y alargó la mano hacia el teléfono.

—¿A quién llamo?

—A la Sección de Pasaportes, oficina del Secretario de Estado. Y vuélcate. Ya que te pones a hacerlo, vale la pena que lo hagas bien.

capítulo trece

ERA última hora de la tarde cuando llegué al apartamento de Shirley Bruce.

Me saludó en la puerta, con mano suave en la mía, y ojos afectuosos como la lengua de un perro.

—¿Supongo que le sorprende que le haya llamado? —me dijo.

—Mi profesión está llena de sorpresas.

—Tiene usted algo que inspira confianza.

—Gracias.

Dejó la mano en la mía y me empujó, dulcemente, hacia el vestíbulo. Llevaba una blusa de seda artificial, pantalón que hacia resaltar la esbeltez de la cintura y la larga y suave curva de las caderas. El pronunciado escote en V de la blusa descubría la satinada piel color aceituna y redondeados contornos.

Siguió con la mano en la mía, se acercó más a mí, y dijo en voz baja:

—Mi amiga está aquí. Aguarde un poco antes de hablar. Procuraré quitármela del paso.

Y, en voz más alta:

—¿Tiene la bondad de pasar?

Entré en el cuarto. Sobre el canapé yacía una mujer medio incorporada y sostenida por unos cojines. Estaba tapada con un cubrecama de punto, la cabeza en parte vuelta, de suerte que sólo me era posible ver una cabellera negra y la curva de la mejilla.

—Siéntese, por favor —dijo Shirley—. Mi amiga se encuentra un poco mareada. Ha pasado por un lance desagradable. Juanita, querida quiero presentarte al señor Lam, el amigo de quien te estaba hablando.

La figura que yacía sobre el canapé se movió, se incorporó… Luego, con brusco arranque de energía, lanzó el cubrecama lejos de

sí. Vi, durante un instante, unas piernas que no carecían del todo de atractivos. Y, a continuación, unos ojos me miraron con expresión asesina, y Juanita Grafton empezó a escupir palabras llenas de veneno.

—Estaba éste allí cuando me envenenó. Tal vez tuviera él parte en lo sucedido. Es amigo de ella. No te fíes de este hombre. Soy yo quien te lo dice…

—¡Cállate! —la ordenó Shirley, con dureza.

Juanita Grafton enmudeció ante la orden de la joven.

Shirley se volvió hacia mí.

—He visto a la señora Grafton con anterioridad —le dije—. Hícele una visita a su hija. La señora Grafton comió unos dulces envenenados hallándome yo presente.

Shirley Bruce no apartó de mí la mirada de sus negros ojazos.

—¿Qué estaba usted haciendo con Dona?

Y espació las palabras, como quien dicta una pregunta a una taquígrafa.

—Investigaba el asesinato de Robert Cameron.

—¿Por qué?

—Para salvarme la pelleja en gran parte. La policía sabe que me encontraba yo con Sharples cuando descubrió el cadáver. No les gusta que los detectives particulares descubran cadáveres.

—Y ¿por qué Dona Grafton? ¿Sospecha usted de ella?

Me encogí de hombros.

—No puedo revelar de dónde proceden mis informes.

—¿Fue a ella para interrogarla?

—Puede decirlo así si quiere.

—¿Sabía ella por qué?

—Sabía que buscaba información.

—¿Conocía su nombre?

—Me creyó periodista.

—Pero, ¿cómo podía justificar su visita?

—Porque se había quedado con el cuervo de Robert Cameron. Ello me proporcionó una buena excusa para meterme. El cuervo, ¿comprende?

—Oh.

Una sola palabra. Y breve. Pero contenía expresión. Sonreía ahora. Los ojos volvían a mirarme con acariciadora invitación.

Juanita Grafton empezó a hablar en español. Shirley Bruce se volvió hacia ella y dijo, en inglés:

—Oh, cállate. Me das asco. Cuando se trata de dulces, eres una verdadera cerda. Tragaste tantos que te pusiste mala. No creo que estuvieran envenenados siquiera.

—Me puse enferma. Me caí —dijo la señora Grafton—. Me llevaron al hospital. Me metieron una sonda en el estómago. Estuve muy mala.

—Bueno, pues estás bien ya. Deja de hacerte la inválida. Estoy harta de eso ya. ¿Por qué no nos haces té?

La señora Grafton se puso en pie, sumisa. Dobló, cuidadosamente, el cubrecama, y abandonó la estancia en silencio.

—Es española —repuso Shirley, en voz baja—. Tiene un genio de mil demonios. Sudamericana, ¿sabe? La esposa de un ingeniero que murió en la mina en la que tengo intereses. Indirectamente. Forma parte de las propiedades del fideicomiso.

—¿Cuánto tiempo lleva esta señora en este país?

—Oh, va y viene. Vive aquí una temporada, y luego vuelve a Colombia. Cuando está aquí, le gusta hacer de señora. Pero tengo entendido que, cuando se halla en Colombia, tiene que hacer trabajo de criada. Trabaja y ahorra lo bastante para venir a los Estados Unidos y… Pero no hablemos de ella. Hay otras cosas.

—¿Cuáles?

—Quiero hablar con usted confidencialmente —contestó, señalándome el canapé.

La seguí hasta él y tomé asiento. Aún conservaba el calor del cuerpo de Juanita. Shirley Bruce se sentó lo bastante pegada a mí para que sintiera el calor de su pierna a través del pantalón. Alargó una mano, tomó la mía y se puso a jugar con mis dedos mientras hablaba:

—Dicen que es usted un hombre muy capacitado.

—Eso es cuestión de opinión.

—Me alegro.

—Me inspira usted confianza.

—¿De veras? —inquirió, coqueta.

Me encontré con su mirada. Ojos negros, románticos… Tenía los labios rojos y gruesos levemente entreabiertos, y la cara muy cerca de la mía, con la barbilla alzada.

—Claro que sí.

Soltó una risa baja, seductora. Entornó los párpados, dejando que las largas pestañas le acariciaran el oliváceo cutis. Luego, con un suspiro trémulo, se puso a jugar con mis dedos otra vez.

—Mi tío Harry me es muy querido.

—Ya me di cuenta.

Hizo una pausa, se volvió hacia mí, y se echó a reír.

—¿Porque le besé?

—Algo tuvo que ver eso con ello.

—Siempre le beso. Es como un tío para mí.

—Entonces, tiene usted una disposición incestuosa.

—Cuando beso, beso. Yo no hago las cosas a medias —replicó riéndose.

—¿Ninguna?

—Ninguna. No soy chica de medias tintas.

—No. No da usted la impresión de serlo.

—¿Qué quiere decir con eso? —preguntó airada.

—¿Qué quería usted decir con ello? —la respondí.

—Simplemente que no soy… que no… Cuando yo hago una cosa, procuro hacerla bien.

—Eso era lo que yo quería decir.

—Podría haber querido usted decir algo distinto.

—A veces resulta difícil decir exactamente lo que uno quiere decir.

Tenía ocupados los dedos otra vez, dedos suaves, cálidos, largos y sensitivos, con yemas mullidas, dedos acariciadores que al rozarme la mano me producían hormigueo.

—Soy impulsiva —dijo.

—Colijo que es de temperamento emotivo, y rápida en sentir antipatías y simpatías.

—Justo. Hago amistad pronto, o no la hago nunca. Miro a una persona, y me gusta o no me gusta inmediatamente. Y, luego, hay algunas a las que quiero mucho.

—¿La primera vez que las mira?

—La primera vez que las miro.

—¿Y yo? ¿Qué efecto le produje?

Me apretó la mano hasta clavarme las uñas. Permanecimos sentados un minuto, sin decir una palabra. Luego me preguntó,

bruscamente:

—Donald, ¿cómo sabía que le había dado dinero a Robert Hockley?

—No lo sabía.

—Pero preguntó.

—Quería averiguarlo.

Me metió la mano en el bolsillo de la blusa, sacó un papel doblado lo desdobló y me lo dio. Era un cheque firmado por ella, con fecha de una semana antes, y extendido a nombre de Robert Hockley. Un cheque de dos mil dólares debidamente endosado, y con el sello de «Pagado» del banco.

Tendió la mano y se lo devolví.

—Donald, ¿por qué no dice algo?

—¿Qué hay que decir?

—¿No quiere saber cómo es que se lo di?

—¿Importa el motivo? ¿Afecta al hecho?

—Se encontraba en apuros y estaba amargado ¡oh, muy amargado! Me dio compasión. Al principio me negué a escucharle. Quería que pidiera mil dólares de renta al mes, ¿sabe?, porque sabía que no me los negarían los fideicomisarios y que entonces cobraría él igual cantidad.

—¿Se negó?

—Sí. No quería disgustar a tío Harry. Luego empecé a compadecer al pobre Robert, conque extendí este cheque y se lo llevé.

—¿Como préstamo?

—Como regalo.

Juanita Grafton gritó, desde la cocina:

—¿Dónde está la tetera china?

Shirley contestó, impaciente:

—No lo sé. No me molestes. Si no la encuentras, busca otra cosa.

Se volvió hacia mí y la voz era nuevamente dulce y seductora.

—Tendré que darme prisa, porque Juanita es curiosa y charlatana. Donald, quiero que me ayude.

—¿En qué y por qué?

—Le tengo afecto a Harry. Temo por él.

—¿Por qué?

—No lo sé. Quizá sea un presentimiento. Lo siento en los huesos.

Está en peligro.

—Conque ¿qué desea?

—Quiero que esté con él, que le proteja. Lo hará ¿verdad?

—No sirvo gran cosa para proteger a nadie.

—Oh, ¡ya lo creo que sí! Es usted listo. Sabe ver el peligro donde… Quiero decir que a usted no le engaña la gente. Juzga su carácter en seguida.

—¿Qué tiene que ver eso con el asunto?

—¿Sabe por qué está en peligro Harry?

—¿Por qué?

—¿Es preciso que cite nombres?

—¿Por qué no?

—Es el fideicomiso ese —dijo, muy despacio—. Hay quien saldría beneficiado si Harry estuviera… si lo eliminaran.

—¿Quiere usted decir con eso que a Cameron le mataron porque…?

—No, no; eso no.

—Entonces, ¿qué?

—Pero ahora está muerto.

—Eso no parece admitir discusión.

—Y, ahora supóngase que le sucede algo a tío Harry.

—¿Heredaría usted un montón de cuartos, quiere decir?

—¿Quién? ¿Yo?

Rió de buena gana.

—Lo heredaría, ¿no?

Los ojos negros se clavaron en los míos.

—Sí, claro que sí. ¿Es necesario que diga más?

—¿Quiere decir Robert Hockley?

—No quiero decir nada salvo que deseo que proteja usted a tío Harry.

—No me dedico a eso.

—Le pagaré bien. Tengo dinero propio.

—Y ¿cómo le explicaría a él que me había contratado usted para que…?

—Usted no explicaría. Se limitaría a permanecer a su lado y él le pagaría. Luego le pagaría yo también. Tío Harry le cree a usted inteligente y listo. Le gustara tenerle a su lado. Todo el tiempo. De día y de noche.

—Supóngase que averiguara entonces algo que tío Harry no quisiera que supiese. ¿Qué ocurriría?

—¿Es necesario que diga todo lo que sepa, Donald?

—Si descubro algo que un hombre no quiere que yo sepa, no me gusta permanecer a su lado día y noche. A veces resulta de mala suerte.

Me había estado acariciando el dorso de la mano con los dedos. Cesó, de pronto. Vi que reflexionaba sobre lo que acababa de decirle. Luego la voz sonó cautelosa, otra vez, con aquella misma falta de entonación, espaciando de igual manera las palabras, como si dictase:

—Haga el favor de decirme eso otra vez, Donald.

En aquel instante entró Juanita Grafton empujando una bandeja con ruedas.

Shirley la miró. Durante un instante se notó en su aspecto la exasperación. Luego se convirtió en la anfitriona perfecta, sirviéndonos el té a los dos.

Juanita Grafton, sin que se observaran en ella ya vestigios de debilidad ni de enfermedad, se mostró tiernamente solícita con Shirley, cuidando de que estuviera cómoda, de que tuviera a su alcance todo lo que necesitase. Y parecía dispuesta a aceptarme ahora como amigo. Shirley estaba sentada cerquita de mí. De vez en cuando alzaba las largas pestañas y me sonreía con los ojos. Nadie podía negar que era hermosa. E irradiaba un calor que parecía convertir el sexo en parte integrante de su propia existencia. Tan imposible resultaba pensar en amistad platónica tratándose de Shirley, como en conducir un coche de carreras a treinta y cinco millas por hora. No estaba ella hecha para amistades de ese género.

Juanita Grafton aguardó un momento oportuno para decirme:

—Debe usted pensar que soy una madre desnaturalizada.

—¿Por qué?

—Por creer que me había envenenado mi hija.

—Nada de eso era cuenta mía —repliqué.

—¡No, no! —exclamó—; usted dice eso por ser cortés. Quiero que conozca mi lado de la cuestión. Quiero que comprenda mis sentimientos.

—Olvídalo, Juanita —terció Shirley—. A Donald no le interesa conocer los sentimientos que Dona te inspira.

—Pero… ¡es que me ha visto perder los estribos acusarla de intentar envenenarme! Eso fue una estupidez. Tenía nauseas. Estaba nerviosa. Me dio un ataque de histeria, Deseaba ver a Dona, hablar con ella y quizá mejorar así nuestras relaciones. Y de pronto ocurrió eso y pensé… mejor dicho, no pensé. Somos muy impulsivas… nosotras las del Sur.

Me limité a mover afirmativamente la cabeza.

—No es importante, Juanita, de veras que no —afirmó Shirley.

Juanita Grafton no apartó la mirada de mi rostro. Eran ojos negros, pequeños, penetrantes, que suplicaban mi comprensión.

—Para nosotros los de habla española del Sur —dijo—, la familia representa mucho. No perseguimos las riquezas como hacen otras razas comerciales. Damos mucho valor a nuestros hogares, a nuestras amistades, a nuestra familia. Sacamos de eso más que ustedes los del Norte. Lo sé, porque he vivido en los dos países.

—Era la primera vez que veía a su hija. Fue una simple visita profesional.

—Así, pues, ¿usted no es amigo suyo?

—¿Ella le habrá dicho, quizás algo de mí?

—Nada.

—No la comprendo. Existe un abismo entre las dos. Ella es más del Norte. Es ambiciosa. Nada puede cerrarle el paso a esa ambición. Dígame, señor Lam, ¿de qué sirve alcanzar gran talento como artista si, para hacerlo, una ha de destruir el amor? Eso es lo único que hace que la vida valga la pena… el amor de los amigos, el amor de la familia… lazos que ligan fuertemente a los corazones.

»En nuestro país nos sentimos acaudalados sí somos ricos en amigos. El ser rico en pesos sin ser rico en amigos es una gran desgracia. ¿Me hago entender?

—Nunca he estado en su país. He oído hablar de él.

—Es así. Es el credo de mi pueblo. Y, ahora, mi hija Dona se ha vuelto contra mí. Yo soy algo a lo que se puede echar a un lado sin miramientos. Yo: su madre. ¿Me hace su confidente? No. Las confidencias se las hace a los pinceles, a sus dibujos y cuadros. Ambición ¿de qué? Ambición de triunfar. Y ¿qué es el triunfo? ¡Puf! No es nada. ¿Qué triunfo puede merecer que se renuncie a la amistad? ¿Qué puede dar el triunfo que supla la falta de amor?

—¿Quiere usted decir con eso que Dona no tiene amigos? —

pregunté.

—Ninguno. Los echa a un lado. No tiene más que su ambición. Estudia. Trabaja. Dice que es deber suyo desarrollar sus facultades. Pero ¿qué son facultades y talento sin desarrollar el corazón y los afectos? Triunfar sin amistades, es lo mismo que hallarse en un desierto donde uno es el dueño de cuanto terreno se ve, pero donde no hay ningún otro ser viviente. ¿De qué sirve la propiedad entonces? ¿A quién le interesa ser amo de un desierto?

—A la gente de Palm Springs no le ha ido tan mal —dije.

Dio muestras de sentirse herida.

—Bromea usted.

Shirley intervino.

—Claro que bromea, Juanita. Nosotros los norteños somos así. Bromeamos para ocultar nuestros sentimientos. Donald comprende. ¿Más té, Donald? Un poco de leche y azúcar… ¡oh!

La jícara de leche se le escapó de los dedos, dio contra la orilla de la mesa, y cayó al suelo.

—¡Pronto, Juanita, una bayeta! Limpia esto.

Juanita Grafton se puso en pie de un brinco y corrió a la cocina.

—Y otra jícara de leche —le gritó Shirley.

—Lo siento, Donald —me dijo Shirley.

—No tiene por qué sentirlo. Lo hizo usted adrede.

Le sonrieron los ojos, con esa sonrisa que parece decir: «Tenemos algo en común».

—No puedo ocultarle nada, ¿verdad Donald?

No quise contestarle.

—¿Sabe? —continuó ella—. Hay otra cosa que me gustaría mucho que se hiciese. Creo que usted podría hacerlo.

Bajó la voz y dijo, precipitadamente:

—Es posible que Robert Cameron tuviera cámaras de alquiler. Pueden no haberse hallado a nombre suyo. ¿Cree usted que podría mandar gente a los distintos bancos para que…?

Juanita Grafton entró con un paño de cocina. Empapó con él la leche y recogió los trozos de la jícara.

—Y más leche para el señor Lam —dijo Shirley.

Ésta aguardó a que Juanita se hubiese retirado a la cocina, para decirme:

—Creo que Robert Cameron tenía, alquiladas cajas en varios

bancos.

—¿Para guardar los fondos del fideicomiso?

—No lo sé. Me… me gustaría averiguarlo. Comprenderá usted que me interesa.

—No necesita usted contratar los servicios de una agencia de detectives para que la consigan esa información. El Estado de California cobra derechos reales cuando muere una persona. Pudieran emplearse cajas de alquiler para estafar al Estado de parte de los impuestos. Al Estado no le gusta eso. Como consecuencia, se muestra muy riguroso. Ha promulgado la mar de leyes y ordenanzas sobre lo que ha de suceder cuando la gente almacena cosas en una cámara de alquiler y luego se marcha al otro barrio.

—¿Se está riendo de mí… burlándose?

—No. Me limito a decirle que no tiene por qué preocuparse de las cámaras de alquiler de Robert Cameron.

—¿Protegerá usted a tío Harry?

—No lo sé. Creo que no.

—¿Por qué?

—Porque tengo otras cosas que hacer.

—¿Qué cosas?

—Cuestión de negocios.

—Pero… ¡sí yo estoy dispuesta a pagarle! Y él le pagará también.

—Ya lo sé. Pero quizá no tenga tiempo.

—¿Significa eso que no quiere hacerlo?

Juanita gritó desde la cocina que sólo quedaba un poco de leche.

—Bueno, pues ponla en una jícara y tráela —contestó Shirley, con impaciencia.

—¿Trabaja para usted?

—¡Cielos, no! Es una amiga. A veces resulta más aburrida que ella sola.

—¡Oh!

—Usted ya sabe lo que pasa, claro. Tengo entendido que, cuando se halla en América del Sur, trabaja de criada y supongo que yo me las arreglo para aprovecharme de eso. Es una mujer de más edad y… le gusta hacer favores a la gente. Se siente muy sola y ansía encontrarse con gente que la comprenda para charlar con ella. Ella y su hija no se llevan muy bien. Yo creo que la culpa la tiene

Juanita… lo que no quiere decir que Dona esté por completo exenta de ella. Dona está tan absorta en su carrera, que ni siquiera tiene tiempo para su propia madre… y hay que conocer a los iberoamericanos para comprender lo que eso significa. Para Juanita, la familia y las amistades son lo primero. Después de eso, el dinero. Pero sí que acabo hastiándome un poco de ella y de sus preocupaciones. Y, sin embargo, le tengo tanto cariño, que haría cualquier cosa por ella.

Juanita volvió a entrar en el cuarto con otra jícara de leche y se sentó. Hablamos durante dos o tres minutos de todo y de nada y luego le dije a Shirley que me tenía que marchar. Me hizo aguardar un rato, apelando a una excusa tras otra. Esperaba que Juanita se iría antes de que me fuese yo, y nos dejara solos a los dos. Durante un instante creí que iba a decirle a Juanita que se largara. Pero no lo hizo, probablemente porque temió que me marchase yo con ella.

Shirley me acompañó hasta la puerta. Volvió la cabeza para asegurarse de que Juanita seguía sentada, luego salió apresuradamente al corredor y miró a derecha e izquierda.

Yo ya sabía lo que iba a pasar y no me moví.

Se acercó a mí. Osciló y se dejó caer en mis brazos, como pieza de acero atraída por un imán. Aplastó los húmedos labios contra los míos. Me rodeó el cuello con el brazo izquierdo. Los dedos me asieron el pelo de la nuca, tirando tan fuerte, que me hicieron daño.

—¡Encanto! —exclamó la joven, cuando salí a la superficie a respirar.

Luego, sin decir otra palabra, dio media vuelta y se metió en su casa.

Oí cerrarse de golpe la puerta.

capítulo catorce

HABÍA coches parados delante del apartamento de Shirley Bruce. Iba acercándose la hora en que la gente vuelve a casa de trabajar y aquella congestión me pareció parte natural e integrante de la vida de una gran ciudad.

Di marcha atrás al coche de la agencia hasta topar con el parachoques del automóvil parado a continuación, y salí luego al centro de la calle.

Otro coche salió de la fila delante de mí. Lo conducía un hombre de unos treinta y cinco años que no parecía tener mucha prisa. El que estaba sentado a su lado era del mismo tipo corriente. No hablaban. Tenían la mirada fija en la dirección que seguían. Hice sonar la bocina y les pasé. En el espejo de retrovisión observé que se había puesto en marcha otro automóvil aparcado detrás del mío. El conductor de éste parecía tener más prisa. Tocó la bocina, me alcanzó, intentó pasarme. Pero debió calcular mal el tráfico y hubo de seguirme pegado a mi rueda derecha trasera.

También conducía aquel vehículo un hombre que llevaba un compañero silencioso al lado.

Aflojé la marcha y reflexioné un poco.

No me pareció que fueran policías. Si eran agentes particulares, alguien se estaba gastando la mar de dinero en mí.

Indiqué, con una señal, que iba a torcer a la izquierda.

Resultó que uno de los coches de atrás iba a torcer en la misma dirección, al parecer. Y observé que el más lento de los dos daba, de pronto, muestras de interés y aceleraba levemente la marcha.

En el último instante alcé el brazo, convirtiendo la señal en viraje a la derecha y torcí, bruscamente, en ese sentido. Un par de choferes hicieron sonar, frenéticos la bocina y mascullaron maldiciones al pasar. Pero yo crucé el tráfico casi en línea recta y

me metí por una bocacalle.

Uno de los «autos» de atrás no consiguió imitarme. El otro logró dar con un hueco en el tráfico y seguirme.

Me acerqué al bordillo, apliqué los frenos, abrí la portezuela, me apeé. Dije:

—Bueno, muchachos, ¿de qué se trata?

Ni volvieron la cabeza siquiera. Al parecer no sabían ni que existiese. Amainaron la marcha hasta casi detenerse pero, al apearme yo, continuó adelante, como si lo único que le preocupase fuera dar con el paradero de un número determinado de la calle.

Regresé a mi coche, subí, di la vuelta en medio de la manzana, corriendo el riesgo de violar las señales, y no volví a ver a mis sombras.

Cuando quedé convencido de que nadie me pisaba los talones, me dirigí a las oficinas de Peter Jarratt.

Jarratt no deseaba verme. Estaba, me informó, a punto de cerrar el despacho e irse a casa. Era tarde y tenía que asistir a una comida. Me había dicho ya todo lo que sabía del asunto al telefonearme. ¿No podría aplazar aquella entrevista hasta mañana?

Le dije que me temía que no.

Consultó con impaciencia el reloj y me dijo que tirara adelante.

Me senté al otro lado de la mesa frente a él y le estudié con más atención que cuando le viera en el establecimiento de Nuttall.

Era alto, desgarbado. Tendría cincuenta dos o cincuenta y tres años. Y la calva le cubría las dos terceras partes de la cabeza. La escasez de pelo en la cabeza parecía quedar compensada en las cejas. Éstas eran muy pobladas, enmarañadas y ásperas. Una de sus costumbres consistía en agachar levemente la cabeza, alzar la mirada y contemplarle a uno atentamente por debajo de aquellas cejas enmarañadas. Al parecer, el objeto era impresionar a quien le hablase y ponerle a la defensiva.

Lo probó conmigo. Le dejé recrearse clavándome la mirada, el tiempo suficiente para convencerlo de que el procedimiento resultaba un fracaso conmigo. Luego dije:

—¿Cómo se le ocurrió la idea de largarme a Phyllis Fabens?

Los hipnóticos ojos vacilaron de pronto. Consiguió fijarlos nuevamente en mí mediante un esfuerzo.

—De vez en cuando hago alguna operación, algún negocio en

joyas antiguas. Es para mí cosa de interés secundario. Dio la casualidad que me acordé de la señorita Fabens y de un pinjante que le compré.

—¿Hace muchos negocios de esa clase? —inquirí.

—¿En joyas antiguas quiere decir?

—Sí.

—Bastantes. No tanto como en otros tiempos, sin embargo. No hay tanta demanda.

—¿Cómo vende ese material? En cantidad, me refiero.

Se pasó una mano por la calva y dijo:

—Si se lo dijera sabría tanto como yo.

—Bien está. Lo dejaremos así. ¿No le habló al sargento Buda de este negocio secundario suyo?

—No se me preguntó… específicamente.

—No ofreció usted voluntariamente información alguna.

—Tampoco se mostró usted muy locuaz.

—¿Era Cameron una de las salidas que usted tenía para las joyas antiguas?

—Ni remotamente.

—Vamos a suponer, entonces, que Phyllis Fabens dijo la verdad. Vamos a suponer que le vendió a usted un pinjante de granates. ¿Qué hizo usted de él?

—Lo vendí por mediación de ciertos agentes comerciales.

—¿Al señor Cameron, no?

—Al señor Cameron, no. Decididamente, no.

—Luego aparece en posesión de Cameron y, de pronto, son esmeraldas las que tiene engarzadas.

Jarratt volvió a acariciarse la calva.

—Claro está —dijo—, que pudiera no tratarse del mismo pinjante. No me acordé concretamente de los granates.

—Ya. Tuvo un vago recuerdo del pinjante y pensó que le gustaría que se investigase la cosa. ¿No es eso?

Se le iluminó la mirada.

—Justo. Fue eso exactamente lo que sucedió.

—¿No podría recordar usted con seguridad si tenía granates o esmeraldas cuando lo compró?

Nada dijo.

—Un hombre de su posición, que negocia secundariamente en

joyas antiguas, tiende a olvidar que ha comprado un pinjante de gran valor por diez dólares. ¿Es eso, no?

—El pinjante no tenía esmeraldas cuando yo lo vi.

—Y ¿no sabe que se tratara del mismo pinjante?

—Claro que no. Sólo recuerdo que había un pinjante de igual o similar diseño entre las joyas que le compré a esa señorita Fabens. Y ni siquiera me acordé de su nombre hasta haber consultado mi dietario. Intentaba hacerle a usted un favor, señor Lam… y no colocarme en situación que se me cubriera de improperios.

—En esta profesión, las cosas no siempre salen de la manera que uno quiere.

—Supongo que tiene usted razón.

—Phyllis Fabens me olió a mí demasiado a pista falsa.

—Lo siento. Creí que le estaba ayudando.

—Se mostró serena, muy dueña de sí, fácil de abordar, rápida en contar su historia. Fue tal la avidez a que dio muestras por colaborar conmigo, que llegué a la conclusión de que todo se había preparado de antemano.

—Puedo asegurarle, señor Lam, que no hubo preparación de ningún género.

—Bien. Y ahora, ¿tiene usted alguna teoría que explique lógicamente los hechos que a continuación expongo? Que le fue comprado a la señorita Fabens un pinjante; que usted lo vendió valiéndose de intermediarios cuya naturaleza prefiere usted no explicar; que el pinjante fue a parar luego a manos de Robert Cameron; que éste quitó los granates y el rubí sintético del pinjante y colocó en su lugar esmeraldas; que, más tarde, Cameron se presentó a usted con el pinjante en cuestión, cuajado de esmeraldas, para que lo tasase; que usted se lo llevó a Nuttall para que lo tasara él; que se lo devolvió después a Cameron, y que éste se apresuró a desmontar las esmeraldas otra vez… quizá con el fin de sustituir granates y un rubí sintético después de tasada la joya…

—Tal como usted lo expresa, la cosa parece carecer de sentido común.

—¿Se le ocurre a usted algún medio de expresarlo para que lo tenga? —le pregunté.

—No —reconoció, tirándose del lóbulo de la oreja izquierda.

—Parece haber figurado usted con bastante prominencia en el

asunto —anuncié—. En primer lugar, compra el pinjante; luego, lo vende. A continuación, un hombre lo compra le pone esmeraldas, y se lo trae a usted para que se lo lleve a Nuttall y lo haga tasar. Para hombre que sólo se dedica a esa clase de negocio casualmente en una gran ciudad, se parece usted a Roma.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Todos los caminos conducen a usted.

Siguió tirándose del lóbulo de la oreja.

—Se me antoja —dijo—, que no hay más que una explicación.

—¿Cuál?

—Que el pinjante que le compré a Phyllis Fabens no era el mismo pinjante que me trajo Cameron y, sin embargo… bueno hubiera jurado que se trataba del mismo.

—¿No se fijó en el parecido por entonces?

—No. Porque no le di tanta importancia al pinjante… es decir… bueno, ya me comprende.

—No estoy tan seguro yo de comprenderle.

—Hombre, verá… la compra efectuada a la Fabens fue muy casual. No me acordé de habérselo comprado hasta que me puse a pensar sobre el significado del pinjante.

—El pinjante en cuestión representa un tipo de joyería antigua. ¿No cabe la posibilidad de que se hicieran muchos pinjantes del mismo modelo?

—Supongo que sí… sí.

—¿Y que uno hubiese llevado engarzadas esmeraldas, y el otro granates?

—Supongo que ésa ha de ser la explicación y, sin embargo… Con franqueza, Lam, sigo creyendo que el pinjante hallado en posesión de Cameron era el que le compré yo a Phyllis Fabens.

—Entonces, se hace de vital importancia averiguar de dónde lo sacó Cameron.

—El problema se complica estudiado desde ese punto de vista.

—¿Por qué?

—Porque no puedo revelarle a usted los medios de que dispongo para lanzar al mercado esas piezas de joyería antigua. En primer lugar, sería tanto como traicionar los intereses de un cliente. En segundo lugar, probablemente tendría ello la consecuencia de estropearme un mercado que me rinde buenos beneficios. Pero

puedo decirle lo siguiente: bien pudiera ser que el señor Cameron estuviese haciendo una investigación detectivesca por su cuenta cuando le mataron. A lo mejor le interesaba descubrir al señor Cameron cómo era que tenía aquel pinjante engarzadas unas esmeraldas, y de dónde habían salido éstas.

—En otras palabras, que la persona que le compra a usted las joyas antiguas se dedica a un negocio ilegal.

—Yo no he dicho eso.

—Y Cameron, que está en buenas relaciones con el Gobierno sudamericano que controla el mercado de esmeraldas, quizá habría estado llevando a cabo una investigación por hacer un favor de amistad.

—Creo poder sugerirle esa posibilidad sin violar la ética profesional —contestó Jarratt.

—Gracias. Reflexionaré sobre ello. Lamento haber reaccionado de una forma tan poco agradable en el asunto de Phyllis Fabens. Empiezo a creer que es usted un hombre más listo de lo que yo me había supuesto.

—Gracias. Lo soy —aseguró Jarratt.

Y me dio las buenas noches.

Bajé a la calle, empecé a subir al coche, y miré a mi alrededor para asegurarme.

Había dos coches parados a menos de treinta metros de distancia. En cada uno de ellos había dos personas. Eran los mismos dos vehículos con los que jugara yo al escondite poco tiempo antes.

Me metí en el «auto» y me marché.

Ninguno de los dos coches intentó seguirme. Experimenté una desagradable sensación de frío en la boca del estómago. Si aquellos muchachos me habían seguido hasta el despacho de Jarratt, tenían que haberlo hecho por telepatía. No era su aspecto el de personas muy inteligentes. Había logrado darles esquinazo sin dificultad. Y, sin embargo, allí los tenía, aparcados frente al despacho, aguardando tranquilamente a que saliera, después de haberme entrevistado con Jarratt.

capítulo quince

ERA de noche cuando entré en el edificio donde tenemos las oficinas.

No me di cuenta de la singular expresión del encargado del ascensor hasta que hube firmado el registro que lleva de los que suben y bajan por la noche.

—Alguien le está esperando —me dijo en voz baja.

Me volví y vi al hombre que había salido de una especie de nicho próximo a la puerta. Se notaba a la legua que era un agente de paisano. Se inclinó por encima de mi hombro, leyó el nombre que acababa de escribir y dijo:

—¡Oh! ¡Oh!

—¿Qué le pasa? —le pregunté.

—Le necesitamos.

—¿Es una detención?

—¿Qué le hace suponer que le detienen?

—Tiene «guardia» escrito desde la cabeza hasta los pies.

No le hizo gracia. Seguramente se había creído parecer director gerente de una empresa que le pagaba un salario astronómico.

—¡Qué listo es usted!, ¿eh? —dijo, con sarcasmo.

—La mar —asentí—. Aprobé el curso en la Escuela de Párvulos de San Vicente con la clase de 1921. Obtuve sobresaliente y se me encargó de dar una conferencia y pronunciar el discurso de despedida. Para un chico de cuatro años no me dirá usted que está mal.

—A mí —contestó el otro con hastío—, me deja usted tranquilo. ¡Vamos! El sargento quiere verle.

—¿Qué sargento?

—Buda.

—Debe saber dónde se encuentra mi despacho, de lo contrario

no hubiese podido mandarle.

—¿No quiere venir?

—No tengo mucho empeño.

—Podríamos hacer oficial la invitación.

—¿Con una orden de detención?

—Con una cédula de citación, por lo menos.

—¿A santo de qué?

—El sargento se lo dirá.

—Escuche: no quiero que parezca que no deseo cooperar con las autoridades; pero ya he visto al sargento. Y le he dicho todo lo que sé.

—¡Qué ha de decirle usted! No de lo que ahora se trata, por lo menos.

Aquel hombre de facciones amazacotadas, hoscas y testarudas, parecía incapaz de tener más de un pensamiento a la vez.

—¿Quiere decir con eso que Buda se va a poner bruto si no voy?

—Me mandó en su busca, para que me acompañara o se negase a acompañarme: eso es lo único que sé.

—Vamos pues.

—Pude ir conmigo en mi coche.

—¡Quiá! Tengo coche propio. Le seguiré.

—¿Por qué no ir conmigo? —inquirió, con desconfianza.

—Pudiera no tener ganas de regresar cuando yo quisiese.

Lo meditó unos instantes. Luego:

—Está bien. Tengo el coche al otro lado de la calle.

—El mío está en el lugar de aparcamiento de la agencia.

Cruzamos el vestíbulo. El agente fue en busca de su automóvil y se colocó de forma que obstaculizara la salida del aparcamiento donde teníamos el coche de la agencia. Cuando aparecí, me hizo una seña con la cabeza y puso su auto en marcha, sin apartar la mirada del espejo retrovisor.

Nos dirigimos hacia el Oeste por la Calle Séptima, cruzamos a Wiltshire al llegar a Figueroa y salimos del bulevar a Hollywood.

El agente no había dicho la distancia que habíamos de recorrer. Conducía despacio. Parecía como si su destino fuese la playa. De cuando en cuando se las arreglaba para llegar a un cruce demasiado tarde para pasar con el exclusivo fin de acortar la distancia entre los dos. Quería asegurarse de que los faros que veía detrás eran los de

mi coche. Un guardia desconfiado. No estaba dispuesto a correr riesgos de ninguna clase.

Luego, de pronto, hizo la señal de torcer a la izquierda, y corrimos en dirección Sur por una calle de palacetes construidos en mil novecientos veintitantos, cuando uno podía gastarse veinte mil dólares al año en sostener una casa sin echar mano de todo lo que no se habían comido los impuestos.

La vecindad irradiaba un ambiente de prosperidad conservadora, casas estucadas de blanco, tejados de baldosa encarnada, palmeras, cuadros de césped, balcones, avenidas que conducían a garajes para tres coches con piso para los choferes por encima.

Mi hombre se acercó al bordillo.

Miré hacia adelante y comprendí adónde iba. Había un automóvil policiaco detenido ante el lugar.

Me acerqué al bordillo paré el motor y apagué los faros. Mi guía continuó hasta la parte delantera de la casa, se detuvo, le dijo algo al agente de guardia y se dispuso a esperar.

El agente entró, volvió a salir, le dijo algo a mi guía y se colocó en su puesto de guardia otra vez. Mi agente se apeó de su vehículo, retrocedió hacia donde me hallaba yo aparcado y dijo:

—Bueno. Entramos.

Pasamos por delante del que montaba guardia y avanzamos por la avenida hasta el porche. Se abrió la puerta. El sargento Buda salió a nuestro encuentro.

—¿Sabe usted de quién es esta casa, Lam?

—Lo sé.

—¿Cómo lo sabe?

—Por las señas. Son las que nos dio Harry Sharples.

—¿Ha estado aquí alguna vez antes?

—No.

—¿Qué sabe de Sharples?

—No gran cosa.

—¿Algo acerca de sus negocios?

—Nada que valga la pena. Recuerde que ya me hizo esa pregunta antes.

—Lo sé —dijo—. Las cosas han cambiado mucho desde entonces.

—¿Qué le ha sucedido? —pregunté.

Nada, dijo. Se limitó a dirigirme una penetrante y acusadora mirada.

Después de haber durado el silencio unos segundos, preguntó:

—¿Cómo sabía usted que le había sucedido algo?

Contesté con exasperación:

—¿Es necesario que discutamos tonterías? Un agente de paisano viene en mi busca. Me conduce aquí. Veo un automóvil policíaco aparcado a la puerta. Hay un centinela fuera. Sale usted a la puerta y empieza a interrogarme acerca de Sharples, si no creyera que algo le había sucedido, sería el imbécil más grande de la profesión… que ya es decir.

—Sharples quería que hiciese usted de escolta suya, ¿no?

—Sí.

—¿Qué era lo que temía?

—No lo sé.

—¿Qué cree usted que temía?

—No tengo la menor idea.

—Cuando un hombre desea contratarle como escolta, ¿no suele usted desear saber qué es lo que teme?

—Si acepto el encargo, sí.

—¿No lo aceptó?

—No lo parece, ¿verdad?

—¿Por qué no quiso aceptarlo?

—¿De veras quiere saber la contestación a esa pregunta?

—Sí.

—Quizá no temiera nada Sharples.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Quizá me diera Sharples un encargo con el simple objeto de conducirme a Cameron. Se presentó en nuestro despacho y aguardó, para que tanto Bertha Cool como la mecanógrafa se acordaran de que había estado allí. Tan pronto como yo mencioné a Cameron, Sharples decidió que iríamos a ver a Cameron. Fuimos juntos y encontramos muerto a Cameron.

Los ojos de Buda brillaban ahora.

—Eso no me lo había dicho antes.

—Como dijo usted hace un momento —le repuse—, la situación ha cambiado.

—Así, pues, usted cree que Sharples mató a Cameron, corrió luego al despacho de ustedes, y…

—No sea estúpido —le interrumpí—. Me preguntó por qué no quería trabajar para Sharples. Estoy intentando decírselo.

—¿Bien?

—Supóngase que al ir a casa de Cameron, notara yo algo que me hiciera desconfiar de Sharples.

—¿Qué fue? —exigió.

—¡Vuelta a dispararse! Estoy describiendo lo que un abogado llamaría un caso hipotético. Puedo no haber visto nada, pero Sharples puede haber creído que vi algo. Puede haber pensado que yo sabía algo que no debía saber. Conque me alquila para que haga de escolta suya. Se queja a la policía de que se cree en peligro. Yo estoy con él veinticuatro horas al día. He de ir donde él quiera ir. Supóngase que se le antoja marchar a un bosque muy bonito y desierto. Y supóngase que yo no vuelvo a regresar.

—¿Quiere decir… asesinato?

—Algo menos burdo que eso. Unos hombres nos sorprenden, nos reducen a la impotencia, nos atan… se nos llevan a alguna parte. Sharples logra escapar. Conduce a la policía al lugar del suceso. Encuentran mi cuerpo sin vida… un valeroso detective que halló la muerte en el cumplimiento de su deber.

—A mí, eso me suena a fantasía pura —gruñó Buda, dando un resoplido.

—A mí —le aseguré—, me suena a pesadilla.

—Y… ¿ésa es la razón de que se negara a trabajar para él?

—Yo no digo eso. Me limito a presentarle un caso hipotético. Lo que yo digo es: supóngase que fuera ésa la razón.

—Bueno, y ¿lo fue?

—Sargento, no lo sé —le dije, mirándole de hito en hito.

—¡Al diablo con usted! ¡No ha de saberlo!

—Le hablo con sinceridad. No lo sé. Sharples quería que trabajase para él. Y a mí me dio la corazonada más grande y más clara que en mi vida he tenido, de que no quería trabajar para ese hombre. No sé por qué fue.

—Ya. Se sintió dotado de la facultad de un clarividente, ¿no? —dijo Buda, con sarcasmo.

—Puede llamarlo así, si quiere.

—¿Le avisó alguien?

—No. Le he dicho que se trató de una simple corazonada.

El rostro de Buda reflejó su asco.

—¡Bonita historia! No podemos citar a una corazonada para que comparezca ante un jurado a sufrir interrogatorio. No podemos extraerle el subconsciente, envolverlo en papel celofán y presentarlo en la prueba testifical.

—¿Qué sucede a fin de cuentas? —inquirí.

Vaciló unos instantes. Luego:

—Entre —ordenó.

Subimos los escalones de cemento, cruzamos el ancho porche, abrimos la puerta y entramos en un vestíbulo de piso de madera encerado y costosas alfombras orientales alumbrados por las luces pendientes en arañas de cristal.

El sargento Buda me condujo hacia la puerta que se abría a la izquierda y pasamos a un despacho y biblioteca combinados.

Por la estancia parecía haber pasado un ciclón. Las sillas estaban caídas y rotas. Una mesa yacía de canto. Un tintero había derramado su contenido por el *parquet*. Estaban arrugadas y enredadas confusamente las alfombras, como por los puntapiés de varias personas que lucharan a brazo partido. Una estantería de las que se construyen en secciones había perdido el equilibrio y yacía de lado en el suelo. Las puertas corredizas de cristal de las diversas secciones aparecían a distintos ángulos. Los libros salidos de los estantes habían recibido su cuota de puntapiés. Los estantes desmontados al caer, habían sembrado el cuarto de secciones, dando la sensación éstas de vagones de ferrocarril en un accidente ferroviario. La puerta de la caja de caudales estaba abierta y los documentos que contuviera esparcidos por el suelo, como si los hubiesen sacado precipitadamente de los casilleros.

—¿Bien? —inquirió Buda, al verme contemplar el estropicio—. ¿Qué opina de esto?

—¿Se espera mi colaboración? —pregunté.

Buda frunció el entrecejo, molesto.

—Porque en caso afirmativo —dije—, indicaría, como deducción elemental, que la caja de caudales se abrió después de terminada la lucha, y a continuación de ser reducido Sharples a la impotencia. Observará, mi querido Watson[4], que, si bien las alfombras se

encuentran en desorden y los muebles caídos por el suelo, los papeles y documentos, sacados con precipitación de la caja de caudales, se hallan prácticamente en orden.

—Continúe.

—Observará igualmente que hay una banda de goma rota, y un montón de sobres escritos, al parecer, de mano femenina y dirigidos a… (Me agaché y recogí une de los sobres), Harry Sharples. El nombre del remitente, según figura en la extremidad superior izquierda, es, el de cierta señorita Shirley Bruce, que parece tener su domicilio en…

—No ha de tocar usted nada.

Me arrancó el sobre de la mano y dijo:

—Los sobres —proseguí—, parecen estar vacíos. Es evidente que uno no guarda sobres vacíos en una caja de caudales. Por lo tanto, salta a la vista que, una vez sacados de la caja, las cartas que contenían fueron extraídas.

—Lo que quiero de usted es hechos, no teorías.

—¿Qué clase de hechos?

—¿Quién hubiera secuestrado a Harry Sharples?

—¿Usted cree que fue secuestrado? —pregunté a mi vez frunciendo el entrecejo.

—No —contestó Buda con profundo sarcasmo—. Decidió quitarle el polvo al cuarto y el pobre tiene una mano muy pesada.

—Deduzco que Sharples ha desaparecido.

—Esa deducción le honra.

—¿Cómo se enteró usted de esto?

—Una de las criadas llamó a Sharples a cenar. Al no presentarse éste, la mujer entró en el cuarto. Esto fue lo que encontró. Creyó conveniente dar cuenta a la policía.

—Y ¿usted me hizo venir aquí para interrogarme?

—Justo. ¿Conoce usted a esa Shirley Bruce?

Saqué un pañuelo del bolsillo y lo extendí sobre la mesa.

—¿Qué diablo tiene que ver eso con lo que le pregunto? —inquirió Buda.

Señalé, con orgullo, el manchón de rojo.

—¿Ve usted esto?

—Sí.

—Esto es el carmín de los labios de Shirley Bruce.

Buda me miró con una expresión en la que la sorpresa luchaba con la ira.

—¿Cómo es eso?

—Es impulsiva —dije—. La gente le es simpática o no le es simpática. Es de las que aman a sus amigos y odian a sus enemigos. Cuando me vio, le gusté. Le gusté una barbaridad. Se abalanza sobre la gente que le agrada.

—¡Zumba! —exclamó Buda—. ¡Qué barbaridad!

—¿El carmín?

—No; el cuento que me está largando.

—Es —aseguré—, el que a mí me contaron. Podría ponerlo entre comillas. Es una citación *verbatim*.

—Y… ¿a quién cita?

—A Shirley Bruce. Al pie de la letra.

—Me parece —dijo—, que iré a ver a Shirley.

—Creo —le dije—, que haría usted muy bien.

—¿Con qué fausto motivo —quiso saber— dio muestras tales de afecto?

—No estoy del todo seguro. Quería que hiciese algo en su obsequio.

—¿Qué?

—Pregúnteselo a ella.

—¿Lo hizo?

—No.

De nuevo señaló Buda el carmín.

—¿A pesar de eso?

—A pesar de eso.

—Escuche, Lam: seamos razonables. Sharples es, evidentemente, un hombre de posición. Vive en una buena casa, podemos presumir que tiene dinero e indudablemente, no carece de amigos. Estaba relacionado, profesional y comercialmente con Cameron. Cameron murió asesinado. Sharples se dirigió a la policía solicitando protección y…

—¿A la policía?

—Sí.

—Quería que hiciese yo de escolta suya.

—Lo sé. La policía no tomó la cosa lo bastante en serio. Le dijeron que no podían asignarle agente alguno para que se pasara

con él noche y día. Ésa era labor para un detective particular.

—Así, pues, ¿se dirigió a las autoridades primero?

—Sí. ¿Qué de particular tiene eso?

—Nada. Creí que a lo mejor tendría razones para desearme a su lado y que todo lo demás era simple adorno para convencerme.

—Claro está —murmuró Buda pensativo—, que puede haberse supuesto que las autoridades no le proporcionarían escolta…

—¿Dijo qué era lo que temía?

—Con bastante vaguedad.

—Lo suponía. De temer algo, no era fácil que les dijese a ustedes qué.

—Parecía creer que la persona, o personas, que asesinaron a Cameron pudieran sentir ganas de meterse con él a continuación.

—¿Dijo por qué?

—No.

—¿No mencionó motivo alguno?

—No.

—¿No suelen ustedes exigir un poco más de información que ésta?

—Por regla general, sí. No olvide, sin embargo que en este caso nos negamos a complacerle. No le dimos nada.

—Y ¿ahora sienten no haber entrado en más detalles?

—Justo. Y por eso le hemos mandado llamar. Teníamos el convencimiento de que sabría usted algo más del asunto.

—Pues se equivocaron.

Un guardia asomó la cabeza por la puerta y dijo:

—Aquí está la otra.

—Que pase.

Un instante después oí fuertes pisadas. Un guardia escoltó a Bertha hasta la puerta y casi la metió de un empujón.

—Pase, señora Cool —dijo Buda.

Bertha le dirigió una mirada malévola y luego clavó la iracunda vista en mí.

—¿Qué cien mil demonios significa todo esto? —exigió.

—Deseábamos información, señora Cool. Y la deseábamos aprisa —dijo Buda.

Bertha barrió el cuarto con centelleante mirada.

—¿Qué ha pasado aquí?

—Al parecer —explicó Buda—, alguien atacó al señor Sharples. Se cree que ha desaparecido. Cuando se le vio por última vez, se hallaba en este cuarto. Una criada, que le sirvió aquí el té a eso de las cuatro, dice que estaba repasando unos papeles que tenía sobre una mesa y que la caja de caudales se encontraba abierta.

—Y ¿qué tengo yo que ver con todo esto? —presunto Bertha.

—Eso es lo que yo quiero averiguar.

Bertha me señaló con un movimiento de cabeza.

—Pregúnteselo al jefazo. Es él quien lo sabe todo. Yo sólo estoy al tanto de las generalidades. Es Donald quien todo lo ve, todo lo oye, y nada le dice ni a su padre. Así es Donald Lam, mi socio… ¡valiente socio!

—Bien. Denos a conocer su idea de lo que son generalidades —dijo Buda.

Bertha, en guardia ahora y cuidando mucho sus palabras, replicó:

—Sharples vino a nuestro despacho. Quería que hiciéramos algo. Llamé a Donald, y dejé que Donald se hiciera cargo de ahí en adelante.

—¿Qué papel desempeñó usted en la transacción?

—Endosar el cheque —dijo Bertha—, y mandarlo a toda prisa al banco por mensajero especial.

—¿Quién fue ese mensajero?

—Elsie Brand, mi mecanógrafa.

—Mi secretaria —agregué yo.

Bertha me dirigió una mirada asesina.

—Y luego ¿qué?

—Luego Sharples pareció encapricharse de Donald. Dijo que necesitaba alguien que se pasara con él noche y día. Nos ofreció el trabajo.

—¿Por qué lo rechazó Lam?

—No me lo pregunte a mí. A lo mejor porque Sharples tendría halitosis, juanetes, ojos de gallo, piorrea, canas o cualquier otro defecto secreto de esos que hacen perder la ilusión.

—Yo no le pedí sarcasmos —le interrumpió Buda.

—Me pidió algo que yo no le puedo dar: razones —contestó Bertha—. Y ése es el motivo de que Donald no aceptase el encargo de Sharples.

—Y… ¿usted no sabe una palabra de esto?

Buda indicó con un gesto el estado del cuarto al hacer la pregunta.

Bertha le miró de hito en hito y dijo con voz tan iracunda que convencía a cualquiera:

—Ni una santísima palabra.

Buda exhaló un suspiro de hastío.

—Bien —dijo—. Me parece que eso es todo lo que tengo que preguntar.

Permaneció en la puerta de la biblioteca hasta que cruzamos el vestíbulo. Luego se metió otra vez en la estancia y cerró la puerta de golpe.

Bertha dijo:

—Esto no hubiera sucedido si…

—Frena —interrumpí—. Es de pega.

—¿De qué estás hablando? —quiso saber Bertha.

La empujé por la puerta y aguardé a que nos halláramos en el coche de la agencia antes de contestar.

—Lo que quiero decir es que no hubo lucha.

—¿Qué es lo que te hace suponerlo?

—¿Has probado tumbar alguna vez una estantería de libros de ocho secciones? —la pregunté.

Me miró con rabia.

—¿De qué diablos estás hablando?

—De estanterías.

—No soy sorda.

—En tal caso, no seas estúpida tampoco.

—No seas tan mordaz. Ganas me dan de fracturarte la mandíbula a veces. Dime, amor mío, ¿qué le pasa a la estantería?

Le contesté:

—Tú intenta tumbar una de esas alguna vez.

—¡Oh, vete al cuerno! —exclamó Bertha con ira.

—Lo digo en serio.

—Sí, ya lo sé. Quieres que compre una estantería de ocho secciones y la tumbe nada más que para que tú no tengas que contestar a preguntas. A veces te mataría con mis propias manos.

—Cuando uno tumba una estantería tan alta, la sección superior lleva bastante velocidad para cuando toca al suelo. Las puertas de

cristal se harían todas añicos. Cosa curiosa: no se había roto ni un solo cristal en esa estantería.

Bertha meditó unos instantes y luego dijo, entre dientes:

—¡Que me aspen si no hay algo en eso!

Seguí razonando.

—La botella de tinta se había derramado por añadidura. Ello hubiese ocurrido durante la lucha, si es que hubo lucha de alguna especie. Pero no había pisadas en la tinta. De haber habido gente luchando por el cuarto, rompiendo sillas y cosas por el estilo hubieran ido de un lado para otro, pisando vez tras vez el charco de tinta, cayéndose en él, y dejando manchas por todas partes.

—¿Y si hubiese cesado la lucha en el momento de verterse la tinta… o aproximadamente en aquel momento?

—¿Por qué había de caerse entonces?

—No lo sé.

—Ni yo tampoco.

—No entiendo —dijo Bertha.

—Es una pega, Bertha, una cosa preparada. Fíjate en el cuidado que se tuvo para no hacer ruido. Se rompieron las sillas mediante el sencillo procedimiento de arrancar los travesaños y quitar luego las patas una por una. Se sacaron los libros de sus estantes y se colocaron en el suelo para que pareciese que se habían caído. Las secciones se quitaron una tras otras y se esparcieron a continuación por el cuarto. Pero, si te fijas en el suelo encerado, observarás que no hay ni señal de golpe donde se supone que pegaron los estantes.

Bertha dijo, exasperada:

—Maldita sea tu estampa. Te odio. Pero tienes materia gris. Quizá tengas razón después de todo, Donald. Quizá sea tu sistema el mejor de llevar las cosas. Bertha hará abrir una puerta que comunique con el otro despacho mañana, y buscará muebles, y te preparará un despacho particular muy bonito. Puedes quedarte con Elsie Brand, emplearla como secretaria particular tuya y…

—No estaré aquí mañana —la dije.

—¿Por qué no? ¿Adónde vas, Donald? —inquirió Bertha, con afectuoso arrullo en su voz.

—Voy a tomar mis dos semanas de vacaciones.

—¿Que vas a hacer qué?

—Tomarme las vacaciones. Me marcho a Sudamérica. Siempre

he tenido deseos de ver ese país.

Bertha se irguió en el automóvil hasta quedarle la espina dorsal tiesa como un palo.

—Pero… ¡maldita sea tu estampa, ladrón! —exclamó—. ¡Mico sinvergüenza!, ¡falso, traidor, embustero!, ¡más terco que una mula aunque no levantas un palmo del suelo! ¿Quién diablos te has creído que eres para largarte de parranda y vacaciones? Si no necesitara tu inteligencia… ¡cometería yo misma un asesinato y que me ahorquen si no digo lo que siento!

—¿Quieres que te lleve a tu casa o al despacho? —le pregunté.

—¡Al despacho! —me aulló Bertha—. ¡Qué rayos! ¡Alguno de los dos es necesario que trabaje!

capítulo dieciséis

EL aeroplano volaba a tres mil trescientos metros de altura. Allá por Oriente, empezaban a notarse leves vestigios de color. Los pasajeros, arrellanados en los asientos, dormían todos, salvo uno de la parte delantera que tenía encendida la luz y leía un periódico impreso en español.

Hasta entonces, el avión se había deslizado por el aire como una seda. Ahora empezó a encontrar baches y a encabritarse o resbalar de ala de vez en cuando.

El Oriente se tiñó de colorido. Abajo se distinguía la grisácea masa de una selva. De la minúscula despensa-cocina de popa, surgió el penetrante aroma de café recién hecho.

Los pasajeros empezaron a moverse. La azafata sirvió café y pan caliente. El que estaba sentado a mi derecha sonrió amistosamente y dijo:

—Tiene muy buen sabor, ¿verdad?

Era un individuo, bronceado, de osamenta grande y ni un gramo de grasa. Calculé que tendría cincuenta y tantos años. Los ojos titilaban penetrantes y con gesto bondadoso. Parecía estar acostumbrado a viajar. A primera hora de la noche le había oído hablar español con la misma facilidad que si de su idioma se tratara.

—Está en su punto, desde luego. Y es lo que más apetece en estos instantes —asentí.

—Son buenos psicólogos en estos aviones —prosiguió—. Cuando uno se siente más desanimado es poco antes del amanecer. Luego sale el sol, uno se anima un poco, y la azafata se presenta con el café. El pasarse una noche en aeroplano no es como pasársela en un autobús. La altura y la velocidad poseen cierta cualidad vigorizadora. Fíjese en la selva. Empieza a ceder el sitio a las

montañas. Todo parece gris allá abajo, pero no tardará ya el sol en darle una frescura igual a la de una gota de rocío en el pétalo de una rosa…

—Suena usted la mar de poético —le dije.

Tenía la mirada seria ahora.

—Yo creo que el vivir en Colombia le hace a uno apreciar todas las cosas bellas de la vida.

—¿Vive usted en Colombia?

—Sí; en Medellín.

—¿Lleva mucho tiempo allí?

—Treinta y cinco años.

—¿Qué clase de sitio es?

—Hermoso. En él, todo es bello. Los Andes siempre se muestran verdes y frescos. Allí las montañas no son accidentadas, ásperas ni rocosas. Son… ¡qué rayos!, son como joyas. Luego hay los valles fértiles, el maravilloso clima. Y, hablando del clima… no puede usted imaginarse cómo es.

—¿Cómo es? —pregunté.

—Perfecto. Se encuentra uno a cosa de una milla de altura por encima del pesado calor de la selva y lo bastante cerca del Ecuador para que no existan cambios de temperatura entre estación y estación.

»Las orquídeas crecen a millares. La gente no necesita calefacción artificial. Hay abundancia de agua dulce y cristalina de montaña ¡Diablos! ¡Hablo como una Cámara de Comercio! Echo a Colombia de menos. He estado ausente dos meses… en misión especial a los Estados Unidos.

—Debe usted de haber conocido a la mar de gente en su tiempo, en Medellín —dije.

—Conozco aproximadamente a todo el mundo… a todos los que valen la pena.

—¿Muchos americanos allá?

—Norteamericanos —me corrigió—. Todos son americanos[5]. Sí, hay bastantes. Y, por cierto, que me enfurece ver la clase de gente que mandan de los Estados Unidos. Es gente que se empeña en reunirse, en formar camarilla. La obligación principal de los directores comerciales procedentes de los Estados Unidos debiera ser la de fomentar el comercio y la buena voluntad internacionales.

Pero… ¿se molestan en frecuentar la sociedad de los del país? ¿Aprenden el idioma? ¿Se preocupan, poco o mucho, de conocer las costumbres sociales? ¡Y un cuerno! Se encierran en sus propias camarillas de cuatro por nueve, y se marchan al cabo de tres o cuatro años sin saber nada que valga la pena del país ni de sus habitantes. ¡Me dan asco!

—Conocí a un tal señor Cameron cierta noche en una fiesta —dije—. Creo que estaba interesado en minas aquí.

—¿Bob Cameron?

—Creo, en efecto, que se llamaba Robert.

—¡Caramba! ¡Hace algún tiempo que no veo a Bob! Generalmente le veo con bastante frecuencia. Hace viajes acá para echarle una mirada a los negocios. Es fideicomisario de la herencia de dos personas… los bienes de Cora Hendricks.

—Justo. Sí que creo haberle oído decir algo de eso. Se muestra entusiasmado con el país.

—Buena persona —aseguró mí compañero.

—Hay otro fideicomisario —dije frunciendo el entrecejo—. No me acuerdo de su nombre ahora. Sharper o algo parecido…

—Sharples —dijo el otro—. No viene a Colombia con tanta frecuencia… dos o tres veces al año nada más.

—¿Qué propiedades tienten? ¿Minas?

—En su mayor parte. No sé demasiado de ellos, ¿cómo se llama usted?

—Lam.

—Yo, Prenter. George Prenter. ¿Hasta dónde va?

—No lo sé a ciencia cierta —repuse—. Ando buscando oportunidades de hacer negocio. Hago el viaje para echarle una mirada al país como quien dice. Había pensado pararme en dos o tres sitios.

—¿Cuál es su ramo?

—Ninguno en particular —le contesté—. Tengo algo de dinero y estoy dispuesto a correr riesgos si un asunto me parece interesante.

—¿Dónde piensa tocar primero?

—No lo había decidido. Pero lo que usted me ha dicho de Medellín me ha hecho entrar en ganas de conocerlo.

—Véalo. No se desilusionará. Encontrará allí muy buena gente. Claro está que no puede usted esperar introducirse en las

verdaderas familias aristocráticas antiguas a las primeras de cambio. Son algo exclusivistas. Y con razón. Tienen que serlo. Pero le estarán estudiando, hasta cuando usted menos se lo espere. Y, si sale usted airoso del escrutinio, empezará a recibir alguna que otra invitación. Y, entonces, por poco que sepa usted hacerse simpático, no tardará en tener una legión de amigos.

—¿Qué es lo que necesita uno para hacerse simpático?

—Oh, no lo sé… No tener un punto de vista tan comercial como adquiere la mayoría de nosotros… No escatimar tanto el tiempo… Esta gente disfruta con la amistad. El negocio es un mal necesario. Pero el negocio del día no es más que un incidente comparado con las largas noches durante las cuales viven su vida social.

—¿Reuniones? —inquirí.

—No en el sentido en que nosotros las concebimos. Se sientan a charlar y beben *whisky* con soda. Nadie se emborracha nunca: eso es cosa que no se hace… emborracharse en público. Puede uno alegrarse un poco, pero, en cuanto se llega a un punto determinado, no se pasa de él. Es un algo intangible que ha de verlo uno por sí mismo.

»Esa gente le saca más jugo a la vida que nosotros. Le sacan más provecho a la amistad. Tienen más cultura, más consideración, más cortesía. Y parecen tener una perspectiva más clara. No sé por qué le hablo a usted así; pero parece interesarle y quiero que empiece usted bien. Me gustaría verle establecerse en Medellín. Pero el que haga usted dinero o deje de hacerlo depende en gran parte de la forma en que lo intente. Hay sitio en el país para un hombre que tenga capital, pero el país no quiere que se le explote.

—Creo que a Cameron le fue bastante bien, ¿no?

—No lo sé. Supongo que se encuentra bien situado. Es un hombre interesante, pero muy reservado.

—Conocí a una tal señora Grafton —dije—. Creo que era de por ahí. ¿La conoce?

Movió negativamente la cabeza.

—Juanita Grafton. Viuda de uno metido en minería.

—¡Ah, ahora caigo! —contestó—. No la conozco personalmente. Le he oído hablar de ella a alguien. Tuvo dinero en tiempos, o creía tener derecho a dinero o algo así, y lo perdió. Mientras está en Colombia, vive como una señora. Cuando se le acaban los cuartos,

marcha a los Estados Unidos y, según dicen, consigue colocación de criada o algo por el estilo hasta conseguir reunir una cantidad. Aseguran que no se gasta ni un centavo. Trabaja como una esclava. Luego deja que se la ablanden las manos, se compra ropa, y vuelve a Medellín donde ni siquiera levanta un dedo.

—¿Eso se lo ha contado alguien?

—Sí.

—No se habrá usted confundido, ¿verdad? ¿No será en Medellín donde trabaja y en los Estados punidos donde se da la vida de señora?

—¡Quiá! En Medellín es toda una dama. Conociendo la población y las costumbres, puede pasarlo bien con el dinero que trae de Norteamérica. O podía hasta recientemente por lo menos. Actualmente hay una especie de inflación y el cambio no es tan favorable. En cuanto al poder adquisitivo de la moneda se refiere, quiero decir.

Reflexioné un poco sobre lo que acababa de decirme. Salió el sol y alcanzó al aeroplano, proyectando sobre él un haz de cálidos rayos mientras que, allá abajo, seguíase viendo gris la tierra, cubierta por las sombras precursoras de la aurora. Luego, los rayos del sol doraron las cimas de las montañas delante de nosotros, y descendieron lentamente por las elevadas lomas, hasta penetrar por fin en la selva.

—Vamos a volar por encima de unas montañas dentro de unos minutos —dijo Prenter—. Verá un lago hermoso, muy grande. Y unas casas magníficas a su alrededor. Hay paisajes maravillosos por aquí. Estamos entrando en la zona cafetera. Cultivan un café exquisito por estos alrededores. Debiera usted de probar el café colombiano. Jamás habrá probado otro igual en su vida. No tiene nada de amargo por muy fuerte y negro que lo haga. Es, siempre, una bebida aromática con mucho sabor.

—Colombia. ¿No es de ahí de donde salen todas las esmeraldas? —pregunté.

—En efecto.

—¿Se pueden comprar baratas aquí?

Movió negativamente la cabeza.

—Y ¿no puede uno comprar aquí esmeraldas en bruto y hacerlas tallar en otra parte? Tengo entendido que la aduana es menos

elevada cuando se trata de piedras sin tallar.

Se limitó a reír con tolerancia y sacudió otra vez la cabeza.

—Tienen muchas minas de esmeraldas, ¿no?

Me dirigió una mirada escudriñadora. Yo seguí aguardando su respuesta.

—No estoy muy seguro de que lo sepa —me respondió por fin—. Se saca bastante oro, sin embargo. Si usted quisiera meter dinero en una mina de oro, tal vez sea posible encontrar una que sea verdaderamente buena. Hay muy buenas propiedades que pueden explotarse por medios hidráulicos. Abundancia de agua, ¿sabe?, y la oportunidad de conseguir bastante presión.

—¿No hay oportunidad de colorar dinero en esmeraldas?

—No.

—¿Qué diversiones hay? Es decir, ¿qué constituye la vida social?

—Es difícil explicárselo de forma que usted lo comprenda. La gente disfruta de la compañía de sus semejantes. En Norteamérica, cuando se reúnen unos amigos, sacan una baraja y se ponen a jugar al *bridge*, o corren a un cine, o algo así. En casi toda la extensión de Sudamérica, la gente está acostumbrada a solazarse con la compañía de los demás. Tendrá que verlo para comprenderlo.

—Consigue usted que el país suene muy atractivo. ¿Conocía usted a un Robert Hockley?

—¿Hockley? —preguntó, frunciendo el entrecejo—. ¿A qué se dedicaba?

—No lo sé. Creo que tiene propiedades en Colombia… o que posee ingresos de alguna clase.

—¿Qué clase de propiedades?

—No lo sé. Le oí mencionarlas con cierta vaguedad.

Prenter movió negativamente la cabeza.

Guardamos silencio un rato y luego el paisaje me llamó la atención. Pasamos un hermoso lago, serena la superficie, sin que la menor brisa la rizase. Después atravesamos unas millas de baches de aire y, de pronto, iniciamos un viraje y el descenso hacia Guatemala.

Prenter pareció bastante reservado cuando abandonamos Guatemala. Contestó casi en monosílabos a mis preguntas sobre el país. Aparentemente estaba reflexionando. Y, en dos o tres ocasiones, cuando tenía la cabeza echada hacia atrás y los ojos

entornados como si durmiese, sentí en él cierta tensión que me hizo pensar que andaba muy lejos de estar dando descanso al cerebro.

Volamos por encima de elevadas montañas y por cerca de un volcán en erupción. El avión navegaba a gran altura. Nos era posible ver el Atlántico por un lado y el Pacífico por el otro.

—Supongo que nos aproximamos a Panamá —observé.

—No tardaremos ya.

Hubo unos instantes de silencio, luego Prenter se volvió bruscamente.

—Escuche —dijo—: ¿no lo creerá usted fuera de lugar si le doy un consejo?

—Se lo agradeceré incluso.

—No vuelva a hablar de esmeraldas.

Dejé que mi rostro expresara sobresalto y sorpresa.

—¿Por qué? ¿Qué hay de malo en las esmeraldas?

—Hable usted a mucha gente como me ha hablado a mí —me contestó, sombrío—, y verá qué pronto averigua qué es lo que hay de malo en ellas.

—¿Qué quiere decir con eso?

—El negocio de esmeraldas es un monopolio del Gobierno. ¿Comprende lo que eso significa?

—Me temo que no.

—El negocio de esmeraldas por todo el mundo es algo muy grande.

—Sí; eso me lo imagino.

—El Gobierno de Colombia lo controla por completo.

—¿Qué quiere decir con eso? —volví a preguntar.

—Quiero decir que el Gobierno de Colombia regula el número de esmeraldas al mercado. Regula el precio de las esmeraldas. Es evidente que si se echaran al mercado esmeraldas al mismo tiempo, ello tendría consecuencias desastrosas para los precios. Si los grandes traficantes en piedras conocieran con exactitud la situación en cuanto a las esmeraldas se refiere, ello pudiera tener malas consecuencias también.

—No acabo de entender.

—Bueno, pues medite sobre ello cuando no tenga otra cosa que hacer. Supóngase que fuera usted un gobierno. Supóngase que poseyera información exclusiva capaz de hacer fluctuar el precio de

una mercancía, que usted controlara, en el mercado del mundo. ¿Empieza usted a comprenderlo ahora?

—Creo que quizá vea atisbos de lo que quiere usted decir.

—Bueno —prosiguió—, pues continúe pensando hasta que esos atisbos se conviertan en chispa de luz y, luego, hasta que esa chispa se trueque en cegadora luz de comprensión. Y, para que tenga usted amplia oportunidad de hacerlo, no le molestaré dándole conversación en un buen rato. Vamos a aterrizar en Panamá. Le interrogarán allí y quedará detenido hasta mañana. Si a alguno se le ocurre pensar que a usted lo interesan las esmeraldas en plan de negocio, jamás llegará a Colombia.

—¿Quiere decir con eso que se negarían a reconocer mi pasaporte norteamericano?

—Nada de eso amigo mío —dijo—. Se encuentra usted en un país donde la diplomacia es un arte refinado. A nadie se le ocurrirían soluciones tan burdas. Descubriría usted, simplemente, que, sin duda por descuido, ciertas formalidades no habían sido cumplidas en su caso particular. Y, cuando quisiera darse cuenta, se encontraría envuelto en una red impenetrable de burocracia y papeleo. Piénselo.

—Lo haré —le prometí.

—No lo olvide. Tiende usted a exagerar su papel de turista… y no se enfade si critico su técnica. No sé lo que usted anda buscando, pero se trata de algo determinado y muy concreto. Adiós.

Dicho lo cual, cerró los ojos, apoyó la cabeza en los cojines del respaldo, y se retiró de la conversación, tan por completo, como si se hubiese apeado del avión.

capítulo diecisiete

FUE una suerte que me hiciera aquella indicación acerca de Panamá. Me ayudó a no enfadarme y a ir con los ojos muy abiertos. No se me había ocurrido pensar en el cuidado que tienen en aquel país. La política de buena vecindad funciona allí tan bien como un mecanismo que trabaja sumergido en aceite.

Contesté las preguntas bien y, cuando me presenté en el aeródromo al día siguiente, experimenté un alivio enorme al ver que nadie me daba un golpecito en el hombro para decirme que se habían hallado algunas irregularidades en mi pasaje de avión. Subí al aeroplano de Medellín y, esta vez, George Prenter había tenido buen cuidado de escoger un asiento exterior cerca de la proa del avión, junto a una señora de cabello entrecano y aspecto maternal.

Me di por aludido y no intenté entablar conversación.

Prenter no me dirigió la palabra en todo el camino.

Volamos sobre una selva tropical de la que ascendía la humedad en vapor, ríos anchurosos y lentos se deslizaban con tal suavidad por su lecho, que no había manera de adivinar en qué dirección fluían. Desde la altura a que navegábamos, parecían gigantescas serpientes que se habían quedado dormidas.

Aquí y allá, a lo largo de las riberas, se veían grupos de casitas de techumbre de paja y ramas, apiñadas como para protegerse mutuamente. Era tan pequeña la superficie bajo cultivo, que parecía como si los habitantes de aquellos lugares temieran alejarse mucho del poblado.

Empezaron a aparecer montañas por delante. La selva pasó, monótonamente, a la deriva y los Andes corrieron a nuestro encuentro. El avión se agitó entre corrientes cruzadas y salvó, luego, una cima. Un valle fértil, con sendas que ascendían hasta los picos de las montañas, carreteras, haciendas campos cultivados y

serpenteantes nos brindaron un variado paisaje.

Desde la altura era posible ver todo el desarrollo económico del país, desde las toscas granjas allá en las cimas, que comunicaban con caminos de tierra por sendas de herradura, hasta las carreteras asfaltadas y granjas de más pretensiones, gigantescas haciendas y, por último las singulares y pintorescas poblaciones que parecían pueblos encalados.

Contemplé durante mucho rato el país que atravesábamos, fijándome en los espaciosos patios, piscinas particulares, pruebas de una prosperidad tranquila y bien ordenada por parte de los terratenientes acaudalados.

Casi antes de que me diera cuenta, el avión enfiló un desfiladero. Montañas fértiles, cubiertas de verdor, se alzaban tan cerca de las extremidades de las alas, que me era posible mirar al nivel de una cabaña y ver al ganado que pacía, alzar con curiosidad la cabeza y contemplarnos con indolente interés. Luego se vio Medellín en la distancia y el desfiladero desembocó en un ancho y soleado valle. Unos minutos más tarde rodábamos por la pista de aterrizaje.

Prenter abandonó el avión sin dirigirme una sola palabra.

Compré un diccionario español en el aeropuerto, tomé un coche hacia la parte principal de la población, conseguí habitación en un hotel, también un par de *checks*
traveler's
[6], y marché a las oficinas del cónsul norteamericano.

Me aguardaba una carta allí. Era del capitán Sellers. Decía:

«Querido Donald:

»Bertha está que estalla. No sé en qué lío me habrás metido, pero empiezo a creer que sigues una buena pista…

»Robert Hockley consiguió pasaporte, compró pasaje para Medellín, y luego desapareció. Viajó hasta Panamá con su billete. Se apeó allí. Cuando el aeroplano se dispuso a despegar otra vez. Hockley no compareció. El capitán retrasó la salida del avión cerca de una hora. Hubo bastante jaleo con ello, pero Hockley siguió sin presentarse.

»Entretanto, se han hecho algunos progresos aquí.

»El veneno empleado en los dulces salió, al parecer, del taller

de Hockley. La dirección de la etiqueta de la caja de dulces se escribió en la máquina de escribir de Hockley. Los agentes del laboratorio repasaron el piso de Cameron con escoba eléctrica y microscopio. Encontraron unos cuantos cristales de sulfato de cobre. Hallaron sulfato de cobre en cantidad en casa de Hockley. En conjunto, parece como si hubiera pruebas suficientes contra ese individuo.

»Tú le has visto y has hablado con él. Puedes identificarle. Me pongo en contacto con la policía de Medellín. Te agradecería que te dejaras caer por jefatura, hicieras amistad y te pusieses a su disposición.

»No tengo inconveniente en decirte que el tenerte ya allí sobre la pista y el poder comunicarle al jefe que te habías anticipado a marchar allí por sugerencia mía, ha aumentado considerablemente mi prestigio. Eres un buen chico.

»Cablegrafíame si descubres algo».

Leí la carta, fui a la policía y, después de corretear un poco, encontré al hombre que buscaba y que, según dio la coincidencia, era el hombre que andaba buscándome a mí.

Don Rodolfo Maranilla era bajo de estatura, musculoso y ágil. Tenía patas de gallo alrededor de los ojos. Se le curvaban los labios levemente por las comisuras, dando a la boca el aspecto de estar siempre sonriendo. Pero los ojos eran los de un jugador de *poker* que observa al contrincante cuando empuja un montón de fichas hacia el centro de la mesa.

Escuchó la historia que le conté y luego dijo, cortésmente, en excelente inglés:

—Conque ¿le interesa a usted invertir dinero, señor Lam?

Moví afirmativamente la cabeza.

—¿En propiedades mineras?

—Creo que tales propiedades son las que mejor justifican inversiones.

—Y… ¿deseaba echar una mirada a varias propiedades mientras se halle aquí?

—Justo.

—Creo que puede arreglarse. ¿Había usted pensado en alguna propiedad en particular?

—No. Soy forastero.

—Pero, a ese Robert Hockley… ¿le ha conocido usted?

—He hablado con él, sí.

—Y ¿a este Hockley le interesan minas enclavadas en esta vecindad?

—Creo que sí. Tengo entendido que es uno de los beneficiarios de la testamentaria de Cora Hendricks, que dejó ciertas propiedades mineras. Un tal Sharples, y un tal Robert Cameron, que murió asesinado, eran los fideicomisarios.

—Ah, sí. El señor Cameron hacía visitas a este país con bastante frecuencia. Es afortunado que haya aquí un hombre capaz de identificar a ese Robert Hockley. Me refiero a usted, naturalmente, señor Lam. Si algo podemos hacer nosotros por ayudarle, estamos a sus órdenes. Conozco las propiedades Sharples y Cameron. ¿Le gustaría a usted verlas?

El señor Maranilla me estaba escudriñando el semblante, máscara de dulzura y bondad su rostro y salvo los ojos, que parecían estarme desnudando el alma y leyéndome los pensamientos.

—No veo yo qué iba a adelantarse visitando esas propiedades —le contesté— a menos que estén en venta ¿Sabe usted si están en venta?

—Probablemente todo está en venta si se ofrece lo bastante.

Asentí solemnemente con un movimiento de cabeza.

—¿Diría usted que no deseaba ver dichas propiedades?

—Tanto como eso, no. Pudiera resultar ventajoso visitarlas. Me daría una idea por lo menos, de los valores.

—Mi coche estará dispuesto a las nueve mañana por la mañana. Le acompañaré a usted y llevaremos chofer. Abajo, en el río, hará calor, conque lleve ropa ligera. Estaremos ausentes dos días.

Quería hacerle un par de preguntas más, pero se hallaba ya en pie, despidiéndome con una leve inclinación de cabeza. Y aquella vez no fui tan tonto como para no darme cuenta de que llevaba dos sombras pegadas a la cola cuando regresé al hotel.

No dormí mucho aquella noche. El clima que tan embalsamado y delicioso había parecido al bajar del avión parecía ahora bochornoso y siniestro.

Las campanas de la catedral me despertaron horas antes del

amanecer. A intervalos, el sonido de las campanas de varias iglesias, y el rumor de pasos por las aceras al dirigirse los residentes en Medellín a su trabajo, me hicieron darme cuenta de que me hallaba en un país extranjero. Al parecer, aquella gente caminaba millas y millas para ahorrar los céntimos que valdría el tranvía. Caminaban alegres, con paso atlético, lo que significaba que el andar constituía parte de su cotidiano trabajo.

Me levanté y me senté junto a la ventana para ver amanecer. Vi las montañas de Oriente destacarse sobre un fondo de flamígero colorido, a los edificios de la ciudad asumir contorno y substancia… Contemplé el continuo reguero de trabajadores que caminaban con paso rítmico e invariable, escuchando de cuando en cuando trozos de conversación en la líquida lengua española, y oyendo ocasionalmente un estallido de risa. Nada de quejas, nada de gruñidos. Aquella gente era recta, erguida, digna. Aceptaba alegremente las tareas de la vida.

Desayuné a las siete y media, con el jugo espeso y picante de una fruta tropical; bananas que tenían marcado sabor a piña algo ácidas y muy delicadas; papayas, cuyas negras semillas le daban cierto sabor a pimienta… todo ello acompañado del jugo de una lima fresca. Luego, huevos cocidos blandos, tostada, café colombiano que no tenía nada de ese amargor acre que con tanta frecuencia estropea el gusto de un café cargado. Era negro en la taza, ámbar en la cucharilla y néctar en el paladar.

Cuando terminé el desayuno me tenía ya sin cuidado que pudiera estarme vigilando todo el ejército de Colombia.

A las nueve en punto me anunciaron la llegada del automóvil del señor Maranilla.

Era un coche grande y brillante, conducido por un chofer moreno, hombre de amazacotadas facciones que ni siquiera tuvo el interés ni la curiosidad suficientes para volver la cabeza y ver qué aspecto tenía yo cuando me abrió la portezuela del coche. Me estaba preguntando cómo era posible que un peón así llegara jamás a aprender a conducir un automóvil, cuando el señor Maranilla me tendió la mano.

—Buenos días señor —dije.

—Buenos días, señor Lam —me respondió, con su melosa voz.

Me arrellané cómodamente en el asiento. Un muchacho muy

dinámico del hotel, encargado del equipaje y de los recados, sacó mi maletín y quedó impresionado al ver el coche y quien lo ocupaba. El chofer colocó el maletín en el portaequipajes, se sentó al volante y nos pusimos en marcha.

La carretera era buena. El coche parecía arder en deseos de arrancar y yo me dispuse a disfrutar del paisaje.

Rodolfo Maranilla pareció darse cuenta de mi humor. Permaneció arrellanado en su rincón, sin decir una palabra, sonriendo de vez en cuando, titilándole los ojos al contemplar el azulado humo, como si el sabor del cigarrillo le gustara mucho en verdad. No hizo el menor caso del paisaje. Evidentemente disfrutaba para sus adentros pensando en algún chiste o alguna situación jocosa.

Avanzamos por un cañón en el que un riachuelo serpenteaba por entre verdes campos que fueron haciéndose cada vez más estrechos hasta desaparecer del todo, dejando tan sólo las laderas de las montañas. Éstas estaban aún cubiertas de verdor y, aquí y allá, se veían grupos de ganado que pacía. Muy por encima de nosotros, las crestas parecían cortar formaciones de nubes siempre cambiantes que hervían y se retorcían en el vértice de vientos procedentes de las alturas.

El señor Maranilla, que había estado empalmando los cigarrillos, terminó de fumar el sexto. Me miró interrogador.

—Es muy hermoso todo esto —dije.

Se limitó a asentir con un gesto. Contemplé la cabeza en forma de bala del chofer, erguido en su asiento, rígidamente inmóvil.

—Va bastante aprisa —dije—. ¿Conoce el camino?

—Perfectamente.

—Quiero decir… ¿es lo bastante hábil como conductor para manejar un coche como éste por estos caminos a semejante velocidad?

—Claro que sí.

—No parece demasiado inteligente.

—Es un buen chofer.

—¿Natural de este país?

—Creo que sí… sí. Es difícil, señor Lam, juzgar el carácter de gente de una raza extranjera. O, ¿no lo encuentra usted así?

—No lo sé. A mí, este hombre me parece demasiado impasible.

Me estaba preguntando si no reaccionaría con demasiada lentitud caso de que nos encontráramos con otro coche al doblar un recodo.

Maranilla sacudió la cabeza.

—Puedo responder de eso. Ese hombre es rápido como una pantera. No tema por el camino, señor Lam.

Aquello zanjó la cuestión. Hablamos del paisaje un rato. Luego, un coche, conducido a tontas y a locas y a una velocidad fantástica apareció dando tumbos por una curva, y me agarré a donde pude.

Nuestro conductor resultó ser todo lo que Maranilla había dicho de él. Pareció impasible e indiferente, pero las enormes muñecas hicieron girar el volante, al parecer en la misma centésima de segundo en que el otro coche tomó la curva. Nos cruzamos a una velocidad y de una manera que me pareció que nuestras dos ruedas derechas se hallaban suspendidas sobre el precipicio. Y el lado izquierdo del coche casi rozó los guardabarros del otro.

El corazón, que me había dejado de latir, dio un salto y se puso luego a palpitar con tal violencia, que me hizo toser.

El señor Maranilla, fumando su cigarrillo seguía con la mirada fija en el humo, sonriendo soñoliento, sin tomarse la molestia siquiera de echar una mirada al automóvil que nos pasó como una exhalación.

—Pues tiene usted razón —dije, en cuanto me fue posible hablar.

Maranilla enarcó las cejas en cortés gesto.

Indiqué al chofer con un movimiento de cabeza.

—Claro que sí —respondió Maranilla.

Y desterró con esas palabras el asunto, un simple incidente en el viaje, indigno de que se preocupara uno de él.

La carretera descendió bruscamente. Los pastos cedieron el paso a pobladas selvas. El calor se hizo opresivo, no que el termómetro subiera con exceso, sino que el calor lo saturaba todo y en todas partes se introducía, encerrándonos como si fuera una substancia tangible. Me quité la chaqueta. Tenía la camisa empapada de sudor, y éste se evaporaba muy despacio dejando que mi piel padeciera del calor.

Cerca de media tarde salimos a un río ancho y lento. Al parecer, las aguas estaban relativamente bajas en aquella época del año, puesto que anchos bancos de arena cortaban la corriente. Cruzamos

una poblacioncita soñolienta, y luego nos internamos por un estrecho camino de herradura hasta llegar a una verja de madera por encima de la cual se leían las palabras; «Mina del Trébol Doble». Sobre el tablero que llevaba estas palabras había una herradura de madera muy grande y, dentro de ella, dos tréboles de cuatro hojas, recortados de hojalata y pintados de verde. Se habían mantenido las dependencias en buen estado de reparación, pero ciertas señales indicaban que eran, en su mayor parte, de construcción muy antigua.

Un hombre alto y delgado, con traje blanco empapado de sudor, salió a nuestro encuentro. Era Felipe Murindo, gerente de la mina. Aparentemente no hablaba inglés.

Era ésta una complicación que yo no había previsto. El señor Maranilla habló en español, y Murindo escuchó con atención. Se volvió luego hacia mí, hizo una leve reverencia, y me tendió la mano.

Maranilla interpretó con una elocuencia suave y fácil que me convenció de que sólo estaba traduciendo los puntos salientes de la conversación.

—Le he explicado a Murindo que es usted amigo de los fideicomisarios y que ha venido a Colombia a visitar la mina.

—Eso —dije—, mal puede decirse que sea la verdad.

—Oh —sonrió—, se aproxima lo suficiente. Después de todo, uno no tiene por qué entrar en detalles con esta gente. Se les dice lo que se desea que hagan y se les da, tan sólo una breve explicación. El hacer más, es perder el tiempo.

Pero no me dio a mí la sensación de que las explicaciones de Maranilla fueran tan cortas como todo eso. A continuación, Murindo y él se enzarzaron en una conversación que más que tal parecía una barrera de fuego de palabras. Interpolaban sus comentarios de vez en cuando, encogiéndose de hombros y exhalando ése; singular «no-o-o-o-o» alargado y de sonido ascendente tan típico de los sudamericanos cuando están poco menos que discutiendo.

Hicimos la ronda de la propiedad, y vimos el enorme canalizo que conducía el agua, el gigantesco boquerel con ayuda del cual se proyectaba en fuerte chorro contra el mineral, haciéndolo pasar por encima de las ranuras en las que se quedaba cogido el oro.

Felipe Murindo dio explicaciones e hizo comentarios. Maranilla se encargó de traducírmelos. No me enteré de nada que no hubiese aprendido ya, en la escuela de segunda enseñanza. Se dirigía el chorro de agua contra la ribera. Esto disolvía la tierra en barroso río que pasaba por las gamellas en que quedaba atrapado el oro.

No vi nada que me emocionase.

Tenía calor y me sentía pegajoso. Experimentaba la misma sensación que si un millón de insectos se estuvieran arrastrando por mi cuerpo. El chofer de cara de palo, que hacía, evidentemente, de escolta también, iba detrás de nosotros, con un revólver de gran calibre al cinto. Aquel hombre empezó a producirme cierto desasosiego.

Regresamos a la oficina de la mina en el preciso instante en que un automóvil desvencijado apareció dando tumbos, por el camino, haciendo un ruido imponente. Aquel coche tenía algo inexplicable que me hizo presentir jaleo en perspectiva.

El automóvil se detuvo. Un individuo se apeó del mismo y echó a andar, sin prisas, hacia la parte posterior. Noté movimiento dentro como de alguien que forcejeaba para salir. Luego vi, durante un instante, el rostro sudoroso de Bertha Cool.

El conductor estaba hablando en español.

Oí gritar a Bertha:

—¡Aparte ese aliento ajiapestoso de mi cara y abra la portezuela!

El hombre no hizo ademán alguno de irla a obedecer, sino que continuó proyectando contra Bertha su chorro de palabras españolas.

Bertha sacó uno de esos manuales inglés-español que se pueden comprar casi en cualquier puesto de periódicos en el Sur, lo hojeó y ojeó mientras el hombre, más vehemente que nunca, gesticulaba con brazos y hombros, agitaba las manos y soltaba un diluvio de palabras.

Por fin encontró Bertha lo que andaba buscando, leyó del libro:

—Ab… re… la… po… ar… ta… esss… toyi… ap… re… so… rai… do.

El hombre siguió hablando.

El señor Maranilla miró a Bertha, y luego me miró a mí.

—¿Es amiga suya? —preguntó.

—Pues… sí —contesté.

Y corrí hacia el coche.

Bertha alzó la mirada, me vio y dijo:

—Por lo que más quieras, abre esta maldita portezuela. Me estoy asfixiando aquí dentro, y este tal y cuál de una tal y cuál me ha encerrado con llave.

Bertha había bajado del todo el vidrio de la ventanilla. Sacó la cabeza y, durante un momento, creí que iba a intentar saltar por aquella abertura.

—¡Caramba, caramba! Pero ¡si es mi amiga la señora Cool! ¡Qué sorpresa verla a usted por aquí! —dije.

—Vaya si es sorpresa —asintió Bertha, con ira.

Proseguí apresuradamente:

—Vine a visitar propiedades. Ando a la busca de minas en que invertir dinero y mi amigo el señor Maranilla de la policía del Estado, ha accedido, amablemente, a enseñarme la mina Trébol Doble que pertenece, según creo, a un tal Sharples y a un tal Cameron.

Bertha dijo, con furia:

—¡Al demonio con todo eso! ¡Ábreme esa puerta!

Maranilla hizo una profunda reverencia.

—Perdone usted, señora —dijo—: quizá pueda serle yo de utilidad. ¿Desea un intérprete?

—¡Qué intérprete ni qué niño muerto! —bramó Bertha—. ¡Este hijo de tal no conoce su propio idioma! ¡Le he estado leyendo frases de este libro que son más claras que el agua! Acabo de decirle que me abra la portezuela, que tengo prisa, y ¡que sí quieres!

Ni la sombra de una sonrisa apareció en el rostro de Maranilla.

—Este caballero asegura que había de recibir una cantidad determinada y que aún le adeuda usted cinco pesos.

—Es un solemnísimo embustero —aseguró Bertha—. Le contraté para que hiciera este viaje y él sabía dónde iba. Le he pagado, y no hay más que hablar.

—Él insiste en que lo que se acordó fue que la condujera a una población pequeña que se encuentra a unos doce kilómetros de aquí.

Dijo Bertha:

—Es que me dijeron que la mina estaba allí cuando pregunté en

la ciudad.

—La diferencia entre este sitio y aquél —dijo Maranilla, sonriendo ahora—, es de doce kilómetros.

El conductor del automóvil prehistórico mostró su asentimiento con vehemente sacudida de cabeza.

—Deseo que quede usted satisfecha —anunció serio, el señor Maranilla—. Dice que, si no desea usted pagarle por haberla traído aquí, la volverá a llevar al pueblecillo que es adonde habían convenido que la llevase. Dice que es usted una dama bondadosa y que es necesario darle toda clase de satisfacciones.

—Sí, ¿eh? —exclamó Bertha—. Y no soy una dama bondadosa. Le desmontaré el automóvil pieza por pieza. Pienso apearme aquí.

El conductor prorrumpió en nuevas protestas en español.

El señor Maranilla parecía estar contemplando todo el asunto con imparcialidad y sin humor.

De haber creído yo que existiera la menor probabilidad de que el chofer se llevase a Bertha al pueblo otra vez, y de que no se desarmaría el coche antes de llegar allá, nada mejor hubiese pedido. Pero conocía la capacidad de Bertha en plan de violencia y dudaba que el vehículo pudiera soportar sus iras sin desmoronarse. Dije:

—No se preocupe. Es amiga mía.

Y saqué el portamonedas y le di al conductor cinco pesos.

Se mostró éste pródigo con sus palabras de agradecimiento. Introdujo una llave en la portezuela y la abrió para que pudiera apearse Bertha.

Dijo el señor Maranilla:

—Hace muchos años que conozco a este chofer. Ha puesto cerraduras en las portezuelas para que sus pasajeros no puedan apearse hasta haber pagado el viaje a satisfacción suya. Espero que su amiga no haya sufrido molestia alguna.

No le contesté a eso. La cara de Bertha hablaba por sí sola.

Felipe Murindo le dijo algo a Maranilla y éste se lo tradujo a Bertha. Las facilidades de la Mina Trébol Doble estaban a disposición de su distinguida visitante.

El conductor de Bertha empezó a sacar equipaje del coche. Era evidente que Bertha había saltado de un avión, y, tras cargar las maletas en aquel vehículo decrépito, se había internado a ciegas por la selva.

Desde mi punto de vista la situación se complicaba hasta el punto de convertirse en revoltijo.

Regresamos todos al despacho de la mina. Murindo sacó con un cazo agua de una tinaja cuya húmeda superficie parecía un fresco oasis. Pero no había suficiente evaporación para que el agua estuviese fría.

Bertha se tragó dos cazos llenos, exhaló un suspiro, y dijo:

—Ahora me siento algo mejor; pero bien poco.

Y se dejó caer en una silla.

—¡Dios Santo, qué sitio! —resopló.

—No creo comprender exactamente el objeto de su visita, señora —dijo Rodolfo Maranilla.

Bertha le miró, con los desconfiados ojuelos fríos como diamantes contra el encendido color de la sudorosa piel.

—Lo contrario me extrañaría —respondió, con aspereza—, a menos que sea usted zahorí.

Maranilla dijo de pronto:

—Aguarden aquí.

Hizo una seña a su chofer y se marcharon los dos. Un instante después oí el zumbido del motor de su coche.

—¿Habla este tipo inglés? —inquirió Bertha, indicando con un gesto a Murindo.

—Al parecer, no —contesté—; pero uno no puede fiarse nunca. Más vale que recurramos a la circunlocución.

—Anda y circunloquea pues —contestó Bertha, con ira.

—Al discutir el propósito fundamental del cambio de ambiente, yo he asumido la posición de quien persigue beneficios en metalurgia distribuida.

—Bueno, pues en cuanto a mí se refiere, yo no me las he pirado para rondar ahí machacando cuartos propios. Cuando viajo, es porque puedo echar mano de bolso ajeno.

—¿Cuestión de anticipo adecuado?

—Puede fiársele.

—Sin mencionar nombres, ¿se trata de alguien, quizá me ha requerido con anterioridad nuestros servicios?

Bertha me miró con rabia y repuso:

—No sé por qué diablos he de desnudarte mi alma. Te largaste saliendo por la tangente. Sólo Dios sabe en qué estarás trabajando

ahora. Supongo que hay faldas de por medio. Siempre fuiste pan comido para las odaliscas.

Nada dije.

—¿A qué andar tan preocupado por esos dos micos? —inquirió Bertha.

—Uno de ellos es un hombre muy inteligente. Quizá lo sean los dos.

—Narices. ¡Qué rayos! ¡Les habla una a esos tipos y ellos se quedan mirando boquiabiertos! Heles aquí, a dos días de vuelo de los Estados Unidos, y aún no se han despertado lo bastante para ponerse a aprender un poco de inglés.

—Tú te encuentras a dos días de vuelo de este país. ¿Cuánto español has aprendido?

Bertha cogió un periódico atrasado, empezó a abanicarse y dijo:

—Vete al cuerno.

Hubo silencio durante un rato, interrumpido ten sólo por el zumbido de las moscas. Felipe Murindo se sentó e hizo un cigarrillo, lo encendió, y nos miró con insegura sonrisa.

Bertha Cool tomó su libro de frases y dijo laboriosamente:

—*I… el… ló…*

Luego volvió la página, resbaló el dedo por la columna y agregó:

—*¿Ser… vei… sa?*

El agente de la mina sacudió la cabeza. Protestó en español. Habló despacio, dando énfasis a sus palabras con una serie de gestos.

Bertha me miró:

—¿Te estás enterando de algo, Donald?

—De alguna palabra aquí y allá. Me formo una idea aproximada de lo que dice. No hay cerveza helada. Si eso es lo que quieres, tendrás que ir a buscarla al pueblo… y la encontrarás caliente.

—¡Cerveza caliente! ¡Para su abuela! —exclamó Bertha, malhumorada.

—Cuida de no refutar la premisa de mi explicación inicial a las autoridades locales —repuse como advertencia.

Bertha soltó un resoplido y dijo:

—Esa agua maldita me resbala por el gaznate y se pierde. Tengo tanta sed después de beber como antes de haberlo hecho. ¡Zumba! ¡Qué calor hace!

—Te acostumbrarás a él dentro de dos o tres días. Has estado viviendo en un clima completamente distinto. Tienes la sangre más espesa.

—¡Valiente ayuda resultas!

—¿Esperabas que yo lo remediase? No aumentes tu tensión arterial subiéndote a la parra y no te parecerá que el calor es tan grande.

—¡Maldita sea mi estampa! —exclamó Bertha, con rabia—. Un salteador de caminos me encierra en un automóvil, me lleva dando tumbos por las peores carreteras del mundo, me cobra diecisiete precios distintos por hacerlo, y ¡me pides que no me enfurezca! ¿Qué crees que están haciendo esos dos tipos y adónde opinas que han ido?

Miré expresivamente al gerente de la mina.

—Que me registren.

—¿Dices que ese hombre pertenece a la policía del Estado?

Asentí con la cabeza.

—Y ¿el otro es su chofer?

—Chofer, escolta y, al parecer, ayudante general.

—No tiene —dijo Bertha—, inteligencia suficiente para resguardarse de la lluvia… el chofer, quiero decir.

—El otro tiene más que suficiente para los dos.

—No estés tan seguro —me dijo—. Por mi parte, aún no he visto a ninguno que pueda compararse, ni con mucho, a uno de nuestros guardias. A Sellers por ejemplo.

—Ya —le repuse.

Se puso de color ladrillo.

—¿Qué rayos quieres insinuar ahora?

—Nada.

Me dirigió una mirada asesina.

—Cuidado —le dije— con no enmarañar la línea. Te he dicho con qué objeto vine aquí. Tengo una idea de que van a preguntarte qué es lo que estás haciendo aquí.

—Que pregunten y revienten. Tengo derecho a viajar si me da la gana.

—¿Por qué a este sitio precisamente?

—Porque me dijeron que viniese.

—¿Quieres decir con eso que recibiste instrucciones concretas,

que te dijeron que vinieses aquí precisamente?

—¡Santo Dios! Pero… ¿es posible que me creas capaz de venir a un sitio como éste a divertirme?

—Y ¿la persona que te dio esas instrucciones era un cliente?

—Claro que sí.

Dirigí una mirada a Felipe Murindo. Estaba fumando un cigarrillo. Al parecer, sus pensamientos se hallaban a un millón de kilómetros de allí. Pero no podía tener la seguridad. Tal como iban las cosas, no deseaba correr más riesgos de los absolutamente necesarios.

Bertha siguió mi mirada. Estudió a Murindo y dio a entender, bien a las claras, que le consideraba completamente inofensivo.

—¿Cuándo le viste? —pregunté.

—No le vi.

—¿Cómo recibiste las instrucciones?

—Por carta.

Estaba meditando sobre eso, cuando oí automóviles. Eran dos esta vez. Fui al porche y me asomé.

Maranilla iba delante. El chofer conducía el coche con la misma expresión de impasibilidad y estupidez. Detrás del coche grande y brillante de Maranilla, avanzaba un armatoste que parecía aún más viejo y decrépito que aquél en que llegara Bertha Cool.

Este coche lo conducía un hombre con uniforme casi arrugado. Detrás de él iba sentado otro de uniforme con fusil y bayoneta. Había dos hombres más en el coche. No pude estar seguro de su identidad hasta verles un poco mejor. Eran Harry Sharples y Robert Hockley. No sólo parecían un poco desgastados por el uso, sino que daban la sensación de haberse jugado el último centavo a un caballo que había perdido la carrera.

El chofer de Maranilla se apeó y abrió la portezuela. Maranilla echó a andar hacia el despacho con despreocupación, completamente ajeno, al parecer, a los prisioneros que en aquel instante bajaban, obligados, del vehículo de atrás.

—¡Que me ensarten en un palo retorcido! —exclamó, entre dientes, Bertha—. ¿De dónde cuernos salió ese tipo?

Maranilla hizo un gesto insignificante, casual, un simple movimiento de la muñeca. Pero la guardia supo interpretarlo y detuvo a los prisioneros a seis metros del porche.

Maranilla subió los escalones. Con una reverencia ochocentista, le tendió a Bertha Cool un cigarrillo y dijo:

—¿Me permite que me siente?

Bertha le miró torvamente e hizo un gesto afirmativo.

Llegó el chofer y entramos todos.

—¿Conque le interesan a ustedes las propiedades mineras? —preguntóme Maranilla.

Le contesté afirmativamente.

El chofer empezó a hablar de pronto, en rápido y perfecto inglés.

—Según nuestros informes —anunció—, es usted detective particular y está asociado con esta Bertha Cool que llegó en el primer avión y alquiló inmediatamente el automóvil que la trajo aquí.

Yo nada dije, y Bertha fue incapaz de hablar. Reflejaba su rostro sorpresa e incredulidad.

—Usted, señor Lam, por añadidura —prosiguió el chofer—, cuando se hallaba a bordo del avión y antes de salir de los Estados Unidos, dio muestras de interés en esmeraldas. A nosotros —agregó, secamente—, su interés nos interesa.

Bertha me miró y su expresión dijo bien a las claras que no tenía el menor deseo de tomar la iniciativa en la conversación.

Decidí que un poco de cortesía no estaría fuera de lugar.

Hice una reverencia y pregunté:

—¿Con quién tengo el honor de hablar?

—Con Ramón Jurado —me respondió.

—Y… ¿su título?

—No tengo ninguno.

Maranilla intervino.

—No pertenece a la policía —dijo—. Está por encima de ella.

Jurado me miró con ojos apagados en los que no se advertía ni el menor destello de inteligencia. Dijo:

—Represento al Gobierno. Cuanto guarda relación con esmeraldas, me interesa.

—Creo que empiezo a comprender.

Jurado se encaró con Bertha.

—Señora Cool, ¿qué la trae a usted aquí?

—Ése es asunto que a usted no le interesa.

Sonrió el hombre.

—En cuyo caso —dijo—, será una suerte para usted. ¿Me permite que la felicite?

—¿Qué es lo que será una suerte? —inquirió Bertha.

—Que lo que esté usted haciendo aquí no sea asunto que me interese —le respondió Jurado.

Bertha cerró la boca.

Jurado continuó:

—Quizá valga más que hablemos con los otros.

Maranilla gritó algo en español y oímos, a continuación, pasos fuera. Se abrió la puerta y la guardia hizo entrar a Hockley y Sharples en el despacho.

—Siéntense, señores —dijo Maranilla.

Ahora era el jefe él. Jurado había vuelto a asumir su papel de chofer.

—¿Cuál de ustedes es responsable de la presencia de la señora Cool aquí? —preguntó, indicando a Bertha con un gesto.

Sharples miró a Hockley, luego me miró a mí y, por último, miró a Bertha Cool.

—En mi vida la he visto hasta este instante —dijo.

Hockley se limitó a encogerse de hombros.

Maranilla les miró, ceñudo.

—Vamos, vamos, señores. Esto complica las cosas. ¿Me es lícito recordarles que ninguno de los dos se halla en situación de negarse a cooperar con nosotros?

Hockley dijo:

—No sé lo que tendrán ustedes contra este otro tipo, pero no tienen nada contra mí.

Sharples me miró y se humedeció los labios. Había una súplica en sus ojos.

—Se hallaba usted con Sharples. Es un cómplice suyo —afirmó Maranilla.

—¡Tonterías! No puedo ver al vejestorio este ni en pintura —contestó Hockley—. Lam puede contarle a usted la verdad. Quería sacarle cuartos al viejo.

—Ah, sí —dijo Maranilla, con una sonrisa—. El señor Lam sin duda podrá contarnos la historia. Usted saldrá fiador por el señor Sharples, y Lam saldrá fiador por usted. Y, entonces, Sharples podrá, a su vez, salir fiador por el señor Lam.

—¡No diga estupideces! —dijo Hockley—. ¿Por qué no da pruebas de un poco más de sentido común?

Sharples empezó a hablar en español.

Maranilla le interrumpió con aspereza.

—Tenga la bondad de hablar en inglés.

Dijo Sharples:

—No sé lo que pasa, pero una cosa puedo decirles: si han encontrado ustedes contrabando en mi equipaje, es que alguien me lo ha escondido allí.

Maranilla miró un instante a Jurado y pareció leer una señal en los ojos de éste. Me dijo:

—En estos últimos tiempos hemos sabido que había algo raro en esta mina. También nos hemos enterado de otras cosas. El mercado de esmeraldas no acusa normalidad. Hay piedras en venta que salieron de Colombia, pero que jamás salieron oficialmente de este país.

Evidentemente leyó la pregunta en mis ojos, porque continuó diciendo:

—En Colombia constituye delito, salvo en el caso de ciertas personas autorizadas hallarse en posesión de piedras sin tallar. El tallado de esmeraldas es objeto de permiso especial. No puedo decirle todo lo que desea saber, pero algo si le diré. En las esmeraldas talladas bajo supervisión gubernamental, existen ciertas peculiaridades de talla que nos permiten saber cuándo han sido lanzadas al mercado piedras de procedencia clandestina.

»El señor Sharples ha hecho numerosos viajes a la mina. Hasta hace poco se le consideró por encima de toda sospecha. Pero ayer por la noche se le detuvo y se le registró el equipaje. ¿Quiere que le enseñe lo que encontramos?

Sharples se humedeció los labios con la lengua.

—Le digo a usted que no sé una palabra de esas piedras.

Maranilla tomó la enorme cartera de piel de cocodrilo, la abrió y extrajo un saquito de cuero. Desató el saquito y oí a Bertha inhalar ruidosamente al inclinarse hacia adelante en su asiento, atraída por el interés que su codicia le inspiraba.

Parecía como si el saquito se hubiese transformarlo en un lago de un verde intenso, fresco, compulsivo, que atraía la mirada hacia sus profundidades con hipnótica fuerza.

—No son mías —declaró Sharples—. Es la primera vez que las veo. No sé una palabra de ellas.

—Claro está —prosiguió Maranilla, casi como quien se excusa—, no somos del todo inexpertos en estos asuntos. Esta mina es objeto de investigación desde hace algún tiempo. Y mis agentes secretos han hallado un pozo y una galería en la parte superior de la ladera de la colina. Se han sacado rocas de ese pozo y se han ocultado con mucha astucia. Lo que se encuentra en el interior de la galería sorprende a nuestros geólogos. Quizá sea una de las minas de esmeraldas más ricas de cuantas hemos descubierto hasta ahora.

—No sé una palabra de ellas —dijo Sharples—. ¿Se encuentran ese pozo y esa galería en esta propiedad?

—En esta propiedad —asintió Maranilla—. Y se la lleva explotando tres o cuatro años probablemente.

Sharples se volvió hacia el gerente de la mina, que nos contemplaba con indiferencia y aburrimiento.

—Nada de español —le advirtió Maranilla.

Sharples pareció sobrecogerse.

—Pues bien —continuó Maranilla—, nuestros agentes reciben orden de investigar. En los Estados unidos hallan a un cuervo sobre el que las esmeraldas ejercen gran atractivo, a un hombre muerto, un pinjante del que se han arrancado esmeraldas, y un detective particular que aspira a saber algo de esmeraldas. Es como para dejar perplejo a cualquiera.

»Hay un señor Jarratt a quien mis agentes no pierden de vista. Sus actividades son interesantes en grado sumo. El señor Lam también parece encontrar interesante al Jarratt en cuestión. ¿Conoce usted por ventura al señor Jarratt, señor Sharples?

—No.

—Es una lástima. Es hombre de inteligencia.

Se volvió a la guardia.

—Llévense a estos dos —dijo en inglés.

Luego dio una orden en español.

Hockley exclamó:

—Escuche, yo no tengo nada que ver con esto. Vine aquí porque me pareció que había irregularidades en el fideicomiso. Me metí clandestinamente en el país…

—Discutiremos su caso más adelante —le interrumpió Maranilla.

Hizo una señal a la guardia, que se llevó a los prisioneros del despacho.

Maranilla se encaró conmigo.

—Tendré que pedirle mil perdones, señor Lam… y a usted también, señora Cool, pero este gerente no sabe una palabra de inglés. Es necesario ahora que averigüemos varias cosas. Por consiguiente, tendré que excluirles de la conversación, porque voy a hablar en español.

Bertha siguió sentada como pudo en un árbol, manteniéndose del todo apartada del asunto.

—Tire adelante. En cuanto a mí se refiere, creo que conozco la solución ya —dije yo.

Brillaron los ojos de Maranilla en una sonrisa. Luego se volvió hacia Murindo y le disparó una pregunta en español.

El gerente se encogió de hombros, hizo un gesto con la mano que sostenía el cigarrillo, y sacudió la cabeza.

El tono de Maranilla se hizo más incisivo. Sus labios vertieron palabras en rápida acusación.

Los ojos de Murindo parecían ahora los de un animal acorralado, pero seguía respondiendo con movimientos negativos de cabeza.

Maranilla empezó a hablar. Habló durante dos minutos seguidos.

Bajo la insistencia de aquel chorro de palabras. Murindo empezó a perder su aplomo. El cigarrillo cayó, inadvertido, al suelo. Bajó la vista y, cuando le tocó hablar a él, alzó los ojos y pronunció unas cuantas frases. Una vez lanzado, habló durante unos cinco minutos. La voz, hosca al principio, se hizo más expresiva a medida que hablaba. Se animó y gesticuló. Maranilla hizo una docena de preguntas quizá. Murindo respondió a cada una de ellas sin vacilar.

Maranilla se volvió a mí.

—Es una lástima —dijo—, que no conozca usted el idioma. La situación se simplifica. Este hombre ha confesado. Hace cosas de tres años, un pozo exploratorio penetró una formación de roca en la que se esperaba encontrar oro. Hallaron esmeraldas.

»Murindo era el único que sabía que se habían hallado esmeraldas. El hombre que ya ha muerto, Cameron, apareció en escena poco después y se hizo un arreglo mediante el cual el pozo fue, al parecer, abandonado. En realidad, continuaron trabajando en él Murindo y otro minero de confianza. Las esmeraldas se

entregaron, la mayor parte de las veces, a Cameron, y una o dos veces a Sharples.

»Y ahora, señor Lam de la casa Cool y Lam, si hubiera contratado sus servicios Sharples, podría hallarse usted en una posición delicada. Es una desgracia. Sea como fuere, es necesario que aclare usted sus relaciones con el asunto. Bueno será que hable con franqueza, sin la menor reserva, y con todo lujo de detalles.

—Ese Sharples intentaba conseguir una escolta cuando… —dijo Bertha.

—Creo —la interrumpí—, que será mejor que hable yo, puesto que fui yo quien tuvo el contacto personal.

—Bueno —añadió Bertha—, pues en cuanto a nosotros se refiere, no sabíamos…

—Creo que será mejor que le contemos a la policía toda la historia, Bertha —le dije.

Me miró como si de buena gana me hubiese clavado un puñal en el corazón; pero guardó silencio.

—Es, quizá, una historia larga. La acortaré todo lo que pueda. La cuestión es: ¿por dónde empiezo? —pregunté a Maranilla.

—Por el principio —contestó éste—; decididamente por el mismo principio.

—Sharples —expliqué— se presentó en nuestro despacho y nos pidió que averiguáramos por qué se le había encomendado determinado pinjante de esmeraldas a un establecimiento de lujo para que lo vendiese. Me dijo que el pinjante era propiedad de Shirley Bruce, que lo había heredado de Cora Hendricks.

»Hice una investigación y descubrí que quien había entregado el pinjante para que se vendiese era Robert Cameron. Quedé convencido de que había algo sucio en el asunto. Hice mi informe a Sharples. Éste sugirió que le hiciésemos una visita a Cameron. Cuando llegamos a su casa, Cameron estaba muerto. Le habían asesinado. Al parecer, le dieron muerte inmediatamente después de haber hablado éste por teléfono, o quizá mientras aún hablaba.

Vi que tanto Maranilla como Jurado me escuchaban atentamente. En los ojos de Jurado no se veía ni asomo de expresión, pero me fijé en que tenía la cabeza ladeada levemente y echada hacia adelante. Los ojos bondadosos y titilantes de Maranilla eran tan insistentes como los faros de un automóvil que se aproxima

en la niebla.

—Continúe —dijo.

—Yo estaba con Sharples cuando se descubrió el cadáver. Entramos juntos en casa de Cameron. Después, fuimos a hacerle una visita a Shirley Bruce. Shirley nos dijo que le había entregado el pinjante a Cameron algún tiempo antes.

»Fui a examinar el testamento de Cora Hendricks y enterarme de las condiciones del fideicomiso. Son doscientos mil dólares aproximadamente los que están en juego. Quizá más. A la muerte de ambos fideicomisarios, los bienes pasan a los beneficiarios por partes iguales. Mientras los fideicomisarios vivan, pueden entregarle una parte o la totalidad de la herencia a uno de los beneficiarios. En otras palabras: no tienen la obligación de distribuir con equidad los bienes.

—Y… ¿usted cree que la muerte de Cameron sea, quizá, precursora de la de Sharples? —inquirió Maranilla.

—No lo sé. Lo único que sé es que Sharples pareció creer que corría un grave peligro y que necesitaba una escolta. Entonces hizo algo muy raro: me escogió a mí para ese papel.

—¿Por qué es eso raro? —inquirió Maranilla.

—Como escolta, bien poco valor tendría yo.

—Es evidente que tiene usted inteligencia, señor Lam.

—Para servir de escolta hace falta tener algo más que inteligencia.

—¿Ofreció Sharples pagarle bien?

—¡Ya lo creo que sí! —exclamó Bertha—. Ofreció tres veces más de lo que la cosa valía.

Maranilla le impuso silencio con un gesto cortés pero firme.

—Tengo concentrado el pensamiento en los procesos mentales del señor Lam —dijo—, si me es lícito decirlo sin ser grosero, señora Cool. La interrogaré a usted más tarde.

Yo continué:

—Es evidente que Shirley Bruce era una niña cuando murió Cora Hendricks… una simple criatura. Según el testamento, los bienes de la difunta, la totalidad de ellos, pasaban a poder de los fideicomisarios. En éstos iban incluidos todos los dineros, toda la propiedad personal, todos los bienes inmuebles, todo cuanto tuviera valor alguno. En tales circunstancias, de haber pertenecido el

pinjante a Cora Hendricks y de haberlo obtenido Shirley Bruce, surge una pregunta: ¿cómo lo obtuvo? Y otra: ¿cuándo lo obtuvo?

Maranilla estaba radiante ya.

—Continúe, continúe… —dijo, con impaciencia.

—Sharples —seguí diciendo— tuvo buen cuidado de que yo le acompañara cuando fue a casa de Cameron. Puede haber sabido, o puede haber ignorado, lo que iba a descubrir cuando entró en el pequeño despacho. Pero tuvo muchísimo cuidado de que yo le acompañase cuando visitó a Shirley Bruce. Y, desde luego, él sabía perfectamente lo que ella iba a decir.

—Prosiga.

—Había varias cosas raras en cuanto se relaciona con la muerte de Cameron. Sobre la mesa yacía una pistola del 22. Se había hecho un disparo con ella. La policía cree que el asesino había querido dar la impresión de que Cameron hizo un disparo antes de recibir la puñalada. Ello pudiera servir más adelante de base para alegar defensa propia. O pudiera haber inducido a las autoridades a creer que el asesino estaba herido. Después de la investigación, la policía dedujo que el asesino había intentado disparar por un agujero de debajo del alero del tejado con el fin de que no fuese hallado el proyectil. La bala levantó una astilla del borde de madera… lo bastante para que la policía supiese dónde había dado.

Maranilla miró a Jurado e hizo un gesto casi imperceptible de asentimiento.

Jurado no parpadeó siquiera.

Le dije a Maranilla:

—Cuando la policía le hizo a Cameron la prueba de la parafina, no encontró rastro de pólvora. Al parecer, él no había disparado el arma. Por consiguiente, llegó a la conclusión de que la habría disparado el asesino. Un examen de la pistola demostró que ésta había sido disparada poco antes de hallar la muerte Cameron.

—¡Magnífico! —murmuró Maranilla entre dientes—. ¡Qué bonito es disponer de técnicos de laboratorio, químicos médicos que se especializan en necropsia! Pero continúe, señor Lam… continúe.

—No había esmeraldas en el pinjante cuando se descubrió el cadáver de Cameron. El pinjante se encontró allí. Las piedras sobre la mesa y seis en el nido del cuervo. Ocho en total. Se encontraron cinco más en la tubería de desagüe del lavabo.

Maranilla extendió las manos, juntó las yemas de los dedos.

—Es un placer —dijo, pensativo.

—El trabajo para el que me había contratado Sharples era demasiado sencillo. Pensé, casi desde el primer instante, que se trataba de algo preparado, deliberadamente, de antemano. De haberle pertenecido aquel pinjante a Shirley Bruce, y de haberse enterado Sharples que se hallaba en venta hubiese ido derecho a Shirley. De haberse encontrado Shirley Bruce en un apuro y necesitar dinero, hubiese ido derecho a Harry Sharples. Si deseaba vender un pinjante de esmeraldas nada más que porque se había cansado de él, no se hubiera dirigido a Cameron. Hubiese ido a Sharples. Los hechos, en mi opinión, no estaban lógicamente concatenados.

Dijo Maranilla con dulzura:

—Hubo razones que nos impulsaron a investigar a cierto Peter Jarratt. Shirley Bruce despertó el interés de nuestros agentes. Nos informaron que usted les había descubierto y eludido. A continuación, regresaron a vigilar nuevamente a Jarratt y se cruzó con el de usted su camino. ¿Tendrá usted una explicación, quizá?

—Jarratt me llamó por teléfono. Me dijo que una tal Phyllis Fabens había sido la propietaria de aquel pinjante. Fui a ver a Phyllis Fabens. Había tenido, en efecto, un pinjante así, pero no de esmeraldas: el suyo había llevado granates y un rubí. Al principio lo creí combinación…

—¿Combinación? —intervino Jurado.

—Algo deliberadamente preparado —explicó Maranilla.

—¡Ah! —exclamó Jurado.

—Prosiga —me dijo Maranilla.

—Pero, después de visitar a Jarratt, se me ocurrió una idea distinta. Se me antojó que Jarratt estaba comprando piezas de joyería antigua adornadas de granates o piedras baratas. Éstas se las entregaba a Cameron. Se quitaban las piedras de sus engarces y se colocaban en su lugar esmeraldas. Luego se ofrecían las joyas aquí y allá… posiblemente por toda la nación. Hubiera resultado un medio interesante de vender esmeraldas sin desequilibrar el mercado… de tener uno esmeraldas.

—¡Ah! —dijo Maranilla.

Y se frotó las manos.

Jurado dijo, con voz sin entonación:

—Hubiera resultado mucho más convincente de habernos dicho el señor Lam todo eso antes de nuestro descubrimiento.

—En efecto, en efecto —respondió Maranilla apresuradamente —; pero creo que el señor Lam aún piensa darnos más explicaciones.

—Daré una prueba de mi buena fe, diciéndoles algo que nadie más sabe.

—Ayudaría —reconoció, cortésmente, Maranilla.

—El cuervo domesticado que vivía con Cameron contaba con otra jaula, en otra casa. Me dirigí a esa otra jaula. En ella encontré cinco esmeraldas.

Maranilla frunció el entrecejo y miró a Jurado. El rostro de éste estaba tan sin expresión como un pedazo de madera, amazacotado, impasible, hosco.

Maranilla me dijo:

—¿Quizá tendrá usted una explicación señor Lam?

—Sólo tengo una teoría, no una explicación.

—Nos interesará enormemente.

—¿De qué diablos sirve escupírselo todo a esta gente? — irrumpió Bertha, con ira.

Dijo Maranilla con dulzura:

—Quizá esté saliendo de un atolladero a fuerza de palabras, señora. Y usted, señora… ¿no vino aquí a petición del señor Sharples? No olvide, señora, que se encuentra en Colombia. Y existen leyes relacionadas con la explotación y la posesión de esmeraldas.

Bertha comprendió. Se puso colorada, pero comprimió los labios y no volvió a decir palabra.

Volvió a hablar de nuevo.

—Es extraño que, después de haber sido engarzadas las esmeraldas en el pinjante, y de haberse puesto el mismo a la venta, fueran arrancadas nuevamente las piedras del pinjante.

—Ese punto —reconoció Maranilla—, me ha dado mucho que pensar.

—Imagínese —añadí— que un hombre tiene determinada cantidad de esmeraldas, y que cinco de ellas desaparecen. Sabe, quizá, quién se las ha llevado; pero ignora lo que ha sido de ellas.

Sin embargo, está convencido de que aquellas esmeraldas volverán a aparecer y que entonces se descubrirá su procedencia. Se ve, por consiguiente, enfrentado con el problema de justificar la posesión de unas esmeraldas legítimamente obtenidas y de las que ha perdido cinco.

»En tales circunstancias, ¿qué cosa más natural que arrancar las trece de sus engarces y colocar cinco de ellas donde, en circunstancias normales, no serán descubiertas? Claro está que mal puede prever que van a asesinarle y que la policía desconectará los tubos de desagüe por puro formulismo.

—Es una teoría interesantísima —anunció Maranilla.

Y al cabo de un instante agregó:

—¿Tiene usted algo que pueda convertirlo en cosa que no sea simple teoría?

Moví afirmativamente la cabeza.

—La prueba de la parafina demostró que no había ni vestigio de pólvora en las manos de Cameron. La policía cree, por consiguiente, que el asesino debió disparar el arma. Pero la policía pasó por alto un hecho muy significativo… el par de guantes de cuero, muy ligeros, que yacía sobre la mesa cerca de la pistola.

Maranilla frunció el entrecejo.

—¿Dispararía uno un arma con los guantes puestos? —murmuró.

—Sólo en el caso de tener los guantes puestos al surgir la situación que requiera acción inmediata y no haber tiempo para quitárselos. Y, claro, los guantes tienden a estropear la puntería. Sólo es necesario meditar sobre las circunstancias en las cuales uno tendría los guantes puestos al surgir semejante necesidad de urgencia… y sobre la naturaleza de la urgencia en cuestión. Las posibilidades resultan interesantes en grado sumo.

Por primera vez desde que le conociera, Jurado dio muestras de emoción. Golpeó de pronto las manos.

—¡Amigo! —exclamó—. ¡Ya lo tenemos!

Maranilla dijo algo en español. Jurado movió afirmativamente la cabeza. Los dos se pusieron en pie y echaron a andar hacia la puerta.

—Perdonen —dijo Maranilla al salir.

Nos dejaron solos con el hosco y atemorizado gerente de la

mina.

capítulo dieciocho

EL rumor de pasos se alejó del porche.

Bertha me miró, empezó a decir algo y luego cambió de opinión.

Seguimos sentados en el cálido silencio, escuchando tan sólo el zumbido de las moscas.

Bruscamente, Felipe Murindo se puso a hablar en español, despacio, pronunciando claramente las palabras. Cuando le pareció que no le comprendíamos, repitió las palabras varias veces, suplicando sus ojos comprensión.

—¿Dónde está tu diccionario español? —le pregunté a Bertha.

—Qué rayos no es diccionario: es un manual de español, despacio, pronunciando claramente las palabras.

Tomé el manual. En las últimas páginas había un vocabulario inglés-español y español-inglés. Abrí el libro, deslicé un dedo por la columna española sonriéndole a Murindo.

No pareció entenderme.

Le cogí el índice y se lo posé en varias palabras, primero en la española, luego en la inglesa.

Siguió sin comprender.

Cambié de táctica, volviendo las páginas hasta encontrar la palabra «intérprete». Me sorprendió descubrir que la española y la inglesa eran casi iguales[7]. Le cogí el dedo, se lo posé primero sobre la palabra española luego sobre la inglesa y a continuación sobre la española otra vez.

Miró, ceñudo, la página, sacudió la cabeza y dijo algo en español.

Procuré pronunciar lo mejor posible.

Leí las silabas tal como figuraban en el libro:

—«*In… tér… pre… te*».

Lo entendió. Se puso a hablar y gesticular con vehemencia,

salpicando las frases en evidentes negativas a la par que sacudía con frenesí la cabeza.

—¡No, no! ¡Santo Dios, no!

—¿De qué diablos andáis jerigonzando? —inquirió Bertha.

—No jerigonzamos —le contesté—. Le dije de buscar un intérprete, y ya has visto lo que ha sucedido.

—¿Qué intentabas hacer con el diccionario?

—Esperaba que fuera señalándonos en él las palabras. Pero es evidente que no sabe leer ni escribir.

—En tal caso, no tenemos más remedio que hablarle —dijo Bertha—. Y ¿cómo demonios vamos a hacer eso?

Examiné el manual y, por fin, encontré la frase conveniente. Era: «Hágame usted el favor de hablar muy despacio».

Leí las palabras con lentitud y claridad. Murindo asintió con un movimiento de cabeza. Se puso a hablar y, mientras lo hacía, tomé papel y lápiz y escribí las palabras fonéticamente.

Cuando hube terminado, me encontré con dos páginas escritas con una ortografía estrambótica. Pero estaba convencido de que podría leerle aquellas palabras despacio a una persona que entendiera español, y que ésta me daría a conocer la esencia de lo que Murindo había querido decirme. Hasta pensé que, si lograba encontrar un buen diccionario español quizá lograse interpretarlo por mi cuenta.

Doblé el papel y me lo metí en el bolsillo.

Murindo se llevó un dedo a los labios en señal de silencio.

Asentí con la cabeza para que supiera que le había comprendido.

Alzó la mano derecha.

—Pesos —dijo—. Dinero.

Hojeé el manual de Bertha buscando algo que figurara bajo los vocablos «Pagar» o «pago». Encontré al fin algo que podía servirme. Se lo leí, pronunciando el español despacio y con claridad. No lo entendió la primera vez.

Tuve que repetírselo. Luego movió, afirmando, la cabeza.

—¿Qué le estás diciendo? —preguntó Bertha.

—Que si cumple su palabra con nosotros, recibirá el pago en proporción al valor de sus servicios.

—¡Al diablo contigo! —exclamó Bertha—. ¿Has de ir por ahí tirando el dinero a manos llenas? ¿Qué demonios te ha dicho que

valga un centavo?

—No lo sé —repuse.

—Pues más vale que lo averigües. ¡Déjame que lo vea!

Le entregué el papel.

—Tira adelante —le dije—. Y, cuando lo hayas leído, dime lo que vale y le haré una oferta.

Le centellearon los ojos, pero tomó el papel y lo leyó, moviendo los labios al mirar cada palabra.

Tan silenciosamente entró Maranilla en la estancia, que ni Bertha ni yo le oímos. Sólo se nos ocurrió alzar la cabeza cuando Murindo pronunció una frase española con tal dejo de urgencia, que no había posibilidad de confundir su significado.

Maranilla y Jurado se hallaban en el umbral.

Bertha dobló, serenamente, el papel, empezó a metérselo en el portamonedas, cambió de opinión y se lo metió en la cintura.

Dijo Maranilla:

—Creo que hemos hecho buenos progresos. Los guantes sobre la mesa y las cinco esmeraldas de más… ¡ah! Ahora tenemos un caso y una explicación.

—¿Y Hockley? —pregunté.

—Hasta donde nos es posible saberlo —anunció, con cautela, Maranilla—, Hockley llegó a la conclusión de que la mina rendía mucho más de lo que se estaba haciendo constar en el fideicomiso. Estaba convencido de que Shirley Bruce derivaba ingresos de alguna parte, y opinó que esa parte era la mina. Nos dice, con gran sinceridad, que deseaba pillar a los fideicomisarios en acto flagrante de deshonradez. Entonces podría comparecer ante los tribunales y hacer que fueran retirados los poderes a los fideicomisarios, cosa que pondría fin, automáticamente, al fideicomiso.

»Tenía en el Panamá un amigo… un aviador. Se niega a revelar su nombre, cosa que nos causa cierta preocupación. Sea como fuere, penetró en el país clandestinamente. Es culpable, claro está, de muchas violaciones técnicas de nuestras leyes. Y, sin embarco… su historia…

—¿Puede ser verdad? —inquirí.

—Justo —respondió Maranilla.

Los ojos de Jurado, faltos de inteligencia y casi bovinos en su expresión, me estudiaron pensativos.

—Resulta interesante —dijo—, seguir la teoría del señor Lam a su lógica conclusión.

Maranilla enarcó las cejas.

—Porque —prosiguió Jurado—, destruye por completo el motivo que de lo contrario, hubiera podido existir para que se asesinara al señor Cameron.

—Cuando uno empieza a seguir el hilo de una lógica, ha de continuar siguiéndolo conduzca a donde conduzca —repuse yo.

—Justo —asintió Jurado—. Y ¿querría volver ahora con nosotros a Medellín? El agente local puede rematar el asunto aquí.

—¿Hockley? —pregunté.

—Se le pondrá en libertad más tarde. No tenemos cargo alguno contra él.

—¿Sharples?

Maranilla sonrió.

—El señor Sharples retrasará su viaje a Medellín unos cuantos días por lo menos.

—Y yo… ¿qué? —inquirió Bertha.

Maranilla hizo una reverencia palaciega.

—Mi querida señora Cool, es usted libre de marchar cuando guste. Y si, quizá ha encontrado usted sus medios de transporte un poco incómodos y, posiblemente, un poco caros, tendremos sumo gusto en poner a su disposición un automóvil para el viaje de vuelta.

Bertha comprimió los labios.

—Le pagué por el viaje de ida y vuelta —dijo—, y va a darme el viaje de ida y vuelta, ¡maldita sea su estampa!

capítulo diecinueve

LA noche no era ni demasiado calurosa ni demasiado fresca. El aire embalsamado, suave al tocar la piel, acariciaba los sentidos. Me sentí igual que si me hubiera metido en un baño de agua tibia a sacarme el cansancio de los huesos.

Una luna suspendida por encima de los Andes iluminaba las misteriosas calles de Medellín, los edificios que ya eran viejos cuando nuestro propio país era joven.

Nos sentamos en el Club Unión a saborear bebidas.

Ramón Jurado dejó de creer necesario representar papeles delante de mí. Ahora iba vestido de blanco, pero en sus facciones seguía viéndose aquella impasibilidad, que a primera vista, parecía estupidez.

El Club Unión es un edificio magnífico, de espaciosas estancias y enorme patio. En los Estados Unidos, yo había asociado siempre, subconscientemente, a los clubs con el snobismo, pero allí uno obtenía la sensación de que el club no era más que el hogar comunal de sus socios. El lugar poseía esa indescriptible atmósfera de un sitio en que se vive, y con comodidad.

Nos sentamos junto a la piscina. La media luna reflejada en la serena superficie de las aguas hacía palidecer a las estrellas.

Se aproximó medianoche sin que hubiese comparecido Bertha Cool. Había dejado aviso en el hotel para que se pusiera en contacto conmigo en cuanto llegase.

—¿Una copa más? —inquirió Maranilla.

—Sólo una más.

Maranilla llamó a uno de los camareros. Al acercarse el mozo para saber qué deseábamos, el encargado del despacho del club se acercó a nuestra mesa. Su mirada se encontró con la de Maranilla. Dijo: «Usted perdone» en inglés, y luego algo en español a

Maranilla. Éste se excusó y se fue.

Aún se hallaba ausente cuando el muchacho nos trajo las bebidas.

—¿Le gusta aquí? —inquirió Jurado.

—Mucho —le repuse—. Me gustaría vivir en este país.

—Es un privilegio —reconoció.

—Parecen disfrutar ustedes de la vida.

—Y ¿qué mejor uso puede hacerse de la existencia?

—Me gusta la forma de hacer las cosas aquí. Me gusta su forma de beber. Esta noche, en el comedor, nadie parecía estar bebiendo demasiado ni con indebida precipitación.

—Hacemos las cosas sin prisas —dijo Jurado.

—Pero las hacen bien.

—Lo intentamos. Y ahora, puesto que es limitado el tiempo de que disponemos, he de hacerle una pregunta o dos, a pesar de lo mucho que me desagrada introducir una nota profesional en la tranquilidad de que disfrutamos.

—Tire adelante —le invité.

—Es su teoría que, cuando Cameron llegó de la calle, llevaba guantes. ¿Vio algo que le hizo echar mano de pronto a la pistola?

—Quizá la cosa no fuese tan repentina. Quizá probara otras cosas primero. La pistola fue el último recurso.

Jurado movió afirmativamente la cabeza.

—Sí; eso resultaría lógico. ¿Deduzco que ha investigado?

—Lo poco que me ha sido posible. No hay mucho material disponible.

—Muy interesante —murmuró Jurado.

Saqué un librito de notas del bolsillo.

—La biblioteca del amante de la naturaleza —dije—. En el tomo segundo de un libro titulado «Aves de Norteamérica», se afirma que cuervos aparentemente domesticados dan muestras siempre de cierta propensión al robo que puede compararse a lo que, en seres humanos, llamaríamos cleptomanía. Parecen tener especial y arraigada afición a robar o esconder objetos de brillante colorido, como carretes de hilo encarnado o azul, o artículos de metal muy pulidos, como las tijeras y los dedales.

Jurado asintió con la cabeza. Dijo:

—Es muy interesante.

—El libro de las aves, segundo tomo de la Sociedad Geográfica Nacional —proseguí—, asegura que los cuervos mansos son muy dados a recoger y esconder chucherías brillantes de muchas clases, sobre todo guijarros relucientes. Guardan sus tesoros en rincones escondidos o, a veces, los entierran incluso en un patio o jardín, donde con frecuencia los olvidan.

Se me acercó un muchacho y me dijo algo en español. El señor Jurado me lo interpretó. Se me llamaba, al parecer, al teléfono.

Era Bertha. Estaba enfurecida y farfullaba.

—Como hay Dios que caí en una trampa —dijo—. ¡Demonios coronados, si yo…!

—Déjate de farfullos —la interrumpí—. ¿Qué ha sucedido?

—Esa chusma de policía local tuvo la frescura de detenerme. Les dije que Maranilla había dicho que podía considerarme como el aire. O no me comprendieron o no les dio la gana comprenderme.

—Bueno, eso ya no tiene importancia, Bertha. Ahora estás libre. Tómate un baño y relaja los nervios. Ahora mismo iré a invitarte a un trago y…

—¡Cierra el pico! —Bertha pronunció las palabras con tal rabia, que parecieron saltar del auricular y morderme la oreja—. Me registraron.

—¿Los policías?

—Oh, emplearon a una mujer gorda e indecente para eso. Pero ¡maldita sea su estampa! ¡Se llevaron ese papel!

—¿Te refieres al…?

—¡Sí! —me aulló por el teléfono.

Guardé silencio unos instantes, reflexionando.

—¿Bien? —chilló Bertha al cabo de un segundo—. ¡Di algo!

—Estoy pensando.

—Pues, por lo que más quieras, ¡no emplees tanto tiempo para hacerlo! Sácate el plomo del asiento de los pantalones. Ponte a hacer algo.

—A hacer ¿qué?

—¿Cómo diablos quieres que lo sepa? —trinó Bertha—. ¿Para qué te tengo a ti, Confucio?

—Aguarda allí hasta que pueda reunirme contigo. ¿No te devolvieron el papel?

—Claro que no, no seas idiota.

—¿Tenían intérprete allí… alguno que supiese el inglés?

—Uno de los agentes sabía inglés suficiente para decirme lo que deseaba, pero me largaba un «no entiendo» cada vez que intentaba yo decirle algo.

—Quizá —dije, son sequedad—, fuera incapaz de comprender tus epítetos.

Bertha no vio nada gracioso en el comentario. Dijo, muy seria:

—Bueno y ¿qué rayos? Si un tipo estudia el inglés, se supone que conoce las palabrotas, ¿no? No le largué ninguna complicada. Sólo le dije al hijo de…

—Bueno, bueno —la interrumpí—, frena un poco. Creo que me hago perfecta cuenta del cuadro. Y me parece que sé lo que hay que hacer. Tú aguarda ahí.

Colgué el auricular y volví a la mesa. Maranilla había vuelto ya. Había acercado la silla a Jurado y los dos hablaban en voz baja.

Alzaron la mirada y sonrieron cuando me reuní con ellos.

—Señores —les dije— tengo una petición que hacer. Podrá ser poco usual, pero la creo importante.

—¿De qué se trata? —inquirió Maranilla.

—Les agradecería mucho que mandaran aviso a sus agentes de la población más cercana a la mina. Me gustaría saber que Felipe Murindo estaba… bueno, protegido.

—¿Protegido? —inquirió Jurado.

—Sí. Quisiera tener la certidumbre de que se hallaba seguro.

Los dos hombres se miraron.

Preguntó Jurado:

—¿Usted cree que a lo mejor corre peligro?

—Se me ha ocurrido que quizá haya algo que se me ha pasado por alto. Existe la posibilidad de que Murindo posea la clave de lo que bien pudiera ser el móvil del asesinato.

Ambos hombres volvieron a mirarse. Fue Jurado quien dio la noticia.

—Me temo —dijo—, que ha sido usted un poco tardío en su petición señor Lam.

—¿Qué quiere decir con eso?

—La llamada telefónica a la que acudió Rodolfo Maranilla hace unos momentos, estaba relacionada con Felipe Murindo.

Me di mentalmente un puntapié por haberme apresurado a

enseñar la oreja. Debí haber callado hasta que Maranilla hubiese tenido ocasión de hablar. Después de todo, aun cuando no podía esperarse que yo supiera que la conversación telefónica estaba relacionada con Murindo, debí haber tenido en cuenta esa posibilidad. Era demasiado tarde ya.

—¿Qué sucedió? —pregunté.

—Al parecer, a eso de las cinco de esta tarde —explicó Maranilla —, estalló accidentalmente una considerable cantidad de dinamita almacenada en el polvorín vecino a la residencia del gerente.

—¿Y Murindo?

Maranilla se encogió de hombros.

—Está muerto. Y en pedacitos pequeños.

capítulo veinte

GUARDAMOS silencio un buen rato, paladeando las bebidas. Por fin terminé la mía, empujé la copa hacia el centro de la mesa y dije:

—Señores, he pasado una noche deliciosa y he tenido un gran placer…

—Siéntese —ordenó Jurado.

Maranilla sonrió con afabilidad.

—Vamos, vamos, mi querido señor Lam, habrá usted de reconocer que no resulta muy halagüeño que se le juzgue a uno tan poco desprovisto de talento.

—Me temo que no comprendo —dije.

—Después de todo —prosiguió Maranilla— el accidente de la mina fue muy oportuno… para cierta gente.

—¿Bien? —inquirí.

—Y, en vista de sus comentarios, mal podíamos llevar nuestra estupidez hasta el punto de dejarle marchar antes de que nos hubiese dado una explicación más completa.

—Permítanme que lo piense. Quiero hablar con mi socia.

—Y, antes de que volvamos a verle —murmuró Jurado, como si sólo hubiese estado discutiendo una excursión en aeroplano a la capital—, pudiera sucederle a usted algo.

Comprendí que no iban a dejarme marchar. Me volví a sentar y les conté toda la historia.

—Debió decírnoslo antes —anunció Maranilla cuando hube terminado.

—Es que le entró tal pánico ante la idea de hacer uso de un intérprete y… Bueno, ustedes dos eran los únicos intérpretes a mano. Por consiguiente colegí que… —reí—. Equívoca posición la mía, ¿no es cierto?

—Bastante —asintió Maranilla, con sequedad.

—Después de todo —agregó, en son de reproche—, habiéndole hecho extensas todas las que podríamos llamar cortesías profesionales, muy pocas muestras de nobleza ha dado al suprimir pruebas testifícales.

—¡Qué rayos! —dije—. ¡No eran pruebas! No de lo que a ustedes les interesaba, por lo menos.

—¿Cómo lo sabe?

—Deduje que no lo eran.

Maranilla sacudió la cabeza y apartó la silla de la mesa.

—Bueno, haré lo que pueda, pero estas cosas no son siempre fáciles. Su socia debió exigir que se le devolviera el papel o por lo menos, que se depositara legalmente con las autoridades competentes y que se lo entregara un recibo.

—Usted ha visto a mi socia. Ya puede imaginarse que no se estuvo quieta con los brazos cruzados, dejándose atropellar. Sin duda exigió todo lo exigible y algo más, pero los agentes no entendían el inglés. No cuando necesitaba ella algo. Sólo sabían lo suficiente para decirle lo que deseaban.

—Cuando uno viaja por un país de habla española —dijo Maranilla—, es bueno tener conocimientos del español. Y, no teniéndolos, ir acompañado de un intérprete.

—Eso lo comprendo perfectamente.

Y agregué:

—… ahora. Y, sin embargo, tengo la idea de que, si hubiera habido un intérprete, Murindo no hubiese llegado a decirme lo que me dijo.

—Y ¿no tiene usted idea de lo que se trataba?

—No.

—¿No recuerda ninguna de las palabras?

—Recuerdo la palabra «madre».

Me dijeron su significado.

—¿Recuerda alguna más?

Negué con la cabeza, pero en seguida añadí:

—Aguarde: sí que recuerdo otra palabra, «
cre-a
».

—¿«
Cre-ah

»?

—Eso, si no me equivoco el acento recaía sobre la primera silaba. Recuerdo haberla escrito.

—*Cría*. Ésa es la palabra —dijo Jurado—. Y significa una camada de animales.

—Claro está —dije—, que lo escribí todo fonéticamente. No puedo estar seguro de que oyera bien el vocablo pero recuerdo que escribí:
cre-ah
.

Jurado y Maranilla se miraron. De pronto, el semblante de este último se iluminó.

—Aguarde —dijo—, ¿iba alguna otra palabra en ese «
cre-ah
»? ¿Sería, quizá, parte de una expresión? ¿Sería esa expresión *ama de cría*?

—Justo —exclamé—. Ahora que lo dice lo recuerdo. Sí que fue *ama de cría*.

Jurado fruncía el entrecejo ahora, lo fruncía pensativo.

Miré a Maranilla y fue éste quien me dio la aclaración.

—*Ama de cría* —dijo—, es la que amamanta a un niño.

—Bien lejano ello —dijo Jurado, para sí—, del contrabando de esmeraldas.

—Quizá, señores, cuando investiguen el accidente, querrán ustedes investigar a Felipe Murindo y, en particular, sus contactos y relaciones.

—¿Por qué? —me preguntó Maranilla.

—Se me antoja extraño que se le nombre gerente de una mina a un hombre que no sabe leer ni escribir. Este Murindo era incapaz de leer incluso las palabras españolas impresas en un diccionario anglo-español. El gerente de la mina tiene que haber tomado parte en las actividades de contrabando. Ha de haber sido él quien sacara las piedras y se las entregase a Cameron. Por consiguiente, debió ser él quien hiciese el descubrimiento inicial.

—¿Por qué dice usted eso? —inquirió Maranilla.

—Porque el hombre que hiciera el descubrimiento inicial no es fácil que abandonara el puesto y, desde luego no hubiese podido despedírsele. Por lo tanto, a mí se me antoja extraño que los dos

fideicomisarios que contrataban al hombre para un puesto de tanta responsabilidad… dos fideicomisarios, por añadidura, que por fuerza iban a hallarse ausentes meses seguidos y que desearían, no obstante sobre lo que sucedía en la mina… escogieran a un hombre que no sabía leer ni escribir.

—Hay mucha lógica en lo que usted dice, señor —contestó Maranilla—. La situación se hace más extraña…

Bruscamente. Ramón Jurado hizo un chasquido con los dedos, traición involuntaria de triunfo y emoción por parte de un hombre al que acaba de ocurrírsele una idea concreta.

Maranilla apenas le miró. Sólo hubo una vacilación imperceptible antes de que cambiara repentinamente de asunto y continuara hablando. Dijo, casi en el mismo tono:

—Su incorporación se agradece, señor Lam. Se encuentra en libertad para marchar cuando así lo desee. Y, si tiene usted cita con su socia, no hay razón alguna para que nosotros le entretengamos.

Ambos se pusieron en pie y me estrecharon, cortésmente, la mano.

Les dejé y me dirigí al hotel.

Al caminar hacia allí en la cálida noche, no pude menos de decirme que hubiese dado mucho por saber por qué había hecho aquel chasquido Jurado con los dedos.

capítulo veintiuno

BERTHA Cool acababa de salir del baño. Llevaba una chaqueta ligera de andar por casa y unas zapatillas. El *whisky* con soda doble que tenía junto al codo estaba contribuyendo mucho a ponerla de mejor humor.

—¿Qué diablos crees tú que sería de ese papel? —me preguntó.

Le dije:

—¿Qué crees tú que fue de Felipe Murindo?

—¿Detenido? —inquirió.

—Le explotó una tonelada de dinamita en el rabo. Fue, claro está un accidente, pero Felipe Murindo quedó hecho picadillo y esparcido por toda la comarca. A menos que consigamos recobrar ese papel, jamás sabremos lo que intentaba decirnos.

—Bueno, pues yo voy a dar cuenta al cónsul. A un ciudadano norteamericano no pueden ocurrirle cosas así, y…

Le interrumpí.

—Tú —dije—, no vas a notificar al cónsul. Ni tú ni yo vamos a notificarle nada a nadie.

—¿Por qué no?

—Porque esta gente no es tan ingenua como pareces tú creer. Los círculos oficiales de este país están saturados de una sutileza refinada, sobre todo cuando empieza uno a tener algo que ver con esmeraldas.

—¡Ah, no lo sabía! —contestó Bertha, con sarcasmo—. Estoy de visita aquí. Claro que vosotros, los que vivís de antiguo en la nación, conocéis al dedillo todas sus idiosincrasias…

—Te lo guardas —dije—. No necesito tu sarcasmo.

Se puso colorada.

—¡Bueno, pues a mí no me dices tú lo que debo y no debo hacer!

—Si quieres que te diga la verdad, tú te encuentras en una situación bastante precaria. Al parecer viniste aquí como empleada de Harry Sharples.

—Bueno, y si fuera así, ¿qué?

—Imagínate que a las autoridades se les ocurre considerarte como cómplice suyo.

Me dirigió una mirada asesina.

—¡Capaces son, los muy tales! —exclamó—. ¡No hay más que ver la frescura con que me detuvieron! ¡Al diablo con estar en un país donde la gente no entiende lo que le digo cuando le estoy poniendo como hoja de perejil! Les largué todo lo mejor de mi repertorio y se les deslizó por la piel.

—La cosa que tenemos que recordar es que a Cameron le asesinaron. No conocemos ningún móvil concreto. Sí que sabemos que Harry Sharples, Robert Cameron y Shirley Bruce estaban en combinación para sacar esmeraldas de Colombia, meterlas de contrabando en los Estados Unidos, y venderlas ilegalmente. Debe de haber habido una linda ganancia para cada uno de los interesados. Cuando uno puede manejar esmeraldas de esa manera, se pueden conseguir ganancias fabulosas.

—¿Qué hará nuestro Gobierno… del contrabando?

—Mucho, probablemente —le repuse—. Claro que le va a costar trabajo demostrar nada contra Sharples. El Gobierno colombiano le pilló con esmeraldas en bruto en el equipaje. Las piedras se sacaron de una mina de aquí. Sharples aún no había intentado introducir ese lote en Norteamérica.

—Pero ¿y el contrabando que se había hecho antes?

—Cameron fue el que hizo la mayor parte de los viajes a América del Sur. Era él quien se encargaba del trabajo exterior.

—¿Y Shirley Bruce?

—Se van a ver negros para demostrar nada. Puede haber estado metida en el asunto. Pero la historia que contó del pinjante puede ser, simplemente, una que le contara Sharples. A lo mejor ni ella misma sabía por qué era preciso que la contara.

—Pero ¿y todo ese dinero que ha estado recibiendo?

—Ésa es cosa que, sin duda, investigará el gobierno.

Lo más probable es que empiecen a hacerlo por medio de la sección de impuestos.

—Y ¿dónde nos deja a nosotros eso?

—Nos deja —le dije—, precisamente donde yo he querido encontrarme desde el primer instante: a distancia de Harry Sharples.

—¿Cómo supiste tú que no era tan honrado como parecía?

—No lo sé; pero tuve el convencimiento de que Sharples estaba perfectamente enterado de todo lo referente al pinjante antes de venir a nosotros.

—Maldito si no eres más listo que Lepe —reconoció, a regañadientes, Bertha.

—Cameron ha muerto. Varias personas tuvieron la oportunidad de salir beneficiadas con su muerte. Se intentó envenenar a Dona Grafton… y Juanita se tragó el veneno. Todos los indicios señalan, en este caso, a Robert Hockley. Ahora han asesinado a Felipe Murindo y, en el instante de su muerte, no había al parecer en Colombia más que dos personas que pudieran concebiblemente, estar relacionados con la muerte de Cameron: Robert Hockley y Harry Sharples. Si los dos asesinatos tienen relación alguna entre sí, hemos reducido considerablemente nuestro campo de investigación. Pero sólo si lo están, cosa que anda lejísimos de estar demostrada.

—Harry Sharples y Robert Hockley se hallaban ya detenidos. No pueden haber matado a nadie —dijo Bertha.

—¿Tú crees que fue un accidente la explosión de dinamita?

—No. Fue demasiado oportuna.

—Tenía ya el convencimiento, antes de venir aquí, de que se estaban sacando esmeraldas de la Mina Trébol Doble. Deseaba obtener pruebas para poderle apretar a Sharples las clavijas. Por desgracia para nosotros las autoridades colombianas se hallaban sobre la pista también. Pero tengo otra cosa metida en la cabeza… algo que empieza a crecer, y desarrollarse.

A Bertha le brillaron los ojos.

—¡Ole por ti, Donald! ¿Puede sacarle dinero a eso la agencia?

—La agencia —respondí—, podría sacarle un buen bocado.

—¡Duro y a ello! ¿Tiene algo que ver con el asesinato de Cameron?

—Naturalmente. Ése ha de ser nuestro punto de partida en todo lo que intentemos.

—Siento parecer estúpida, pero no entiendo nada de ese asunto

de los guantes, ni del disparo de la pistola, ni de que se disparara el arma como último recurso. ¿De qué demonios hablabais?

—Robert Cameron disparó la pistola del 22 y no dio en el blanco.

—¿Cómo sabes que no dio?

—Tiene que haber marrado el tiro.

—¿Quieres decir con eso que tiró contra el agujero, que le falló la puntería y que el proyectil levantó una astilla al borde del agujero?

—No estaba disparando contra el agujero, Bertha. ¿No te diste cuenta cuando le hablaba de ello a Maranilla y Jurado?

Bertha se enfureció en seguida:

—¿Cómo diablos quieres que me diese cuenta? No entiendo las frases que se dicen con segundas. ¿De qué demonios estabais hablando?

—Robert Cameron tenía los guantes puestos cuando hizo el disparo.

—¿Contra el asesino?

—No contra el asesino, Bertha, contra el cuervo.

—¿Contra el cuervo? —me gritó Bertha exasperada—. ¡Rayos y centellas! ¿Estás majareta? El cuervo era su favorito. ¿Por qué había de querer pegarle un tiro?

—Porque los cuervos no saben contar.

Bertha me miró en el colmo de la exasperación y de la rabia.

En aquel instante sonó el teléfono. Bertha lo descolgó. Dijo: «¡Diga!», y luego aulló:

—¡Hable en inglés! ¿Quién repámpanos…?, ¡oh! —dijo, en voz singularmente amansada.

Escuchó unos instantes. Luego dijo:

—Gracias, se lo diré.

Y colgó el auricular.

Toda su rabia había desaparecido ya.

—¿Quién era? —pregunté.

—Rodolfo Maranilla Telefoneó para decirnos que Robert Hockley y Harry Sharples se escaparon de la cárcel poco después de nuestra partida esta tarde. Las circunstancias en que se ha efectuado la fuga indican que puede haber habido soborno. La celadora insiste en que el papel que me quitaron fue metido dentro de un sobre y

colocado sobre la mesa del capitán de policía. Sharples y Hockley se hallaban en el calabozo entonces. Desaparecieron poco después y el papel desapareció también.

—Eso explica muchas cosas.

—Y —prosiguió Bertha—, Maranilla quería que te dijese que, con tu permiso, está instalando una guardia a la puerta de nuestras habitaciones. Sugiere que no estaría de más que tomáramos precauciones extraordinarias de momento.

—Es muy amable.

—¡Maldita sea tu estampa! —estalló Bertha, de nuevo—. ¡Eso es lo que tú tienes! ¡Siempre juegas con dos barajas y acabas metiéndonos en un lío padre a los dos!

—No eran ésos tus sentimientos hace unos minutos, Bertha.

—Hace unos minutos —anunció, con ferocidad—, estaba pensando en dinero. Ahora… ¡estoy pensando en dinamita!

capítulo veintidós

RODOLFO Maranilla me hizo una visita a la mañana siguiente, poco después del desayuno. Se mostró cortés pero no menos firme por ello. Era una desgracia que Hockley y Sharples se hubiesen escapado. No conocía aún todos los detalles, pero el relato del hombre directamente responsable de su custodia no era lógica. Había sido, al parecer, culpable de negligencia, probablemente de algo peor.

Maranilla aceptaba la situación filosóficamente. Muchos de los representantes de la ley en los distritos rurales no recibían un sueldo adecuado. Como consecuencia de ello, se dejaban sobornar, sobre todo cuando la cantidad ofrecida era lo bastante grande. Quizá hasta en los Estados Unidos, donde la policía estaba mejor remunerada no sería desconocido tampoco el soborno. Durante la época de la Ley Seca tal vez, ¿no-o-o-o?

—¿Estaban en combinación los dos? —inquirí—. ¿Hockley y Sharples?

—No lo sabemos —contestó Maranilla—. Ambos se escaparon pero eso era de esperar. Habiéndose abierto un medio de huida para el uno, tonto hubiera sido el otro de no aprovecharlo.

—Bueno, el caso es que se han escapado y que la cosa ya no tiene remedio.

—Justo —respondió—. Y, claro, dadas las circunstancias hay que pensar en la seguridad de ustedes. Es para nosotros, una responsabilidad.

Asentí con un gesto, y aguardé a ver qué decía después.

—Una responsabilidad —dijo—, que no nos gustaría prolongar.

Guardé silencio.

—Su trabajo aquí ha terminado —anunció Maranilla—, y supongo que su socia, la encantadora señora Cool, arderá en deseos

de volver a su oficina. Después de todo, la naturaleza de la misión que la trajo aquí sólo disgustos podría acarrearla. Y, además, ha quedado completamente terminada.

—¿Cuándo hemos de irnos? —pregunté.

—Dos amigos míos que, por casualidad, iban a tomar el avión esta tarde, se mostraron la mar de comprensivos cuando les fueron explicadas las circunstancias. Han cedido sus asientos y estoy dispuesto a ponerlos a disposición de ustedes.

—Hay unos cuantos aspectos que desearía investigar aquí.

—Resultaría verdaderamente turbador que algo le sucediera a un distinguido visitante de los Estados Unidos.

—Me desagradaría mucho marcharme sin haber averiguado algo más del difunto Felipe Murindo y sus relaciones.

Maranilla desterró esto con un gesto.

—Le ruego, señor Lam, que no se preocupe por eso. Las facilidades de nuestro departamento se hallan a disposición suya. Hemos descubierto ya muchas cosas relacionadas con Murindo.

—¿Por ejemplo?

—Heredó como quien dice su puesto. Se crió en la mina.

—¿Bien?

—La madre le llevó allí a los nueve años y Murindo empezó a trabajar en la mina. Con el tiempo, otros obreros se fueron marchando, pero la madre no se movió y, como consecuencia. Murindo permaneció allí. Alcanzó la estatura de hombre y cobró sueldo de hombre. Conque ¿qué cosa más natural que, al marchar los trabajadores antiguos y entrar gente nueva se le escogiera a él para gerente? Los nuevos no conocían los métodos y procedimientos empleados en la mina tan bien como aquel muchacho criado en la finca. Se quedó, ahorró cuidadosamente su dinero, y lo metió en un banco, igual que hubiese hecho un hombre de mayor cultura. Dejó mucho dinero.

»Lo siento, señor Lam, si es que usted llegó a creer que existía algún misterio relacionado con Murindo. En nuestra profesión es necesario aprender a moverse con pies de plomo, y no precipitarse en los juicios. ¿No?

—No —le respondí.

Rió y se puso bruscamente en pie.

—Esta tarde, pues, a las dos en punto.

—No sé cómo va a tomar esto Bertha Cool.

—Eso —dijo, con alivio en la voz—, es cosa que no intentaré anticipar. Le he explicado a usted la situación. A usted le encomiendo la labor de explicársela a ella. Asuntos importantes de mi departamento y la presencia de Ramón Jurado que desea rematar este caso con la mayor celeridad posible, limitan considerablemente el tiempo a mi disposición. Acudiremos a despedirles al avión, amigos. ¡Procuren no faltar!

Me estrechó la mano y se fue, dejándome cruzar solo el pasillo para darle la noticia a Bertha.

—¿Quieres decir con eso —inquirió Bertha al enterarse—, que nos echan a puntapiés?

—Quiero decir —le repuse—, que se facilita nuestra marcha mediante el uso juicioso de la influencia oficial.

—¡Al diablo contigo! —exclamó Bertha—. Te estás volviendo tan untuoso como todos estos pájaros de aquí. Como te dejara en este país un par de semanas más, tendría que contratar un intérprete para averiguar qué rayos querías decir. Bueno, ¡larguémonos de este maldito lugar!

—Vine por mi propia cuenta. Me hace muy poca gracia acortar de tal manera el tiempo de mi excursión. Tú, claro, viniste por cuenta de Sharples. Supongo que obtuviste dinero suficiente por adelantado para cubrir gastos.

Comprendí en cuanto lo dije, nada más que por su expresión, que aquélla era una de las veces en que Bertha había dado un resbalón y que no había dejado de tirarse mentalmente de los pelos desde entonces.

—¿De veras? ¿Cómo te dio instrucciones?

—Me escribió. Me dijo que emprendía una misión delicada en extremo y que, si no recibía de él instrucciones contrarias antes de haber transcurrido veinticuatro horas, debía recoger el billete de avión reservado a nombre mío, partir inmediatamente para Colombia, y dirigirme a la Mina Trébol Doble. Allí me daría nuevas instrucciones. Caso de que no se encontrara él allí, mi deber era presentarme en el consulado de los Estados Unidos, y pedir que se llevase a cabo una investigación.

—¿Y todo el papeleo, todos los trámites necesarios para que pudieras hacer el viaje a Colombia tan de repente?

—Se habían resuelto con anticipación.

—¿Qué crees tú que Sharples quería en realidad? —le pregunté.

—Una de las cosas que deseaba, sin el menor género de duda, era contar con alguien que acudiese al consulado si él desaparecía. Y creo que, de no desaparecer él, hubiese querido que me pusiera sobre la pista de Robert Hockley para averiguar qué estaba haciendo aquí.

—¿Adjuntó Sharples un cheque? —inquirí.

—Cuento con su promesa de que pagará —respondió Bertha, con ira.

Me eché a reír y los ojos de Bertha centellearon.

—Para persona que tanto tiempo lleva en sociedad conmigo, bien poco pareces conocer mi carácter. ¡Qué rayos! ¡Cobraré lo que ese sapo me debe aunque tenga que pasarle por entre rodillos y sacarle hasta la última gota de sangre del cuerpo!

capítulo veintitrés

EN la ciudad de Méjico recibí un cablegrama de Jurado. Decía: «Señora Lérida», y el nombre iba seguido de unas señas en Los Ángeles.

—¿Qué es eso? —preguntó Bertha.

—Evidentemente —le repuse—, las señas de una tal señora Lérida en Los Ángeles.

—¡Escucha, rompetechos —bramó mi socia—, a mí no me vengas tú con camamas! No soy tan estúpida que no sepa leer. ¿A quién diablos te has creído que le estás tomando el pelo?

—A nadie.

—Bueno, pues no lo intentes entonces. ¿De qué se trata?

—Al parecer, se trata de Ramón Jurado que intenta ser diplomático.

—¿Acerca de qué?

—Acerca de algo que, después de todo, se encuentra levemente fuera de su jurisdicción.

—Hay veces, maldita sea tu estampa, en que te arrancaría el corazón de cuajo.

—Sin duda —dije—, ello se debe a la influencia subconsciente.

—¿De qué?

—De los sacrificios humanos hechos aquí antiguamente. ¿Por qué no investigamos alguno de los excelentes restaurantes que hay en esta ciudad y olvidamos los negocios de momento?

—Supongo —dijo, con ira— que ahora crees que estás siendo diplomático.

—Lo has adivinado.

—¡Tú, y Ramón Jurado, y tu diplomacia! —exclamó, con un resoplido.

Pero me acompañó al restaurante de Sanborne.

A la mañana siguiente nos elevamos por la enrarecida atmósfera de la alta meseta y pusimos proa a los Estados Unidos.

Me di cuenta, durante todo el viaje, que Bertha estaba pensando. Pero, hasta que hubimos dejado Mazatlán y empezado a navegar por encima de la costa occidental, brillando las aguas del Golfo de California a nuestros pies, no se inclinó mi socia hacia mí para preguntarme con voz conciliadora:

—Donald, ¿quién mató a Cameron?

—No lo sé.

—¿Por qué no lo sabes?

—Porque todavía no estoy seguro de que por qué le mataron.

—Y, cuando sepas por qué, ¿crees que sabrás quién?

—Ayudará.

Se le encendió el rostro.

—Anda —dijo—, juega con las cartas bien tapadas, guárdate para ti lo que sepas, ¿a quién diablos crees que le importa?

Y volvió la cabeza para concentrar la mirada en el paisaje.

Ajusté el sillón a un ángulo de mayor comodidad y dejé que el amortiguado zumbido de los motores y los mullidos cojines de esponjosa goma me mecieran. No me desperté hasta Mexicali.

Pero cuando llegamos a Los Ángeles, Bertha había terminado ya de hacer cálculos mentales.

—Donald —quiso saber—, ¿cuánto vamos a sacar en limpio de este asunto?

—No lo sé.

—Pues más vale que lo averigües —estalló—. Hasta la fecha no hemos sacado un centavo. Para cuando hayamos descontado gastos de viaje y todo eso… ¡Dios Santo, qué desastre!

—Yo no tengo la culpa.

—No me digas que tú no tienes la culpa. Rechazaste el dinero que Sharples quería darnos al contado, nada más que por creerle un malhechor.

—¿Sabes dónde hubiéramos estado en estos instantes si hubiéramos aceptado su dinero?

—¿Dónde?

—Con suerte, en Medellín. Sin suerte, en un calabozo de la selva, allá junto al río.

—¡En un calabozo! ¡Bah! ¡No estuvo mucho rato allí Sharples!

—Sharples sabe hablar el idioma y conoce a la gente. Además, le costó una buena cantidad el escaparse. Quizá, si hubieses agregado a la cuenta de gastos el importe de un soborno, no hubiera resultado ésta tan presentable.

—Me hubiese escapado por lo menos —dijo Bertha.

—¿Has intentado alguna vez ofrecer un soborno por mediación de un intérprete?

—¡Vete al cuerno!

Llegamos a la población en el autocar del aeropuerto.

—¿Vas a subir al despacho? —inquirió Bertha.

—No.

—¡No subas, pues!

—Gracias, eso pensaba hacer.

Bertha subió echando chispas. Yo cogí el coche de la agencia y me dirigí al lugar en que Dona tenía su minúsculo estudio.

Fue ella quien me abrió la puerta.

—Hola —dijo, iluminándosele el semblante al verme—, pase ¿quiere?

Entré y me senté. Dijo ella:

—Quiero darle las gracias. He estado intentando ponerme en contacto con usted. Su secretaria dijo que se hallaba ausente.

—¿Qué era lo que deseaba?

—Sólo darle las gracias por ser tan… tan agradable y considerado, y todo eso, y por ayudar de la forma en que lo hizo. Me pareció maravilloso.

—Ni siquiera me había enterado de que había hecho yo nada.

—Tonto. No sea tan modesto. ¿Dónde ha estado?

—En Colombia.

—¿En Sudamérica quiere decir?

—Precisamente.

Le brillaron los ojos:

—Debe ser maravilloso viajar así… ir a los sitios que uno quiere visitar. Ha hecho un viaje rápido.

—En efecto. Creo haber descubierto algo.

—¿Qué?

—¿Conoce a un hombre que se llama Felipe Murindo?

—¡Claro que sí! —dijo riéndose—. Es decir, no le conozco personalmente, pero le he oído al señor Cameron hablar de él. Es el

gerente de la mina de allá.

—¿Qué decía Cameron de él?

—Pues sólo que era un hombre agradable, trabajador y de confianza. No creo que sepa leer o escribir. Pero es honrado y eso es lo principal.

—Ha muerto.

—¿Sí? ¿Cómo fue?

—Una explosión accidental de dinamita.

—¡Oh!

—Puede poner lo de accidental entre comillas.

—¿Quiere decir con eso que ha sido…?

—Asesinado.

—Pero ¿quién… por qué lo mataron? ¿Cuál fue el motivo?

—De saberlo, quizá supiera el motivo del asesinato de Robert Cameron.

—¿Quiere decir con eso que ambas muertes están relacionadas?

—Eso creo.

—No puedo comprender cómo dos asesinatos, separados por tantas millas de distancia…

Rió nerviosa y agregó:

—Me estoy haciendo un lío. Lo que quiero decir es que a las víctimas les separaba una distancia tan grande, que no veo cómo los dos asesinatos pueden ser… bueno, cómo es posible que tengan nada en común.

—¿Por qué tartamudea de esa manera, Dona?

—No estoy tartamudeando —contestó indignada.

—Bueno, pues está nerviosa por lo menos y habla más aprisa de lo corriente.

—Bueno, y si así es, ¿qué? Tengo perfecto derecho a hablar como me dé la gana. Después de todo, una no discute un asesinato igual que si discutiese lo que iba a tomar para desayunar.

—¿Cuándo pensó por primera vez que su madre había matado a Robert Cameron?

Carmín y colorete se destacaron con más brillo al palidecerle el semblante.

—No sé de qué me está hablando.

—Pruebe otra vez.

—Señor Lam, le encontraba a usted muy simpático y pensé

que… bueno, que era agradable, muy agradable. Y, ahora…

—Déjese de lo que pensara de mí. ¿Cuándo cayó usted en la cuenta de que su madre había matado a Robert Cameron?

—Ella no le mató.

—Está usted silbando para no desanimarse. ¿Cuándo llegó usted a la conclusión de que ella le había matado?

—No pienso discutir el asunto.

—Tiene que haber sabido usted algo… algo que no le dijo a nadie. Pero es algo que no ha podido desterrar usted de sus pensamientos. ¿Por qué no me dice lo que es?

—Lo siento —me contestó—. Veo que no vamos a ser amigos después de todo.

—Claro que podría telefonearle a Sam Buda y dejar que fuese él quien la interrogase. Después de todo, ¿sabe?, estoy intentando ayudarla.

—¿Cargando el asesinato a mi madre?

—Poniendo al descubierto hechos. Se van a descubrir de todas formas.

Permaneció sentada, sin decir palabra.

—Bien, Dona, lo siento. Esperaba que confiara en mí y tenía la esperanza de poder ayudarla. En vista de su actitud, sin embargo, no tendré más remedio que dejar que la ley se encargue del interrogatorio.

—¿Cómo quiere decir que podría ayudarme?

—No lo sé. No estoy muy seguro de que sea capaz nadie de contestar a esa pregunta con exactitud. Hemos de conocer los hechos antes de saberlo. Lo que sí sé es que, cuando su madre sacó un cuchillo para tirárselo, consiguió usted cambiar el cuchillo por otro cuando creyó que yo no la veía. Conque, ¿por qué no me dice ahora la verdad?

—Mi madre tenía una cita con él aquella mañana —soltó ella de pronto.

—¿Le aconsejó alguien que no dijera una palabra de eso?

—Mi madre.

—¿Qué dijo?

—Que no le había visto. Que había anulado la cita.

—¿La creyó usted?

—No. Sabía que eso no era verdad.

—¿Sabía que le había visto?

—Sí; creo que le vio.

—Voy a contarle a usted algunos de los hechos tal como yo los he deducido. Quizá entonces hablará usted conmigo con mayor franqueza.

—Diga.

—Harry Sharples y Robert Cameron empezaron como fideicomisarios de acuerdo con el testamento de Cora Hendricks. Los bienes de ésta consistían en una propiedad minera que se estuvo explotando al buen tuntún durante una temporada. Luego los dos fideicomisarios instalaron maquinaria moderna y sacaron buen rendimiento a la mina. Adquirieron más propiedades. Había dos beneficiarios. Procuraron ser justos, imparciales y honrados. Pero uno de los beneficiarios al crecer se convirtió en una jovencita de alto voltaje que hipnotizó por completo a los dos hombres. Ambos individuos se aproximaban a la edad en que resulta más o menos fácil trastornar a un hombre el juicio.

Dona se limitó a mirarme, sin hacer comentario alguno.

Proseguí:

—Felipe Murindo se convirtió en gerente de las propiedades mineras. Cobraba un sueldo bastante bueno, teniendo en cuenta todas las circunstancias. Tiene que haber ahorrado. Después de su muerte se descubrió que poseía una cuenta corriente bastante crecida en un banco de Medellín. No está mal para un muchacho que no ha ido a la escuela ni un sólo día en toda su existencia.

—¿Adónde quiere ir a parar? —inquirió Dona.

—Hace cosa de tres años —proseguí—, Cameron descubrió un macizo de roca, por encima del río. Cuyo aspecto le gustó. Exploró la roca y luego adquirió título de propiedad. Se abrió un pozo y se inició una galería. Luego la mina se abandonó al parecer. Todo trabajo en ella cesó.

—¿Bien? —inquirió Dona.

—Dije «al parecer». En realidad, Felipe Murindo continuó trabajándola. Era una mina de esmeraldas. Sacaron de ella gran cantidad de piedras. Robert Cameron volaba a Colombia a intervalos regulares. Era muy conocido… un hombre de negocios de muy buena reputación y en quien se tenía confianza. Había claro está inspecciones por parte de los funcionarios de Aduanas. Pero

eran éstas en su caso, puramente formularias, puesto que el Gobierno le consideraba de todo punto honrado. Seguramente sabrá usted que, para cuando un turista de regreso a su país llega a las Aduanas, éstas ya han recibido un informe bastante completo sobre él. Si en sus actividades o antecedentes hay algo sospechoso, los funcionarios lo saben de antemano.

—Supongo que sí. Es decir, siempre he supuesto que tal sería el caso.

—Cameron introdujo en este país grandes cantidades de esmeraldas en bruto. Aquí las tallaba alguien que no ha aparecido en escena aún.

—¿Qué se hacía de las esmeraldas? —inquirió Dona.

—Sharples y Cameron se especializaban en la colección de joyería antigua. El que se encargaba de tallar y pulimentar las esmeraldas, probablemente se encargaría también de extraer las piedras de las joyas antiguas y montar en su lugar esmeraldas. Pueden haber tenido alguna otra salida para las piedras. No lo sé. Pero consiguieron deshacerse de bastantes esmeraldas de esta manera sin llamar la atención. Y esto ya es hacer, porque los círculos joyeros son altamente sensitivos a los susurros y los rumores, y el Gobierno colombiano controla el mercado de las esmeraldas con mano de hierro.

»Sharples y Cameron se encontraron en un atolladero. No podían declarar los ingresos obtenidos de las esmeraldas en su propia declaración jurada de rentas, ni introducirlos como parte del fideicomiso sin descubrir lo que estaban haciendo. Es evidente que discutieron el asunto con Shirley Bruce y que decidieron repartirlos entre los tres por partes iguales y no dar cuenta a nadie.

»Luego un día Cameron fue un poco descuidado. Se olvidó del cuervo. Estaba trabajando con unas esmeraldas y, por Dios sabe qué razón tuvo que salir. Dejó las esmeraldas sobre la mesa. Cuando regresó, todas las esmeraldas no estaban allí. Al principio no comprendió qué significaba aquello. Después al levantar la mirada, vio al cuervo *Pancho* posado en la lámpara con una esmeralda en el pico.

»Con toda seguridad, de haber sido Cameron un poco más diplomático, hubiera conseguido hacer bajar al cuervo y quitarle la piedra. Pero *Pancho* sabía lo que le esperaba. Con toda seguridad le

castigarían. Empezó a volar hacia el agujero de debajo del gablete con la esmeralda en el pico. Cameron no podía consentir eso. Cogió la pistola del 22 y disparó apresuradamente en el preciso instante en que el pájaro desaparecía por la abertura. Por poco le dio; pero por poco nada más.

»Entonces sí que se vio en un apuro. Sabía que el cuervo había estado robando esmeraldas. Estaba convencido de que el pájaro vendría aquí, a casa de usted con la esmeralda en el pico. Al hacer recuento, vio que le faltaban cinco esmeraldas. Comprendió que tendría que dar explicaciones. No había manera de saber por dónde habría diseminado *Pancho* las piedras. Durante un instante no supo qué hacer.

»Luego se le ocurrió una idea luminosa. Tomó la última pieza de joyería antigua que había ofrecido a la venta arrancó las piedras y depositó la montura en un rincón de la mesa. Dejó dos de las esmeraldas en la mesa también y escondió seis en la jaula del cuervo. A continuación se dispuso a salir, probablemente para hacerle a usted una visita. Caso de haber descubierto usted las esmeraldas o de que las hubiese visto alguien, Cameron hubiera dicho: "¡Santo Dios! Estaba trabajando yo con unas esmeraldas… quitándolas de una montura antigua para que pudiera engarzarlas un joyero en otra más moderna. Las dejé encima de la mesa y el cuervo las debe haber robado". Entonces se la hubiese llevado a usted con él a su casa, y hubiera usted comprobado cuán cierta era su explicación. Vería el pinjante con sus trece huecos dos piedras sobre la mesa, seis en el nido del cuervo y cinco desaparecidas.

Dona me miraba ahora con sobresalto, muy abiertos los ojos.

—Continúe —dijo, en un susurro—; ¿qué ocurrió después?

—Pero antes de que Cameron viniera aquí para averiguar qué había sido del cuervo, telefoneó a otra persona, ese alguien era una persona en quien Cameron tenía confianza… una persona con la que tenía cierta intimidad. Le hizo un gesto a dicha persona para que tomara asiento, y continuó telefoneando.

—Y… ¿luego? —inquirió Dona.

—Y entonces, cuando estaba a punto de colgar nuevamente el auricular, dicha persona se le acercó silenciosa y hábilmente por la espalda, y le clavó el puñal entre las costillas.

—¿Y las esmeraldas? ¿Qué fue de ellas?

—Había ocho esmeraldas en casa de Cameron. Las otras cinco las encontré yo aquí, en la jaula del cobertizo, y la policía encontró cinco más en la tubería de desagüe.

—Pero… ¡son demasiadas esmeraldas! —exclamó—. ¿No dijo usted que sólo había trece en el pinjante?

—En efecto —asentí—. Pero el cuervo ignoraba que debía de sumar las esmeraldas y obtener un total determinado. El pobre bicho —le dije—, no sabía contar.

—Pero ¿y el asesinato? ¿Por qué le mataron? ¿Quién le mató?

—Para responder a esa pregunta —dije—, es preciso que hallemos primero la contestación a otra: ¿por qué fue escogido Felipe Murindo para gerente de la mina? También hemos de averiguar qué relación existe entre la muerte de Murindo y la de Robert Cameron. Y tenemos que descubrir por qué se volvió Sharples contra Cameron.

Dona anunció:

—Puedo decirle una cosa que quizá ayude.

—¿Cuál?

—Shirley Bruce no tenía tanta amistad con Cameron como con Sharples.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Por nada concreto. Cosas intangibles. Creo que quizá todo lo que usted dice será verdad y, sin embargo, sé que existía una barrera entre Cameron y Shirley… un sentimiento por parte de Cameron de que Sharples y Shirley eran… bueno, muy amigos.

—¿Hasta el punto de tener… intimidad?

—Yo no he dicho eso.

—Pero lo digo yo.

—No lo sé. Robert Cameron no lo sabía. Pero siempre existía ese presentimiento.

—Siga. Cuénteme más.

—Cameron y Sharples eran amigos… no íntimos, pero se llevaban bien. El señor Cameron tenía mucho de ermitaño como quien dice. Sharples era de carácter completamente opuesto. Luego ocurrió algo. No sé lo que sería. El señor Cameron mandó aviso a mi madre para que fuese a verle.

—¿Cuándo?

—La mañana del día en que murió.

—Y ¿su madre le vio?

—Sí.

—¿Cuándo?

—A eso de las nueve y media.

—¿Qué sucedió?

—No lo sé. No puede haber sucedido entonces, ¿verdad, Donald?

—Si le vio a las nueve y media, no.

—A esa hora me dijo ella.

—¿Cuándo se lo dijo?

—Aquella tarde. Estaba histérica, desmadejada. Comprendí que había sucedido algo terrible. No hizo más que telefonear al señor Sharples, sin conseguir encontrarle. Luego llamó a Shirley Bruce e intentó ir a verla, pero Shirley se negó a permitir que fuera hasta el día siguiente.

—Y… ¿luego?

—Consiguió obtener comunicación con Sharples por fin, y él le dijo algo que la tranquilizó. Seguía un poco desmadejada, pero recobró su optimismo.

—¿Cuándo fue eso?

—Por la tarde. No sé la hora exacta. Shirley es… obra como si fuera una reina. Supongo que mi madre la aburre a veces y, sin embargo, parece tenerla verdadero cariño. Mi madre quiere que me parezca yo a Shirley más. Mamá comprende esa clase de vida… el ocio y el trato social. A mí me volvería loca.

Reflexioné unos instantes y dije:

—Quizá se esté usted aproximando ahora mucho a lo que yo quiero saber.

—¿Qué es eso?

—Lo que quiero, inmediatamente, sin perder instante, es que vaya a hacer una visita conmigo a cierta persona.

—¿A quién?

—A la señora Lérida. ¿La conoce?

—¿Lérida? —repitió, frunciendo, pensativa, el entrecejo—, no; no creo conocer a ninguna señora Lérida. ¿Vive aquí, en la ciudad?

—Vive aquí.

—Y ¿de qué vamos a hablar con ella cuando la veamos?

—No lo sé.

—¿Quiere decir con eso que piensa interrogarla?

—Sí.

—Y ¿por qué quiere que le acompañe yo?

—Necesito un testigo y necesito un intérprete.

—Y ¿me escoge a mí?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque creo le interesará a usted el resultado de la entrevista.

—¿Tendrá relación con el asesinato de Robert Cameron?

—Sí.

—Bien; iré con usted —dijo—. Sólo que no haré nada para… bueno, en el caso de que mi madre fuera… hiciera…

—¿Usted sabe que su madre siempre lleva un cuchillo?

—Sí.

—Y… ¿sabe tirarlo?

—Sí. Siempre ha sido de la opinión que una mujer jamás debe ir sin algún medio de protección. Aun siendo niña me habló e intentó enseñarme.

—Enseñarla, ¿qué?

—A tirar bien el cuchillo.

—¡Ah, ya! Y ¿aprendió usted?

—Sí.

—¿Lleva usted cuchillo?

—No.

—¿Nunca?

—Nunca.

—¿Dónde está el cuervo? —inquirí, cambiando bruscamente de tema.

—En su jaula del cobertizo, supongo.

—¿Echa de menos a Cameron?

—¡Oh, mucho! ¿Sabe usted lo que hizo la policía? Clavar una pantalla en el hueco por el que entraba y salía para que no pudiera volver a entrar. Voló allá y probó vez tras vez, y luego intentó destrozar la pantalla a picotazos. Daba lástima verle. Vino a mí cuando le llamé y me lo traje aquí. Está desconsolado.

—¿Le tiene usted cariño?

—Mucho, sí.

—¿Y él a usted?

—Sí. Ahora que ya no tiene al señor Cameron, se pega a mí de una manera que da compasión.

—¿Ha hecho usted algún dibujo más? —le pregunté.

—¿Por qué lo pregunta?

—No lo sé. Porque siento interés.

—Siempre estoy trabajando.

—¿Ha vendido algo?

—Alguna cosilla aquí y allá.

—¿Últimamente?

—No.

—¿Le da dinero su madre?

—¿Por qué pregunta eso?

—Porque me interesa. Quiero saberlo. Puede ser mucho más importante de lo que usted se figura.

—No. Siempre me las he arreglado para ir viviendo. Mamá no aprueba mi trabajo ya lo sabe. A veces la despensa ha estado bastante vacía; pero siempre he logrado salir del paso.

—¿Gracias a su arte?

—¡Cielos, no! —exclamó—. Es como le dije antes. Trabajo una temporada dibujando y pintando, y luego tengo que buscar colocación. Créame, cuando trabajo ahorro hasta el último centavo posible. Soy una verdadera avara. Luego vuelvo al arte.

—Me recuerda usted a esa joven del cuadro, la que está de pie junto a la borda, revuelta la falda por el aire.

—¿Mirando más allá del océano? —preguntó, llenos los ojos de añoranza.

—Mirando más allá del océano. Mirando más allá del lienzo del cuadro… más allá… hacia el porvenir. Creo que debe usted de haber expresado muchos de sus sentimientos en esa pintura.

—Hay mucho mío en todos mis trabajos, supongo. Quizá sea por eso por lo que no se venden.

—¡Tontería! No se venden porque la gente no tiene el sentido común necesario para apreciar la sinceridad. Los editores de publicaciones artísticas que compran esas cosas sólo quieren lo estereotipado, lo convencional… muchachas atractivas con muchas curvas y nada de atracción, mujeres medio desnudas que conservan la actitud de modelos profesionales hasta cuando aparecen en los calendarios… el tipo de ilustración que no significa nada. En los

cuadros de usted hay historia y novela. Supongo que un artista completo hallaría lugares en que la técnica pudiera mejorarse, pero los cuadros en sí están pletóricos de mensaje. Un día empezara usted a venderlos. Cuando lo haga, se pondrán de moda los cuadros de Dona Grafton.

Me asió de la mano y la apretó, impulsivamente.

—Es usted un tónico —dijo—. ¡Dios! A veces intento no descorazonarme, pero… oh, bueno… dejémoslo, Donald, por favor, no diga usted nada de… mi madre.

—Vayamos a visitar a la señora Lérida.

capítulo veinticuatro

LA dirección aquélla se hallaba en un barrio de edificios descuidados y medio derruidos. Los propietarios estaban sacándoles hasta el último dólar posible de alquiler antes de derribarlo por completo. Empezaban a irrumpir en el distrito almacenes y fábricas pequeñas, instalaciones industriales malolientes que en ninguna otra parte querían. La tierra desnuda tenía mayor valor potencial del que podía obtenerse construyendo casas de alquiler. En los edificios aquellos no se había hecho reparación alguna en muchos años, y no volverían a oír el ruido del martillo hasta que los derribaran.

La casa que buscábamos era sucia, descuidada y estaba sin pintar. Tenía un porche medio hundido y unos escalones torcidos.

Subimos los escalones hasta el casi derruido porche. No había timbre. Llamé con los nudillos.

Nada sucedió. Golpeé la puerta. Aguardamos en silencio mientras el ambiente del barrio se apoderaba de nosotros dándonos una sensación de descorazonamiento total. El vertedero de la ciudad se hallaba enclavado por el punto de donde soplaba el viento y el humo de la interminable quema, aunque diluido por la brisa y la distancia, poblaba el barrio entero con ese olor peculiarmente ofensivo que despiden las basuras socarradas.

Sólo al disponerme a abandonar el lugar me di exacta cuenta de lo mucho que había contado con la señora Lérida. Me sentí triste y desanimado al volver la espalda a la casa para dirigirme al coche de la agencia.

—Pruebe una vez más —suplicó Dona—. Quizá… quizá sea vieja y sorda. Tengo un presentimiento. Pruebe otra vez… más fuerte.

Aporreé la puerta, llegando incluso esta vez a dar puntapiés contra la parte baja.

Se apagaron, los ecos, y aguardamos en el maloliente porche. Los dedos de Dona se me clavaron en el brazo. Estaba escuchando, contenido el aliento.

Dijo, bruscamente:

—Oigo algo. Alguien… alguien viene.

Entonces lo oí yo, el arrastrar de pies lentos calzados con zapatillas, que avanzaban sin energía por un corredor sin alfombra.

Se abrió la puerta. Graznó una voz ronca de mujer:

—¿Quién es?

Me guié por aquella voz. No era una de esas voces con las que se puede razonar, a las que se puede pedir… Era una voz que respondería sólo a una orden, a la usurpación de poderes. La dueña de aquella voz estaba acostumbrada a que la empujaran de un sitio para otro.

Apliqué el hombro a la puerta y dije:

—Vamos a entrar. Deseamos verla.

Lo aceptó como cosa normal.

Así a Dona Grafton del brazo y la hice franquear la puerta… Nos asaltó el olfato olor a ginebra barata rancia.

Una bombilla eléctrica rojiza, de poca potencia colgaba de un cordón verdoso, lleno de manchas de moscas, en la cocina, allá al fondo de la casa. Hacia ella conduje a Dona por el frío pasillo.

Detrás de nosotros, con desanimado, ininterrumpido y monótono arrastre, sonaba el rumor de los pies calzados de zapatillas de la inquilina, que nos seguía sumisamente, sin protestar.

Al parecer, sólo una habitación de la casa estaba amueblada y ésta hacía de cocina, alcoba y cuarto de estar. La fregadera había perdido su esmalte años antes y era ahora una masa de manchas rojizas de oxidación. Las sillas se hallaban en varios estados de decrepitud. La cama de hierro había sido blanca en tiempos. Ahora tenía un gris mate y sucio. La almohada de la cama iba cubierta de una funda llena de mugre. No había sábanas en el lecho. Las mantas estaban sucias y, encima de ella, campeaba un edredón grueso, desgarrado y deshilachado de algodón.

La mujer que nos seguía entró en el círculo de luz.

Tenía edad, y los años no la habían tratado bien. Bajo los apagados ojos colgaban abultadas y acuosas bolsas. El blanco cabello pendía en descuidadas greñas. Era evidente que

predominaba en ella la sangre india mezclada con unas gotas de española. El arrugado rostro era moreno y pesado.

Indiqué una silla.

—Siéntese —dije, como si fuera yo el amo de la casa.

Tomó asiento mirándome con plácida e indolente curiosidad.

Detrás de ella vi en la fregadera un cubo lleno de basura y desperdicios hasta los bordes. El cuello de una botella de ginebra vacía asomaba por entre la porquería. Sobre la fregadera había otra botella de ginebra medio llena.

—¿Conoce a Felipe Murindo? —pregunté.

Movió afirmativamente la cabeza.

—¿Cuánto tiempo hace que le conoce?

—Es mi hijo.

—¿Le manda dinero?

Ahora, por primera vez se tornó cauta su mirada.

—¿Por qué? —quiso saber—. ¿Quién es usted?

—¿Quién más le da dinero?

Guardó silencio.

—Estoy aquí para hacerla ganar dinero —seguí diciendo—. Es una vergüenza que usted… precisamente usted… viva en semejante estado.

Hice un gesto para indicar toda la habitación.

—Esto está bien —dijo, filosóficamente—. Es lo bastante bueno.

—No es lo bastante bueno. Debiera usted tener ropa que ponerse. Debiera de comer alimentos mejores. Debiera de tener una criada para el trabajo más pesado.

Los ojos continuaron apagados, exentos por completo de expresión.

—No es nada —aseguró—. Esto es todo cuanto necesito.

—¿Cuánto tiempo hace que no ha estado usted en Colombia?

—No lo sé. Mucho.

—No hay derecho a que no tenga usted la oportunidad de regresar y visitar a sus amistades. Podría comprarse ropa nueva, sacar un billete de avión y volver una o dos veces al año para ver a sus antiguas amistades.

Se le iluminaron los ojos al oír tales palabras.

—¿Quién es usted? ¿Cómo puede conseguirse eso?

—Póngase en mis manos. Desea ir a Colombia, ¿no?

—¿Habla usted español? —preguntó.

—Lo habla esta muchacha.

La mujer rompió a hablar en español, con frases cortas y rápidas, como disparos de ametralladora, frases cuya velocidad aumentó a medida que hablaba. Las palabras me rebotaron en los tímpanos con el mismo sonido que produce un niño cuando pasa corriendo junto a una verja rozando con un palo los barrotes.

Dona Grafton dijo:

—Desea enormemente volver a la tierra de sus padres, ver el lugar donde nació, visitar a algunos de sus antiguos amigos. Aquí no tiene ninguna amistad.

—Esas cosas pueden arreglarse. Soy un agente de negocios que se ocupa de asuntos de esa índole. Si se pone en mis manos habrá más dinero para ella.

La mujer me escuchó y entendió lo que le decía, pero contempló a Dona, aguardando a que ella interpretara antes de contestar. Luego preguntó en español:

—¿Qué es lo que este señor desea?

—Usted estuvo muchos años en la Mina Trébol Doble —repliqué.

Asintió con la cabeza.

—Fue cocinera y ama de cría. ¿Crió a la niña que llevó Cora Hendricks allá?

Empezó a decir que sí con la cabeza y se contuvo a tiempo. Ahora daba la sensación de haberse puesto en guardia, de desconfiar… Se volvió hacia Dona Grafton y dijo:

—Traduzca.

Dona tradujo lo que yo había dicho al español. La señora Lérida desconfiaba. Hasta allí había llegado y no pensaba dar un paso más. Tuve que continuar yo por ella.

—La niña trasladada a los Estados Unidos no era la niña que Cora Hendricks llevó a la mina. Después de la muerte de esa señora hubo una substitución. La esposa del superintendente de la mina cambió las niñas. A su propia hija la mandó a los Estados Unidos para que heredara una fortuna. La niña que Cora Hendricks llevara a la mina con ella, pasó por ser hija de Juanita Grafton. Usted sabe esas cosas. La información puede ser de gran valor.

La mujer nada dijo. Me contempló con ojos que se habían

llenado, de pronto, de codicia. Luego, algo tardíamente, se volvió hacia Dona Grafton para que interpretase mis palabras.

Dona me estaba mirando con expresión de completa incredulidad en el semblante.

Yo, dirigiéndome a Dona, le dije:

—Ahórrese la reacción emocional. Olvide las implicaciones personales. Y, por lo que más quiera, póngase a interpretar.

La muchacha habló con la señora Lérida en español. La vieja la contestó con un monosílabo. Dona Grafton dijo algo más, gesticulando. De nuevo contestó la vieja con una frase corta. Dona Grafton pronunció nuevas palabras y entonces la señora Lérida empezó a hablar. Y, a medida que hablaba, su ritmo y velocidad aumentó. Se le animó el semblante como no lo había tenido hasta entonces.

Cuando hubo terminado, Dona se volvió hacia mí. Parecía aturdida y dolida. Los trémulos labios luchaban con su emoción. Pero logró hablar con claridad, diciéndome:

—Es cierto. Esta mujer no sabía que, como consecuencia de la substitución, la hija de Juanita Grafton recibía mucho dinero. Creyó que se trataba simplemente de un intento por cubrir unos amoríos ilícitos. Se colocará en manos de usted.

—Bien. Ahora escuche, esto es importante. Averigüe si Robert Cameron le hizo una visita.

La señora Lérida no aguardó a que la tradujeran la pregunta.

—¿El señor a quien mataron? —quiso saber.

—Sí, ése.

—Fue muy bueno. Me dio dinero.

—¿Cuándo?

—El día antes de morir. Un día me dio dinero. Al siguiente murió.

—¿Habló usted con él?

—Muy poco.

—¿Algo?

—Sí.

—¿Le dijo a alguien que había hablado con usted?

—No.

—¿A nadie en absoluto?

—Lo juro.

—Dígale Dona que tendrá que hablar detalladamente y con franqueza ante gente que tomará nota de lo que cuente que sus palabras exactas en español serán copiadas, que firmará la declaración, y que entonces tendrá dinero y podrá regresar a Colombia a visitar a sus amistarles. Ha de ponerse por completo en mis manos. Yo seré quien la dirija.

Siguió sin necesidad de traducir. Dijo la señora Lérida, con la filosofía de una raza acostumbrada de tiempo a tomar las cosas como vienen:

—He dado mi conformidad. ¿Bebemos?

—No bebemos —la repuse—. Ahora no.

—Telefonee a jefatura, Dona. Consiga comunicación con el capitán Frank Sellers y dígale que obtenga un taquígrafo que hable español, un notario, y que venga aquí a toda prisa con ellos.

—Podríamos llevarla a él —sugirió Dona.

—Quiero que la vea aquí. Quiero que escuche la historia en este mismo cuarto. Hará más impresión así, y no quiero perderla de vista.

—¿No podríamos ir a verle y explicarle…?

—Le di la espalda a un testigo, y explotó una tonelada de dinamita. Lo siento, pero tendrá usted que meterse en el coche de la agencia e ir en busca de un teléfono. Yo me voy a quedar aquí con esta mujer. No va a sucederle nada hasta que tengamos su declaración jurada. ¿Supongo —agregué, con cierto sarcasmo quizá —, que sabe usted lo que eso significa?

—Donald: he estado intentando no pensar en lo que va a significar —me contestó.

Dicho esto, se fue, dejándome solo con la anciana en la mugrienta, desalfombrada y mal oliente estancia.

capítulo veinticinco

LA señora Lérida firmó la declaración con mano temblorosa.

El capitán Sellers secó la firma, dobló el papel, se lo guardó en el bolsillo interior de la chaqueta, y me dirigió una mirada expresiva.

Le seguí corredor abajo hasta el porche.

—¿Bien? —inquirió Sellers.

—¿No puedes ponerla a buen recaudo como testigo material?

—Como testigo ¿de qué?

—De circunstancias que condujeron al asesinato de Robert Cameron.

—No andarás intentando sacarle el jugo a alguien por tu cuenta, ¿verdad, Donald?

—¿Por qué dices eso?

—Porque, de lo único que es testigo material esa anciana, es de la substitución de unas niñas en ese pueblecito minero de Colombia, y te vas a ver y desear para poder demostrarlo, amigo mío. Una cosa es que una mujer haga una declaración por escrito, y otra que aguante como testigo el interrogatorio de un abogado y consiga hacer prevalecer su declaración hasta el punto de conseguir que un juez halle culpable de defraudación a un hombre de negocios, cambie uno de los beneficiarios de un testamento, y ponga un par de centenares de miles de pavos en circulación. ¡Qué rayos! Si tan fácil fuera, todas las herederas del país correrían el riesgo de ser víctimas de un chantaje. Empezarían a surgir monedas por todo el país asegurando qué las habían dado el cambiazo…

—No acabas de entender.

—Seguramente que no —me contestó, con sequedad.

—Olvida el asunto de la substitución. Concéntrate en el asesinato de Cameron.

—¿Y qué?

—Sharples y Cameron eran fideicomisarios. Al parecer, nada salían ganando ellos con que Shirley Bruce fuera Dona Grafton o Dona Grafton, Shirley Bruce. Pero, cuando se metieron en el negocio de las esmeraldas, la cosa cambió de aspecto. Allí había salsa, y Cameron, Sharples y Shirley Bruce se metieron en la salsera.

—Bueno, bueno, admitamos que se metieron en la salsera. ¿Qué tiene que ver eso con el asesinato de Cameron?

—Nada en absoluto.

Me miró, con sorpresa.

—Yo llego a la conclusión que Sharples descubrió la historia de Felipe Murindo hace años. Y fue Sharples quien le conservó como gerente de la mina. Vamos a suponer que Cameron estuviera metido en el asunto de las esmeraldas, pero nada más. No sabía una palabra de la substitución de herederas. Eso se lo guardó Sharples para su uso particular.

—Que ya es suponer —dijo Sellers.

—Hasta cierto punto, sí. Hasta cierto punto, no. Debieras haber visto a Shirley Bruce y su «tío» Harry en acción. Entonces no te parecería tan descabellada la suposición.

—¡
A-ah
! —murmuró Sellers—. Conque ésas teníamos, ¿eh?

—Esas teníamos.

—Continúa.

—El día de su muerte, Cameron estaba preparado para entrar en acción. Había oído algo. Ahora estaba dispuesto a obrar. Visitó a esta señora Lérida, y mandó llamar a Juanita Grafton. Lo que les dijo, hizo que alguien le tirara un cuchillo.

—¿Tirar un cuchillo?

—Eso mismo. Juanita no sólo era una experta tiradora de cuchillo, sino que opinaba que esa habilidad debía formar parte del repertorio de todas las jovencitas buenas.

Sellers frunció el entrecejo.

—Entretanto —proseguí—, Shirley Bruce había decidido hacer de rey mago con Bob Hockley. Fue a verle y le regaló dos mil pavetes.

—¿Por qué?

—Porque se habían enterado de que había pedido pasaporte

para América del Sur. No le querían allí. Si iba, Sharples debía seguirle. A Bertha la contrataron para que se pusiera sobre su pista… pero, en general, lo que les interesaba era que no hiciese el viaje. Con dos mil dólares, lo natural hubiese sido que se quedara en casa haciendo apuestas en las carreras de caballos. El hecho de que no lo hiciese demuestra que se le había metido en la cabeza que en Colombia estaban sucediendo cosas de las que nadie quería que se enterase. Pero el resultado de la visita de Shirley fue que ésta se apoderó de una substancia azul cristalizada muy bonita, en cuyo frasco ponía

«
VENENO»,

y que tuvo la oportunidad de escribir unas señas en la máquina de escribir de Hockley. Conque no perdió del todo el viaje.

—Anda. Sigue hablando —dijo Sellers—. Te escucho. Eso es lo único que hago de momento; pero escucho.

—A dos personas les interesaba enormemente lo que pudiera suceder de haberse enterado Cameron del secreto de Murindo, y de estar dispuesto a revelarlo. Una de ellas era Juanita Grafton y la otra Shirley Bruce.

—¿Cómo te lo oliste en primer lugar? —inquirió Sellers.

Y comprendí que estaba intentando ganar tiempo.

—Muchas pequeñeces —repuse—. Conocí a Juanita Grafton. Se enfureció con la mujer que pasaba por ser hija suya. Pero luego, cuando la vi en casa de Shirley Bruce, la estaba sirviendo a Shirley de pies a manos con toda la devoción, con todo el espíritu de sacrificio, que prodiga una madre a una hija mimada.

»Aquí me contaron que Juanita vivía como una dama en los Estados Unidos gracias a que trabajaba como una esclava durante sus estancias en Sudamérica. En Sudamérica me dijeron que vivía allí como una dama, gracias a que trabajaba como una negra durante sus estancias en los Estados Unidos. Murindo, el analfabeto que regentaba la mina, tenía un puñado de billetes en los bancos de Colombia. Murindo tenía cierta información que estaba dispuesto a comunicar a cambio de dinero. Estaba relacionada con una hija y un ama de cría. Con todas esas cosas juntas y, luego, fíjate en el parecido que hay entre Shirley Bruce y Juanita Grafton, y en el hecho de que Juanita y su supuesta hija Dona no se parezcan en

absoluto… ¡Qué rayos! No hace falta ser detective para sacar de eso las debidas consecuencias.

Sellers sacó un cigarro del bolsillo, mordió la punta, escupió el húmedo tabaco y encendió una cerilla.

—¡Repámpano qué lío! —exclamó—. Podría meterme en un atolladero con la mar de gente por andar persiguiendo a fuegos fatuos por el pantano.

—La persona que mató a Cameron sabía manejar el cuchillo. Dicha persona se encontraba en el cuarto con él. Ponte tú en el lugar de Cameron. Obtienes información según la cual Shirley Bruce es una impostora. Pisas terreno bastante firme. Estás seguro de que es cierto lo que te han dicho. Pero no eres capaz de hacer nada a espaldas de otra. Obtienes las pruebas. ¿A quién mandas llamar? Cuando tienes a la persona en cuestión a tu lado, ¿a quién llamarías y dirías: «Venga aquí inmediatamente, por favor. Hay…?».

—¿Al otro beneficiario quieres decir? —me interrumpió Sellers.

—Justo. Llamarías a Robert Hockley para decirle que acababas de descubrir algo de la mayor importancia; que había en Colombia pruebas de… Y, en aquel momento, aproximadamente, el puñal te sellaría los labios para siempre.

—Entonces, ¿por qué no se presentó Hockley a dar cuenta de la conversación telefónica?

—En lugar de eso. Hockley decidió marchar a Sudamérica e investigar por su cuenta. ¿Qué necesidad tenía él de exponerse haciendo declaraciones?

—Yo creí que Cameron descubrió lo de la substitución en Sudamérica.

—Así fue, en efecto. Pero necesitaba pruebas. Volvió aquí a husmear. Tardó un poco en dar con el paradero de la señora Lérida. Después de hablar con ella, mandó llamar a Juanita Grafton. Ésta le vio, y sufrió un ataque de histeria. Marchó corriendo e hizo frenéticos esfuerzos por ponerse en comunicación con Sharples y Shirley Bruce. Habló con Sharples por la tarde y, lo que éste le dijo, la apaciguó los nervios.

—¿Quieres decir con eso que le entró pánico porque le había matado?

—No. Porque no le había matado. Cuando supo que había muerto, se calmó.

—Si eso es cierto, no quedan muchos sospechosos.

—Sólo uno —le contesté.

Sellers se rascó el occipucio.

—¡Qué rayos, Lam —estalló, por fin— para apoyar todo eso, no cuentas más que con una teoría!

—Con una teoría tan sólo —le repuse—, contaba Cristóbal Colón.

Y di media vuelta y me metí en la casa.

capítulo veintiséis

LA voz de Bertha destilaba mantequilla fundida y melaza como una torta dominguera.

—Donald, querido —dijo—, échale una mirada. Está todo preparado.

Abrió, con un gesto triunfal, la puerta que llevaba el nombre:

DONALD
LAM
-
DESPACHO
PARTICULAR

Era un juego de dos habitaciones. En la exterior, pequeña, pero bien iluminada. Elsie Brand aporreaba su máquina. Detrás de ella, la puerta de otro despacho se veía abierta. Y, por ella contemplé unos muebles de aspecto regio, sillones profundos y mullidos, una mesa de nogal pulimentado, alfombras de a palmo.

—¿Qué tal, te gusta? —inquirió Bertha con cierta aprensión.

Me acerqué a la máquina de escribir y le pregunté a Elsie:

—¿Qué estás haciendo?

Dijo Bertha:

—La mecanógrafa nueva no es muy rápida. Hubo un poco más de trabajo del que podía ella hacer y yo…

Arranqué las hojas de papel del rodillo de la máquina de Elsie y se las entregué a Bertha.

—Si la muchacha de tu despacho no es capaz de hacer el trabajo —la dije—, alquila otra chica que la ayude. Elsie Brand no hace más trabajo que el mío.

Bertha respiró profundamente.

—Bueno, Donald —contestó con voz que parecía un arrullo.

Elsie me miró con una sonrisa.

—Ya sé que intentas ser buena persona, Donald —dijo—; pero he trabajado toda mi vida. He estado sentada aquí día tras día, ocho horas seguidas, dándole, al teclado, si no tengo algo que hacer, me…

La interrumpí.

—Harás lo que hacen otras secretarias. Cómprate una revista de cine, métela en el cajón de la mesa, abre el cajón y ponte a leer. Cuando se presente un cliente, cierra el cajón y procura parecer tan comercial como una máquina de calcular. En cuanto el cliente entre en el otro despacho abre el cajón y ponte a leer otra vez.

—Donald, bien sabes que no sería yo capaz de hacer eso.

—Lo que sé es que no puedes estar aporreando esa máquina sin cesar día tras día sin desquiciarte los nervios. He visto a demasiadas muchachas hacerse polvo, convertirse en simples máquinas. Tú ya has hecho tu parte de esa clase de trabajo. De ahora en adelante, vas a darte mejor vida.

Elsie miró a Bertha. Esta sonreía, benigna.

—Donald —me dijo mi socia— aún no he tenido tiempo de decirte lo ocurrido. Pasemos a tu despacho particular para que oigas la noticia.

—Ya es bastante particular esto. ¿Qué pasa?

—Tuviste razón de principio a fin en lo del asesinato de Cameron. La chica de Grafton está completamente aturdida y llena de agradecimiento. Y Frank Sellers te tiene por un angelito caído del cielo.

—¿Qué sucedió? —inquirí.

—Shirley Bruce ha confesado por fin.

—¿Andaba metida en ello la madre?

—La madre no sabía una palabra. Harry Sharples tenía profundas sospechas, pero no estaba dispuesto a hablar. Murindo habló demasiado. Se le fue la lengua con Cameron creyendo que éste estaba enterado ya, y Cameron se escandalizó. Una cosa era hacer contrabando de esmeraldas, y otra hacer una substitución de herederas. Cameron volvió aquí e inició una investigación. Dio con el paradero de la madre de Murindo después de mucho trabajo. Supo por ella lo bastante para estar seguro de lo ocurrido. Llamó a

Juanita e intentó hacerle confesar la verdad. Ella se asustó, pero mintió. Cameron tenía pruebas suficientes ya, sin embargo, para seguir adelante. Llamó a Shirley. Le dijo que se había acabado el momio. Luego cometió la imprudencia de volverle la espalda para telefonear a Hockley.

—Y supongo —dije yo—, que Hockley, sabiendo que algo sucedía, pero sin saber qué, creyó que se trataba de una malversación por parte de los fideicomisarios y decidió ir a Sudamérica a investigar por su cuenta.

—Justo.

—¿Y Sharples?

—Sharples, al parecer, sospechaba lo ocurrido aunque no había tomado parte en ello. Marchó a Colombia nada más que porque Hockley marchaba. Quería asegurarse de que Hockley no se entrevistara con gente que pudiera concatenar los sucesos y deducir la verdad. Para eso me necesitaba a mí allí… para ayudarle con Hockley. Además, deseaba recoger las esmeraldas recién sacadas de la mina y empezar a tapar las cosas.

—¿Por qué me encargó Sharples que investigara aquella pieza antigua? —pregunté.

—Porque agentes secretos del Gobierno colombiano empezaban a olerse la tostada y se habían puesto a vigilar a Jarratt. Conque Jarratt, Sharples y Cameron decidieron intentar convencer a todo el mundo de lo que el pinjante que tenía Nuttall era, en verdad, un legado. Los agentes secretos de Colombia habían descubierto ya la pieza en el establecimiento de Nuttall.

»Sharples decidió ponerte a ti a trabajar en el asunto. Lo tenía arreglado ya para que descubrieras una pista que te condujera a Jarratt, luego a Cameron, y luego a Shirley Bruce. Por entonces, cuando te hubiesen dejado convencido de que se trataba de un auténtico pinjante antiguo, la historia se haría llegar a Nuttall por mediación nuestra. Nuttall, por su parte, y obrando de toda buena fe, se la contaría a los agentes secretos que intentaban averiguar dónde se estaba desequilibrando levemente el mercado de esmeraldas. Había visto el pinjante e interrogado a Nuttall. Por eso intentó Nuttall sonsacar a Sharples.

»Cuando Cameron murió asesinado, Sharples se asustó. Creyó que le habían matado los agentes colombianos. Después de todo, se

hallaba en juego un monopolio del Gobierno y Sharples no sabía hasta dónde estaría dispuesto a llegar el Gobierno en cuestión. Se dejó dominar por el pánico.

»Jarratt decidió que las cosas habían llegado a un punto en que le convenía desligarse de todo y quitarse de encima compromisos. El pinjante se lo había comprado a Phyllis Fabens, en efecto aun cuando es cierto que tuvo que repasar los libros para encontrar su nombre y señas. Habiéndose cometido un asesinato, resultaba mucho más cómodo que el pinjante resultara proceder de la Fabens y no de Shirley.

—Así, pues, ¿Shirley pensaba decir que aquél no era su pinjante después de todo?

—Supongo que sí. Pero es posible que no estuviese ella muy enterada de lo que estaba haciendo Jarratt. A Jarratt, lo único que le interesaba era salvarse él la pelleja.

—Y, ¿Sharples no sabía que Shirley había ido a ver a Cameron?

—No creo que Sharples sospechara nunca que Shirley Bruce era la asesina. Era como masilla entre sus dedos… incapaz de ver más que por sus ojos.

—¿El veneno? —inquirí.

—Shirley fue a visitar a Hockley a su taller. Le dio dos mil dólares para granjearse su amistad y su confianza. No adelantó gran cosa con él, pero vio el tarro de sulfato con la etiqueta de
«
VENENO»,
y obró por impulso. Consiguió meter un trozo de papel en la máquina de escribir del despacho y poner el nombre y las señas de Dona Grafton. Luego destapó el tarro y vertió parte del contenido en su bolso. A continuación, envenenó los dulces. Al principio, no tenía ningún plan determinado evidentemente, pero el veneno le pareció una buena idea. Cuando Cameron llamó a Juanita, Shirley, obrando por su cuenta, le mandó los dulces a Dona. Ésta había hecho testamento, legándole todo cuanto tuviera o pudiese tener a Juanita. Conque Shirley pensó en quitar a Dona del paso. Si por cualquier casualidad la policía descubría algo, todos los indicios señalarían a Robert Hockley. Fue una ironía del destino que le tocase el sulfato a Juanita. Como veneno, no podía haber escogido uno más estúpido. Pero Shirley tenía demasiado poca inteligencia

para pensar en eso. Se dejó influenciar por la etiqueta del tarro.

—La explosión de dinamita en Sudamérica sería obra de Sharples, ¿no?

—No. Había otro hombre metido en el negocio de las esmeraldas allá en Colombia: el ayudante de Murindo, que fue quien cargó con el verdadero trabajo de sacar las esmeraldas de la mina. Al parecer, la única persona que podía relacionarle con el asunto de las esmeraldas era Murindo. Conque, cuando se presentó la policía, decidió eliminar a Murindo y deshacerse así de toda prueba contra él.

»¿Verdad que es maravilloso, Donald? Nos has conseguido una participación en un asunto de importancia. La chica Grafton nos va a pagar un tanto por ciento. Sharples va a tener que rendir cuentas de todo el dinero que obtuvo de la venta de las esmeraldas. Después de todo, salieron de la mina y son parte del fideicomiso. Claro que Colombia confiscaría las esmeraldas, pero Cameron y Sharples han convertido muchas de ellas en dinero. Mi abogado me dice que, sin duda alguna, se le permitirá al fideicomiso que nos dé una recompensa liberal por todo lo que hemos hecho. ¡Donald, astuto diablillo!, ¿qué haría Bertha sin ti?

—Bueno; pues, mientras Sellers se siente agradecido, aprovecha la ocasión para decirle que más vale que asegure bien las cosas porque, o mucho me equivoco, o nos vamos a ver negros para conseguir que le acusen a Shirley de otra cosa que no sea homicidio.

—¡Quiá! La tienen bien cogida. La condenarán como asesina.

—Eso es lo que él se cree ahora —la dije—. Pero, para cuando comparezca ante el tribunal, le sonría al jurado, cruce las piernas, y le cuente cómo Cameron, que siempre había sido para ella como un padre, se convirtió de pronto en una bestia enloquecida por los apetitos sexuales, y la encerró en su despacho…

—Pero, Donald, ¡no conseguirá convencer con esa explicación! ¡Cameron estaba telefoneando en el momento de hallar la muerte!

—¿Quieres apostar sencillo contra sencillo a que sólo la condenan por homicidio? —la pregunté.

La mirada de Bertha se encontró con la mía. Luego vacilaron sus ojos.

—No —respondió—, sencillo contra sencillo no.

La mecanógrafa nueva llamó, tímidamente, a la puerta. Elsie se levantó de su asiento y fue a abrir. La mecanógrafa la dio un paquete largo y plano.

—Ha llegado esto para el señor Lam por mensajero especial —dijo.

—Parece un cristal de ventana —dijo Bertha—. ¿Qué diablos es, Elsie?

Elsie me miró. Yo moví afirmativamente la cabeza. Arrancó la cubierta de papel.

Era el lienzo de una muchacha esbelta, bien formada, de pie junto a la borda de un barco, mirando por encima del agua, revueltas las blancas falditas por el aire en torno a una bien modelada pierna. La muchacha tenía la cabeza echada hacia atrás, y los ojos, clavados en la lejanía, miraban por encima del mar, más arriba del horizonte, escudriñando el porvenir con la nostálgica mirada de la juventud.

Había una tarjeta. Elsie me la entregó. Vi el mensaje en letra femenina y firme y perfectamente legible:

> *«Donald, este cuadro le gustó. Su socia me dice que va a abrir un nuevo despacho para su uso particular. Me gustaría que colgara en él esta estampa. Con ella van todo mi cariño y toda mi gratitud. Suya siempre, Dona».*

ERLE STANLEY GARDNER (Malden, Massachusetts, EE.UU. 17-julio-1889 - Temecula, California, 11-marzo-1970). Su padre quería que se hiciera abogado, de modo que comenzó a trabajar en una gestoría legal en Willows, y mientras trabajaba de mecanógrafo, estudió la carrera de derecho. Después se estableció por cuenta, pero el negocio era deficitario, ya que en numerosas ocasiones, aceptaba como clientes a inmigrantes chinos y mejicanos sin recursos, lo que le hizo muy popular pero no muy rico. En 1921, casado y con un hijo, se pone a escribir historias policiales, o «de detectives», que envía a algunas revistas para mejorar su situación financiera. Estas revistas se conocían como pulps y eran muy populares en la época.

Sus narraciones son muy efectistas y en ellas se sirve de sus conocimientos de derecho para construir casos, en los que podía lucirse *Perry Mason* con una brillante exposición en la que demuestra la inocencia del acusado. Así podía disfrutar de la única parte de la abogacía que realmente le gustaba: los juicios penales, y el desarrollo de la estrategia a seguir en un juicio. El nombre «*Perry Mason*» data de la infancia de su creador, cuando leía la revista *Companion*
Youth's

, publicada por la *Perry Mason Company*, y cuando creó a su abogado de ficción, pensó que sería un buen nombre para él.

Ya consolidada su carrera como escritor, para publicar sus libros contaba con la ayuda de varias secretarias que escribían a máquina lo que él dictaba a una grabadora. Su producción casi industrial provocó su apelativo de «*El Henry Ford de la novela policíaca*». Vendió más de 100 millones de libros en vida. Tenía una formula para escribir una vez definidos sus personajes, sus motivaciones y sus tramas.

Hacia 1938, Gardner empezaba a preguntarse si un día cedería el interés de los lectores por *Perry Mason*. ¿Podría duplicar su éxito escribiendo una novela con otra serie de personajes? El libro, escrito bajo el seudónimo de A. A. Fair, era «*The Bigger They Come*» («Cuanto más grandes son…» editado en español con el título de: *Agencia de Detectives*) y caracterizaba a *Bertha Cool*, una mujer obesa propietaria de una agencia de detectives y con anillo de diamantes; y a *Donald Lam*, su empleado, de estatura más bien pequeña, (todo un paquete de dinamita legal). La pareja se anotó un éxito inmediato y Gardner se puso a escribir 28 libros más de *Cool y Lam*.

Bajo su propio nombre Gardner escribió exclusivamente la serie *Perry Mason*, pero con su seudónimo favorito de A. A. Fair, Gardner escribió varias novelas con los detectives *Bertha Cool y Donald Lam*; además de escribir una serie de novelas sobre el fiscal *Doug Selby*.

Gardner muere el 11 de marzo de 1970, en su Rancho el Paisano en Temecula. Fue incinerado y sus cenizas se esparcieron por la península de Baja California, uno de sus lugares favoritos.

Notas

[1] San Mateo, cap. 7, vers. 6. (N. del T.). < <

[2] Un grano es equivalente a seis centigramos. (N. del T.). <<

[3] Por muy nueva que sea un arma de fuego, y por muy bien encajado que esté un proyectil en un cartucho, siempre se escapa de la recámara parte de los gases originados por la combustión de la pólvora al hacerse un disparo. Lo mismo da que se trate de un rifle, de un revólver, o de una pistola: la única diferencia estriba en la cantidad de gas que entra en contacto con la mano de quien maneja el arma. La piel absorbe los gases, que permanecen en ella de tres a cinco días, por muchas veces que uno se lave. La prueba de la parafina consiste en cubrir la mano del sospechoso con una capa de parafina fundida. Esta cera extrae los gases de la piel. Una vez quitada de la mano, se le aplican a la cera difenilamina y ácido sulfúrico. Una mancha azul revela entonces la presencia de gases. (N. del T.). <<

[4] Donald se burla, imitando a Sherlock Holmes que solía emplear tono semejante, como sabrá la mayoría de los lectores al explicarle sus teorías al doctor Watson. (N. del T.). < <

[5] Cuando emplean el adjetivo «americano», ingleses y estadounidenses se refieren siempre al natural de los Estados Unidos. «Yo soy americano», significa siempre para ellos: «Yo soy de los Estados Unidos». Los del sur son sudamericanos o latino-americanos y, con menos frecuencia, hispanoamericanos. A veces, al hablar de los habitantes de repúblicas del Golfo de Méjico o sus aledaños, dicen «centroamericanos», aunque con mayor frecuencia se les incluye entre los del Sur. Los del extremo norte, canadienses. (N. del T.) < <

[6] Aun cuando los *checks*
traveler's
o cheques se han hecho tan populares que casi todo el mundo los conoce, la posibilidad de que alguno de los lectores no sepa lo que son, me induce a dar una breve explicación. El *checks*
traveler's
se ideó para dar facilidades a los viajeros, sobre todo a los que marcharan al extranjero. La ventaja que tiene es que, de perderse o ser robado, no puede canjearse. Sólo su propietario legal puede convertirlo en dinero. Se extiende por cantidades pequeñas para mayor facilidad y el talonario, lo mismo que los cheques, lleva el nombre de la persona que lo compró. Para canjearlo en agencias o bancos, es preciso que su propietario firme el cheque y presente el pasaporte, medio de comprobar la firma y la identidad. En el país de origen, sólo puede conseguir el viajero que le reintegren el importe de los cheques que no haya gastado, por mediación de un banco. Hoy en día, con las restricciones sobre las divisas, muchos países como Inglaterra, no permiten a sus súbditos que saquen dinero del país más que en forma de *checks*
traveler's
. Si intentan sacar billetes de banco, la policía se incauta de todos, salvo de una cantidad muy pequeña que se le permite conservar al viajero y con la que ha de regresar al país, pues su objeto es que pueda atender a cualquier gasto pequeño inesperado e inmediato a su regreso, ya que como hemos dicho, los cheques no tienen curso dentro del país emisor. (N. del T.). <<

[7] En inglés, «interpreter». (N. del T.). < <